



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE
MÉXICO**

**FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
IZTACALA**

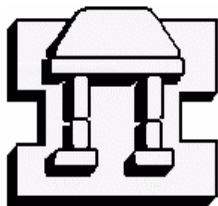
**“EL SIGNIFICADO DE LA IDENTIDAD Y LA PRÁCTICA SOCIAL EN
CONSUMIDORES Y DISTRIBUIDORES DE COCAÍNA”**

**TESIS
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADO EN PSICOLOGÍA
PRESENTA:**

OSVALDO CASASOLA ESPINOSA

**ASESOR DE TESIS:
MTRO. GILBERTO PÉREZ CAMPOS**

**DICTAMINADORES:
LIC. RODRIGO MARTÍNEZ LLAMAS
MTRO. ANDRÉS MARES MIRAMONTES**



TLALNEPANTLA, EDO DE MEX.

AGOSTO DE 2005



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Este trabajo de investigación está dedicado a:

Rosa María Espinosa Sánchez por tu incansable lucha de llevarme a mejores senderos.
Porque siendo día o porque siendo noche
has estado pendiente de iluminar las ocasiones más efímeras con la ternura que sólo tú puedes dar.
Por el silencio con el que a veces me recibes y por el inagotable apoyo en la ardua tarea de ser hijo;
por el hogar que me brindaste cuando el cielo parecía haber caído;
por la riqueza de esos lunes en los que compartimos los sagrados alimentos;
por tu amor, por tu sonrisa, por ti.

Víctor Manuel Casasola Martínez por ese abrazo que viene cuando muere el día.
Por tu breve estancia en la soledad de mis últimos años;
porque tu relato y tu palabra inacabada me han permitido ver más allá de lo soy;
por *la vuelta de perro* bajo esa luna que todo lo ve y todo lo calla;
por tu pequeña mirada y porque aún a pesar de que la fuerza intempestiva de la vida ha tratado de escindirnos siempre queda una palmada para todavía después.

Dios los bendiga papá y mamá míos. Gracias...

Agradezco infinitamente el apoyo de:

Rosalba Gagern Espinosa por el tiempo en que de pequeño me tomaste de la mano y me acompañaste hasta donde yo sólo no podía llegar.
Claudia Elizabeth Gagern Espinosa por la confianza de ponerme cerca de tu corazón y por la inigualable ayuda que en estos años precedentes me has proporcionado.
Norma Catalina Gagern Espinosa por la extrema cercanía que nos une y porque en cada una de mis caídas has tratado de hacerme saber que existe otra oportunidad.

Gracias hermanas por facilitarme mi vida académica...

Tatiana Maldonado Gagern, Elizabeth Pérez Gagern y Ricardo Pérez Gagern por la frescura de esos días en los que estamos juntos, por esas risas compartidas y por las lagrimas en las que a veces nos empapamos para sabernos juntos. Por su candidez y por dejarme recuperar algunos olvidos de mi niñez.

Gracias pequeños compañeros...

María Isabel Juárez Chávez por esa tercera parte de mi vida en la que me has acompañado. Por tu apoyo cuando me has visto enfermar y por esos ojos que también me dicen algo diferente de la vida.

Gracias chabelita jackson

LOS AMO

A quienes jamás podría olvidar. A quienes son parte de mi y a quienes me han consentido un poco de sí mismos:

Los que se fueron: Rocío Álvarez, Jorge Aguilar, Malena Escoto, Oscar y Horacio Chávez, José Luis Ponce, Edgar Escalante, Luis Alberto Barrera, Arturo Estrella, Alejandro Guerrero. Porque en el momento en que la vida nos permitió enfrentarla tal y como su ferocidad comúnmente se presenta, mi fortaleza parecía aumentar o al menos se matizaba indeleble ante el ocaso de lo que una vez fue primavera. Donde quiera que estén un aplauso...

Los que aún andan: Azahar Salinas, Álvaro Cobos, Mirna Félix, Marcos, Gustavo Velázquez...

Mis actuales compañías de corazón teibolero: Alfonso, Arturo, Eder, Javier, Federico, Eduardo, Gerardo, El Japo, Hugo, Jhony, Brayan, Raúl, Narayana, Iván, Gabriel.

A mis tíos y tías más cercanos:

Los poblanos: Jaime y María (Bendita Pasión CHIVAS). Reconocido es el cariño que siempre me han hecho sentir.

Los *aragoneses*: Norma, Consuelo, Bruno, Chuy. Gerardo por su compañía musical. Mis primos-tíos *los bombones*.

La *única* de Tepito: Guadalupe Espinoza Sánchez. Gracias por lo glorioso de tu caldo de camarón.

Y aquellos de los que casi no sé mucho: Paco, Lety, María, Blanca, Alejandro...

A *Los Casasola* por su apoyo en mi niñez callada. A todos ellos por haberme llevado a ver a mi papá cuando el reclusorio me quedaba muy lejos. Por todo eso y las pequeñas sonrisas que a veces nos quedan Gracias...

A Sandra Perete Espinoza por *el cuerno retorcido* y las nostálgicas comidas junto a los Reyes Magos.

A *la familia Juárez Chávez* por la confianza y el tiempo compartido. Valga nombrar a la Sra. Silvia.

A mi maestra Gilda quien después de quince años sigue presente en mi existencia. Sea esto un tributo a la ardua tarea de tener un 6° grado de primaria.

Rubén Perete Espinoza, Jaime Espinoza Jácome y Luis Alberto Espinoza Jácome mil gracias por esos absurdos minutos que se pintan de arcoiris a su lado. Valedero es el chiste y el enojo, la esperanza y la victoria, la estancia y su ausencia, el abrazo y su presencia. Gracias por hacer de uno un cuatro maravilloso.

Un saludo aparte a la Sociedad Civil de la *Prostatitis Aguda*.

Y un reconocimiento mayor a los *cuidados del pene sangrante*.

Un reconocimiento especial a mi Abuelito Amador porque si el día de hoy aquí estuvieras, seguramente esto se convertiría en uno de esos *goles de a peso*. Gracias por el parque y el descanso. Dios te tenga en su gloria.

A las personas que han puesto confiadamente su trayectoria de vida en mí como psicólogo. Espero no defraudarlos. Muchas gracias a María Fernanda y Luis Mario por haber tenido *la ingenuidad* necesaria para ser mis primeros dos pequeños pacientes fuera de la universidad. Gracias Paty por tu apoyo...

Gracias bendito Dios por el cuidado que has puesto en el palpar de mis años y por la divina gracia de permitirme saber de ti. Permíteme tu luz y tu santa misericordia.

Un cordial saludo y un responsable agradecimiento a mis asesores, tutores, sinodales, dictaminadores y compañeros Universitarios que aun en mis tardanzas y en mis impuntualidades, en mis retrasos y en mis equivocaciones, siempre me han abierto las puertas para una mejor crítica y reflexión. Gracias por cada uno y todos los minutos brindados a quien escribe y reconoce la vialidad que este trabajo tuvo debido al apoyo que accedieron otorgarme. Esperando verlos pronto... gracias Gilberto Pérez Campos, Rodrigo Martínez Llamas y Andrés Mares Miramontes.

Universidad Nacional Autónoma de México

Gracias... GRACIAS... GRACIAS.

POR MI RAZA HABLARA EL ESPIRITU

INDICE

INDICE.....	5
RESUMEN.....	7
INTRODUCCION.....	11
CAPITULO I LAS COSTUMBRES Y LOS SABERES: EL ENUNCIADO MEDICO COMO INICIO Y SIMBOLO DIVISORIO	18
1.1 Sobre unos participantes especificos en nuestra sociedad: Los drogadictos como carne de cañón	27
1.2 Sobre un consumidor de cocaína personal: El agente de la cotidianidad	33
1.2.1 Los caldos de cultivo como escenarios socioculturales: El barrio de Tepito	45
1.2.2 La clandestinidad conocida: La tiendita del barrio	49
CAPITULO II ALGUNAS CONSIDERACIONES CON RESPECTO A NUESTRO OBJETO DE ESTUDIO COMO UNA COMUNIDAD ESPECIFICA	55
2.1 La comunidad como una alternativa de estudio	57
2.2 El orden de la legalidad.....	60
2.3 Metodología	67
2.4 Algunas cuestiones metodológicas por aclarar	67
CAPITULO III LA COMUNIDAD DE LA DROGA	70
3.1 La negociación como entrada a la comunidad de estudio.....	71
3.2 Escenarios específicos para la compra-venta de cocaína: Una exploración.....	72
3.3 Estrategias y modos de participación en la comunidad	79

3.3.1	El salón	80
3.3.2	La estancia	92
3.3.3	El pasillo	110
CAPITULO IV LENGUAJE, ARTEFACTOS E IDENTIDAD		115
4.1	Contexto y lenguaje	116
4.1.1	El habla situada	117
4.2	Artefactos y cotidianidad	126
4.2.1	El uso de artefactos en las trayectorias de participación social	129
4.3	La identidad como una construcción social.....	135
4.3.1	De los hombres chatos	143
4.3.2	De los hombres piedra	149
4.3.3	De la otra persona: El distribuidor. Una mirada minúscula	154
CONSIDERACIONES NO-FINALES		168
BIBLIOGRAFIA		188

RESUMEN

Lo que se ha dado en llamar *drogadicción*, *fármacodependencia* o *vicio* ha tomado en nuestros días un carácter de alarma a lo largo y ancho de nuestra sociedad. Las cifras que comúnmente nos son presentadas en los medios de comunicación parecen extenderse a términos en los que aparentemente no se puede ejercer un control práctico en cuanto a la disminución y erradicación del fenómeno. Las investigaciones realizadas la mayoría de las veces provienen de unos saberes que en más de un sentido muestran estar estancados en lo referente a las aportaciones que para la comprensión e intervención se requieren en la sociedad. En dichos estudios las personas involucradas pierden, a partir del discurso del que provienen, la capacidad de ser escuchadas y conceptualizadas desde un plano más personal y menos científico. Lo cual trae como consecuencia una despersonalización y estigmatización que no permite ir más allá de lo que se les plantea como objetos de estudio y sujetos de investigación; además de unos métodos de intervención que, desligados de la realidad en la que cotidianamente se ven involucrados, tratan de ser impuestos a modo de remedio, a manera de dispositivo de control institucional. Lo que se pretende en el presente estudio es realizar un acercamiento a lo que algunos investigadores han denominado *comunidades de práctica*, tratando de buscar esa voz que ha perdido resonancia. Junto a lo anterior se busca exponer y puntualizar la capacidad de re-significación y elaboración que los consumidores de cocaína construyen en su práctica diaria. Se toman como relevantes los artefactos que son innovados en la comunidad a partir de la relación que la persona establece con la cocaína en sus diferentes formas de consumo. Se subraya, aunado a esto, el significado que las personas construyen con referencia al proceso mismo de la compra-venta de cocaína. Teniendo como finalidad dar por hecho que dicho significado rebasa el intercambio droga-dinero, a la vez que manifestar que en los procesos de negociación la identidad de las personas involucradas adquiere un matiz por demás interesante y más o menos diferenciado de lo que los saberes dominantes promueven. De ello sobresale el hecho del papel que el distribuidor desempeña, el cual no ha sido tomado en cuenta en casi ningún estudio; e igualmente, la manera como éste conceptualiza tanto a los consumidores como a la práctica en la que está comprometido. El presente estudio fue llevado a cabo en un barrio de la ciudad de México por medio de lo que los métodos cualitativos aportan a las investigaciones históricosociales. Dando como resultado una serie de elementos que en más de un sentido dan la oportunidad de preguntarnos en general si eso que llamamos drogadicción es lo mismo que *vivir la droga*.

Eran cuatro los sujetos que se encontraban formados en el salón de distribución. La situación realmente parecía tranquila. Como habitualmente se encuentra; no más allá del rumor policíaco. Sin embargo, no iba a ser de esta forma como continuarían las cosas en un poco más de tiempo. Entró alterado uno de los vigilantes con el radiocomunicador en la mano derecha para inmediatamente hacernos saber que *"valió madre güey. Ahí viene la tira"*. Para esto no había necesidad de que alguien nos guiara en lo que teníamos que hacer. Sin pensarlo, ya iba yo hacía la puerta del salón cuando otro distribuidor entraba a apresurarnos. Al ver su rostro inquieto y alarmado le pregunté: *"¿Para dónde me voy yo?"*. Las puertas del lugar en general ya estaban siendo atrancadas para ese entonces. *"Vete pa´ allá arriba güey. Hazlo trepándote por las protecciones que allí se ven"* –me recomendó. Ya no le contesté nada y decidí llevar a cabo lo que me había sugerido.

Ya estando arriba me di cuenta de que no era el único; junto a mí estaban los mismos del salón. Uno de los distribuidores todavía alcanzo a decir : *"Para allá no se vayan a saltar porque les tiran plomazos... y para el otro lado tampoco vayan a querer saltar porque se rompen la madre con la altura... mejor aguanten a que todo pase"*. Ya no sabía que hacer, sin embargo, me era imposible quedarme quieto. Registré ambos lados y constaté que las palabras de esta persona no distaban de la realidad. Mejor era esperar. Cinco, diez, quince, veinte minutos y ya no soportaba la desesperación. Por un momento me entregué a la fantasía de que era mejor que todo terminara; que llegara la policía, que nos llevara y a ver qué pasaba después. No fue así. Poco después volvió el que entró primeramente con el radio y dijo: *"Falsa alarma. Ya vénganse"*.

Yo no quería saber más de la situación y me dirigí con rumbo a la puerta principal. Al parecer uno de los consumidores también iba a seguir mis pasos cuando el que ese día atendía echó al aire la recomendación de que *"nadie se vaya, si ya pasó lo peor, mejor llévense lo que buscaban"*. El sujeto que iba tras de mí, retrocedió y tomó al pie de la letra las palabras del interlocutor.

Cabe mencionar que lo único que quedó dentro del salón durante todo ese tiempo de expectación fue el material de consumo, el dinero, la bascula, los papeles y otros tantos objetos de uso cotidiano.

Un 15 de Septiembre de la presente década...

Si tomamos a los hombres tal y como son,
los haremos peores de lo que son.
En cambio, si los tratamos como si fuesen lo que debieran ser,
los llevaremos allí donde tienen que ser llevados.
Goethe

“Estoy orgulloso de ser mexicano;
pero es un don de Dios ser de Tepito”.

La perspectiva adecuada

INTRODUCCIÓN

A lo largo de los últimos diez años el consumo de drogas ha venido presentando un incremento por demás acelerado en nuestro país. México se ha convertido no sólo en una vía de acceso de grandes cantidades de marihuana y cocaína principalmente, sino además de ello, en un consumidor potencial de éstas. Nuestra sociedad, pareciera que a la par de sus instituciones ha sido prácticamente rebasada por las organizaciones que se dedican a la venta y distribución de drogas; el rango de edades para el inicio del consumo por ejemplo, se ha ido extendiendo tanto en lo que toca a la niñez como en lo referente a la edad adulta. Cada vez es mayor el número de infantes que son consumidores usuales de sustancias de este tipo; de igual forma se ha agrandado la cantidad de personas que, después de haber hecho una vida *productiva*, comienza a utilizar estupefacientes (Martínez, 2001; Chia, 2004) .

Si bien se enunciaba que las drogas no respetaban ni condición social, ni edad, ni mucho menos género, en la actualidad esto es más que evidente. En este sentido, los enunciados que provenían de estudios e investigaciones especializadas han dejado de ser simples indicadores estadísticos de los acontecimientos sociales para volverse ante nosotros como profecías que se autocumplen. Tal pareciera que el camino que han tratado de tomar aquellos que tienen como punto de partida tanto el control como la reducción de la población consumidora no ha sido en todos los casos el correcto. Basta tomar en consideración el elevado número de situaciones en las que el saber ha quedado en una simple mirada que no alcanza a ver más allá de los preceptos y conceptualizaciones en los que de antemano se apoya. Hablar del consumo de drogas exige más que estadísticas, más que tendencias y probabilidades. Alrededor de aquel se presentan elementos que no deben pasar desapercibidos por una sociedad que presenta cada vez más inclinación ante el consumo en general; incluso si tomamos en cuenta lo que en el interior de ésta se gesta como una construcción determinada por las circunstancias en las que los acontecimientos cotidianos se dan. El consumo de drogas es un fenómeno que debe ser atendido de una manera integral puesto que en él se encuentran involucrados aspectos que derivan de las condiciones sociales y políticas en las que nos encontramos, así como los que surgen de la relación inmediata que los integrantes de un grupo social tienen.

El estudio de fenómenos sociales como el que arriba se menciona no puede quedar excluido de los acercamientos tanto antropológicos como sociológicos, esto sin menospreciar aquellos que ya han demostrado ser muy útiles en lo que a esto se refiere. Tal es el caso de la medicina, la cual ha aportado una gama de consideraciones sin las que no se hubiera logrado lo que hasta el día de hoy; pero esto no quiere dar por hecho que no haya más que decir, más que investigar y sobre todo, más que comprender. Tampoco quiere dar a entender que nos tengamos que atener a lo que nos muestre como conclusión. Efectivamente, los saberes que hasta nuestros días han elaborado una conceptualización sobre el consumo de drogas son de una importancia que no debe ser minimizada; verbigracia los cambios fisiológicos y las alteraciones a nivel neuronal que sufren las personas que consumen cocaína, al igual que el deterioro en cuanto a la capacidad de juicio que en un determinado momento presentan éstas. Pero aun en la certeza de lo anterior, hay que señalar que no siempre lo que puntualiza la ciencia en una etapa histórica cualquiera es válido en cada uno y todos los casos en los que por medio de sus enunciaciones pretende traducir el orden de la realidad.

El estudio que a continuación se presenta trata de poner en relieve que las personas en su vida cotidiana logran escapar en cierta medida a lo que los saberes especializados trazan, manifestando a su vez que lo que éstos dicen se ve desbordado en el actuar de las personas situadas en sus prácticas específicas de participación social. Intenta subrayar que los participantes de una comunidad de práctica pueden en la medida de sus posibilidades agenciarse en su cotidianidad mediante estrategias más o menos propias e inmediatas como respuesta a lo que la práctica misma les demanda; así como a través de la producción y transformación de artefactos y la sofisticación del lenguaje.

Aunque las personas estamos definidas en cierta medida desde ángulos ajenos a nuestro terreno social por medio de discursos y enunciados, ello no da por entendido que quedemos reducidos a eso. En todo caso, no solamente somos eso que se dice de nosotros, sino también lo que aprendemos a ser en los espacios en los que nos vemos inmersos, aquellos en los que diariamente nos encontramos y en los que frecuentemente nos comprometemos por medio de las diversas prácticas que los conforman. De hecho, se trata de sostener que dichos espacios en los que como participantes estamos involucrados nunca llegan a ser un "reflejo" o una "ejemplificación" de lo que señalan los discursos. Los consumidores de drogas, independientemente de la sustancia

de la que hagan uso, han sido múltiplemente designados y referidos por los saberes que han visto en ellos un objeto de estudio. De ellos se ha dicho mucho y una buena parte de eso no encaja con lo que viven. Constantemente son aludidos en los medios de comunicación y en revistas de interés social; en espacios periodísticos vagos que muy poco conocimiento tienen de esa realidad, trayendo consigo una mirada culpabilizadora y estigmatizadora unas veces, y otras tantas, una serie de prejuicios que entorpecen la construcción de un nuevo conocimiento.

En dichos espacios, el consumidor nos es mostrado como fragmentado de gran parte de los escenarios culturales en los que realmente se halla inscrito; aparece aislado de los lugares productivos la mayoría de las ocasiones, y cuando esto no sucede, es decir, cuando nos muestran que logra acceder a éstos, asoman inmediatamente delincuentes y transgresores de la ley. Se le asignan papeles y roles sociales que regularmente nada tienen que ver con su desempeño cotidiano; se ve en él el peligro de contaminación, el mal que nada respeta, la delincuencia hecha carne, la trasgresión de las leyes y entre otras cosas, la naturaleza desviada. Sin embargo, desde mi punto de vista y concordando con lo que ya otros autores han mencionado, en los consumidores de drogas simplemente recaen las culpas y las causas de una parte de nuestro acontecer social, sobre todo en lo que respecta a la inseguridad; a través de ellos es que se sostiene una sociedad que necesita de chivos expiatorios en los que se pueda purificar la colectividad haciendo que la energía social se mantenga más o menos cohesionada y atenta en puntos determinados que resultan de otros intereses. Sin olvidar que también es por medio de ciertos participantes sociales específicos que se pueden mantener otros tantos modelos culturales (deportistas exitosos, empresarios triunfadores, gobernadores "intachables", entre otros) que derivan en el consumo de una serie de productos prediseñados, al igual que tantos y tantos discursos que manejan cuestiones relacionadas con la salud, la seguridad pública, la ilegalidad, el empleo, el deporte, etcétera.

Es a partir del consumidor de drogas que la persona deportista todavía adquiere mayor auge en nuestra estructura social; por medio de *lo nocivo*, lo saludable encuentra un camino más elevado, aun cuando nos encontramos que en la vida diaria existen personas que jamás han hecho uso de alcohol o cocaína y sin encontrar razón aparente, enferman o mueren irremediablemente como consecuencia de paros respiratorios, muy comunes en los consumidores de cocaína o de cirrosis, frecuentemente asociada a los bebedores de alcohol.

El consumidor de drogas ha sido dibujado por innumerables discursos que supuestamente tienen como intención erradicar su condición social, es decir, que tienen como principal motivo de existencia lograr *su reinserción* en los espacios que han dejado vacíos. Los enunciados en los que éste aparece dan muestra de un ser desprovisto de intereses socialmente valorados. Las personas consumidoras vienen a ser entre nosotros delincuentes en potencia que no tienen otra finalidad de existencia que no sea la de hacerse daño a sí mismos y a sus seres queridos. Básicamente aparecen como personas desobligadas de toda responsabilidad, como seres provenientes de familias desintegradas, como maridos golpeadores, como ladrones, como homicidas que no consienten la falta de su droga preferida, como sujetos carentes de afecto, como seres incapaces de amar y ser amados, en fin, aparecen ante nuestros ojos como pedazos de humanos que viven al margen de las leyes y valores sociales. Siendo con esto, entre otras tantas cosas, relegadas de los círculos productivos; el mercado laboral ve una amenaza a sus intereses en cuanto sabe de alguien que en su planta consume drogas.

De esta manera, el consumidor de drogas no sólo trata de ser fragmentado de una buena parte de los escenarios sociales comunes, sino aunado a ello, de sí mismo; la capacidad en cuestión de voluntad y actitud no son una característica que lo constituya según los saberes que los describen. La escisión que por medio de los discursos vive y ha vivido ha resultado más perjudicial que alentadora en muchos casos. No únicamente la marginación ha sido infructuosa en el sentido de elaborar una sociedad primariamente sana -si es que esa ha sido la intención alguna vez; sumado a lo anterior, se han extraviado innumerables vidas en la imposibilidad y las barreras erigidas que presuponen que estas personas son culpables de su propia condición y que a pesar de esto, paradójicamente son incapaces de cambiar por sí mismas. Creo yo que es necesario repensar a ese *drogadicto* del que nos hablan frecuentemente y también a aquel con el que nos encontramos en la vida diaria. Necesitamos conocer más de lo que sucede en la trayectoria de vida de éste; lo que piensa y lo que siente en ciertos momentos específicos, lo que hace y produce en determinados espacios; el complejo simbólico que parece atarlo a lo denominado frecuentemente como adicción, el mundo que construye como agente activo y los significados que abre en un círculo que parece cerrarse como consecuencia del dominio que el sistema procura ejercer mediante sus instituciones y aparatos de poder.

Uno de los principales motivos por el que creí conveniente realizar un trabajo de esta índole fue precisamente el de revelar ante los ojos de los demás aquello que en mi vida cotidiana yo veía como ordinario. El tener la oportunidad de conocer de cerca a estas personas me dio la ventaja de dudar de los enunciados que las describían. Crecer en un ambiente como en el que me desarrollé me permitió sopesar y equilibrar los demonios que los saberes especializados a veces creaban en sus conceptualizaciones. A través de mi trayectoria de vida me he visto vinculado con personas que hacen uso de drogas y que lo han venido haciendo desde hace décadas, sin ver necesariamente trazados aquellos objetos de estudio que la ciencia me presentaba en sus escritos. Cuando leía algo referente a un consumidor específico o más frecuentemente un estudio que generalizaba a *los drogadictos* en una condición homogénea, me daba cuenta de que la vida personal y los discursos no siempre encajaban; vislumbraba la distancia que entre uno y otro existía. Debido a esto, me fui acercando más detenidamente a los escenarios culturales en los que los acontecimientos se daban, a las personas que se encontraban en éstos y que independientemente de lo que los discursos puntualizaban, construían su historia de acuerdo a sus propias posibilidades.

El objetivo de mi estudio no es contrastar los enunciados teóricos con las prácticas sociales, no es poner a uno debajo del otro, ni mucho menos señalar que uno no sirve y que el otro es la verdad. Lo que me impulsó a realizar este trabajo fue la condición de señalar ese otro camino a explorar; aquel en el que las personas se encuentran diariamente; aquel en el que parecen ser ellas mismas los agentes en su cotidianidad; aquel en donde la práctica está más a la mano que el discurso especializado –el cual no necesariamente deja de ejercer fuerza sobre los participantes sociales- y en donde el significado es negociado más que asumido pasivamente. Y aun siendo así, tengo que mencionar que esa realidad que intento traducir por medio de mis observaciones y mis palabras no llega a ser fiel en su totalidad como primariamente hubiera deseado; el lenguaje como tal, es una herramienta en la interpretación de la realidad, pero no la realidad misma. Sin embargo, creo que he logrado acercarme más de lo que otros autores lo han hecho; mi trabajo no fue redactado en un ejercicio de escritorio, y aun pudiendo sostener que es parte de mi construcción subjetiva tengo que señalar que fue más allá; mi estudio siendo de carácter cualitativo me exigió introducirme en la esfera de los acontecimientos. El provenir de lo que hoy se convierte en mi objeto de estudio no significa que todo lo que en él sucede y ha sido construido sea de mi total y cabal comprensión, por consiguiente me he visto en la necesidad de explorar el plano simbólico en el que los días se

construyen uno a uno, aquel en donde la mirada, la conversación, el saludo y la reflexión de la trayectoria de vida no surgen de una entrevista artificial, sino más bien de la escena particular de la práctica misma.

A lo largo del capítulo I se plantea la cuestión del poder e influencia que el saber médico, principalmente, ha tenido en la concepción que las personas tienen entre sí y de sí mismas. Se sitúa el conocimiento que de la ciencia médica ha resultado a lo largo del desarrollo científico como uno de los ejes principales que ha dado lugar a unas técnicas normativas y clasificatorias que diferencian a los participantes sociales a lo largo de la historia. Entre dichos participantes se subraya a los consumidores de droga, los cuales son colocados en muchos de los estudios científicos actuales como objetos de investigación que responden a expectativas que son creadas desde otros ámbitos ajenos a los que aquellos se encuentran. Dando como resultado una serie de conceptualizaciones que en muchas de las ocasiones no encaja con la realidad de los involucrados. No obstante, se describe a un participante específico que viene a convertirse en un agente en su cotidianidad y no en un simple y acabado sujeto pasivo que no cuenta con la oportunidad de una significación y elaboración psicológica inmediata. De esto último, se expone *la tiendita* como una construcción cultural que es el resultado de la edificación simbólica y activa que los participantes de la estructura social pueden llegar a realizar mediante los elementos que ésta les otorga y, que a su vez, pone a su disposición.

En el capítulo II se realiza una aproximación a la comunidad de práctica en la que se enfocó la presente investigación. Se puntualiza uno de sus aspectos principales: la ilegalidad de la práctica que cohesionan a los integrantes de la comunidad, la cual tiene que ver básicamente con elementos periféricos e inseparables de la práctica misma. Finalmente se enumeran algunas de las cuestiones metodológicas más relevantes que permitieron, o en su defecto, limitaron el reciente estudio.

En el capítulo III se lleva a cabo una exploración más detenida de la comunidad de práctica a la que se denomina arbitrariamente "La comunidad de la droga". Además de la exposición de sus principales características, se realiza una categorización de unas estrategias de participación que son el resultado de la trayectoria de vida de los integrantes de ésta y de las relaciones que se han ido entretejiendo entre la comunidad en cuestión y otras que le son más o menos inmediatas. Dicha

exposición es apuntalada por una investigación de carácter cualitativo, que mediante registros y observaciones describe la dinámica de participación que los integrantes de la comunidad realizan en su vida cotidiana y en donde la compra-venta de cocaína es la principal fuente de cohesión entre ellos.

Por último, en el capítulo IV se realiza un análisis entre los principales elementos de la comunidad y la identidad de los participantes. Se manifiestan los artefactos, el lenguaje y la identidad de los participantes como una triada que da una cara particular tanto a la comunidad en general como a los participantes que la integran. De lo anterior resultan dos tipos de participantes específicos de la comunidad y además de ello, se vislumbra otro participante que no ha sido atendido más allá de la nota periodística y la crónica roja. Posteriormente se exponen las consideraciones finales, que más que eso, pretenden ser el principio de una serie de estudios que enriquezcan más el conocimiento y comprensión que de nuestra cultura y determinadas prácticas tenemos.

CAPITULO I LAS COSTUMBRES Y LOS SABERES: EL ENUNCIADO MEDICO COMO INICIO Y SIMBOLO DIVISORIO

Los peligros para las libertades no se deben solamente al carácter “represivo” que pueden tomar ciertos heterocontroles. Las presiones ejercidas por el vecindario, el medio laboral, la buena gente, etcétera, es decir lo que hemos llamado los controles sociales, pueden ser despiadados y hundir al toxicómano en el pozo de la exclusión.
Francois- Rodolphe Ingold

Nuestra estructura social se halla constituida por una serie de elementos que le dan diversas características particulares a lo largo de la historia. Y a pesar de que dicha estructura está conformada por instituciones que casi siempre son las mismas, eso no da por supuesto que la manera como éstas se relacionan sea igual en los distintos momentos histórico-sociales en los que se cruzan. Pero aún así, aquellas se encuentran más o menos definidas y legitimadas de acuerdo a lo que las diferentes etapas históricas demandan; el modo como sus miembros se relacionan no únicamente depende de cómo éstos establecen vínculos intersubjetivos en los espacios en los que constantemente se encuentran participando ni tampoco por estar ubicados en escenarios socioculturales específicos en un tiempo dado. Aunado a esto, damos cuenta de que las personas también se relacionan debido a la forma como se conciben unas a otras a partir de discursos que son creados desde otros ámbitos ajenos a los terrenos participativos. En este sentido, los saberes especializados juegan un papel por demás importante. No sólo han sido desarrollados para explicar el mundo en el que el ser humano se encuentra; existe una etapa de nuestra historia en la que *el hombre* mismo es considerado un nuevo mundo a explorar. Este, al igual que ha hecho del mundo y la naturaleza un objeto de estudio, también se ha ubicado a sí mismo en el lugar en donde las interrogaciones y las elucidaciones se entretajan para dar referencia de cualquier cantidad de eventos o situaciones que le acontecen. De ahí que hayan nacido una multitud de disciplinas, las llamadas ciencias humanas, las cuales se han encargado de definir y explicar los innumerables fenómenos que ocurren en torno a las personas como geografía biológica, a la sociedad que éstas han ido construyendo a lo largo de los siglos y a la relación que entre ambas se da. Existen autores que han considerado la importancia de esto en sus estudios para hacer un recuento tanto antropológico como filosófico acerca de la concepción que el ser humano ha ido construyendo de sí a partir de los saberes en los que históricamente se ha apoyado. Foucault señala en más de una ocasión a lo largo de su obra que gran parte de las relaciones humanas se hallan bajo el poder de los discursos que desde el seno científico se confeccionan:

"... el hombre no existía (como tampoco la vida, el lenguaje y el trabajo); y las ciencias humanas no aparecieron hasta que, bajo el efecto de algún racionalismo presionante, de algún problema científico no resuelto, de algún interés práctico, se decidió hacer pasar al hombre (a querer o no y con un éxito mayor o menor) al lado de los objetos científicos... a la vez como aquello que hay que pensar y aquello que hay que saber" (2001, p. 334).

Tomando a la medicina como una de las disciplinas científicas más antiguas, tenemos que señalar el papel fundamental que ha tenido no sólo en las relaciones que entre las personas se han establecido en la sociedad, sino además de ello, en la relación que éstas tienen consigo mismas. Efectivamente, el saber médico ha creado una manera muy particular de concebir al hombre y el mundo en el que éste se encuentra. Sólo basta mencionar que argumentó y fortaleció entre otras tantas cosas, la dicotomía salud-enfermedad que desde tiempos antiguos ya comenzaba a imperar en las sociedades precientíficas (Encarta, 2004). Sin embargo, lo que en este caso interesa distinguir es que siendo ésta una de las ramas doctas primarias coadyuvó a la construcción del concepto mismo de **hombre**. Cosa que tuvo derivaciones más extensas que las meramente sanitarias; las relaciones sociales igualmente se vieron afectadas por enunciados que diseñaban la forma como las personas debían agruparse a lo largo y ancho de la sociedad. Es decir, la salud, en términos físicos y biológicos, no era para los médicos lo único importante en siglos pasados, sino junto con ello, el espacio que las personas ocupaban. En este sentido, es el mismo Foucault quien señala que el saber sociológico no debe buscar sus raíces sino en los argumentos que los médicos fueron creando en siglos pasados, dando por sentado el impacto que éstos han tenido como *autoridad* en la vida social:

"Los médicos eran entonces en cierta medida especialistas del espacio. Planteaban cuatro problemas fundamentales: *el de los emplazamientos* (climas regionales, naturaleza de los suelos, humedad y sequedad: bajo el nombre de "constitución", estudiaban la combinación de los determinantes locales y de las variaciones de estación que favorecen en un momento dado un determinado tipo de enfermedad); *el de las coexistencias* (ya sea de los hombres entre sí: densidad y proximidad; ya sea de los hombres y las cosas: aguas, alcantarillado, ventilación; ya sea de los hombres y los animales: mataderos, establos; ya sea de los hombres y los muertos: cementerios); *el de las residencias* (hábitat, urbanismo); *el de los desplazamientos* (emigración de los hombres, propagación de las enfermedades). Los médicos han sido con los militares, los primeros gestores del espacio colectivo" (1980, p.4).

Cabe recalcar que lo anterior no pudo haberse dado sin el apoyo de los discursos que desde el mismo seno médico fueron creados. Para cada uno de los problemas que este saber planteaba, creaba un orden de enunciados en los que se apoyaba. De tal forma que tanto los supuestos problemas que eran definidos por estos profesionales así como la manera en que éstos debían ser resueltos, eran legitimados ante los diferentes sectores sociales en base a las instituciones que poco a poco iban apareciendo. Por lo tanto, dichos discursos han tenido no solamente un efecto vertical en la sociedad; no sólo eran y han sido portados por los profesionales de la medicina en este sentido, asimismo han traído consecuencias que transversalmente han vinculado a los integrantes de las distintas sociedades en la historia. Las personas, en cierta forma hemos sido *individuadas* por los saberes especializados al grado de que cotidianamente hablamos la voz de éstos. Lo que frecuentemente pensamos de los demás y de nosotros mismos en tanto cuerpos físicos, proviene en muchos sentidos del pensamiento médico; sabernos personas productivas conlleva a asumirnos como *estar sanos*.

Tratando de ser un poco más precisos en lo anterior, tenemos que puntualizar un acontecimiento que ya desde hace muchos años se ha venido viendo en nuestra sociedad. En la actualidad es tan usual, el que las personas desde que ingresamos a las instituciones educativas, digamos, a la educación primaria, comprobemos mediante el certificado médico nuestras capacidades para participar en el proceso enseñanza-aprendizaje, que prácticamente forma parte de nuestro sentido común por encontrarse ya institucionalizado como un proceso social. Al respecto, existen quienes han reparado en lo anterior y haciendo un análisis de ello, llegan a la conclusión de que además es una forma de ejercer control sobre los integrantes de la sociedad:

“Todas las formas de asistencia pública alcanzan su más amplia configuración institucionalizada en el momento en que se separa lo *productivo* de lo *no productivo*. Efectivamente, la relación ya no se da entre el hombre y la sociedad, sino entre el hombre y la producción, lo que acarrea un nuevo uso discriminante de cada elemento –anormalidad, enfermedad, desviación, -etcétera- que pueda constituir un estorbo para el desarrollo productivo” (Basaglia, 1973, p. 19).

De tal forma que la salud de una persona no sólo es vista en términos concretamente médicos o de prevención social, sino que además de ello se convierte en la viva muestra de la capacidad que en el sistema económico puede llegar a tener. Capacidad que como bien sabemos no siempre corresponde a los intereses de los trabajadores, ¿acaso es fortuito que los sistemas de salud y de producción caminen de la mano? La salud del hombre no únicamente corresponde a la vitalidad

biológica que física u orgánicamente presente; ésta también se halla circunscrita a un modelo social ampliamente ligado al sistema económico que rija las relaciones de intercambio que entre las personas puedan advertirse. De ahí que se llega a hablar de una biopolítica y una anatomopolítica que sitúan a las personas en todo un complejo entramado de relaciones de poder a las que inevitablemente se pertenece (Foucault, citado en Deleuze, 1986) y de las cuales se desprende un mecanismo de subjetivación que las personas hemos hecho en nuestras actividades cotidianas. De tal suerte que la perspectiva médica no se reduzca a un simple indicador de nuestro estado físico como personas; aquella supedita incluso las relaciones sociales en las que nos vemos inmersos diariamente. El hablar médico va más allá de los labios y el pensar del profesional difuminándose en los legos y en las conversaciones informales a modo de punto de vista ocasional que paradójicamente siempre se renueva y estabiliza en los lazos que los participantes tienen en sus prácticas. La mirada del médico no queda confinada al diálogo que con el paciente se establece, sino que atraviesa el tiempo y el espacio a modo de verdad que reverbera más allá de las presencias y las palabras.

Haciendo un pequeño alto, creo que es necesario señalar que retomo a la ciencia médica como punto de este pequeño análisis debido a que la considero la más fuerte de las existentes en cuanto al poder normativo que en la sociedad ejerce, además de que siendo el caso de haberse dedicado en sus primeras fases de desarrollo teórico a lo relativo a *las coexistencias* señaladas por Foucault así como a lo referente a *las residencias*, puntualizo que gracias a este tipo de conceptualizaciones, las personas hemos aprendido a vernos en relación con los demás de una manera muy peculiar y a diseñar los espacios que de una u otra forma mantienen una línea divisoria entre aquellos que en nuestro grupo social son denominados *sanos* o *enfermos*. Es decir, lo que se retoma de este planteamiento es precisamente la cuestión concerniente al sistema de relaciones que entre las personas tenemos a partir de ciertos discursos y conceptualizaciones teóricas especializadas, así como a lo que de ello surge, o sea, el modo en que diseñamos instituciones que nos permiten someter a su juicio nuestra *interioridad* y que fungen a razón de parámetro para nuestra propia exclusión, tratamiento o reclusión (Valdivia, 2004). Sin embargo, creo que otras ciencias realizan un papel similar, tal es el caso de las ciencias jurídicas e incluso las psicológicas. De hecho, es a condición del entrecruce de los enunciados que estas ciencias construyen en ciertos estratos históricos que son edificadas las normas que regulan nuestras relaciones como personas.

Ahora bien, dicho lo anterior tenemos que mencionar que es a modo de verdad que las instituciones utilizan lo que los saberes construyen en torno a sus objetos de estudio. Garibay (2000), haciendo una lectura de Foucault, señala que los discursos que se producen en forma institucionalizada se caracterizan por adquirir la función de *verdad* que termina siendo aceptada por la sociedad. Manifestando que lo que ellos crean alrededor del hombre termina por organizar y categorizar las relaciones en las que éste se ve. Añadiendo que es el discurso quien procura la legitimación del poder, el cual a su vez institucionaliza al saber. Y es así que si tomamos en consideración la triangulación que el saber, la verdad y las instituciones han establecido en nuestras relaciones sociales, debemos dar cabida a los objetos de estudio en los que basan primordialmente sus conceptualizaciones; la relación que estos elementos tienen gira en base a entidades concretas que bien pueden ser definidas y descritas tanto en sus aspectos constitutivos como en el rumbo que pueden llegar a tener.

Una de estas entidades somos precisamente nosotros como personas. En nuestro cuerpo como en los constructos intangibles que lo complementan, ya estemos hablando de alma, psique o espíritu, se encuentran vertidos una infinidad de enunciados procedentes de los saberes especializados que se han dedicado a su estudio. El *hombre* a pesar de ser relativamente joven como construcción científica, ha sido marcado constantemente por lo que dichos saberes han expuesto. Históricamente hemos pasado por la locura, la herejía, la brujería hasta llegar a lo que actualmente conocemos como enfermedad. Es decir, nos hemos puesto bajo la mirada de la Naturaleza y sus desviaciones, así como bajo el poder de Dios y otras deidades para terminar bajo el umbral de la Sociedad y sus instituciones (Araujo, 2000), o sea bajo el poder y el ojo del hombre mismo. Claro está que estos caminos no son mutuamente excluyentes de una manera imperiosa, ni tampoco la existencia de uno erradica a los otros. Lo importante aquí es que en este último lapso de nuestro trayecto, que la ciencia y sus especializaciones han tomado una posición primordial de lo que ocurre tanto con las personas como con las relaciones que entre éstas se dan. Hay quienes sostienen mediante sus teorías y argumentos que el hombre no pasa de ser un *sujeto* de los discursos que muy poco o nada tiene que hacer con respecto a su supuesto libre albedrío, a la voluntad y más generalmente en lo concerniente a la llamada *libertad*. Los modelos estructuralistas son básicamente los principales en apoyar esta idea, que siendo cierta o no, sitúa al ser humano más como un producto de sus acontecimientos que un productor de éstos.

Aprovechando este momento, quiero recalcar nuevamente que aunque en las páginas precedentes he situado a la persona en cierto sentido en una posición determinista no quiero decir que lo considere como algo inalterable e inquebrantable. El que señale el poder que los discursos tienen en la vida de las personas no significa que acepte la omnipotencia plena de aquellos. Parto de que la concepción que tenemos de nosotros mismos así como de los demás viene en gran parte de unos discursos preexistentes y ya establecidos en nuestro sistema social, sin embargo, deseo dejar en claro como ya mencioné anteriormente que en los escenarios socioculturales es en donde dichas disertaciones y saberes especializados son re-significados y re-situados de acuerdo a lo que las prácticas específicas de éstos demandan. Es decir, siguiendo un poco el pensamiento de Giddens (1987), me resta pensar también a la persona como un agente de sus acontecimientos, aun en el momento mismo en que ésta se apropia de o asume un discurso que puede ser o no ajeno a su experiencia. Parafraseando a Derrida (1980), quedaría pensar en un proceso de *deconstrucción* que la persona lleva a cabo en su trayectoria de vida de acuerdo a sus propias experiencias. Lo que otorgaría como resultado que los participantes también jueguen un papel activo en las circunstancias y devenires de su vida cotidiana. El discurso y el saber especializado aún teniendo una fuerza y un poder indiscutibles pueden tropezar con unos procesos en donde sus significados y conceptualizaciones llegan a ser re-situados acorde a la experiencia de los participantes sociales.

Regresando a nuestro punto de interés y tratando de contextualizar mi objeto de estudio, queda decir que una vez retomado lo que en otros tiempos fueron el loco, las brujas, los herejes y los expósitos han salido a la luz pública moderna *los drogadictos*. De hecho, si seguimos el planteamiento de Foucault estos últimos no habrían existido en el pasado, sino que son específicos de una época en la que se les ubica de acuerdo con una red de significados e instituciones. Antes había personas que consumían ciertas sustancias que no estaban necesariamente inscritas en el discurso de "ilegales". En *los drogadictos* se ha concentrado gran parte de los estudios actuales que se realizan en cuanto a algunos miembros específicos de la sociedad. Araujo sostiene que es "el adicto, (quien) ocupa el lugar del expósito... signo cuyo estigma han portado todos los proscritos a lo largo de la historia: las brujas, los locos, los herejes..." (2000, p. 81).

A esto sólo me restaría añadir el papel que la ciencia médica ha ejercido. Porque es a través de su lenguaje, renovado en los discursos psiquiátricos, que se ha impuesto la legitimización de su poder normativo sobre las cosas que han de ser consideradas sanas y puras, en contraste con las que

no lo son. Considero que es con la plataforma discursiva que este saber ha ido construyendo que una buena parte de los acontecimientos sociales han sido abordados. Sólo recordemos que es desde hace pocos años que el consumo de drogas, antes el alcohol que la cocaína por ejemplo, es encuadrado dentro de un esquema que responde al título *enfermedad*. Pero evidentemente no sólo la medicina se ha dedicado a la delimitación de las problemáticas actuales; es también con el desarrollo de la psicología como ciencia propiamente dicha, así como con la afinación del lenguaje jurídico y los métodos estadísticos que ciertos personajes históricos han adquirido relevancia. Este es justamente el caso del consumidor de drogas, quien a lo largo de las últimas décadas constantemente ha sido referido mediante diversos términos y definiciones que hablan más de esa realidad creada conceptualmente y menos de lo que de una forma situada vive quien hace uso de éstas. No obstante, pienso que el uso de dichas definiciones no puede ser simplemente visto como algo malévolo o innecesario, supongo que precisamente entre los avances de la ciencia tenemos que reiterar la creación de sus herramientas mediante el lenguaje mismo. En todo caso, si existiera algo que reclamar en ello, sería el uso político que se le da a dichos conceptos y no la simple y llana existencia de éstos. Tratando de dar una explicación en cuanto a la relación que entre algunos conceptos existentes y las personas en los que éstos se acuñan, hablando de quienes hacen uso de drogas, algunos investigadores llegan a la siguiente aclaración:

“Sin definiciones, el médico clínico no podría resumir sus hallazgos y signos que señalan la mejoría de una persona, con algún tratamiento en particular; sin definiciones que diferencien un *caso clínico* de otro que no lo es, los investigadores no podrían estudiar las características biológicas y psicológicas de un síndrome y por lo tanto no podrían señalar sus causas y sus efectos... A pesar de la importancia del problema, los expertos se topan con obstáculos al intentar ponerse de acuerdo. Existía tanta confusión acerca del significado de los términos *vicio* y *hábito* que una Comisión de Expertos de la Organización Mundial de la Salud abandonó ambos términos en 1965, y adoptó otro un poco más neutral: *fármacodependencia...*” (Jaffe, 1980, p. 8).

Pero aún así, desgraciadamente mucho de lo que se ha venido diciendo de las personas que consumen cualquier tipo de drogas, independientemente del término que las refiera, ha dejado de lado aspectos tan importantes como los relativos a los experienciales; aquellos que dan cabida al sentido y significado que en un momento determinado tiene el consumo mismo. El consumidor de drogas ha tratado de ser escindido y aislado de la estructura social debido a la tradición que los saberes han

retomado esencialmente de la ciencia médica, la cual por medio de su dominación, tal como lo apunta Araujo es que ha desechado toda subjetividad:

“Así, a la enfermedad se le domina en el campo práctico de la técnica médica, pero se le desconoce en el terreno de la complejidad cultural” (2000, p. 85).

Acotación por demás interesante, puesto que son pocos o nulos los estudios en donde la palabra del consumidor de drogas se hace patente. Ésta queda neutralizada si no es que eliminada por medio de los discursos con los que se ha venido constituyendo. Posiblemente esto se deba a que una buena cantidad de lo que se enuncia de estas personas proviene de la mirada institucional, ya sea médica, ya sea jurídica; hoy por hoy para estas *personalidades* se han diseñado espacios específicos en los que aparentemente *la rehabilitación* es un punto de trascendental importancia. Y es por ello mismo que lo que se habla no es sino lo que la voz institucionalizada deja oír. Los llamados *anexos* aun siendo una alternativa que en algunos casos los mismos consumidores han ido implementado a lo largo y ancho de la sociedad como respuesta a factores tales como los altos costos de los programas de rehabilitación así como a los pocos espacios que los sistemas de salud pública les ofrecen, han incorporado a sus modelos unas técnicas y procedimientos que no escapan de los ya nombrados médico-psiquiátricos. Únicamente citemos los acontecimientos que han mostrado los viles tratos y las precarias condiciones de hacinamiento que los medios masivos de comunicación exponen en sus fugaces notas¹.

Con el fin de evidenciar lo quebrantable que puede llegar a ser el sistema médico y los equívocos que sus conceptualizaciones contienen, recordemos fundamentalmente el caso de las personas esquizofrénicas a lo largo de los años y el movimiento que la denominada *antipsiquiatría* realizó para desembarazarse de los postulados que el dominio médico ejercía. El carácter netamente orgánico que se le daba a esta enfermedad todavía a mediados del siglo pasado impulsó a una buena cantidad de profesionales a tomar en consideración los aspectos sociales que se relacionaban y que de una u otra manera contribuían a su desarrollo (R. D. Laing y A. Esterson, 1967). Sobre todo aquellos que se desenvolvían en el sistema familiar y que de tantas maneras eran los más próximos a esas personas. Dando como resultado una reestructuración del gobierno psiquiátrico y algunos postulados

¹ Rehabilitación *marca diablo*: Golpes y amenazas es lo que reciben los que intentan recuperarse de sus vicios en el llamado “albergue mortal”. A. Jordá, *El grafico*, 29 de agosto de 2002, p.34. Estas notas abundan en la escena periodística en donde se ponen en tela de juicio *los tratos humanos* que se presentan como alternativa para los consumidores de drogas.

en sus modelos teóricos, así como una desmitificación de los beneficios que contraía la reclusión, que si bien continúa en nuestro sistema de relaciones, al menos ha perdido aparentemente cierto poder ante las nuevas formas de atención que han ido surgiendo (Salvat, 1973). Por su parte, pero siguiendo la misma línea que los autores anteriores y motivado precisamente a romper el cerco que impide ver lo poco benéfica que resultan muchas veces las instituciones de salud mental, Rosenhan (1988) a través de una investigación realizada en varias instituciones psiquiátricas pudo poner en relieve que éstas, con sus modelos de intervención, acarreaban situaciones de despersonalización en las personas que pasaban por internamientos; además de poner en evidencia las realidades que los diagnósticos y los procedimientos psiquiátricos llegan a crear por medio de los símbolos y el lenguaje que manejan, así como el uso de categorías y etiquetas que por siempre marcan a los sujetos que pasan por un encierro. El autor aclara que:

“... no es extraño que el diagnóstico actúe sobre todos ellos (paciente, familiares y conocidos) como una profecía que se autocomple. Finalmente, el paciente mismo acepta el diagnóstico, con todas las implicancias y expectativas adicionales y se comporta correspondientemente” (1988, p. 108).

Aunque no presenté totalmente el caso específico del consumidor de drogas en estas últimas líneas, me parece que éste no dista mucho de lo expuesto, ya que siendo el estigma de la verdad científica el que de una u otra forma erige cierta condición en la vida personal y familiar de quien presenta una participación considerada como una *enfermedad*, se tiene que realzar esa realidad que es creada más en el discurso especializado que la que día a día se construye por los actores en sus prácticas cotidianas. Indiferentemente si los saberes se vierten sobre la participación de un esquizofrénico, de *un alcohólico* o de *un drogadicto*, queda apuntar que las capacidades con las que en los escenarios socioculturales éstos se desenvuelven, muchas veces quedan a la deriva o son prácticamente ignoradas debido a los prejuicios y adjetivaciones que provienen de otros quehaceres humanos. En la mayoría de los casos en donde existe un *nombre* dado para alguna participación por específica que ésta sea, la trayectoria de vida personal es acomodada a eso que precisamente se dice como verdad. No obstante que las personas cuentan con capacidades de resignificación y reflexión, podemos ver que no hacen falta los grandes muros arquitectónicos y los largos pabellones para que la mirada médica, pero sobre todo la especializada, se extienda en el tiempo y el espacio. Porque no es tanto la cárcel que recluye a los cuerpos, sino la fuerza del enunciado que intenta ejercer dominio en cualquier lugar.

*

El rodeo que en las páginas precedentes hemos podido llevar a cabo, nos permite ver entre otras cosas, que el saber médico así como ha tenido una enorme influencia en la manera como nos relacionamos las personas en la cotidianidad y en la forma como nos agrupamos mediante las instituciones que hacen de sus conceptualizaciones *una verdad*, nos da la oportunidad de señalar implícitamente que dicho saber no es incuestionable y sobre todo que no contiene en todos los casos ni la explicación ni la solución para las problemáticas que a través de sus constructos él mismo crea. A continuación trato de puntualizar un poco más detenidamente el caso específico del consumidor de drogas; lo que se dice de él y la manera como es referido en los discursos dominantes. Sin tener como una necesidad elemental hacer énfasis en lo que ya tantos y tantos autores han señalado en sus estudios y que muestran estar dedicados menos al estudio del consumo de drogas en escenarios específicos y más a la repetición de un supuesto conocimiento que *congela y solidifica* la trayectoria de las personas mediante conceptos y enunciados que hablan quizá de todo, pero que del proceso experiencial parecen no tomar mucha consideración. Asimismo describo en el siguiente apartado al consumidor del cual partimos en la presente investigación y al que indudablemente he tenido oportunidad de conocer a través de mi propia trayectoria de vida personal. Lo cual nos servirá como base para lo que más adelante se tiene como intención: Realizar una aproximación al proceso que el mismo consumidor llega a desarrollar a través del tiempo y los escenarios en los que se desenvuelve diariamente.

1.1 Sobre unos participantes específicos en nuestra sociedad: Los drogadictos como carne de cañón

No sólo se trata de abrir las cosas para inducir enunciados,
ni de abrir las palabras para canalizar visibilidades,
sino también de hacer brotar y proliferar los enunciados,
en virtud de su espontaneidad,
de tal manera que ejerzan sobre lo visible una determinación infinita.
Michel Foucault

Una de las costumbres que tienen los saberes especializados es definir a las personas que nos encontramos a lo largo y ancho de la sociedad de acuerdo a las prácticas en las que participamos. Como actores sociales estamos más o menos identificados unos respecto de los otros. Nuestras actividades, tradiciones, culturas, ideas y prácticas sociales entre otras cosas, devienen en una clasificación que las instituciones sustentan por medio de los discursos que abundan en el medio

social. Sin embargo, existen actores o participantes sociales que sobresalen por encima de los demás. En este sentido, los consumidores de drogas juegan un papel por demás interesante. En el apartado anterior hice mención de que ellos han venido a ocupar, de acuerdo a la perspectiva de algunos autores, la posición que en otros tiempos tuvieron el loco, las brujas, los herejes, etcétera. Y aunque tiene visos de verdad, no niego que también ellos han contribuido en muchos aspectos a estar en el lugar que se hallan. Es decir, no han sido siempre unos *sujetos pasivos* que han quedado al borde de las circunstancias que los saberes especializados han tratado de imponer mediante sus enunciaciones.

Del consumidor de drogas tenemos muchas referencias, me limitaré a denotar principalmente dos: la que viene de los discursos diseñados en el seno científico, es decir, la que pregonan médicos, psicólogos, comunicadores, juristas y muchos más; y por otro lado, la que se construye en los escenarios socioculturales cotidianos. Pese a la interconexión que ambas pudieran llegar a presentar en la sociedad, tenemos que apuntar que la primera domina a la otra. Ciertamente es que el saber científico sobrepasa en muchos sentidos al que es creado en las prácticas colectivas. Esto ya lo había señalado: gran parte de nuestras relaciones se hallan dominadas e influenciadas por aquello que desde otros ámbitos es puntualizado. Es por ello que vemos que la voz de los médicos también es parte de nuestro hablar comunitario. De esto último hay que rescatar que en el caso específico del consumidor de drogas diariamente nos encontramos más con la imagen que los saberes especializados nos entregan que con lo que personalmente observamos. Siendo así, es que los saberes actúan como un visor que nos permite leer la realidad en la que estamos.

Mediante las lecturas que a lo largo de esta investigación pude ir realizando, constaté a unas personalidades que parecían cumplir más una función social que vivir un proceso experiencial. La mayoría de las veces me encontré con enunciados que prácticamente cristalizaban a los consumidores de drogas (Aguirre, B. R., 1997; González de Rivera, J., 1993). Estos aparecen en las páginas de mis lecturas como generalizados, como un grupo de personas homogéneas que tanto carecen de nombre propio como de elementos diferenciales entre sí. Si se hace explícito el nombre de un consumidor, éste conlleva a designar a los demás. Ser un consumidor de cocaína representa ser igual a muchísimos otros más. Este es uno de los resultados que parten de los estudios cuantitativos; los métodos

estadísticos se apoderan de la experiencia para difuminarla como una norma, más bien como una *moda*² (Berenzon, S y Medina-Mora, M., 1996; 1993).

De una persona que consume cocaína se hace referencia a un *cocainómano*, como si no hubiera más en ésta, como si realmente toda su condición social, psicológica y física fuera esa. Como si no existiera otra posibilidad o alternativa que le permitiera, si es que ese fuera el caso, encontrarse entre los demás y verse a sí mismo de una manera diferente. Al respecto y siguiendo el pensamiento de quienes exponen a las personas como un producto de unos acontecimientos sociales más generales, ¿no también sería viable pensar a la sociedad como productora de unos discursos que cuelan a sus miembros como parte de un proceso de continuidad y permanencia? Siendo este el caso, tendríamos que pensar a las personas y actores sociales que se convierten o son convertidos como *los chicos malos* a condición de sostener unos *buenos*. K. Gergen (1996) hace más o menos el señalamiento con respecto a los paradigmas que ejercen un dominio tanto en los ámbitos científicos como no científicos argumentando que cumplen una doble función, es decir, primordialmente ponen en relieve lo que defienden a través de una serie de enunciados e implícitamente, manifiestan aquello que no concuerda con sus preceptos. Por ejemplo, con la objetivación que los discursos hacen de la persona *sana* y la institucionalización de ésta, se establecen límites en y con el grueso de la población. Al decir lo que es *sano* tácitamente se dice lo que *no es*, y viceversa: ¿acaso no es este un sutil ejercicio de poder? Por lo tanto, me apoyo en recalcar que es a través del uso de etiquetas que se despersonaliza la trayectoria de vida, se realiza un secuestro de la experiencia tal como Giddens lo señala (1995). Desconozco si ese es el propósito que impulsa a quienes hacen uso de las adjetivaciones, sin embargo pienso que irremediablemente nos llevan a lo mencionado. A partir de una etiqueta se hace referencia a todo un imaginario social; cuando se dice algo acerca de una persona que consume alguna droga se despierta todo un mecanismo de expectativas e incertidumbres. Se espera algo que va más allá de lo presente, es por eso que en el consumidor de drogas se asoman los ardidés de la delincuencia y el peligro; a éste “se le imputan violencias, delitos, asesinatos, robos, riesgos, amenazas, miedo, temor, etcétera, emociones colectivas que nada tienen que ver...” (Araujo, 2000, p. 82)

El consumidor de drogas en nuestra sociedad no sólo carga con el peso que la adicción simbólica más que física, pudiera llegar a tener, sino además con el bulto que corresponde a otro tipo

² Haciendo alusión más al uso que los mismos métodos cuantitativos utilizan para hacer referencia a una constante en una población determinada.

de prácticas que bien le pueden resultar impropias. Cuando una persona es identificada por los demás como consumidora se desprende todo un dispositivo de miradas y enunciados que no solamente lo posicionan como tal; paralelamente lo ubican en una maquinaria de prácticas sociales que son consideradas como una amenaza para el bienestar colectivo. Pareciera que ésta es precisamente una de las causas que hacen de un miembro familiar un desconsuelo o una vergüenza para la casa entera; no únicamente se ve relacionada con *un adicto* sino además de ello, con un delincuente o un futuro malhechor. El entrecruce de los saberes termina haciendo de una persona un foco de infección. Ya no sólo es el consumidor el objeto de estudio; lo es también el infante que desciende de una familia desintegrada, el producto de la violencia intrafamiliar, el hijo de una madre o un padre *drogadictos*, el joven ladrón que acecha a sus vecinos, el futuro homicida que no tarda en ver arrebatada su voluntad, si es que algún día la tuvo, por la necesidad de *la droga maldita*.

Los estudios que se han enfocado hacia este tema tan imperante en la actualidad están cargados de consideraciones por demás pretenciosas gran parte de las veces. Hacen de un determinado número de hallazgos, tomando la opción de que esto sucede, una verdad. Se instauran como ley ante la sociedad, se revelan ante nosotros como arquetipos acabados. En sus enunciados se manifiesta la solidez del poder médico-psiquiátrico que no cede terreno ante una realidad más que evidente; el desconocimiento de los acontecimientos tangibles o culturales es común en *el enfoque del doctor*. Simplemente basta que la persona se vea a sí misma como *un paciente* para que el médico señale las condiciones de su realidad, para que le muestre el camino por el que prontamente andará y sentencie un futuro cargado de malestares en los que bien podrá o no encontrarse. La complejidad cultural y simbólica queda aparte en muchos discursos, no tiene o no se ha querido que tenga el valor que realmente presenta. Del consumidor de drogas se dice bastante, se le asignan palabras, sentimientos, actitudes, comportamientos, valores y prácticas; pero casi siempre desde los labios ajenos, desde la mirada que no asiente sino su propia ley. Curiosamente son personalidades satanizadas que no tienen voz y que cuando llegan a adquirirla, aunque sea por segundos, siempre es bajo el grito de un poder que los habla y las posiciona precisamente ahí en donde se quiere que aparezcan. Foucault hace un señalamiento sobre esas *vidaspoemas* que desde "La nave de los locos" han presentado determinadas personas en la sociedad, de *Los hombres infames* nos dice:

"Es un hombre cualquiera llevado a la luz porque ha sido captado en su vociferaciones: en consecuencia, él, entre la vida y la muerte, no es nada más que ese débil resplandor que le dan las

relaciones de fuerza, no es nada más que el surgimiento de un estilo de vida simultáneamente rechazado por el poder y llevado a decirse por él" (citado en Farge, 1996, p 59).

En las palabras del filósofo francés queda claro que algunos participantes sociales son rechazados como consecuencia de la relación que con diferentes fuerzas mantienen, en este caso, podríamos sostener que a partir de ciertos discursos. Lo cual no queda en una simple repelencia de los otros ante uno como participante específico, sino que de igual forma de uno con(tra) uno mismo desde el momento exacto en que nos vemos en la circunstancia de sabernos lo que somos. La ley *me habla* sostenía Rosseau. Así es que el consumidor de drogas, situándolo en esta posición *diferenciada* en la sociedad, no únicamente su halla en la condición de lo que se dice de él en los saberes especializados y quienes adoptan las ideas de éstos; aunado a eso, se encuentra en algunos casos en el hecho de decirse a sí mismo desde otro lugar que no sea la experiencia meramente personal.

Las personas aparecemos en los discursos dominantes como acabados en ciertos aspectos de nuestra existencia; somos hipertensos o padecemos de alguna enfermedad que no sólo define nuestro cuerpo sino también nuestras relaciones sociales. Menciono todo esto porque es importante en el sentido de contextualizar al consumidor de drogas en un plano específico. Y es precisamente en conceptos que surgen de los saberes especializados sobre los que se apoya todo un bagaje discursivo que posiciona en lugares específicos y cristalizadores a los consumidores de droga. Un ejemplo de ello es el uso del término *personalidad*, de la que se dice que es la "muestra de una organización más o menos estable y duradera del carácter, temperamento, intelecto y físico de una persona, que determina su adaptación única al ambiente" (Enciclopedia de Psicología, 2000). Se dice que todas las personas tenemos una personalidad y que la gran mayoría de las veces es inalterable. La personalidad es algo con lo que aprendemos a vivir y también a morir; ésta o bien se convierte en justificación, o bien en redención. Basta recordar los enunciados que los consumidores de drogas subjetivan cuando pasan por un internamiento: "*sé que nunca dejaré de ser un drogadicto, pero también sé que el día en que muera no estaré drogado*³". Y es en esta materia que hablaríamos de una "personalidad adictiva".

Hace poco tiempo nos enteramos en mi familia de la muerte de un conocido de muchos años, de quien sabíamos que gran parte de su vida había hecho uso de diversas drogas; en el momento

³ Este enunciado lo he visto aparecer en más de un programa televisivo en donde el tema de *la farmacodependencia* es abordado desde una perspectiva médica. Aquí los consumidores son posicionados sobre una plataforma que alude al modelo salud-enfermedad.

mismo en que a cada uno de mis parientes se le iba dando a conocer la noticia, la primera impresión y respuesta que se dejaba escuchar era precisamente: *"un pasón"*. Tal parece que llega un momento en nuestras vidas en el que ya estamos definidos, en el que ya es demasiado tarde para cambiar; como si fuéramos personas que debemos asumir el destino: *"así nos tocó vivir"*, versa el enunciado pertinente. El consumo de drogas no sólo se convierte ante los miembros de nuestra sociedad como una forma *mala* de vida, sino también y de igual manera, en una ocasión de muerte. Este suceso me permitió ver la convergencia que el saber especializado llega a tener en un contexto espacio-temporal con respecto a la opinión, creencia y pensamiento que las personas desarrollamos en la vida diaria. El dominio del que ya hablamos por parte de estos saberes se hace evidente en algunas circunstancias por mínimas que sean. Y aunque bien nos enteramos después de lo que realmente pasó con esta persona, el poder discursivo si es que ya no exigió potestad, al menos quedó como una mirada que hace dudar de lo que se presentó en la realidad: *"Sólo Dios sabe qué pasó"*.

Estas personas, de igual forma son comunes en los medios de comunicación. En éstos aparecen para que se hable más de la enfermedad que se les asigna y menos de lo que experimentan en la vida diaria; por medio de los consumidores se alimenta el morbo que de una u otra forma es creado más con fines clasificatorios que por responder a los intereses humanitarios que se pudieran llegar a tener. Los espacios televisivos son apoyados constantemente por especialistas de diferentes ramas de la ciencia que fortalecen la concepción que de ellos se tiene. Un locutor que los habla y un saber que los confirma; una mirada que los proyecta y un lenguaje que los destina. Todos tenemos su voz pero muy pocos conocemos de ese sonido. Muchas veces no sabemos qué hacen los consumidores de droga más allá de lo que nos muestran en la fotografía del poder y la sentencia; del juicio jurídico y la palabra que todo lo habla. Se nos dice esto o aquello como un antes y un después; como prevención y tratamiento, como curiosidad y muerte, como salud y enfermedad, pero muy pocas ocasiones como un proceso experiencial. Los consumidores de droga raramente tienen nombre propio, aparecen descendiendo en la calidad humana y ascendiendo en la estadística, se encuentran difusos en las curvas porcentuales y cuando se les llama personalmente se convierten en historias de caso que dan a lo mismo: a la reafirmación de lo que ya se decía y de lo que se quería escuchar. Sin embargo, también hay que entender que la imagen que los medios de comunicación nos muestran frecuentemente de estas personas, responde a unos intereses que les permitan vender un producto a la sociedad. El consumidor de drogas, en todo caso más que ser alguien que *se está haciendo daño* como resultado de una práctica, es convertido en un producto que la gente tiene que consumir por

medio de los canales informativos. Sobre él se apoyan campañas que les permiten a las empresas privadas, por ejemplo, cumplir con una función a través de la colecta de donaciones para diversas instituciones que supuestamente buscan *ayudarlo*. ¿Si realmente existen resultados positivos a partir de estas campañas, por qué en las estadísticas y en las calles observamos lo contrario?, ¿no es acaso que también estas personas nos son necesarias en la estructura social⁴ y es por ello que no cambiamos la concepción que de ellas tenemos porque se vendrían abajo otro tipo de proyectos, intereses, fines y conjuntamente, otras prácticas?, ¿sobre quién actuarían la medicina, el poder judicial, la psicología?, ¿tendría acaso sentido *Vive sin drogas y Vamos México?*

1.2. Sobre un consumidor de cocaína personal: el agente de la cotidianidad

Me toca en este momento hacer alusión a eso que tanto he venido convocando a lo largo de esta investigación. Efectivamente, como lo señalé en ocasiones pasadas, el discurso es un elemento constitutivo de nuestra estructura social; es un vehículo a través del cual el poder del sistema en el que nos encontramos trata de ejercer dominio sobre los participantes sociales. Es, pues, como lo señala Van Dijk (2000), una forma de interactuar en la sociedad. Pero también es importante mencionarlo porque es una pieza fundamental en los estudios donde la relación de las personas entre sí y consigo mismas funge como eje de análisis. El poder del discurso y los saberes especializados es innegable, por lo tanto no puede ser ignorado ni mucho menos minimizado. Quiérase o no, como una compleja construcción del lenguaje está entre nosotros y con nosotros en nuestras prácticas y mundos experienciales, es decir, en nuestros mundos de vida. Ya Lévi-Strauss (1979), manifiesta que es el lenguaje -cualquiera que sea su forma- la principal institución de nuestra sociedad por su carácter de ejercer lazo mediante la imposición de reglas y normas para su empleo coherente. Empero, aún estando y siendo una parte de nuestras relaciones sociales no significa que estemos destinados a desembocar en lo que sus preceptos puntualizan de una manera irreparable. Incluso siendo parte esencial en los estudios de grandes pensadores, hay que decir que en nuestra vida existe una inmediatez de la cual estamos más cerca; existen escenarios en los que diariamente nos encontramos participando y en los que tenemos la oportunidad de negociar el significado de lo que el saber científico expone.

⁴ R. Araujo (2000, *Droga. La eficacia simbólica del mal*. En: R. Merlo y E. Milanese (Ed), *Miradas de la ciudad*. México: SEP-IMJ, 79-101), en su planteamiento manifiesta que los grupos minoritarios encuentran un lugar en el orden cultural y un manejo en el plano político aun a pesar de su marcada diferencia. Dichos grupos según el autor cambian de acuerdo a las diferentes etapas históricas apuntando que en la actualidad aquellos están conformados por indígenas, niños de la calle y *adictos*.

Siendo yo un participante con una trayectoria de vida personal y una historia de aprendizaje compartido debo señalar que he tenido la alternativa de pensar o simplemente vislumbrar que hay un poder discursivo que ha tratado de sujetarme junto con las personas que me he ido rodeando, aquellas con las que he convivido en mi vida. Me considero en ciertos aspectos de mi existencia una construcción social; yo no soy mi inventor, yo no me creé a mi mismo ni soy mi propio punto de partida. No obstante ello, no me hallo impedido de tener un conocimiento de lo que en ocasiones juego como actor social; considero que poseo en algún grado poder para involucrarme activamente en mi experiencia. Es decir, tomar en la medida de mis posibilidades conciencia de lo que en mi historicidad sucede como persona tal como Freire (1978; 1982) lo apunta una y otra vez en su obra. Seguramente lo mismo sucede con las personas en las que he basado mi investigación: los consumidores de droga. Los cuales como actores o participantes sociales no están exentos de desarrollar y construir agentividades a lo largo y ancho de sus prácticas. Sí, existen unos saberes que la mayoría de las veces los presentan como solidificados por medio de sus conceptualizaciones, lo que no necesariamente tiene como resultado que sus experiencias en todos los casos se circunscriban tal y como aquellos lo mencionan. Habrá quien en la vida diaria represente lo que los discursos apuntan en más de un sentido, pero aún así supongo que de igual manera existirán resquicios que en las prácticas situadas no encajan con los enunciados. Pero independientemente de esto, es indiscutible que los saberes especializados se sostienen en buena medida de las personas que delimitan su participación a lo aquellos señalan. De ahí que se traten de sostener modelos de participación social específicos que respondan a los intereses que las clases dominantes tratan de imponer en algunos sectores de nuestra sociedad. No podemos negar que *los drogadictos* son "situados" en los medios de comunicación más que ser referidos "objetivamente".

A continuación intentaré esbozar algunas situaciones que a lo largo de mi vida se han ido presentando y de las cuales surge en gran medida la construcción que he ido realizando de los consumidores de droga. No he estado aparte de esta realidad ni mucho menos me es desconocida. La concepción que tengo de algunos puntos de la participación de estas personas proviene de mi propia experiencia, la cual en muchos asuntos no concuerda con lo que los saberes reiteran. Buena parte de lo que muestro en mis apuntes deviene de mi trayectoria como participante situado. No únicamente desde el momento en que tomé como alternativa dedicarme a este estudio; existen situaciones que se prolongan hasta mis primeros años de juventud e inclusive un poco más allá. De hecho este estudio también puede llegar a ser una muestra de la construcción subjetiva que las personas podemos ir

construyendo a lo largo de nuestra vida. Y aunque considero tener algún grado de conocimiento con referencia al mundo experiencial en el que me he visto involucrado, debo admitir que otro tanto de mis intelecciones no se hubieran logrado sin la preparación académica que al paso de los años he ido logrando. Mi investigación no se hubiera podido llevar a cabo si no tuviera los medios conceptuales para arribar a algunas consideraciones que aquí presento.

Desde mi niñez me he visto vinculado con eventos que más o menos están relacionados con el consumo de drogas. Aproximadamente hace veinte años esta práctica apareció en mi mundo experiencial. Antes bien, cabe señalar que ésta se daba de una manera muy diferente a la que actualmente vemos. Primero, la sustancia que abundaba entre los consumidores era la marihuana. Hablar de cocaína según me refieren algunas personas era “cosa de ricos”. Era común cuando iba con mis amigos a los parques encontrarnos con señores que *fumaban pasto* –así lo llamábamos entre nosotros. Hago el señalamiento explícito de que jamás pude ser testigo de algún joven o adolescente que hiciera esto. El mundo que de ello podíamos construir era exclusivo para los adultos. Fue alrededor de los diez u once años de edad cuando conocí la hierba denominada marihuana; fue un suceso accidental en la casa de un compañero del equipo de fútbol al que pertenecía. Irónicamente, más adelante mi padre fue procesado por delitos contra la salud por posesión de esta droga. Acepto que esto me marcó de una manera por demás acentuada. Este suceso me orilló a visitar a mi padre innumerables veces en un Centro de Readaptación Social teniendo como resultado un contacto directo con el mundo en el que se encontraban personas consumidoras y distribuidoras de drogas.

Para ese entonces sabía que también existían *los chochos, las pastas, la coca*, y otras tantas drogas. La cuestión que pretendo resaltar de esta pequeña lectura de sólo una parte de mi trayectoria de vida es precisamente la referente a los lazos afectivos e intersubjetivos de quien hace uso de drogas y de la gente con la que mantienen una relación, así como la amplitud que los participantes tienen en cuanto a la vida social. El vínculo que tenía con mi padre lejos de quebrantarse se mostró aún más sólido. Creo que fue a partir de dichos sucesos que la comunicación que tenía con él se acrecentó. Y eso también lo veía a mi alrededor, las familias enteras que visitaban a *sus internos* igualmente parecían unidas. Tal parecía que a veces existía mayor comunicación entre estas personas que la que podía ver en algunas otras familias. Lejos de ver a unos *delincuentes potenciales* me encontraba con personas que no tenían o al menos no mostraban mucha diferencia de los que en la calle estaban. Los procesados por delitos contra la salud adquirían ante mí el carácter de *normales*.

Era gente *común y corriente*; limpia la mayoría de los casos, respetuosa, amable, etcétera. Mi padre trabajaba en un restaurante que uno de sus compañeros de dormitorio administraba. Otros de sus camaradas realizaban trabajos artesanales que sus familias se encargaban de vender con algunos conocidos. A pesar de que literalmente se encontraban reclusos, ello no impedía para que continuaran algunas de las relaciones que antes de su ingreso ya tenían. Muchos de esos *delincuentes* nunca dejaron de ser personas con las que se podía conversar sin problema alguno. La mayoría de ellos no inspiraba ni temor ni miedo. Yo no dudaba en realizarle preguntas a mi padre en relación a lo que le sucedía, ni siento que a él le resultara difícil darme respuestas. Así ha sido durante muchos años posteriores.

Fue hasta hace unos once años que la presencia de la cocaína abundó las conversaciones en las que me iba involucrando. En el grupo de compañeros con el que en ese entonces me relacionaba constantemente participaba en pequeños debates en cuanto a lo que a drogas tiene que ver. A pesar de que podíamos tomar partido de esa realidad por medio del lenguaje, no teníamos más que sostenernos de lo que nuestra imaginación nos lo permitía. Pero en sí, mucha de nuestra concepción aparecía de la mano de lo que los padres nos decían con respecto *este otro mundo*, sin que ni siquiera ellos tuvieran pleno conocimiento de lo que nos preocupara. Algunos no solamente éramos portadores de lo que los mayores decían; esas voces ya pasaban a ser algo propio. Nuestras experiencias re-situaban el lenguaje de nuestros padres. Hacíamos eco de lo que incluso a veces ni siquiera ellos pensaban; repetíamos lo que ellos aprendían y aprehendían de la televisión o el periódico por ejemplo. Pero aún así, los jóvenes nos hallábamos sujetos a las disposiciones retóricas que en el mundo de los adultos y los especialistas preponderaban. No solamente no teníamos oportunidad de construir nuestra visión sino que además teníamos que adoptar los juicios que supuestamente eran debidos. Claro, con una cierta libertad que nos permitía hacer uso de éstos en las situaciones que podían ser requeridos según nuestras experiencias.

Al igual que sucedía con la marihuana en otros años, los consumidores de cocaína no eran tan fácilmente identificables. Aún siendo que esta droga ya podía ser comprada en algunos sitios que yo desconocía, el número de consumidores era todavía irrelevante. En esos años ya se empezaba a deteriorar la creencia de que se necesitaba de una buena cantidad de dinero para poder conseguir ese tipo de estupefaciente. Y aunque se hablaba de *los pericos*, no se sabía realmente quiénes eran. Se sabía de su existencia más no del rostro personal que les daba una identidad. Hacíamos alusión a ellos

aunque no teníamos un nombre propio que nos fuera plenamente cercano. No teníamos un vecino en quien verter lo que en la televisión se decía de los *viciosos*. Podíamos realizar una crítica a quienes hacían uso de ella pero no podíamos levantar el índice para hacer señalamientos específicos; no había gente culpable a la que pudiéramos enjuiciar mediante los enunciados y posturas que nos heredaban los mayores. Nuestro mundo todavía pertenecía, aunque en menor grado, a los que fumaban marihuana. Sabíamos muy bien en el grupo de compañeros que nuestros propios padres eran en algunos casos, consumidores de esta droga. Era algo que aun siendo compartido, cuando se hablaba del tema, no ponía en tela de juicio a los padres de los miembros del grupo. Nuestras conversaciones versaban sobre los demás.

A finales de la década de los noventa, posiblemente en el año de mil novecientos noventa y siete, los consumidores de cocaína brotaron abiertamente ante los ojos del barrio de Tepito. Las personas que ya desde algunos años me relatan su experiencia en el mundo de las drogas, en el proceso de compra-venta que se lleva con respecto a éstas, coinciden en que es en este año cuando los acontecimientos toman un matiz drástico⁵. Los consumidores de marihuana lo eran ya también de cocaína. En ese tiempo no solamente ésta continúa en el decir y conversar de los residentes en forma de polvo que se aspira por la nariz; la llamada *pedra* cae en cantidades enormes para el consumo y la venta. El lenguaje cotidiano recae ya sobre nuevos elementos sociales. Y el número de consumidores no únicamente se nos hizo visible, aunado a ello, las personas que participaban en este mundo aparecían ya con un rostro y un nombre propios. Ya era frecuente encontrarse en la calle con latas de refresco que eran utilizadas a modo de pipa para ser fumada *la pedra*. Igualmente los consumidores abundaban en las noches del barrio. Se comenzaban a formar grupos de consumo y los lugares en donde se podía conseguir la cocaína ya podían ser reconocidos por los residentes del barrio.

Prácticamente la cocaína se convirtió, independientemente de la forma en que se presentara, en un objeto mediador de las relaciones que en Tepito se daban. Porque no sólo los consumidores comenzaban a establecer una relación por demás sólida con la droga; también los que no la consumían ni lo han hecho se vieron fuertemente amalgamados en cuanto a la posibilidad que la

⁵ El Sistema de Reporte de Información en Drogas (SRID), dependiente de la Secretaría de Salud, señala que “entre 1993 y 1997 se detectó el aumento más importante registrado en la historia del consumo de drogas en el Distrito Federal. De cada 100 (consumidores de drogas), 40 estaban aspirando cocaína” H. Mauleón, *La ciudad del polvo*, *Revista CAMBIO*, 2 (54), 2002, p. 14.

estructura social daba para su comercialización. No sólo emergían consumidores, igualmente salían a brote quienes mantendrían un papel muy importante en lo que a la venta se refería.

En ese tiempo mi padre ya se encontraba nuevamente en calidad de *libre*. Pero lo que todo ese proceso de reclusión me entregó fue además un consumidor legítimo de cocaína. Claro que esto poco a poco lo fui descubriendo. Este trabajo está impulsado en buena medida por lo anterior. Las relaciones que mi padre todavía en ese tiempo mantenía tanto con su familiares como con otras personas allegadas a él, se han ido deteriorando paulatinamente no sólo por su consumo sino además por la imagen que las mencionadas personas han construido de él. Cabe señalar que independientemente de lo que ha venido sucediendo con otras personas con las que precedentemente se relacionaba, nuestro vínculo no se ha quebrantado; aunque también vale decir que ha sufrido modificaciones en más de un aspecto. Lo anterior ha traído consigo la posibilidad de ver lo más cerca posible la capacidad que una persona consumidora puede llegar a tener en lo referente a la agentividad. Porque si bien ésta ve quebrantadas algunas de sus relaciones sociales, con la práctica del consumo construye otras nuevas. Puede ser que la familia rompa vínculos con quien hace uso de drogas, pero eso no impide que a partir de eso nazcan nuevas amistades y relaciones que puedan o no girar alrededor de lo que la práctica demande. Igualmente sucede con las actividades laborales, las cuales o pueden quedar intactas o bien reajustarse a lo que el mismo trayecto contraiga. Pero tampoco hay que hacer de menos la opción de que con la práctica del consumo el participante encuentra también una forma de obtener dinero. Es decir, existen consumidores de cocaína que mantienen su consumo a través de lo que le re-venden a sus compañeros de práctica. El consumidor no queda presa de la droga absolutamente. Aun en lo que otros autores llaman *adicción* se encuentran relaciones sociales más amplias, formas estratégicas de participación y nuevos significados en cuanto a lo que a la misma identidad atañe.

Efectivamente, con la explosión del mercado de cocaína en Tepito, mi padre al igual que otras personas tuvieron un inicio contundente en el consumo de esta droga. Sin embargo, al paso de los años he podido constatar que éste ha disminuido; posiblemente por las restricciones en cuanto a su poder adquisitivo o quizá debido al control que ha surgido de la experiencia en lo que a esto concierne. Pero independientemente de cual sea el caso, me resta subrayar ese proceso en el que la persona ajusta su habilidad de reflexión y participación mediante la agentividad. En la cual aunque bien vale mencionarlo, se repiten comportamientos y actitudes, así como eventos y situaciones un poco más generales; se lleva a cabo un proceso de participación personal en el que las personas situadas

añaden algo de ellas para darle continuidad y permanencia a las prácticas en las que se ven comprometidas. Puede ser que ellos no las inventen del todo, pero eso no significa que las repitan tal como los saberes especializados las muestran ni que éstas sean identificables en todos los contextos que tienen por característica una práctica en particular. Si el proceso de agentividad no implica invención, al menos y estoy seguro de ello, sí conlleva re-significación y transformación. Lo cual incide en que las personas también seamos agentes en nuestras trayectorias de vida y participación social.

Regresando, bien podría decir que mil novecientos noventa y siete fue el tiempo en el que la marea de cocaína inundo el Tepito que hoy conocemos en los medios de comunicación y del cual surgen y surgen historias que son fragmentadas por la palabra de los comunicadores y los espacios periodísticos. ¿De dónde salió tanta droga? –me preguntaba y lo continuo haciendo. ¿Quién la fue a poner ahí, al barrio?, ¿Fueron los tepiteños quienes la llevaron o quizá los grupos dominantes que ven en Tepito el mejor caldo de cultivo? Considero más bien, lo segundo. La compra-venta de cocaína es análoga es muchos sentidos al comercio que se ejerce en torno a otros productos de consumo social. La ropa que aparece en los medios de comunicación como resultado del contrabando y algunos aparatos de telecomunicación, digamos, en algunos casos los celulares que de buenas a primeras aparecen como una oportunidad de oferta para los residentes del barrio, provienen de grupos que no pertenecen ni residen en Tepito: “Es el destino del contrabando de muchas cosas, la droga llega por redes de todos los carteles que operan en el país” (Salinas, S. 2003, p. 14).

Muchas personas que desempeñan el trabajo de comerciantes saben y me han comentado que *“éste es, sólo un lado en donde se vende lo que en otros lados se extrae. Ya saben de antemano que aquí todo se puede mercar por la misma imagen que la televisión nos ha creado... somos fruto de su mercadotecnia. La gente de fuera viene a sabiendas de que encontrarán lo que más o menos desean”*. También existen especialistas que convergen con este tipo de opiniones:

“Ellos mismos (las autoridades, el sistema) propician la criminalización del barrio para crear una histeria en la opinión pública que justifique sus operativos aparatosos... Y ellos también transforman a Tepito en un laboratorio socioeconómico de la delincuencia y el narcotráfico” (Ríos, H. 2003, p. 23).

Y qué pasa cuando las condiciones económico-políticas no ofrecen muchas alternativas a todos los miembros de la sociedad. Seguramente lo que vemos: que las personas se agencien y se

apropien de lo que se presenta como destino, como opción o simplemente como única vía. Y, viéndolo detenidamente es de lo que muchos discursos se sostienen. La capacidad de acción se vuelve la mejor arma contra cierto tipo de participantes sociales. La experiencia es convertida en una cuestión punible, desde el momento exacto en que adquiere la calidad de responsabilidad. La sociedad nos enseña que todos "somos responsables de lo que hacemos"; "hay que aceptar las consecuencias de nuestros actos". La persona en su carácter de agente nos ha sido mostrada como responsable de lo que hace, independientemente de que lo único que haga sea cumplir con el papel en el que desde otros rubros se desea caiga. Porque hay que aclarar que aún los agentes pertenecen a una estructura social. Y en este sentido, la persona-agente-responsable aparece en un cuadro en el que nos es mostrada únicamente en pedazos, independientemente de ser un distribuidor de droga, un consumidor de ésta, un vendedor de pantalones de marca o de productos de telecomunicaciones. Son fragmentos de participantes sociales los que vienen a nuestros ojos y recortes de saberes especializados que como verdad figuran en nuestras conversaciones.

Tras haber hecho un menudo recuento de mi trayectoria de vida considero pertinente hacer mención de que las personas que se describen en los discursos aparecen escindidas de múltiples aspectos de su existencia. Por ejemplo, los lazos familiares de un consumidor son nulamente expuestos en los enunciados especializados y cuando llegan a asomarse o ser señalados por los autores de los estudios que los refieren aparecen con tintes que aluden a toda una red de delinquentes y amenazas sociales. A lo largo de mi vida he conocido a más de un consumidor de drogas, sea cocaína sea mariguana, que no obstante su consumo son personas enteramente productivas o sanas (esto no sostiene que el consumo de drogas sea lo contrario), es decir, que no corresponden con el modelo de consumidor, más bien dicho, de *drogadicto* que los discursos apuntan. He visto también consumidores de cocaína que no se dedican a ninguna actividad delictiva, que no dejan de trabajar, que no abandonan las preocupaciones que en su casa existen, ni que *se tiran al vicio* sin un rumbo definido. De ahí que sostengamos y discutamos en cierto sentido por un proceso de agentividad en el que los discursos son repelidos o resistidos en las vidas diarias de muchas personas consumidoras. Posiblemente nos acerquemos un poco a lo que Foucault (citado en Farge, A. 1996) mencionaba con respecto a la difusa relación que las personas catalogadas como *anormales* mantienen con los archivos:

“La vida de los hombres infames es una brecha abierta para acorrallar al sentido que huye continuamente; es también un lugar íntimo desde el que se puede tratar de captar mejor lo indecible, que es no obstante discurso, relato puesto en palabras en el interior de *archivos decididos la mayor parte de las veces por el poder* (p. 58, las cursivas son mías)”.

Es decir, si tomamos en cuenta lo que dicen los archivos o *expedientes* y las diferencias que nos encontramos en la vida diaria de cualquiera de estas personas, indudablemente nos hallamos con un cierto proceso en el que la persona a partir de su experiencia se puede convertir en un agente, aún a pesar de encontrarse bajo el poder de lo que los saberes especializados puntualizan. La persona en este sentido, juega un papel de *escapista del discurso* no únicamente por y para ser diferente de lo que se dice de ella, sino también y quizá más ciertamente porque esa es la realidad. De igual forma el mismo Foucault lo señala cuando expone que en el archivo nos encontramos con el “sufrimiento de rostros anónimos nombrados por el poder, plegados a sus palabras, pero que escapan continuamente a las definiciones ligadas al querer nombrarlos” (p.58). En esta investigación se trata de mostrar una agentividad que no haga caer a los participantes sociales en el delito, en la delincuencia o en el castigo jurídico-social de una manera inexcusable. Mi tarea no es la de castigar. El uso que hago del término se circunscribe al poder que los miembros de una comunidad tienen para negociar significados más o menos propios de lo que hacen diariamente en sus prácticas independientemente de si se caiga en lo denominado por nuestra legislación como delito.

Siendo el caso que los saberes especializados hablan de unos seres aislados de la mayoría de los escenarios histórico-sociales, podemos discutir que no necesariamente la práctica del consumo conlleva a la separación y ruptura de la relación que entre el consumidor y la familia se da. En este sentido, lo que trato de puntualizar es que una buena parte de los discursos dedicados al estudio de este tipo de prácticas parece quedarse corto ante lo que realmente sucede en la cotidianidad. Es por ello que pongo un especial énfasis en la trayectoria de vida de estas personas, la cual es parte trascendental de nuestra participación social; algo que atraviesa el tiempo y el espacio de diversas maneras y que nos permite como actores sociales ser en cierto sentido ambiguos en nuestra historia. Efectivamente, tomo en consideración que la identidad es algo que nos permite relacionarnos con los demás y que nos posibilita de alguna forma ubicarnos en el mundo, sin embargo, cómo somos vistos por los demás y por nosotros mismos no necesariamente debe ser tomado como algo inalterable.

Como anteriormente mencioné, los consumidores de drogas se encuentran enmarcados tanto en discursos teóricos como en prácticas sociales que los encuadran en conceptualizaciones específicas, cosa que no en todos los casos resulta errónea, pero aún siendo así, pienso que no vale la pena hablar de lo que ya tanto se ha dicho, es decir, no me parece merecido continuar mostrando la cara que ya por demás nos han dado a conocer. Más bien, intento manifestar en cuanto mis posibilidades lo permitan, ese otro lado que ha venido escapando a nuestros ojos, ya sea por incompetencia ya sea por indiferencia. Voltar la vista a cuestiones en donde el consumidor más que un sujeto pasivo se convierte en un ser activo resulta más significativo. Y no solamente marcar el papel directo que se tiene con respecto a lo que la medicina y otros saberes definen dentro de paradigmas que aluden al *pathos*, sino mejor dicho, a lo que contrariamente tiende a otros rumbos. No utilizo la agencia para hacer al consumidor de drogas un sujeto punible; es para revelar la capacidad de acción con la que en algunos escenarios socioculturales cuenta. Debido a esto es que me atrevo a señalar más importante acudir a los contextos de participación que a una institución que entrega personalidades domesticadas; más interesante es saber de esos espacios en donde el significado es negociado a la vez que construido, que continuar repitiendo las voces que engañosamente son esencialmente subjetivas. Acercarnos al terreno de los acontecimientos cotidianos nos permite ver que las personas más o menos intentan o logran escapar, de acuerdo a las particularidades de su práctica o a lo que se les presenta como experiencia propia; además de que es ahí donde debemos buscar los matices que conforman nuestra historia de vida.

Si es que los consumidores de droga nos son presentados como acabados y uniformes, en otras palabras, como unidimensionales; es en la trayectoria de sus vidas en donde nos podemos dar cuenta de que no se hallan congelados en una práctica social única y que aunado a ello, es ahí donde encontraremos los obstáculos y las posibilidades que en un momento presente los conforman. No podemos pasar por alto el estudio de la persona consumidora de drogas sin tener en cuenta su trayectoria de vida. Esta rebasa toda pretensión estadística y toda presunción cuantitativa. Si tenemos como prioridad acercarnos, aunque sea un poco, al significado de la vida de una persona tenemos que ir precisamente lo más cercano posible donde éste se construye. Tenemos que hacer de lado las personalidades difusas que son creadas en los escritorios y consultorios y vistas desde las altitudes del saber, para encontrarnos con las personas que se encuentran participando en el terreno social de los acontecimientos, justamente a un costado de quienes tenemos como intención mostrar ese otro lado de la experiencia humana.

Cuando logramos acceder a la persona situada no sólo nos damos cuenta de que ésta no está acabada⁶, de que todavía tiene camino que recorrer, aún en los casos más difíciles; que en la vida no todo está dicho cuando se logra cierta agentividad de la trayectoria de participación personal. También nos podemos encontrar que ahí donde la persona se halla situada como agente de sus condiciones sociales y personales por diversas que éstas sean, los saberes especializados pueden ser resistidos y relegados a un segundo término como posible consecuencia de lo que una práctica específica exige. Tratando de ser más claro, señalo que algunas instituciones de nuestra sociedad parecen no ser suficientes o al menos, no tan importantes en la vida de una persona consumidora de drogas, ya que las habilidades que ésta desarrolla no únicamente se encaminan hacia lo nocivo –como nos lo han querido demostrar muy a menudo, sino que también hacia la propia re-significación en la manera de participar en un tiempo presente.

A lo largo de mi vida también me he encontrado con personas que consiguieron erradicar su consumo sin la necesidad de asistir a ninguna institución, ni pública ni privada, que se dedicara a tales cuestiones. Estas personas mostraban con sus actos y su participación social que *la terapéutica* de su estilo de vida, si es que ésta se quería encontrar, no tenía que ser buscada más allá de su trayectoria misma; las instituciones de asistencia, en este caso, parecían salir sobrando o quedar hechas exclusivamente para otros fines. Los consumidores de drogas con los que podía platicar antes de iniciar esta investigación y con los que aún continúo conversando, me puntualizaban que era más una cuestión de controlarse a sí mismo y menos de controlar a la droga de consumo. Es decir, que la reclusión, la cual los alejaba en algunos casos inevitablemente de la droga, no era tan importante como *“saberse manejar en donde está la mierda”*. Aparentaban que las habilidades y herramientas terapéuticas no se hallaban en espacios discursivos especializados ni en instituciones arquitectónicas predeterminadas; las personas consumidoras a lo largo de su trayectoria de vida personal cuentan gran parte de las veces con las alternativas específicas que necesitan si es que tienen como motivo dejar de consumir drogas. En este sentido, me parece que el poder que los discursos especializados tienen en la sociedad puede llegar a ser contraproducente con respecto a la capacidad que los consumidores tienen de cambiar su propia situación. El estigma que conllevan puede terminar haciendo que los integrantes sociales se vean así como *peligrosos*, como *acabados*, como *diferentes*. Los saberes

⁶ Paulo Freire (*La educación como práctica de la libertad*. México: Siglo XXI, 1982), desarrolla la idea de un *ser inacabado* que tiene en la búsqueda de la renovación a nivel social e individual el alimento que lo mantiene *vivo*: “... el hombre es un ser inacabado” y “sólo en la convicción permanente del ser inacabado puede encontrar el hombre y las sociedades el sentido de la esperanza. Quien se juzga acabado estará muerto” (p. 44).

especializados han llegado ya a posicionar a las personas en el lugar del enfermo, y si recordamos lo que ya hemos visto en páginas precedentes y lo que diariamente vemos en nuestras relaciones sociales, concordaremos en que *estar enfermo* significa ser disfuncional, diferente, especial, deficiente, etcétera. No sólo se *está*; también se *es*. Y es de este modo que el cambio en los consumidores sencillamente no se logra, además de que asimismo se aleja de sus posibilidades debido a la identidad social que el mundo les otorga y les asigna.

Araujo (2000) subraya con referencia a esto que en todo caso el cambio no sólo vendría a instalarse como una cuestión de voluntad sino que más allá de eso, como una construcción colectiva. Nuestra perspectiva se encamina hacia esos rumbos: ¿cuántas veces no se ha visto a personas que han dejado de ser consumidores de cocaína por meses enteros e incluso años y esa experiencia sale a relucir en cuanto muestran un progreso que parece no ser aceptado por la sociedad en la que se hallan?, ¿cuántas veces no hemos cuestionado el pasado de una persona que nos ha sobrepasado en los límites de la competencia social?, ¿no es acaso éste un proceso en el que se re-sitúan los integrantes de una sociedad determinada?, ¿no es ésta una forma de sostener en un lugar específico a los llamados *hombres infames*? La idea a puntualizar es que no es fácil ni mucho menos sencillo para un consumidor de cocaína dejar de participar de acuerdo a lo que ha construido como identidad social a través de su trayectoria de vida. Si bien habrá quien diga que la estructura social en la que nos encontramos no crea participantes, ¿qué nos pueden decir al respecto de que ésta es quien los sostiene mediante las relaciones de poder en las que nos vemos envueltos? Regularmente un consumidor de drogas se puede encontrar con enunciados que lo ubican en aquello mismo de lo que desea escapar. *La cura* de un consumidor, si es que así se le desea llamar, no es una construcción meramente personal. La frase que acuña Araujo viene perfectamente al caso:

"No existe cura sin consenso social" (2000, p. 86)

Pero al igual que existe el poder de los enunciados, la participación de estas personas las más de las veces se extiende a espacios heterogéneos; el compromiso social que pueden llegar a tener es tan variado y común que prácticamente no los diferencia de los otros actores sociales más allá del consumo mismo. Es por ello que convido aproximarnos a su trayectoria de vida, rebasando lo que los enunciados *cristalizantes* señalan y también alzando la vista a horizontes más lejanos que las imágenes que tan frecuentemente nos tratan de imponer por medio de los canales comunicativos. Lo

que posiblemente arroje tal pretensión es encontrarnos con un mundo de vida y participación diferente del que nos vienen señalando o tal vez tropezarnos con eso que ya tanto han dicho y puntualizado estudios precedentes, pero aun siendo esta última opción la que se dé, estoy seguro que saldrán a relucir cuestiones antes ignoradas y quizá junto con ello, otros tantos caminos que pueden conducir a lo ya antes conocido.

1.2.1 Los caldos de cultivo como escenarios socioculturales: El barrio de Tepito

La estructura social se halla constituida por sectores poblacionales en los que abundan innumerables prácticas que en su conjunto le dan un matiz por demás complejo. Dichas prácticas están entrelazadas de múltiples modos gran parte de las veces; unas con otras encuentran caminos cruzados mediante los participantes, los artefactos que se producen o se retoman, el lenguaje en el que se apoyan, las actividades que más o menos se hacen comunes, los rituales que en éstas se dan, los conocimientos que con el tiempo se originan, etcétera. La multirrelación en este caso, es parte esencial de nuestro mundo cotidiano. Prácticamente, nos encontramos participando como actores sociales en gran cantidad de contextos que las más de las veces están vinculados unos con otros. Estar en un lugar en un determinado momento implica no sólo participar de acuerdo a la estructura presente, sino además de ello, recurrir a una gama de maneras de actuar, hablar, pensar, vestir, entre otras cosas, provenientes o que también son utilizados en otras esferas, lo cual nos convierte en personas multidimensionales en algunos casos. La modernidad, siendo así, no únicamente tiene una amplitud de contextos interrelacionados entre sí mediante lo mencionado líneas atrás; aunado a esto, cuenta con actores sociales que constantemente se encuentran participando heterogéneamente en diversos espacios (Dreier, 1999).

Aún a pesar de que el sistema mediante sus instituciones y aparatos de poder trata de homogeneizar a determinados grupos sociales mediante ideologías, comportamientos, formas de vestir y hablar, trabajos, actividades y prácticas, existen resquicios en los que la inmediatez de los acontecimientos y la relación que se da entre las personas en contextos espaciotemporales específicos toman una importancia mayor, que bien puede contrarrestar ya sea a modo de resistir, ya sea a modo de lo que la práctica misma en la que se participa así lo exija. Entretanto no somos seres uniformes; contrario a esto somos en muchos sentidos más agentes en nuestra cotidianidad que unas simples y pasivas víctimas de ésta o cualquier otro poder desconocido. Esto más que ser opuesto a lo que

algunas teorías estructuralistas señalan, podría ser una de las opciones entre las que las personas tienen o pueden elegir en su mundo experiencial. Porque si bien Tepito es una estructura social que más o menos ha sido prediseñada y manipulada por los sectores dominantes, eso no quiere decir que todos sus integrantes se muevan y participen de la misma forma y en las mismas situaciones que a lo largo de sus diferentes trayectorias aparezcan: “Una cosa es *ser de Tepito* y otra cosa es *ser tepiteño*; se ve luego luego que tú eres estudiado” –me señaló un día un distribuidor de cocaína.

En este sentido y regresando a los sectores que conforman nuestra sociedad, cabe señalar que en éstos abundan prácticas que más o menos les son características y que les otorgan una cara propia dentro de todo el engranaje social. Sabemos de unos estratos sociales altos y otros bajos, tenemos conocimiento de un sector social adinerado y otro en donde la estrechez económica es notable y aun así, concordamos en que en ambos nos encontramos incontables prácticas que en cierto modo son compartidas, o sea que no son exclusivas ni para uno ni para otro. Pero no por ello, los barrios populares de nuestra ciudad dejan de ser estigmatizados en una multitud de discursos, éstos son una parte muy importante de nuestro acontecer debido a lo que tanto en su núcleo como en su periferia se desarrolla diariamente. No sólo la gente que los habita los identifica como lugares específicos sino también lo que esa gente realiza como participantes situados, como agentes en sus acaecimientos e innovadores o transformadores de sus prácticas.

Uno de estos barrios y en el que se ha efectuado el presente estudio es el Barrio de Tepito, el cual además de ser uno de los más importantes en América Latina en cuanto a lo que a historia y folklore se refiere, es uno de los principales focos de interés debido a las prácticas que en su interior se generan; además de la identidad que sus integrantes han desarrollado al paso de los años como consecuencia de una multiplicidad de factores tales como la marginación, el poder adquisitivo, la capacidad deportiva, la producción de actividades para la subsistencia, la habilidad para la construcción de productos de imitación, etcétera. Quiñones (2002) puntualiza literalmente: “En los Estados Unidos Mexicanos no hay barrio más antiguo, más famoso, ni más infame que Tepito. Tepito ya estaba allí cuando llegaron los españoles y más de un intento de reforma urbana se ha desvanecido desgastándose en sus implacables calles... La gente de aquí mantiene la cabeza erguida con orgullo y el vecindario le debe su prolongada existencia a la tenaz resistencia de sus habitantes a cualquier cambio que les quiera imponer el exterior” (p.12). Sin embargo, el prisma de variedades que conforman

al barrio ha quedado reducido principalmente a meros aspectos negativos que los medios de comunicación se han encargado de propagar:

“Tepito, el mayor santuario de impunidad del país, se torna año tras año, y día tras día en un espacio en donde el estado de derecho es cada vez una ficción o un mal chiste y en donde no existe la soberanía del Estado mexicano” (Luege, J., 2003, p. 15).

En Tepito se pueden encontrar muchas comunidades que desempeñan prácticas más o menos específicas día a día. Básicamente es un complejo social en el que el comercio prepondera con respecto a otras actividades laborales. Casi todas ellas se ejecutan bajo un rubro de ilegalidad que ha sido establecido mediante discursos generalizados, por lo que constantemente se hilan conflictos entre los aparatos policíacos y la gente que allí trabaja. Sobre este aspecto no queremos entrar en detalles ni detenernos demasiado por tener como objetivo algo distinto, aunque hay que decir que lo que es considerado como ilegal en esas prácticas se debe más a preceptos de orden jurídico, político y económico que a lo que ellas mismas encierran. Eso sin olvidar el poder que el saber médico, psicológico y jurídico han tenido en cuanto a mostrar a los residentes de este lugar como gente adherida a la violencia y altamente dependiente a las actividades delictivas: “En Tepito acecha la muerte, la ley del asfalto en tierra de nadie” (Ronquillo, V. 2003, p. 17).

No obstante, por ello exponemos que no todo lo que sucede en el barrio realmente es ilegal o delictivo como nos los quieren hacer parecer. En este escenario sociocultural se ven mezclados demasiados intereses por los sectores dominantes de nuestra sociedad. Se ha querido minimizar a la gente que ahí radica a través de todo un mecanismo discursivo para precisamente abaratar su mano de obra y todo aquello que producen, además de que también existe la condición de crear personal y espacios que cumplan con funciones particulares en ámbitos que rebasan la ley. ¿Qué decir de los antiguos pero todavía existentes *fayuqueros* y de los hoy tan citados sicarios que de la noche a la mañana salen a la luz pública? En Tepito se deposita la mirada del poder que procesa y enjuicia. Es un precipitado de *chivos expiatorios* en el que se desvirtúa la realidad. De Tepito se dice más de lo que es. Se le adjudican acontecimientos y razones que buena parte de las veces ni existen o que no corresponden a lo que los actores situados viven. En Tepito se fantasea y se crean actores; y ahí mismo se realizan y asumen papeles. Allí se *es*, pero también de otro modo. Siendo un escenario sociocultural cumple expectativas y se le asignan realidades. Sobre Tepito se miente, pero

paradójicamente allí mismo se construyen verdades. Cuando el saber parece no tener un objeto de estudio definido, éste es un buen candidato para hablar y decir, para cuestionar y enfocar; para culpar y distensar temores, rabias, amenazas sociales y sobre todo para ser utilizado como punto de referencia en lo que se denomina *el crimen organizado*. De esto último alzo la pregunta: ¿no es acaso *el crimen organizado* el resultado de las tecnologías que los gobiernos han implementado para la sujeción de los integrantes de una sociedad dedicados a unas prácticas específicas?, y de esta forma ¿no es acaso que la ciencia estudia en buena medida las enfermedades y las desviaciones ya sean sociales, ya sean personales, que la tecnología crea en sus avances?

Deteniéndonos en una de las prácticas que en el barrio de Tepito se pueden ver independientemente de lo que se mencione o no, y que sobrepasan nuestra legislación, es la concerniente a la venta y distribución de drogas y en donde la cocaína ha ocupado rápidamente la cualidad de ser una de las principales mercancías. El barrio de Tepito más de una vez ha quedado reducido a lo que suceda en las comunidades que tienen como principal práctica ésta que señalamos. Básicamente cuando los medios de comunicación incorporan a sus espacios alguna nota sobre este escenario es únicamente para continuar con la concepción que por tanto tiempo han ido fortaleciendo, aquella que se apega a lo delictivo. Se ha hecho de este barrio condición para la delincuencia, para lo peligroso y lo violento. En Tepito más que crearse alternativas para los residentes, se sujetan y sostienen conductas. El barrio bravo de los boxeadores pasó a ser en el discurso y saber especializado el lugar de los enfrentamientos entre los pequeños carteles dedicados a la venta de enervantes; dio un salto de la competencia deportiva y la creación artesanal a las disputas entre policías y, ya no ladrones, sino sicarios y contrabandistas. Tepito ha sido instalado en la estructura social como un contenido de elementos nocivos y amenazantes: *Tatuajes, delito y miseria son en conjunto los emblemas del barrio*, expresan supuestos periodistas muy frecuentemente (Mauleón, H. 2002, p. 12). Y esto, tiene consecuencias que en el plano personal experimentan los que ahí viven. En mi caso, como residente de este escenario sociocultural constantemente me encuentro con las condiciones necesarias para la aclaración y re-significación de mi propia identidad. Proviendo de Tepito me hallo con frecuencia en un dispositivo de miradas siempre a negociar. A lo largo de mi trayectoria de vida y en el paso que he tenido por múltiples instituciones, desde las educativas hasta las más informales, he tenido que renovar esa imagen que del *tepiteño televisado* conocen. Siempre existe una pregunta que persigue algo de lo enmarcado por lo medios de comunicación. O en su defecto, una aclaración comparativa con respecto a los *personajes* que son creados en dichos espacios. Esto lo comparten muchos residentes

con los que he platicado del tema. La mirada y el decir ajeno siempre están en disposición de dudar y cuestionar. *Ser tepiteño* es *ser* ambiguo, pero con una cara ya conocida. Con una historia que puede rebasar la personal y que más de una vez se tiene que negociar de antemano. Con esto no quiero decir que tengamos indeleblemente las puertas cerradas a otros espacios sociales; lo que manifiesto es que las mismas regularmente tienen que tratar de ser abiertas la mayoría de las veces a modo de aclaración y algunas veces como enmienda.

Resumiendo: en esta investigación partimos de un Tepito complejo. Se camina desde la perspectiva de que éste es como ya dijimos, un receptáculo y entramado de múltiples prácticas sociales. No se niega el carácter que en ocasiones concuerda con lo que los medios de comunicación y los saberes especializados definen, pero tampoco queda reducido a ello. Lo que en este estudio se trata de exponer es la multidimensionalidad que en este escenario sociocultural tiene una práctica en particular y asimismo, la heterogeneidad que sus participantes cotidianos presentan en sus prácticas. Tepito, desde mi posición va más allá de ser un teatro de acontecimientos fatalistas, quizá encuentra un punto de referencia en la multiplicidad contextual y participativa de quienes allí se hallan. Esta tesis trata de evitar de antemano eso que ya tanto se ha dicho. Sé que teniendo al lenguaje como principal institución inevitablemente caeré en cuestiones contradictorias en el sentido de sentar lo pasado y de pulir quizá aún más las personalidades que trato de ampliar. A lo largo de este trabajo intento mostrar de alguna manera lo que no ha sido nombrado en estudios precedentes: el carácter ambiguo y multidimensional de los actores que se dedican al consumo y distribución de cocaína. Ese lado que les ha tratado de ser negado y del cual ineluctablemente se encuentran constituidos como actores sociales. Posiblemente nos hallamos con un precipitado de eventos y situaciones en las que sus actores diarios no tienen otra función que la de hacer de sus experiencias y trayectorias de participación un proceso de asunción, elaboración y agentividad que les permita no sucumbir ante unas condiciones sociales que ahogan y encierran en un breve prisma de alternativas y posibilidades.

1.2.2 La clandestinidad conocida: *La tiendita* del barrio.

Como apunté anteriormente, en el barrio de Tepito existe una multiplicidad de prácticas que han perdurado por mucho tiempo y que le han dado una cara más o menos propia dentro de todo el engranaje social. Una de ellas es la compra-venta de droga, la cual ha sido retomada de una manera por demás incisiva en los medios masivos de comunicación y en los saberes especializados que de

una u otra forma se han dedicado al estudio de la denominada *farmacodependencia* y el narcotráfico. Empero, con unas deficiencias y unas reducidas perspectivas que no atienden a todos y cada una de las situaciones que en este escenario acontecen. A lo largo de esta investigación explícitamente irán saliendo a relucir esos aspectos de los que aquí hablo y de los cuales se sostiene.

Tanto consumidores como distribuidores de droga, al paso de los años han tenido que ir adaptando, de acuerdo a las habilidades que han desarrollado con su participación, tanto estrategias como alternativas que les permitan llevar a cabo las actividades que su práctica les demanda. Recordando lo que en otra sección señalé con respecto a la identidad que los consumidores tenían en tiempos pasados, y en donde los *mariguanos* eran prácticamente los únicos existentes en las conversaciones del barrio, ahora tenemos que evidenciar que debido a las condiciones económico-políticas que nuestro país ha ido atravesando en el transcurrir histórico, la distribución de las diversas drogas que existen se ha ido transformando en cuanto a su disposición y a las personas encargadas de llevar a cabo esta tarea. No me atrevería a señalar que la venta de cocaína fuera una práctica enteramente social en años pasados comparándola a la que ahora vemos; ésta estaba sobre todo destinada a minúsculos sectores poblacionales que tenían los medios suficientes -que no eran asequibles a la mayoría social- para poder consumirla. "Se trataba de una droga destinada a un sector privilegiado y minoritario" (Mauleón H. 2002, p. 14).

Cuando oíamos hablar de *narcotráfico* sabíamos de antemano que las personas que pudieran estar involucradas no nos eran fácilmente reconocibles. Pero el aumento en la producción de estupefacientes y la vialidad que han encontrado sus promotores ha permitido que las clases bajas sean quienes se encarguen principalmente de su venta -aunque debemos recordar que ésta no les es exclusiva- y que abunden familias enteras dedicadas a esta práctica. Creo que éste es un aspecto más de orden gubernamental y político y menos de una responsabilidad personal de quienes se encuentran involucrados tanto en la compra como en la venta de dichas sustancias: Los consumidores y distribuidores se han enrolado en la práctica de la compra-venta de una manera extensa porque ésta ya es en nuestra actualidad una alternativa para la subsistencia y el desarrollo social. La cuestión aquí sería aclarar *cuándo y quién les creo esa alternativa*. Desecho la posibilidad que señalé simplemente a *la gente* como tal. ¿Por qué el desempleo va de la mano de este tipo de practicas? En una sociedad que exige un alto consumo en general y ofrece pocas alternativas de poder adquisitivo, ¿no resulta más práctico para algunas personas y familias buscar una labor en donde las ganancias económicas

sean más redituables en comparación con otras tantas aún a sabiendas de que se incurra en un delito? Preciso que no justificamos tales prácticas, pero tampoco dejamos pasar por alto otros factores de los que se termina haciendo caso omiso en los discursos dominantes.

Patricia Ruano, nacida en Tepito y quien hoy en día está al mando de una asociación civil en beneficio de niños de la calle en la periferia del barrio, indica tajantemente en una entrevista:

“¿De qué sirve un salario mínimo? No alcanza para nada. Por eso es que a los chavos se les hace más fácil vender droga, discos piratas o billetes falsos que ganar 45 pesos al día. Lo que necesita Tepito de las autoridades es prevención para los que vienen y oportunidades para los que ya están” (citada en Cardoso, X, p. 2).

Ahora bien, regresando al punto medular del actual apartado, tenemos que voltear la mirada a los enunciados y tipificaciones que tanto nos exponen los medios de comunicación y que están íntimamente relacionados con lo que de igual manera exhiben los saberes jurídicos y políticos y que ya es en sí una alternativa para muchos actores sociales en nuestros días. Hace todavía algunos años comprar cocaína si no resultaba difícil al menos era más complicado que en la actualidad. El despliegue que han tenido los distribuidores bajo el recurso de la llamada *tienda* ha sido de trascendental importancia en el aumento que los consumidores presentan en las estadísticas, así como en lo que se refiere a la disposición que de la droga tiene la gente común. Siendo lugares más o menos establecidos en los que se llevan a cabo tales acontecimientos, los de la compra-venta, podemos hallar también la disminución de los precios debido a las grandes cantidades de cocaína que al final terminan vendiéndose y la reducción o división de las dosis que anteriormente se comercializaban. Sobre esto último cabe mencionar que a mediados de la década pasada los distribuidores regularmente vendían *papeles grandes* y *papeles chicos* de cocaína: un gramo y medio gramo respectivamente. Hoy en día los gramos han sido segmentados en puntos; un gramo tiene diez puntos. Por lo cual ya no es necesario tener gran cantidad de dinero para conseguir una dosis, ni tampoco tener como única alternativa la de comprar un gramo entero.

Siendo más claros al respecto, indicamos que una de las variables que ha contribuido al incremento de la población consumidora es precisamente **popularizar la droga** bajo la división de las dosis. Por ejemplo, ya no se necesitan cien pesos para comprar un gramo ni cincuenta pesos para comprar medio gramo de cocaína, que es lo que anteriormente se vendía restrictivamente; ya sólo

bastan tener diez pesos para comprar un punto o en su defecto, treinta para tres puntos. Esto tomando en cuenta que al iniciar la práctica del consumo no forzosamente se necesitan ni medios ni gramos enteros; regularmente las personas que se inician comienzan adquiriendo pequeñas dosis, o sea *puntos*. Una situación similar se da con la venta de los cigarros. En nuestros días, las personas que en su mayoría son jóvenes comienzan comprando *cigarros sueltos* a un precio superior a lo que sería comprar una cajetilla entera. Además, aun existiendo supuestamente una ley que prohíbe lo anterior, eso no significa que los dueños de las tiendas de abarrotes y quienes las atienden se apeguen a lo mencionado. Y es de esta forma como se sostienen los clientes en ambos casos. En la televisión nos dicen que *el narcomenudeo mata al por mayor*; pero qué se dice de sus analogías. ¿No es la venta de los cigarros sueltos una tecnología que sustituye los comerciales televisivos en donde aparecían los caballos y *los hombres de mundo* con un tabaco en la mano y que actualmente ya no lo hacen por disposiciones gubernamentales?, ¿Acaso el cigarro no mata?? Lo mismo sucede con el alcohol, éste a pesar de presentar en su consumo las cifras más altas de mortandad y deterioro tanto psicológico como social nos ha sido introducido como símbolo de diversión y estatus social. Lo que trae como consecuencia que el que una persona lo utilice simplemente sea vista como alguien que está en la fiesta o que se divierte, en comparación con la que usa cocaína quien es percibida como un *enfermo*, o alguien que *anda en malos pasos* o simplemente que *está pendeja*. G. Fadanelli hace un señalamiento que no puede ser pasado por alto en esta cuestión: “Si un gobierno permite el comercio de bebidas alcohólicas no tiene razones suficientes, o al menos sensatas, para prohibir ninguna clase de sustancias, sean éstas de origen vegetal o sintético” (2002, p. 53).

Las tienditas en sí son algo que nuestra modernidad tiene como creación. Estas colman prácticamente toda la estructura social, es por ello que nos atrevemos a señalar que son una alternativa para el sostén económico de algunas familias. Aunque este estudio está centrado y abocado únicamente en algunos lugares clandestinamente conocidos de Tepito, *las tienditas* son parte del mismo proceso social. Implican toda una tecnología de recursos por parte de quienes se dedican a la

⁷ Datos que ofrece la Asociación Americana del Cáncer (AAC) precisan que esta práctica está muy relacionada “con los cánceres de boca, garganta, lengua, labios, esófago, faringe, laringe, pulmón (mortal en el 95% de los casos), colon, páncreas, riñón y vejiga, así como con la bronquitis crónica, enfisema (90% de todos los casos), infartos de miocardio (70% de todas las enfermedades cardiovasculares), enfermedades obstructivas cerebro-vasculares, y pulmonares, úlceras, hipertensión, irritación ocular, leucemia y hasta impotencia (la principal causa de ella en el mundo) e infertilidad masculina”. E. Rodríguez, *FUMAR MATA, JUVENTUD’ES*, octubre 2003, p. X. ¿La mirada con la que se posiciona a los consumidores de drogas como la cocaína que es considerada ilícita no proviene entonces de los discursos que son dominantes en la sociedad y que bien podrían responder a otros intereses que no necesariamente buscan la salud de las personas?

venta de cocaína; comprenden estrategias de participación, variaciones y apropiaciones del lenguaje, artefactos, códigos, identidades y demás elementos que poco a poco y a través de las siguientes páginas iremos descubriendo. Pero cabe recalcar que también los consumidores son pieza fundamental para tales efectos; de hecho *la tienda* implícitamente conlleva tanto a los que venden la droga como a los que la ingieren.

Cabe señalar que la perspectiva con la que se aborda el presente trabajo da por hecho que las personas que se dedican a la compra-venta de cocaína han llevado a cabo un proceso de agentividad en cada una de las actividades que resultan de su inmediatez. Estas hacen lo que hacen de acuerdo a lo que experimentan en la vida diaria y a lo que les demanda la misma práctica en un muy amplio grado. Ellas son las que han creado sus propias estrategias y formas de participación en el contexto en el que se encuentran. Pero ello no quiere decir que tanto *las tienditas* ni *las personas* que ahí se encuentran estén aisladas ni que hayan surgido de la nada. Dicha práctica, puedo puntualizar, es una metáfora de nuestras condiciones sociales y una apropiación de éstas. En el escenario de mi investigación, aún teniendo similitud con lo que en otros lugares se realiza, lo que allí sucede es específico. Efectivamente, como expuse líneas arriba *las tienditas* pululan en nuestra sociedad, pero cada una de éstas tiene sus propias particularidades. Si en una de ellas nos encontramos con un distribuidor y un consumidor involucrados en el proceso de la compra-venta, esto no da por hecho que todos los distribuidores y consumidores actúen de la misma manera. Es por ello que hablamos de un agente en la cotidianidad. Agente que no está exento de unas condiciones sociales preexistentes más amplias que posiblemente lo hayan situado en donde se encuentra, pero de las cuales ya se ha apropiado o en su defecto, ya ha asumido y significado como *personales*.

*

En el presente capítulo se tuvo como intención poner de manifiesto el poder e influencia que los saberes especializados han tenido en la manera como las personas se han relacionado entre sí y consigo mismas a través de los enunciados que éstos han ido construyendo a lo largo del tiempo. Se intentó realizar una aproximación a lo que de los consumidores de drogas se ha venido diciendo desde diversas fuentes del conocimiento y la manera como éstos han sido posicionados en nuestra sociedad. La anulación de la palabra de los participantes situados, en este caso *los drogadictos*, la fragmentación de la persona en cuanto a ser un participante plenamente social y en cierto sentido productivo, así

como la estigmatización y asociación con la delincuencia que de acuerdo a su participación se les ha otorgado, son aspectos que se han tratado de abordar y puntualizar por el manejo político del que se han servido los sectores dominantes. De igual forma, se ensayó la idea de situar a la persona consumidora de droga, especialmente de cocaína, como un agente que de manera activa interviene en su acontecer cotidiano, sirviéndose del apoyo que ofrece la misma estructura social y los escenarios culturales con los que se haya constituida. Esto es, se ha pretendido dar cuenta de que el consumidor de droga como participante social tiene la cualidad de intervenir directamente en la práctica en la que se encuentra comprometido, aun siendo el caso de que ésta se halle circunscrita a unas leyes y unas formas preestablecidas. Se visualiza la tiendita como un elemento que permite dar cabida a la agentividad que los integrantes de una comunidad tienen en su vida diaria y que también, responde a un proceso más general en el que la estructura social se ha visto envuelta. Sin embargo, no se hace de lado la opción de que también estas personas responden a intereses ajenos que junto con lo anterior, los sitúa como un producto social. De ahí que se ponga especial atención a la trayectoria de vida de los consumidores de droga, los cuales desarrollan a lo largo de aquella, una capacidad de significar la cotidianidad en base a lo que diariamente experimentan y a lo que su identidad social les demanda.

CAPITULO II ALGUNAS CONSIDERACIONES CON RESPECTO A NUESTRO OBJETO DE ESTUDIO COMO UNA COMUNIDAD ESPECIFICA

Intentar realizar una investigación sobre un tema social exige ir más allá del escritorio y de las investigaciones cuantitativas. Los datos que uno como investigador puede aportar a las ciencias sociales y psicológicas deben estar al corriente de lo que en los participantes sociales se está gestando. Es poco alentador tratar de comprender y explicar situaciones de nuestro interés por medio de estadísticas y conceptualizaciones que no impliquen a lo que se denomina como un objeto de estudio si es que se tiene como pretensión adquirir un conocimiento integral de éste. El estudio de la “drogadicción” o la “fármacodependencia” –como frecuentemente es llamado- básicamente está influenciado por los discursos psiquiátricos que desde hace ya muchas décadas dominan el quehacer científico en lo que a esto respecta. Sin embargo, a pesar de ello y conforme se han ido dando los cambios sociales, diferentes perspectivas teóricas han intentado ponerse a la par de aquello que se pretende abordar buscando una alternativa que permita obtener un mejor o más fiel conocimiento¹.

Uno de los grandes inconvenientes del avance científico es precisamente hacer de un hallazgo una realidad universal. La creación de realidades tiende a envolver a las personas en discursos y prácticas que pocas veces dejan entrever la propia subjetividad y su construcción experiencial. Los estudios que se han hecho con referencia al consumo de drogas han sido extremadamente tajantes en las conclusiones a las que han llegado. Y aún a pesar de que continúan abogando por su efectividad y validez, nos encontramos con unos resultados que ponen en duda lo sustentado. El conocimiento al que se llega en una investigación, sobre todo de carácter social, no debería ser interpretado como un juicio general, esto la mayoría de las veces resulta perjudicial, ya que atenta contra nuestra capacidad de comprensión y análisis; y aún más delicado, puede llegar a tener repercusiones en las relaciones que las personas establecen en sus prácticas cotidianas y en la manera como éstas se relacionan consigo mismas. El tema del consumo de drogas es por demás espinoso; conlleva tomar en consideración las construcciones personales y los recursos culturales que en unos momentos y espacios determinados toman importancia.

Las transformaciones que nuestra sociedad presenta en la actualidad ya no permiten que se continúen sosteniendo argumentos que hagan énfasis en la marginalidad de ciertas prácticas y la

¹ G. Romero, investigador y académico de la Escuela de Trabajo Social de la UNAM señala con respecto al barrio en el que fue realizada esta investigación: “Tendría que hacerse un enorme esfuerzo para siquiera poder acercarse a esta realidad y describirla, entenderla y transformarla, no a través de la violencia institucional sino realmente un cambio que venga desde la propia entraña del ser tepiteño”, R. Hernández, *El independiente*, 3 de diciembre de 2003, p. 5.

exclusividad de los participantes sociales en éstas, es decir, deberíamos anular las proposiciones que muestran a algunos de sus sectores como aislados de todo el engranaje social². El consumo de drogas, así como la venta de éstas, no es ajeno a ninguna esfera social; ambos se encuentran matizados de muy distintas maneras a lo largo y ancho de nuestra sociedad. Es por ello que creo impertinente seguir utilizando conceptos que hacen alusión a una *re-integración*, por ejemplo³. Las personas aún estando involucradas en prácticas por diferentes que parezcan, se encuentran interrelacionadas de diversas maneras con el conjunto social⁴. Empero, tomando en consideración los intereses que las clases dominantes tratan de imponer por medio de ideologías, discursos y saberes especializados, en este tipo de conceptos se sustentan muchas de las diferencias que entre los participantes existen; la línea divisoria está sostenida por múltiples enunciados que atraviesan la mayoría de las veces las prácticas y la subjetividad de las personas.

En nuestra sociedad existen prácticas que se han ido conformando con el transcurrir del tiempo al grado de establecerse como parte integral de ella en su conjunto. Hablar de grupos de consumo o venta de droga, implica a la sociedad en general. Desde el momento mismo en que éstos son enmarcados en discursos jurídicos o psiquiátricos, implícitamente se está indicando que pertenecen a algo más complejo, a un conjunto de relaciones heterogéneas. Deduciéndose de eso, que dichos grupos no pueden estar constituidos sino por participantes, esto es: personas. Las cuales pertenecen a una gran cantidad de esferas sociales, tales como una familia, un grupo de amistades, un vecindario, una asociación política, un grupo religioso, una asociación de padres de familia, etcétera. Estas esferas sociales no están desconectadas entre sí; por el contrario, se hallan interrelacionadas por diversos elementos sociales que muchas de las veces aparecen en una sola práctica. Es decir, tanto los participantes como las esferas en las que éstos se localizan, no están aislados unos de otros.

El presente estudio está enfocado en una práctica que se ha ido extendiendo a muchos sectores de nuestra sociedad: la compra-venta de cocaína. Dicha práctica no da muestras de

² O. Dreier (*Trayectorias personales de participación a través de contextos de práctica social*, *Revista Psicología y Ciencia Social*, 1999, p. 31), argumenta que “comparadas con tiempos históricos anteriores, las prácticas sociales actuales están menos confinadas a lugares particulares y áreas limitadas”. Partiendo de esto, tenemos que dichas prácticas están constituidas por participantes que se hallan intervencidos en una multiplicidad contextual que no se remite ni a un sólo espacio ni a un sólo momento de su trayectoria de vida.

³ Igualmente, hablar de *personalidades desadaptadas* resulta erróneo: ¿acaso no concuerdan estas personas con la estructura político-económica que impera en la actualidad a nivel mundial?, ¿no vivimos en una sociedad *adicta* a lo ficticio?

⁴ *Ibidem*, p. 28. “Incluso cuando los sujetos están librados a sus propios recursos o excluidos de algunos contextos sociales, siguen siendo parte de la práctica social en formas particulares, directas e indirectas, restringidas y problemáticas”.

exclusividad y aparece difundida y desplegada más allá de los límites míticos de las clases sociales. No obstante, resulta más evidente en los barrios populares y en las regiones “económicamente” bajas de nuestro país⁵, puesto que las dinámicas específicas en las que se desarrollan las actividades colectivas en estos lugares, resultan ser constantemente un punto de interés para los medios de comunicación principalmente. De lo que sucede en éstos contextos se llenan múltiples espacios periodísticos, independientemente de la fidelidad de la información de la que se nutran, trayendo consigo una estigmatización y una fragmentación de la realidad que se vive en estos casos.

Me parece conveniente señalar que la práctica de la compra-venta de cocaína ha rebasado los esquemas que por tanto tiempo han perdurado en nuestra concepción de la situación. Comúnmente escuchábamos que en dicha práctica se localizaba una personalidad anónima en un sitio oscuro, ofreciendo a todo el que en su camino se atravesara, cualquier tipo de estupefacientes. Y así como esta creencia, existían –y existen aún- muchas más. Sin embargo, los acontecimientos parecen darse de otra manera. Existe toda una compleja red de relaciones sociales que se dan en torno a la concerniente práctica. Tanto los lugares como las personas que intervienen en la compra-venta de cocaína son tan variados que resulta atrevido pensarlos de un modo homogéneo y estandarizado. Cada una de las personas que se encuentran involucradas en una práctica como ésta, tienen una forma muy personal de significar lo que hacen y aquello con lo que se sienten comprometidos, pero que no puede entenderse al margen de su participación en una comunidad de práctica específica. Vender o comprar droga no descubre su significado en un diccionario; éste es negociado a partir de la propia experiencia. Y, es partiendo de ésta, que debemos abrirnos camino para el análisis y estudio de estas prácticas retomando a los participantes sociales que han intervenido en su construcción.

2.1 *La comunidad* como una alternativa de estudio

Debido a que, como anteriormente puntalicé, en esta práctica se ve involucrada una gran cantidad de participantes, me parece adecuado utilizar un concepto clave que nos permita atender los aspectos individuales y colectivos de ella de una manera complementaria. En este sentido, recurro a nombrar a mi objeto de estudio *La comunidad de la droga*, teniendo en cuenta que la práctica que

⁵ E. Baltazar (*La jornada*, 10 de marzo de 1998, p. 15), recupera las palabras de un especialista al que se le pregunta sobre la manera en que operan los grupos distribuidores de drogas en el conocido barrio de la Cd. de México: “Tepito se ha convertido en un laboratorio socioeconómico del crimen organizado. Aquí encuentran el mejor caldo de cultivo, entre los jóvenes que sólo aspiran a ganar un salario mínimo o vivir como comerciantes”.

despierta mi interés se da en un ámbito mucho más complejo que el netamente individual⁶. Utilizando el término *comunidad* tengo la posibilidad de hacer mención de un gran número de elementos que intervienen en la construcción de la práctica en la que los participantes se ven interrelacionados. A través del estudio de una *comunidad* podemos dar cuenta de factores tales como la responsabilidad, el compromiso, la negociación del significado, los artefactos, las trayectorias de vida personal, el lenguaje local, y siendo más específicos en las palabras del propio Wenger⁷: en las dimensiones de la práctica como propiedad de una comunidad, es decir, una empresa conjunta, un compromiso mutuo y por último, de un repertorio compartido.

Cuando hago uso del término *comunidad*, implícitamente señalo que existen unos participantes específicos en un contexto particular, los cuales están relacionados por una fuente de cohesión; por una práctica que comparten en su vida cotidiana y con la cual se sienten comprometidos. Una comunidad es una práctica, por lo tanto, sólo es un aspecto de la trayectoria de vida de sus integrantes, esto es, no encierra toda la participación social de quienes la constituyen. Por ejemplo, un consumidor también puede ser un padre de familia, un ciudadano político, un miembro religioso, entre otras cosas; al igual que un distribuidor, el cual puede ser un distinguido promotor de valores morales, un miembro de una asociación política o de un club deportivo. Pertenecer a una determinada comunidad de práctica no da por hecho estar aislado de cualquier otro tipo de participación social. Son prácticas particulares las que nos permiten pertenecer a distintas y numerosas comunidades. En este sentido, La comunidad de la droga tiene una práctica singular que vincula a sus miembros de muy distintas y articuladas maneras: la compra-venta de cocaína.

Hablar de una comunidad no implica necesariamente un lugar indisoluble o unos participantes cualesquiera. No es un sitio geográfico ni una población reunida azarosamente. El concepto encierra cosas más extensas; en él se encuentran tácitamente expresadas las relaciones que unos participantes dados tienen con respecto a una práctica común, que no obstante, no les es exclusiva. La práctica que se puede observar en una comunidad puede ser hallada en otras más, aunque con unos matices propios y una agentividad particular. Nadie es dueño de una práctica, ni tampoco nadie es esclavo de

⁶ E. Wenger, *Comunidades de práctica*, España: Paidós, 2001. Retomo el trabajo que hace este autor debido a que me permite explorar y comprender la manera como las personas se involucran y comprometen con una práctica específica por medio de las trayectorias de aprendizaje de cada una de éstas. En esta obra se plantea una serie de conceptos a los que en más de una ocasión acudo; a través de éstos tengo la posibilidad de estudiar los aspectos tanto personales como sociales como un conjunto de elementos complementarios entre sí.

⁷ *Ibidem*.

una comunidad en particular. Mi comunidad de estudio no es totalmente nueva ni remotamente vieja. No es la única existente en nuestra sociedad. Así como ésta, se han construido otras con unos participantes y unos significados que atienden a las particularidades ahí negociadas. Cada una de estas comunidades seguramente tiene unas características muy propias que se ajustan a la manera en que sus miembros se comprometen con la práctica⁸. Aun si tomamos en cuenta que la práctica puede ser la misma, ello no da por entendido que sea vivida homogénea e inflexiblemente.

La comunidad de la droga es una estructura emergente que se muestra como resultado de unas relaciones todavía más complejas que las que en su interior se dan. Esta se construye a partir de la interconexión que otras comunidades tienen con su práctica. Es decir, tomando en cuenta que la compra-venta de cocaína está encuadrada -primordialmente- en un discurso de ilegalidad, tenemos que hacer mención que la forma como se llevará a cabo dicha práctica estará más o menos restringida por la interconexión que se tenga con la policía. En este sentido, una comunidad no se encuentra aislada de la sociedad; forma parte de ésta de muy diversas maneras. Desde el hecho mismo de pertenecer a una constelación de comunidades más amplia, hasta la interconexión y multidireccionalidad que con éstas llega e tener.

La compra-venta de cocaína no es inherente a la sociedad actual, ésta que ha existido desde hace muchos años. No obstante, las características y particularidades con las que se da, sí muestra tener unos aspectos específicos que la hacen algo propio de nuestro acontecer cotidiano. De hecho es con el surgimiento de *la tiendita* que nuestra modernidad muestra esta práctica como algo propio. La compra-venta de droga es desde mi punto de vista, algo más que una actividad, es una práctica. Y alrededor de una práctica como ésta, se dan factores que incluso, se extienden a terrenos en los que la negociación del significado, la creación de estrategias, el provecho del tiempo, el uso de artefactos, el desarrollo de identidades, las experiencias compartidas, la responsabilidad recíproca, el lenguaje común, etcétera, pasan a tomar una importancia igual o mayor que el simple intercambio droga-dinero. De tal manera, retomaré un aspecto que no debe ser ignorado para la comprensión y análisis de mi comunidad de estudio, del cual, en gran medida ésta se desprende.

⁸ A lo largo de mi investigación creí conveniente realizar una serie de observaciones en otros lugares en los que también se llevaba a cabo la práctica de la compra-venta de cocaína. De ello puedo hacer el señalamiento de que aún a pesar de encontrarse muy cercanas a mi comunidad de estudio, presentan unas características y unas particularidades que en cierto modo las diferencia de ésta. Entre estas propiedades se encuentran la carencia de las relaciones comunicativas entre los consumidores y las estrategias de participación que más adelante serán expuestas.

2.2 El orden de legalidad

Una comunidad de práctica no surge de la nada. Comúnmente podemos encontrar los antecedentes de los cuales procede. Tiene una historia al igual que nosotros como personas la tenemos. Es a través del tiempo como se va conformando su actualidad, se caracteriza por una continuidad y una discontinuidad en cuanto a sus miembros y al uso de artefactos. Una comunidad de práctica es un ir y venir continuo; no es algo estático en un mundo cambiante. Constantemente se regenera y reajusta a las exigencias que su interdependencia con otras comunidades le plantea. No siempre tiene a los mismos participantes como miembros, pero tampoco éstos cambian día a día. Sin embargo, a pesar de ello, existen circunstancias que perduran independientemente de las negociaciones que en su interior se den. Como una comunidad no está aislada de toda la estructura social, se halla en condiciones de que la práctica que cohesiona a sus integrantes sea enmarcada en discursos universales y estandarizados. Es decir, se halla dentro de un *orden social* constituido por leyes, normas y saberes especializados. Tal es el caso de La comunidad de la droga, la cual tiene como nódulo la práctica de la compra-venta de cocaína, la cual no puede estar al margen de lo que nuestras legislaciones mencionen.

Tomar en cuenta el carácter ilegal de la practica que atañe a la comunidad de nuestro interés, es pieza esencial para la comprensión de la forma en que los miembros de ésta significan su participación. No es lo mismo estar alineado a la ley que no estarlo. Cualquiera que sea el caso, existen circunstancias particulares que de uno u otro modo se reflejan en nuestro actuar social. Los consumidores y los distribuidores de droga viven la ley de una manera muy peculiar. Su práctica así se los exige desde el momento mismo en que ésta es considerada por los discursos dominantes y de carácter especializado. Salirse de la ley, paradójicamente conlleva a estar dentro de ésta. La ley se vive independientemente de si se está de acuerdo con ella o no⁹. Vivirla significa ajustarse a unas medidas que pueden o no corresponder a nuestros intereses inmediatos. Sin embargo, es

⁹ H. Garibay (*Foucault y el poder*, México: Coyoacán, 2000), recupera el pensamiento del filósofo en el análisis sobre la forma en que el poder, el saber y la verdad tienen en la producción de la ley como norma; manifestando que la ley como verdad se erige en tanto forma de poder en la medida en que a partir de ella se crea un determinado código que regula las maneras de actuar de los individuos mediante la división y la examinación de la gente por la gente misma. Siguiendo esta misma línea de análisis, P. Macherey (*Sobre una historia natural de las normas*. En: E, Balbier; G, Deleuze (Eds.) *Michael Foucault. Filósofo*, España: Gedisa, 1995), señala que es a través de la ley que las personas *pertenecen* y son inscritas como *sujetos*, pues ésta tiene la capacidad de atrapar y atravesar por medio de la palabra y la relación social.

precisamente de cómo es significada la ley, que las personas participamos más o menos en nuestra vida cotidiana. Si la ley es peligrosa a modo de ser amenazante o necesaria en cuanto a la protección y seguridad que pudiera llegar a darnos, depende también de las prácticas en las que nos encontremos comprometidos. Incluso puede ser lo uno y lo otro dependiendo del momento y el espacio en el que estemos. Pero aún así, la ley está presente.

La compra-venta de droga ha sufrido cambios en cuanto a la forma como ha sido objetivada por los discursos jurídicos. Hasta hace poco tiempo era frecuente oír hablar de *Narcotráfico* en las esferas elevadas de nuestra sociedad. Tomándose en cuenta las grandes industrias que a esto se dedicaban. Una persona común y corriente difícilmente podía ser inscrita legalmente como *narco*. Pero debido a los cambios que en nuestra sociedad se han ido gestando y a las estructuras políticas que nos presiden, las cosas se presentan de otro modo. Actualmente, vender droga ya se encuentra tipificado como un delito en sus casos menores: se habla de un *Narcomenudeo*. No estoy dando a entender que dicha práctica estuviera fuera de nuestras legislaciones, más bien quiero enfatizar que la forma en que se aborda ya no es la misma. La venta de droga, principalmente de cocaína, se ha extendido a límites extraordinarios, al grado de que la institución base de nuestra sociedad se encuentra involucrada de un modo por demás extremo. La práctica de la compra-venta de cocaína es una alternativa económica en el devenir de algunas familias¹⁰. Es por ello que el discurso de la legalidad también ha sufrido transformaciones. A través de éste, se pretenden revertir los cambios de los que hoy somos testigos. Permittiéndonos a su vez, observar la bidireccionalidad de una problemática: las consecuencias de la práctica misma en la ley, y viceversa. Lo que a mí me interesa señalar, en este caso, es la manera como esta práctica es llevada a cabo por unos participantes sociales comprometidos.

Como lo puntalicé en párrafos anteriores, estar dentro de un orden social exige que los participantes moldeen su participación de una manera más o menos delimitada. La práctica de la compra-venta de cocaína es ilegal, eso no es punto de discusión. Dedicarse a ello significa vivir la ley de un modo particular. La participación de los miembros de una comunidad que tiene como práctica la

¹⁰ “Actualmente, el narcotráfico en Tepito ya no sólo es actividad de jóvenes y delincuentes. En él participan familias enteras que viven de esta actividad. Las casas y viejas vecindades se han convertido en los principales puntos de venta. Y ya es común ver a los abuelos, padres y hermanos despachando”, E. Baltazar, *op.cit.*, p. 15. Esta nota nos permite ver el concepto (narcotráfico) que comúnmente se utilizaba hasta hace todavía algunos años con referencia a la práctica de la compra-venta de cocaína por sectores pequeños de nuestra población.

compra-venta de droga tenderá a estar ligada inherentemente al aparato judicial. De eso, se construye un significado de la práctica misma. Cómo se realizará la práctica de comprar y vender droga adquiere así un matiz y unas características específicas.

En mi comunidad de estudio encontré unos estilos estratégicos de llevar a cabo la práctica de la compra-venta. Son exclusivos de ella, debido a los miembros y al contexto en el que se desarrollan los acontecimientos. Dichas estrategias se han ido desarrollando al paso del tiempo y de acuerdo a determinadas circunstancias, aunque están nítidamente articuladas con el carácter ilegal de la práctica en su conjunto. Los miembros de la comunidad han tenido que construir un nuevo significado de la práctica¹¹; han desarrollado habilidades y procedimientos flexibles que les permiten desempeñar su participación con el número menor de contratiempos. Su práctica encierra muchas actividades y en éstas no pasa inadvertida la presencia que la policía pudiera llegar a tener en un determinado momento, trayendo consigo una inevitable tensión que se encuentra sutilmente marcada en todo lo que acontece alrededor de ésta.

Quiero dejar en claro que lo que he encontrado en mi investigación no pretende llegar a ser generalizado a otras comunidades que tengan una práctica similar. Sin embargo, y de acuerdo a los registros que pude llevar a cabo en otros lugares en los que se tenía como práctica la compra-venta de cocaína se puede señalar que las particularidades de mi comunidad hacen que la práctica tenga un significado casi exclusivo. Desde los participantes, pasando por el contexto físico y llegando a las estrategias de participación, estoy hablando de una comunidad en concreto. Mi estudio no es un trabajo de abstracción teórica. Se encuentra delimitado a una comunidad en específico. Quizá lo único que pudiera tener como elemento análogo a otras comunidades sea precisamente el que ya mencioné: el de la ilegalidad de la práctica. Pero no más. El significado que representa la práctica para los participantes de mi comunidad, se halla acorde a las especificidades con las que ésta se da. Aunque también valga señalarlo, esto sólo llegará a ser totalmente válido en cuanto se tenga la oportunidad de mostrar una serie de estudios comparativos.

¹¹ Cabe resaltar que en muchos sentidos parto del planeamiento que afirma que las personas son agentes sociales productores de los escenarios y los significados culturales en los que se encuentran. Remito a los trabajos de J. Werstch, *La primacía de la acción mediada en los Estudios Socioculturales*, *Revista de Psicología y Ciencia Social*, 3 (1), 1999, p. 84-89, y C. Baerveldt, *La psicología cultural como el estudio del significado. Algunas consideraciones epistemológicas*, *Revista de Psicología y Ciencia Social*, 3 (1), 1999, p. 3-14.

Pero aun en la certeza de lo anterior, y sin estar desvinculado de lo que menciono, haré un pequeño alto en lo que a ello concierne. A continuación mostraré un episodio que nos permite dar cuenta de la fineza y sutileza que conlleva la relación entre La comunidad de la droga y la policía. La reflexión que hace la persona en cuestión es por demás interesante. Nos permite no únicamente ver las habilidades que los participantes de la comunidad desarrollan en su práctica cotidiana, sino además aquellas que construyen al paso de su trayectoria de participación y que en determinadas circunstancias salen a relucir en cuanto se tiene la oportunidad. Dichas habilidades se ponen de manifiesto en las relaciones que La comunidad de la droga tiene con la comunidad policíaca. Sucedió de tal manera:

“Estaba sólo X. En ese momento se encontraba preparando uno de los llamados *bazucos*. Trituraba con una moneda la cocaína y conforme la hacía polvo, la introducía en un cigarro común y corriente. No era cocaína *cocinada*, era *blanca*. Cuando llegó el tendero en turno, X le dijo que no se tardara tanto en despachar, ya que era demasiado riesgoso. Después de escuchado lo anterior me atreví a preguntarle porqué le había hecho tal recomendación a la otra persona. Me contestó que *la cosa estaba caliente, que había que estar al tiro. Por ahí andaba una patrulla*. Traté de profundizar en la situación preguntándole sobre la forma como se realizaban los operativos. Me dijo que cuando viene la policía lo hace en grupos de veinte o treinta personas, que *se dejan caer como van*. Muy poco tiempo es lo que tienen para reaccionar y que por lo tanto deben estar al tiro. *Cuando te agarran te ponen unas madrizas de la chingada, por eso hay que estar al pedo*. Le pregunté si es que alguna vez ha sido arrestado. Me platicó que en una ocasión lo agarraron con tres onzas, treinta mil pesos y una báscula, precisamente en *el salón* de distribución. *Los tiras se portaron a toda madre. En todo momento me respetaron, jamás me pegaron. Ellos en ocasiones se conforman con lo que se llevan, dejan que se hinche el marrano y tratan de regresar después por más*. Agregó que los policías le pedían cien mil pesos para dejarlo libre amenazándolo de que si no daba tal cantidad se *iba a ir hasta adentro*. *... yo les dije que no mamaran, que con lo que ya llevaban era suficiente*. *Imaginate –le dijo al policía, lo que ya me quitaste me lo habían prestado para andar trabajando, sólo me gano cinco pesos por cada gramo que venda. Tengo que vender cien gramos para ganarme quinientos pinches pesos*. *Después se bajaron a cinco mil y ni así les di nada. Con lo que llevaban estaba bien*. Terminó diciendo que al poco rato lo dejaron libre y que *en todo momento lo respetaron*...”

En las palabras de esta persona aparece la policía como experiencia y posibilidad. La participación de los integrantes de la comunidad regresa una y otra vez a los límites que con la policía se encuentran establecidos, su interdependencia no les permite anular del todo la relación que con ésta se tiene. Claro está que existen estrategias, procedimientos y alternativas que se han construido como respuesta a la presencia policiaca. Sin embargo, también queda manifestado visiblemente que estas agentividades son insuficientes para evadir el trabajo de los agentes judiciales¹². No obstante, éste es un buen momento para subrayar los distintos casos en los que *la evasión* sí puede ser relevante; en este episodio no sólo se llevó a cabo en lo que respecta al aspecto formal del trabajo policiaco, que sería la remisión al ministerio público; también lo informal es digno de señalar, ya que los golpes y los maltratos físicos que son característicos de los policías no aparecieron jamás puesto que *"en todo momento lo respetaron"*.

La relación entre los distribuidores y la policía no está resuelta si no es por pequeños momentos, es constante la re-elaboración de la interconexión y la re-consideración de las formas en las que dicha relación se encuentra. La comunidad de la droga y la policía están en un frecuente cambio, su relación es algo inacabado; algo por siempre renovable. Y es a través de las palabras de los integrantes de la comunidad de la droga que la experiencia pasada es retomada como ejemplo, como posibilidad, como alternativa y como precaución. Las historias personales y colectivas son consideradas para la permanencia de la comunidad, para que ésta continúe en el espacio y en el tiempo. Además de que a partir de la historia y las palabras que la entretejen y re-significan, se puede ver que aún a pesar de que la policía representa como una contraparte de la competencia en la que se encuentran involucrados los distribuidores, también se abre un espacio en el que se pueden dar negociaciones¹³. Pareciera que La comunidad de la droga y la policía en ocasiones juegan bajo unos rubros propios que únicamente en la voz de sus integrantes pueden ser hallados, es decir, que no aparecen más allá de la experiencia personal y efímera de los participantes. Porque si bien la ilegalidad

¹² G. Orwell (1984, México: Tomo, 2003), manifiesta por medio de su planteamiento y concepción del poder como omnipresente, que aún cuando se puede ejercer resistencia sobre de éste mediante prácticas y formas de individualidad, se termina cayendo en la imposibilidad de saltar el cerco que impone a los actores sociales. Aunque si bien es cierto que en los registros que presento en esta investigación nunca vi una detención o en su defecto, cuando la hubo según las conversaciones de los participantes y se logró una negociación que de cierta forma la evitó, hay que señalar que esto no quiere decir que así siempre se den lo hechos ni mucho menos que estas personas nunca se encuentren con lo contrario. De acuerdo a lo que pude escuchar y lo que yo mismo como persona situada he visto, puedo decir que *hasta el más cabrón se cae* (dicho popular en el barrio).

¹³ "La relación Tepito-policía, desde el punto de vista criminológico, explica cómo sin la protección policial Tepito no sería lo que es. Si no tuviera la cobertura de todas las instituciones de control social, Tepito no existiría", R. Hernández, *El independiente*, 3 de diciembre de 2003, p. 5.

de la práctica no desaparece jamás; las consecuencias de ésta y el rumbo que derivaría en un proceso legal y formal, al menos en esta ocasión parece ser pospuesto o resignificado. Lo cual, además de lo ya expuesto, nos abre la posibilidad de señalar que el discurso es prácticamente rebasado en las relaciones que los miembros de la sociedad establecen diariamente en las prácticas en las que se hallan participando y en donde se persiguen unos fines inmediatos y tangibles en cuanto a lo que las partes involucradas se refiere. La persona del episodio anterior es muy explícita en sus comentarios: "Ellos en ocasiones se conforman con lo que se llevan, dejan que *se hinche el marrano* y tratan de regresar después por más...". Eso con referencia a la práctica policíaca; y en cuanto a lo que él compete, lo que la policía se lleva viene a ser algo así como el tributo que los terratenientes y caciques en épocas pasadas recibían de ciertos sectores poblacionales.

*

A lo largo de los primeros dos capítulos se trató de poner como base de la presente investigación el poder e influencia que los saberes especializados y los discursos dominantes tienen en la manera como se encuentran relacionadas las personas en la estructura social, tanto con los demás como consigo mismas. Se ha situado a los consumidores de drogas en ciertos aspectos como un producto social que deviene de unas normas y unas conceptualizaciones que las más de las veces no representan lo que en la vida diaria de éstos se da. Sin embargo, no se echó de menos la capacidad que estas personas tienen en la negociación de los significados que para su práctica son necesarios. Asimismo, se sostiene que la trayectoria de vida personal permite adquirir tanto habilidades como experiencias que en algunos espacios y en ciertos momentos son utilizadas para alcanzar fines que respondan a la vida diaria.

Junto con lo anterior se pone de manifiesto que los estudios de carácter cualitativo nos permiten abordar algunas de las circunstancias en las que ciertos participantes sociales atraviesan en el transcurrir de su historia personal. Señalando que es en la trayectoria de vida donde debemos buscar los significados que una determinada práctica puede llegar a tener para éstos. Para ello, se recurre a un concepto alternativo que dé la oportunidad de estudiar tanto a las personas que integran una práctica como el contexto en el que éstas se encuentran participando.

Así es que se ha planteado como objetivo principal de la presente tesis de investigación la exploración de una comunidad de práctica que tenga como fuente de cohesión la compra-venta de cocaína. Para de esta forma tratar de vislumbrar el significado que los integrantes de la comunidad han construido de su práctica de acuerdo a la identidad social que se les ha venido asignando desde otros lugares ajenos al terreno en el que se encuentran participando.

Teniendo como objetivos particulares:

1. Subrayar el proceso de agentividad que ciertos participantes sociales desarrollan en la comunidad de práctica en la que se encuentran comprometidos.
2. Realzar los elementos culturales que les permiten adquirir identidad para con los demás integrantes de la estructura social en general y los que a su vez, pueden coadyuvar a la construcción de una membresía y legitimidad en la comunidad de práctica en la que participan.
3. Dar cuenta de la asunción que de los saberes especializados y los discursos dominantes se hace en la práctica propia, esto es, poner en claro, la incapacidad que los participantes sociales pueden llegar a presentar para desligarse de la identidad que los posiciona como seres acabados.

A modo de justificación:

Dentro de los estudios que se han realizado alrededor del consumo de drogas, se han hecho de lado aspectos que desde mi punto de vista son muy importantes para acercarnos mejor a la comprensión de la problemática en su conjunto. Como uno de los fenómenos primordiales de nuestra actualidad el consumo de drogas debe ser atendido de una manera integral, esto es, para abordar su compleja realidad es necesario profundizarlo desde una amplia gama de terrenos en los que los participantes principales sean el punto de partida y el eje de lo que de ello se diga. En este sentido, tomar en consideración el significado que para los consumidores tiene el consumir una determinada droga, así como la concepción que tienen acerca de sí mismos en base a lo que los saberes especializados les presentan como *personal*, es de trascendental importancia para ampliar nuestra visión de lo que sucede con respecto a esta realidad. Y aún más allá, sería muy interesante saber del significado que han construido de la práctica en la que están comprometidos y que puede surgir del seno mismo de la comunidad en la que se encuentran. Significado más o menos propio que representa una traducción de lo que ellos mismos viven como una realidad que ha sido enmarcada desde otros ángulos en los que ellos, la gran mayoría de las veces no tienen acceso.

2.3 Metodología

Como se ha venido mencionando a lo largo de las páginas anteriores, la concepción que se ha ido erigiendo sobre el consumidor de drogas y las prácticas en las que éste se encuentra involucrado, proviene de unos saberes que al parecer han pasado por alto la palabra y la experiencia de las personas en cuestión. Lo cual ha dado como resultado unos saberes y unos discursos que provienen de otros lugares que no son aquellos en los que las personas se encuentran participando, sino que son creados a partir de unas conceptualizaciones en las que la cultura, los significados personales, la experiencia y la identidad entre otras consideraciones, parecieran no tener importancia.

En el presente trabajo se pretende poner en evidencia una serie de situaciones que enriquecerían la visión que se tiene acerca de una *problemática* que ha venido a tomar un lugar por demás importante en nuestra estructura social: el consumo y la distribución de drogas. Por medio de los métodos cualitativos se intentará explorar una comunidad en la que la práctica del consumo y la distribución de cocaína juegan un papel primordial. Lo que nos permitirá dar cuenta de algunos hechos que no han sido atendidos por ciertos discursos y saberes especializados. Para de esta manera, manifestar que estas comunidades de práctica no han sido totalmente descritas y exploradas, lo cual nos permitirá conocer ciertas estrategias, artefactos, códigos y modos de significación que los agentes principales han ido construyendo a lo largo de su trayectoria de participación.

Además de ello, mediante una serie de entrevistas con algunas personas que han tenido una participación más o menos directa en la comunidad correspondiente, se delinearán algunos aspectos de la trayectoria de vida personal. Lo cual nos permitirá conocer la forma como es significada la práctica de la que se es miembro y la identidad que se tiene dentro de ella. Haciendo un especial énfasis en la trayectoria de vida personal como algo que está en constante devenir, es decir, como algo inacabado y en permanente construcción y significación.

2.4 Algunas cuestiones metodológicas a aclarar:

1. La presente investigación se llevó a cabo mediante aproximadamente 80 visitas a lo que se denominó, arbitrariamente por el investigador, La comunidad de la droga. De donde se desprendieron 50 registros-observaciones en un tiempo estimado de 18 meses. Por los mismos objetivos que se plantearon desde un inicio y los que a lo largo del tiempo y el estudio se fueron dando, algunos de los mencionados registros no fueron tomados en

cuenta, ni tampoco todas las observaciones fueron transcritas. Sin embargo, aún se conservan datos para ulteriores investigaciones.

2. Cabe señalar que por las mismas características de la investigación, la cual en más de un sentido era riesgosa; ya que tanto los integrantes y participantes de la comunidad que se aborda desconocían el carácter y pretensiones del investigador, así como los peligros que se pudieran suscitar en torno a los operativos policíacos, impidieron que las notas y registros que de las observaciones surgían, fueran tomadas en el momento exacto en el que se daban los hechos que en la presente se exponen. Es decir, de estas circunstancias se desprende que no haya un control preciso de las fechas en las que las observaciones fueron realizadas, ni el orden en el que éstas se fueron dando.
3. Los registros-observaciones que a lo largo de los capítulos de esta investigación se muestran, fueron redactados y transcritos algunas veces minutos después de haberse dado los hechos, aunque vale decir que también existieron otras tantas ocasiones en las que la memoria del investigador permitía que días o semanas después se llevara a cabo la tarea antes mencionada. Por lo tanto, subrayo que no existe un cuaderno de notas en los que los registros se encuentren; éstos pasaron directamente a la computadora del investigador.
4. Existe una serie de 6 entrevistas con tres personas diferentes que en el pasado tuvieron una participación plena en la compra-venta de cocaína. Estas fueron realizadas con el apoyo de una audiograbadora de reportero y por lo tanto, se conservan las entrevistas tal y como sucedieron. De este hecho sobresale que las transcripciones de las entrevistas sean de una fidelidad y exactitud mayor en comparación con las correspondientes a las observaciones. Vale mencionar que las entrevistas tienen unas características propias que permitieron que se extendieran por mayor tiempo y sin el riesgo ligado a las observaciones.
5. Ahora bien, por las mismas características de la investigación dichos registros han estado bajo un código que ni la familia de éste conoce. En cierto sentido, puntualizo que en más de una ocasión me sentí amenazado por la labor que venía realizando. Los acontecimientos y el ambiente en general que se sentía en el barrio me hicieron reflexionar muchas veces sobre lo que me podía suceder si es que dichos registros llegaban a unas manos desconocidas, tanto por el lado de la comunidad estudiada como aquel que corresponde a los círculos policíacos. Es por eso que se protege la identidad de los involucrados y el lugar exacto en el que los acontecimientos se dieron.

6. Del punto anterior deriva el que tampoco se presenten esquemas o "croquis" de los sitios en los que se daban las estrategias de participación en la comunidad en lo que respecta al trabajo de imprenta.
7. Como última aclaración y ligada a los dos puntos anteriores cabe señalar que el tiempo en el que la investigación se llevó a cabo en el teatro de los acontecimientos y la presentación formal de ésta tienen una distancia de aproximadamente 2 años. Lo cual permitió, entre otras cosas, que la comunidad de estudio se disolviera y que hoy en día ya no funcione como tal. Se desconoce si fueron aprehendidos los que fungían como distribuidores o si simplemente tomaron otros rumbos de participación social.

CAPITULO 3

LA COMUNIDAD DE LA DROGA

A lo largo de la presente investigación se pudieron encontrar ciertas peculiaridades que son dignas de mencionar y que al parecer son muestra de unas características específicas de la comunidad en cuestión. Me parece importante señalar que las particularidades con las que se encuentra conformada una comunidad dedicada a la venta y consumo de cocaína no pueden llegar a ser generalizadas a todas las demás que constituyen la constelación, debido a que tuve oportunidad de precisar y cotejar mediante algunas observaciones periféricas tanto la dinámica como los participantes que integran otras comunidades. Aunque gran parte de mi trabajo está centrado en una comunidad en particular, puntualizo que ello no quiere decir que desconozca los elementos que se dan en otros espacios sociales. Recurriré a las observaciones que efectué en esos otros lugares cuantas veces me sea preciso para sentar las bases que me permitan mantener el argumento de la especificidad de mis hallazgos.

En este capítulo trataré de exponer la manera como se desarrolla la participación situada de los consumidores y distribuidores de cocaína en la comunidad de mi interés. Sin embargo, para esto veo conveniente apuntar algunas consideraciones con respecto a las estrategias que se han ido construyendo en el proceso mismo de la compra-venta de cocaína y que de una u otra manera son – me atrevería a argumentar- exclusivas de mi comunidad de estudio. Lo que a continuación señalo, además de lo anterior, me otorga la capacidad de declarar que existen innumerables elementos que no han sido tomados en cuenta, al menos en los discursos que se han dado a la tarea de abordar a las personas que componen comunidades como la que aquí se presenta, y que desde mi muy particular punto de vista deberían ser atendidos si es que realmente se tiene como objetivo realizar un trabajo integral en lo que a esto respecta¹.

Debo confesar que a la entrada a mi comunidad de estudio tuve la oportunidad de conocer de antemano a una persona que era un miembro legítimo de ésta, lo que facilitó mi acercamiento y confianza con respecto a los principales miembros que distribuyen cocaína, o sea mejor decir, con los participantes inmediatos en el proceso de la compra-venta. En lo que respecta a mi identidad con relación a los consumidores, sólo me queda añadir que ésta necesariamente tuvo que ser construida al paso del tiempo y de acuerdo a mi propia trayectoria de participación, puesto que fue a partir de mi

¹ Existen autores que sostienen que debido al dominio que la medicina ha tenido a lo largo del desarrollo de la ciencia, la complejidad en el orden cultural no ha sido prácticamente tomada en cuenta, lo que ha traído consigo el desconocimiento de la experiencia personal. Remito al trabajo de R. Araujo, *op. cit.*

estancia en la comunidad que yo fui desarrollando cierta membresía y legitimidad para lograr alcanzar la información y demás fundamentos que a mi parecer iban adquiriendo relevancia e interés.

3.1 La negociación como entrada a la comunidad de estudio

Omar es un miembro legítimo de mi comunidad de estudio. Desde hace algunos años tiene una participación directa en lo que se refiere a la venta y consumo de cocaína. Es una persona que actualmente se encuentra en estado de abstinencia en el consumo de la mencionada droga. Llegó a estar internado en las llamadas *granjas* en varias ocasiones, sin obtener resultados positivos. De vez en cuando se dedica a la distribución de esta droga y exclusivamente con algunos conocidos de confianza. Hace unos cuatro o cinco años le informé de mis pretensiones de realizar un trabajo dedicado a “la manera en cómo se lleva a cabo el proceso de compra-venta de cocaína”, para lo cual le pedí su consentimiento de realizar algunas observaciones en el lugar en el que se da dicho evento. Sin embargo, por el carácter prohibido del negocio me comentó que esto era prácticamente imposible, dándome la opción de que fuera yo mismo quien me presentara como un “cliente” y de ahí aprovechar esa condición para obtener la información necesaria. Para lo cual, me presentó con uno de los distribuidores como una persona de confianza a quien se le podía vender sin ningún problema “el material”. Debido a que el aspecto económico era para mí un obstáculo, me dio una segunda opción: irlo a buscar de vez en cuando y en el lapso de tiempo en el que esperara, observar todo aquello que fuera de mi interés. Así fue durante los primeros meses, pero debo decir que existían ocasiones en las que no alcanzaba a apreciar adecuadamente lo que en el lugar sucedía. Es así que decidimos utilizar otra vía como alternativa: comprar yo mismo la droga que en ese tiempo Omar consumía y en muy pocos casos la de personas que frecuentaban esta comunidad.

Con el paso del tiempo adquirí cierta legitimidad con los miembros de la comunidad, al grado de que gran parte de las veces no era necesario ni que yo comprara la cocaína ni que me encontrara con Omar. Existieron ocasiones en las que simplemente lo buscaba, esperaba un poco y si no atendía a mi llamado, me iba con la información pertinente para los fines de lo que a continuación presento.

3.2 Escenarios específicos para la compra-venta de cocaína: Una exploración

El proceso de compra-venta de cocaína no se da como una serie de pasos inflexibles en los que tanto el consumidor como el distribuidor ejecutan unas acciones determinadas de una vez y por siempre. No es una Orden del día ni un conjunto de actos que proceden de un instructivo prediseñado. La venta de cocaína así como la compra de ésta, encierra un extenso surtido de características y elementos en los que los participantes constantemente se encuentran negociando. Los eventos que se presentan en este proceso se van dando como resultado de la relación que las personas poco a poco van entretejiendo, así como de acuerdo a las particularidades que una negociación específica encierra. Existen elementos que implícitamente van estructurando el rumbo de la situación. Cuando un consumidor va a comprar cocaína muy poco está dicho; la espontaneidad de la negociación mostrará algo imprevisto, algo innovador e inclusive, algo fuera de lo ordinario y, a pesar de ello, algo relativamente exclusivo del contexto en el que se dan tales acontecimientos. Los consumidores, aunque presentan unos actos que más o menos les son característicos, no están exentos de innovar o presentar peculiaridades en el momento justo en el que se encuentran comprando la droga de su uso cotidiano. De igual forma, el distribuidor, aunque siendo uno solo con respecto al número mayor de consumidores, tampoco actúa de una manera rígida e inquebrantable a la hora en que realiza su actividad en la comunidad. Sin embargo, es importante señalar que una buena parte de la participación de ambos se encuentra restringida de manera tal que las jerarquías, la identidad y la posición de cada uno de ellos juega un papel por demás trascendental, o más aún, la manera como se da la participación tanto individual como colectiva se encuentra en cierta medida circunscrita a las estrategias que se han ido desarrollando para que el proceso antes mencionado sea celebrado con el mínimo de contratiempos.

Es bien sabido por nosotros que la comunidad que aquí presento no halla su trabajo en aislado ni es independiente de otras que componen la estructura social; ésta pertenece a algo aún más complejo. La participación que sus integrantes tienen además de encontrarse dentro de unos márgenes o límites que más o menos les son propios y que son en los que su capacidad de negociación tiene más ingerencia, debe ajustarse a la medida de las posibilidades que ellos mismos han ido construyendo, a una gama de situaciones que también, valga decirlo, escapan de sus manos. Los intereses que se persiguen en La comunidad de la droga encuentran un obstáculo en aquellos que

manifiestan las acciones de otras comunidades relacionadas a ésta, sobre todo con las que está más directamente interconectada.

Acudiendo al carácter ilegal de la práctica, subrayo que algunos episodios que serán mostrados fueron registrados cuando se efectuó un movimiento policiaco que pretendió, en ese tiempo, acabar con los “grupos dedicados al narcomenudeo”. Es por ello que me parece importante insistir en que lo que aquí se presenta está implícitamente relacionado con aspectos más globales del conjunto social. Para ser más claros, manifiesto que los sucesos que aquí aparecen se encuentran delimitados en una buena medida por los operativos que se produjeron durante los últimos años², de lo cual se deriva una particularidad en los hechos. La ilegalidad de la práctica incide inevitablemente en el significado que tiene para aquellos que se han comprometido con ésta. Un hilo conductor de mi estudio es precisamente la elaboración que han hecho los integrantes de la comunidad a partir de la objetivación legal en la que ha caído su práctica. Constantemente haré explícito lo que acontece en torno a ello. El registro que los integrantes de la comunidad tienen con respecto a la ley y la ilegalidad de su práctica, se hace evidente siempre en la tensión que muestran en cada una de sus actividades; desde los escenarios en los que la práctica se da, hasta los tiempos en los que el proceso de compra-venta se lleva a cabo. En muchos de los elementos que conforman la práctica puede ser hallado el orden de la ley al extremo en que pareciera que la comunidad es un derivado de los estatutos que legislan nuestra sociedad. Porque si bien dije que la relación consumidor-distribuidor llega a presentar visos de espontaneidad, también argumento que ésta está delineada dentro de unos márgenes que son productores de un tipo de circunstancias, tal es el caso del reajuste de las participaciones y las estrategias en las que éstas son halladas.

La tensión resultante de la ilegalidad es un tópico que muy a menudo se hace evidente en las pláticas y reflexiones que tanto consumidores como distribuidores realizan día a día. La práctica así se los exige. Frecuentemente intercambian opiniones con respecto a la situación en la que conjuntamente se encuentran. Hablar de la policía es un aspecto inherente a su cotidianidad; es un elemento que en la práctica constantemente debe ser re-descubierto a sus ojos y a su participación. No puede ser pasado por alto el tema del riesgo de un operativo, ni tampoco puede ser enterrada la probabilidad de una

² “Al menos 120 efectivos de diversos agrupamientos de la Secretaría de Seguridad Pública (SSP) armados con sus equipos antimotín, de radiocomunicación y pistolas de carga, a bordo de 40 automotores dieron inicio al Operativo Presencia para brindar protección a todos los residentes y visitantes del barrio bravo de Tepito”; señalaba uno de los medios impresos de mayor circulación en la Ciudad de México, *G. Zendejas, La prensa, 22 de abril de 2003, p. 20.*

detención. La interconexión con la policía es re-elaborada siempre a partir de la posibilidad. En más de una ocasión tuve la oportunidad de saber por parte de los miembros de esta comunidad que los riesgos que la policía representa son algo que se encuentra implícitamente latente en sus participaciones cotidianas:

"Me saco de pedo de vez en cuando, cuando siento que la cosa está caliente".

Mencionó un distribuidor haciendo hincapié en la manera como él se siente en determinados días o momentos en los que a su parecer la policía se encuentra cercana. Cosa que no pasa desapercibida para él así como seguramente tampoco para sus compañeros de práctica. La actitud que éstos presentan en su práctica cotidiana no es independiente de los sucesos y acontecimientos que alrededor de sus participaciones se dan. Es como si la policía fuera un péndulo que va marcando el compás en sus actividades diarias. No obstante, los distribuidores, como más adelante veremos, poco a poco van construyendo alternativas y formas de participación que les sirven para tratar de equilibrar la tensión que la policía despierta en ellos.

Las personas que a través de su trayectoria de vida se encuentran participando en la práctica de la compra-venta de cocaína, van desarrollando una sensibilidad que les facilita la competencia en el proceso en el que se desarrolla el curso de las acciones, y además de ello, aprenden a monitorear tanto sus propias actividades como las que en la periferia se suscitan, para mantenerse informados sobre cómo se encuentra la situación específicamente con el actuar de la policía. Tanto consumidores como distribuidores mantienen una comunicación, a veces verbal y a veces corporal, para ponerse al tanto de cualquier eventualidad que se pudiera presentar. El mismo distribuidor comenta:

"Te das cuenta por la manera en que viene la banda. Se ven tensos, inquietos. Hasta hay veces en que ellos mismos nos ponen al tiro".

Es así que los consumidores y los distribuidores establecen un compromiso implícito que mutuamente les brinda apoyo. Ambos mantienen una relación con las características de la práctica y su carácter ilegal. La manera como se presentan los primeros otorga un conocimiento de la situación a los que se dedican a la distribución por el hecho de *venir de fuera*. Los miembros de la comunidad aunque al parecer no necesitan comprometerse uno con otro de una manera explícita, dan clara muestra de la responsabilidad que les exige su participación en la práctica. Seguramente nunca han firmado un

documento en el que se manifieste un reglamento de cooperación que tenga que ser seguido al pie de la letra y el cual rijan totalmente sus participaciones, más bien parece que esta intersubjetividad es el resultado de las trayectorias de vida compartidas que al paso del tiempo y la permanencia en la comunidad se van dando. Ellos van adquiriendo un conocimiento no sólo del entorno en el que se desenvuelven sino también del comportamiento que se presenta ante las diversas situaciones que son inherentes a la práctica. No sólo son el producto de una tensión que la presencia policíaca despierta, sino también son unos productores de estrategias ante las circunstancias que los ponen en peligro de permanencia³.

Ahora bien, se podría decir que no todo el devenir de la comunidad y de las participaciones que hay en ésta se restringen a lo que pueda suceder con respecto a la policía y que ésta sólo es un elemento más de la práctica. Y aun, tomando la ilegalidad y el aparato policíaco como referente al cinturón o a la periferia de la comunidad, damos cuenta de que hasta lo que sucede en el interior o núcleo de ésta, se ve alterado por tales acontecimientos. El proceso de compra-venta también sufre modificaciones y en él se precipitan situaciones que no necesariamente tienen origen en la relación de sus integrantes, sin que a su vez, esto signifique que no exista una apropiación o agentividad en la práctica. Ejemplo de esto es el tiempo que tarda el distribuidor en atender a un solo consumidor, así como la extensión de una conversación que se dé entre éstos. Por un lado, podríamos acentuar la tensión que impera en el proceso debido a la presencia policíaca y por el otro, la resignificación de dicha tensión representada sutilmente en la confianza de una plática. Sin embargo, lo que de eso resulta más importante es la negociación del significado que los participantes hacen. El que exista la policía no significa que necesariamente estén totalmente restringidos los miembros de La comunidad de la droga, ni tampoco que en la elaboración de estrategias, éstos encuentren la absoluta independencia.

En lo que a esto respecta, queda decir que efectivamente muchas de las acciones que los miembros de la comunidad presentan se dan de una manera conjunta; existe una parte de su devenir que es más el resultado inmediato de sus propias relaciones que de la interconexión que se tiene con otras comunidades de la constelación. Y aunque, como lo mencioné ya, la ilegalidad de la práctica les

³ Las teorías de la *experiencia situada* hacen un especial énfasis en la existencia cotidiana, así como en la improvisación y la coordinación entre los participantes sociales. Entre sus supuestos destacan la capacidad de agencia y la intención de las personas con relación a su entorno. Remito a la exposición que se hace de ésta y otras teorías en el trabajo de E. Wenger, *op. cit.*

exige modificar y significar de una determinada manera su participación, también ellos han construido elementos que les son más cercanos e inmediatos en el proceso que nos interesa, es decir, el de la compra-venta.

Lo cierto es que dicho proceso constantemente se ve alterado sin provocar mayor cambio en los participantes que el simple hecho de ajustarse y alinearse a un nuevo modo de participación. Sólo basta ser lo básicamente sensible ante las situaciones que se presentan como para poder intuir lo que bien se puede dar como posibilidad. Sin embargo, es importante señalar que dicha sensibilidad sólo puede llegar a desarrollarse mediante la trayectoria de participación y aprendizaje que se vaya teniendo en la comunidad⁴. Recordando las palabras que el primer distribuidor mencionó con referencia a las habilidades que se adquieren en la práctica, o sea, el hacerse sensible ante la situación general en la comunidad y en la periferia de ésta, así como ante el comportamiento de los demás participantes, se hace explícito el beneficio que la trayectoria de aprendizaje trae consigo en la práctica. Estar alerta, permanecer sólo el tiempo necesario en el lugar, mantener una comunicación que en vez de limitar posibilite, respetar las jerarquías, alinearse a unos códigos y principios, conocer la situación en relación con la policía, así como saber de los acontecimientos que se consideren relevantes, entre otras cosas, son aspectos que parece no deben ser olvidados o pasados por alto en el devenir cotidiano.

A lo largo de estas últimas páginas hice mención de un elemento que me parece tiene ser tomado en cuenta de una manera muy cuidadosa. No es un aspecto independiente de la práctica en general, por el contrario, es una cuestión que tiene un carácter transversal. No pertenece exclusivamente a ninguna de las estrategias que a continuación serán enunciadas. En cada una de éstas puede ser hallado con sus propios matices y sus características particulares, pero esto tampoco significa que sea un hecho totalmente visible por siempre. Así como pude señalar el carácter ilegal de la práctica en general, el cual en cierta medida está vinculado más con la periferia y otras comunidades de práctica; también me veo en la necesidad de subrayar un elemento que incide más en el núcleo de La comunidad de la droga. Aquel en donde tanto el consumidor como el distribuidor negocian sus identidades y la relación de éstas. Me refiero a lo concerniente a la jerarquía entre uno y otro.

⁴ Una trayectoria de participación inherentemente lleva consigo un aprendizaje. En este sentido, el aprendizaje no se diseña, sino que más bien es el resultado inmanente de la historia de las personas en su desenvolvimiento social. Y de ello se sostiene que lo que (los actores sociales aprenden) "no es algo estático, sino el proceso mismo de participar en una práctica continua y de comprometerse en su desarrollo", E. Wenger, *ibidem*, p. 125.

La jerarquía da relieve a las relaciones consumidor-distribuidor y además, marca las diferencias que entre éstos hay. El significado que el consumidor tenga del distribuidor y viceversa, así como la propia identidad que tengan de su participación, es el punto de partida de muchas de las situaciones que en la comunidad se entretajan. Fue muy común presenciar escenas en las que la jerarquía se hacía explícitamente visible en las relaciones consumidor-distribuidor. Recuerdo que en más de una ocasión observé que las equivocaciones del consumidor traían consecuencias por demás marcadas, a éstas les seguían castigos y reprimendas que a veces parecían exagerados. A través de los castigos se patentaban los principios y normas que en el interior de la comunidad rigen, sin embargo, la equidad de éstos era prácticamente inexistente; los distribuidores eran quienes hacían uso de un poder para manifestar y renovar su jerarquía correspondiente. A continuación y como lo he venido haciendo a lo largo del presente capítulo, presento un episodio en el que de una manera muy clara el distribuidor le hace saber a una persona consumidora que no debe cometer errores para no verse en la necesidad de ser castigada:

“Después de ser atendida esta persona (el consumidor) se fue acercando a la puerta de salida. En ese mismo instante el distribuidor dijo: ‘Faltan diez’. Las palabras volaron hueco. La frase nuevamente se repitió pero, ahora con más volumen. Las otras dos personas presentes ya habíamos comprendido a quién se refería y qué es lo que pasaba. ‘¡ralo, que faltan diez no te hagas pendejo’ -repitió el distribuidor. El sujeto al que se dirigían las palabras volteó como dando a mostrar que no estaba enterado de la situación: ‘Ah, ¿me hablas a mí?... ¿qué paso?’ -respondió expectante. Ya enojado el distribuidor manifestó: ‘Faltan diez, no mames. Treinta, treinta y treinta... no te hagas güey’. ‘Ah sí es cierto. Perdóname, cometí un error’ -replicó el consumidor ignorando lo que a continuación venía: ‘Pásale por tres cabrón. Para que no andes cometiendo errores’. El consumidor no estaba muy de acuerdo con lo que acababa de escuchar o no creía la sentencia que se le dirigía. ‘No, ¿qué paso?, ¿cómo crees?’ -dijo ya con miedo. El distribuidor dando certeros golpes en la espalda del otro solamente aclaró: ‘Qué pasó con qué, no le juegue al chingón. Ya le dije que son tres para que no ande cometiendo errores’...”

El consumidor, empero, no siempre era golpeado. Algunas veces simplemente se le hacía saber de su error y no más, solamente quedaba el antecedente por si había una próxima vez. Pero aún así, con la amonestación la jerarquía nuevamente era renovada. No era imprescindible que ésta se

reafirmara de una manera física, es decir, por el camino del castigo mediante los golpes; en otras ocasiones era de una forma indirecta, precisamente cuando el distribuidor era quien presentaba los errores en el proceso de compra-venta. En este sentido, la acción era corregida y no había mayor problema. El distribuidor no recibía nunca castigo alguno. Y es con la ausencia de ciertas acciones que se hacen visibles elementos tan importantes en la práctica, tal es el caso de la desigualdad entre los participantes; porque si bien ambos eran legítimos de la comunidad, éstos no eran iguales, ni la relación que mantenían era equitativa. En la siguiente escena, la jerarquía y la negociación de ésta adquieren una relevancia, aunque implícita, muy interesante:

“Estaba X fungiendo como distribuidor. Yo lo esperaba con el encargo normal de mi antiguo conocido. Ya habían pasado algunos minutos y no regresaba. Creo que ha sido de las pocas veces en que no me encuentro con nadie a mi alrededor. Yo estaba tranquilo. La situación del barrio se nota demasiado confiable. Posiblemente por ser las fiestas decembrinas no haya mucha vigilancia policiaca. De pronto entra un consumidor de igual manera que yo, tranquilo. Tras de él, el distribuidor. Lo de siempre: el encargo y el cambio. Sólo que esta vez algo nuevo; al tener contacto con el billete la falsedad de éste salió a relucir. Sin embargo, como desconfiando más de mí, lo volví a revisar. Efectivamente era falso. ‘Oye... oye... qué paso’ –dije haciéndole saber que no todo estaba bien. Traté de ser lo más suave posible, es decir, no mostrarle que estaba ofendido ni mucho menos ponerlo en tela de juicio. No tenía por intención quedar en desventaja. ‘¿Qué paso con qué?’–respondió. ‘Mira el billete... no es bueno’ –argumenté. Su actitud fue realmente amable. Daba para negociar. Simplemente lo tomó, dio la media vuelta y le dijo a otra persona: ‘pásame otro’. Regresó y me entregó el nuevo billete. Sólo añadió: ‘No me había dado cuenta de que te di el falso. Creí que había tomado el chido... a veces nos equivocamos’. Le sonreí y le di señales de comprensión.

Vemos que el poder que el distribuidor tiene a la hora de señalar el rumbo de los acontecimientos puede ser algo incuestionable. Se constata que sólo basta que él indique que algo se hizo mal para que surjan unas consecuencias determinadas en el proceso de la compra-venta. Su jerarquía se realiza no solamente ante los actos que se consideran yerros, sino aunado a esto, con el poder que se ejerce sobre el cuerpo del otro, es decir, del consumidor. Pero las cosas trascienden hacia otros planos. La jerarquía también sale a relucir con la omisión de dichos castigos y reprimendas. Y esto cuando el distribuidor se encontraba del otro lado, sea decirlo, de quien comente errores. En

este caso, la actitud que yo tomé no podía ser otra. Yo no podía “reclamar” -en el sentido justo de la palabra. De una u otra manera, era él quien tenía el poder de corregir o no su aparente falta. Si el distribuidor no hubiera querido darme nada, lo único que me quedaba era despedirme. Es por eso que primero traté de rectificar si efectivamente era falso el billete y de ahí, hacer de su conocimiento su “pequeña equivocación”. Lo más probable es que esa sea una conducta habitual en él, no creo que yo haya sido ni el primero ni el último que se vio en una situación así. La jerarquía con la que cuenta y la que indudablemente se construye en su historia de participación personal le permitiría en todo caso ensayar una serie de acciones que de muchas maneras le podría traer retribuciones de características económicas, entre otras tantas. Su jerarquía en la comunidad le da al distribuidor una ventaja muy amplia con respecto al consumidor. O al menos valga señalar únicamente que el consumidor no castiga, al menos nunca fui testigo de algo parecido.

3.3 Estrategias y modos de participación en la comunidad

Después de haber hecho una pequeña exploración de la comunidad en general, abordaré las estrategias de las que he estado hablando a lo largo de las páginas precedentes. Son tres estrategias en las que se lleva a cabo el proceso de la compra-venta de cocaína, las cuales son muestra de la agentividad que los participantes tienen con referencia a la práctica con la que están comprometidos. En dichas estrategias el distribuidor y el consumidor se encuentran cara a cara, y en ellas el intercambio droga-dinero es lo primordial (aunque cabe resaltar que mi interés en la relación entre éstos no se circunscribe únicamente a eso). Como traté de argumentar al principio de este capítulo, estas estrategias han sido desarrolladas a través del tiempo como respuesta a la interconexión que se tiene con la comunidad policíaca principalmente, teniendo por consiguiente, unas características propias. Y aunque la policía es un elemento que pocas veces se hace presente físicamente –al menos a mí nunca me tocó ver su llegada en los años que duró mi trabajo-, siempre se halla en el imaginario de los participantes. No sé cuándo ni cómo se formaron dichas estrategias, sin embargo, creo que describir la manera en que se realizan es por demás interesante para los fines que aquí se pretenden alcanzar, ya que es en estas situaciones en las que el distribuidor y el consumidor participan directamente, dando lugar a una diversidad de acontecimientos y elementos que le dan una cara propia a la práctica que los relaciona como comunidad. La manera como se negocia la compra-venta de cocaína, la posición que cada uno de los participantes asume, el significado que allí tienen algunas reglas de interacción convencionales, la responsabilidad que la práctica exige en un momento determinado, el intercambio narrativo que los participantes establecen, entre otras cosas, son elementos que se retomarán a continuación. La ilegalidad de la práctica se hará explícita sólo en algunos

momentos, con la finalidad de no hacer tan pesada la lectura de la investigación, así como para tratar de evitar al máximo posible la repetición de las ideas; aunque como ya argumenté, el papel que juega la policía siempre es un punto intermitente en cada una de las relaciones en las que se hallan los miembros de la comunidad.

Por último me resta aclarar que las siguientes estrategias son una denominación arbitraria por parte mía. La designación con la que las presento no es la que los participantes de la comunidad utilizan en su desempeño cotidiano. Seguramente aquellos recurren a otros términos que se adecuan más a su lenguaje y trayectoria de participación o incluso, podría darse el caso en que ni siquiera lo contemplen necesario. Yo lo consideré oportuno con la finalidad de mostrar las características asociadas de la interacción entre los participantes.

3.3.1 El salón

El distribuidor se encuentra dentro de un recinto pequeño. Una báscula de joyero sobre un escritorio, una calculadora y por lo menos dos bolsas con cocaína: una conteniendo la que es utilizada para inhalar y otra que es fumada mediante un artefacto que hace la función de una pipa. En este caso, los consumidores llegan, se forman y mediante el rápido o lento avance de la fila en la que se hallan, son atendidos. La fila puede llegar a estar conformada hasta por ocho personas. No importa la distinción ni sexual ni generacional, mucho menos la condición social o económica. El consumidor al momento de estar frente al distribuidor pide la cantidad que le es necesaria y el tipo de cocaína que más adelante puede o no llegar a ser de su consumo personal:

“Estaba X despachando en el pequeño salón. Platicábamos de algunas cosas referentes al deporte cuando por la pequeña puerta se dejó ver un payaso con una maleta repleta de globos. A esta persona yo ya la había visto en algunas ocasiones [...] Me saludó como si de antes nos conociéramos –no recuerdo haber entablado con él ningún tipo de comunicación. Sin embargo, respondí a su saludo [...] Entró, acomodó su maleta y no tardó en pedir la cantidad deseada: ‘Siete puntitos de la chida. De la de a trece’. (El distribuidor) de igual forma lo saludó y como siempre en estos casos, despachó; pero además, inició una pequeña conversación que en sí no tenía nada que ver con el proceso de la compra-venta: ‘¿Ya de chamber?’ - ‘Sí carnalito. Ya vamos a llegarle a descansar

un ratón´. Se despidió de mano, guardó lo adquirido en una pequeña bolsa de la maleta y tal como vino se fue, es decir, rápido.

Esto sucedió cuando a una persona consumidora le tocó ser atendida. Muy pocas palabras se dan en este instante, la mayor parte de las veces sólo las necesarias. El consumidor pide, se le atiende, paga y sale del lugar. La relación aparece como algo fugaz, como un proceso que no requiere de otros elementos que no sean los necesarios. Aunque yo me encontraba platicando con el distribuidor, eso no quiere decir que todos los que allí asisten tengan la misma oportunidad; no todos tienen la intención de estudiar lo que en ese lugar sucede. La mayoría de los consumidores sólo esperan ser atendidos y se van. El proceso en el que se prepara la dosis o la cantidad solicitada por el consumidor es el que marca la extensión del intercambio comunicativo y no al revés. Y dicho proceso en el que se realiza la llamada *grapa* dura únicamente algunos segundos. Lo que acontece en el siguiente ejemplo reafirma lo señalado:

“La fila de todos los días estaba conformada por aproximadamente cuatro personas. Uno tras de otro iban avanzando cuando entró una mujer de unos treinta y cinco años de edad. No estaba mal vestida ni tampoco el niño con el que venía, este último próximo a los tres o cuatro años. Dicha mujer se formó en su lugar correspondiente y esperó como comúnmente se hace. No intercambiaba palabra con su hijo, sin embargo, no lo soltaba de la mano izquierda. Conforme se fue acercando, se mostró más impaciente. Continuamente movía el pie y volteaba al techo del lugar. Una vez que le tocó ser atendida y conforme se acercaba al tendero fue soltando a su hijo, a quien terminó diciéndole: `... vete para allá, que no te acerques´. El niño pareció entender bien el mensaje, pues obedeció. `Tres puntos´ -dijo la mujer. Su hijo aún a pesar de todo, no dejó de mirar la escena donde su madre era protagonista. Una vez realizada la compra tomó nuevamente al niño de la mano y salió, tal como entró, en silencio”.

La parquedad de la relación entre el consumidor y el distribuidor es muy marcada. Cada uno hace sólo lo que tiene que hacer; uno compra y el otro vende. La persona consumidora de este ejemplo no esperó más que el avance de la fila, y éste dilató aproximadamente cinco o seis minutos. Se espera más formado en la fila que en la preparación de la dosis. La espera es más larga que el intercambio. Y así también sucedió con los presentes en ese momento. Ella se limitó a solicitar la cantidad deseada, pagó y salió del lugar. No se dieron más palabras que las que implicó ese intercambio. Y recordemos que esa parquedad no es fortuita; responde a otro tipo de relaciones que restringen el proceso mismo

de la compra-venta. Si existe una rapidez en el intercambio es porque la comunidad está vinculada inherentemente con la policía, y la presencia de ésta exige una fluidez en cada uno de los actos que unen a los integrantes de la comunidad. La tensión es parquedad y viceversa. La ilegalidad de la práctica es notoria cuando se toman en consideración los tiempos y el espacio en el que se establecen los lazos de responsabilidad y compromiso entre el comprador y el vendedor. Es en torno a esta trasgresión de la legalidad que se visualizan ciertos elementos que no tienen otra función que la de evitar problemas tales como los que surgen a causa de los operativos o las detenciones que resultan de éstos.

La parquedad en el intercambio droga-dinero casi es exclusiva de la estrategia en cuestión, y quizá se halle relacionada con el hecho de que la mera presencia en el escenario identifica a la persona como consumidor o distribuidor, según su localización, como veremos en las páginas posteriores. Las particularidades con las que es significada la ilegalidad por parte de los integrantes de la comunidad también inciden en la construcción de las situaciones específicas que se dan en cada una de las estrategias presentes. Sin embargo, un aspecto importante de enfatizar es que la tensión que se da a causa de la ilegalidad de la práctica no sólo es observable en las relaciones interpersonales que los miembros de la comunidad tienen. La tensión tiene derivaciones aún más profundas, mejor dicho, personales y subjetivas. Cada uno de los integrantes vive esa tensión que se hace evidente en los actos y en las palabras. Los distribuidores en ocasiones reparan en este punto. Para ellos es primordial la rapidez en la negociación, no pueden establecer mayor enlace que el netamente prudente y esto se nota muy a menudo en la manera como desempeñan sus funciones, aunque también es preciso señalar que dicha rapidez no anula el establecimiento de otras relaciones como lo pudimos ver en el ejemplo *del payaso*:

“Una vez dentro del salón observé la disposición de las cosas. Una sala, un escritorio, una balanza y como dos onzas de cocaína. Todo acondicionado como un lugar de descanso. Limpio y bien asegurado, tres o cuatro chapas de barra en una sola puerta. Cabe señalar que al distribuidor yo lo conocí hace unos cuatro o seis meses cuando era vigilante. Siempre en la esquina del lugar. Desde noviembre o diciembre pasados ya es distribuidor personal. [...] Este atendió al sujeto que estaba junto de mí. [...] Una vez que ponía la cantidad que le solicitó aquel, otro sujeto se despidió de él con una palmada en la espalda. Esto propició que cayera en la báscula más de lo debido y que a cambio se le quedara viendo de mala forma. Aproveché el momento para decirle [al distribuidor]: ¿Qué te ha

pasado?, ya has cambiado mucho. `No carnal. Soy igual, lo que pasa es que la tensión ya no es la misma´..."

En este sentido, y recurriendo a este episodio, damos cuenta de que estar en tal o cual posición propicia un mayor o menor incremento de la tensión. El distribuidor menciona que es el mismo, que es igual, pero con la diferencia de vivir una tensión quizá más aguda. Y es precisamente a partir de cómo es significada la ilegalidad, la tensión y el compromiso que esto conlleva, que los integrantes de la comunidad actúan de diversas modos. Ser vigilante no es lo mismo que ser distribuidor; de una a otra posición se dan matices de participación diferentes⁵. La tensión varía de acuerdo a dónde se esté parado y con esto, el desempeño sufre alteraciones. Posiblemente sea la misma dinámica de la estrategia lo que impide o no da la oportunidad de ampliar las relaciones entre los que ahí asisten cotidianamente. Y es que además de la tensión que mana de la interconexión con la policía, se le vienen a unir otros elementos que incrementan la posibilidad de otro tipo de situaciones entre el consumidor y el distribuidor. Estos elementos de los que hablo, se encuentran más dentro de los límites inmediatos que atañen a la negociación que a los correspondientes a la periferia; tienen que ver más con el proceso de compra-venta que con la ilegalidad de la práctica, no obstante, subrayemos que ambos no se harían visibles el uno sin el otro. En las siguientes líneas trataré de exponer un poco más detalladamente la participación que el consumidor y el distribuidor tienen en el instante exacto del intercambio droga-dinero, y en el cual se articulan sucesos que no deben pasar desapercibidos; ya sean las tareas que el distribuidor realiza, los errores que en algunas situaciones se manifiestan, la reparación de éstos y la posición que asume cada uno de los implicados.

Como ya vimos, existen otras personas que dentro del salón esperan ser atendidas y que con su sola presencia pueden ejercer una presión en el distribuidor. Este es otro matiz de la tensión que se vive en la comunidad, el que presentan los consumidores en la fila. La inquietud de éstos no necesariamente responde a los exigencias físicas que una adicción podría llegar a tener, más bien tendríamos que subrayar en este caso la urgencia que la misma escena reclama. Hay que darle importancia también al aspecto simbólico de la práctica de nuestro interés. Un consumidor no considera conveniente esperar mucho tiempo formado, esto trae consigo muchos riesgos, pero tampoco al distribuidor le parece pertinente tener mucha gente en espera, es decir, formada. De ello se desprende que la situación se agudice aún más, porque la cantidad de consumidores en espera no pasa

⁵ La identidad y la participación son dos aspectos de la trayectoria de vida de las personas que van de la mano en la práctica, no quedan atrapados en el tiempo ni encerrados en el espacio. Ambas formas de participación –la del vigilante y la del distribuidor– son una *experiencia negociada*, y es partir de ahí, que los integrantes de la comunidad llegan a definir quiénes son y a dónde van.

inadvertida para la persona que funge como distribuidora, ya que ella sola tiene que recibir dinero, otorgar el cambio si es el caso, pesar la droga y además de ello realizar la llamada *grapa*. Aunque no es una tarea difícil ésta, la que cumple el distribuidor, el acontecer en la práctica muestra que tampoco es algo que no suscite inconvenientes. Desde mi punto de vista no es un quehacer sencillo lo que ahí se realiza. A continuación expongo un ejemplo:

"... En dicho lugar estaba una fila considerable. Aproximadamente cinco o seis sujetos, digo considerable porque me he puesto a pensar en esto y me he dado cuenta de que para atender a una cantidad como ésta de personas se necesitan más o menos seis minutos. A pesar de que podría parecer sencillo el atender a un consumidor, esto no resulta así si tomamos en cuenta que dentro de tal acción existen elementos que inherentemente requieren de cierto tiempo para ser llevados a cabo. Ya sea dar cambio de un billete de a doscientos pesos cuando un cliente pide sólo tres puntos, ya sea despachar tres puntos de *blanca*, un gramo de *la chida* y dos puntos de *la de a diez* a una sola persona o simplemente porque la misma tensión en el distribuidor no le permite actuar acertadamente en cada una de sus acciones. Es decir, lo que trato de enfatizar es que se dan ocasiones en las que la única persona que se encuentra atendiendo no basta por sí sola para esta cuestión, cosa que no pasa desapercibida para los mismos consumidores. Continuando con este caso en particular, hago constar que el avance de la fila era lento. Y el elemento que más quitaba tiempo era *hacer la grapa*. Uno, dos, tres pequeños dobleces y listo, a las manos del consumidor. Y nuevamente lo mismo con cada uno de los que iban pasando..."

De este hecho se pueden enunciar al menos dos cosas. Una de ellas es que la tensión no sólo se debe al rumor policíaco de una manera directa, sino que también las limitaciones que el distribuidor tiene con respecto al número de tareas que tiene que hacer sin la ayuda de nadie, juegan un papel importante en las negociaciones en las que se ve involucrado. Por otra parte, los consumidores son varios, quizá demasiados, y el distribuidor únicamente es uno. Esto aunque no se desee, es inevitable; ejerce presión de una forma bidireccional. Por un lado, tenemos ciertas restricciones con las que el distribuidor se encuentra y por otro, las personas consumidoras que poco a poco se van acumulando. Esto resulta en una mutua tensión que no responde solamente a la presencia policíaca y que manifiesta las preocupaciones que del instante surgen.

Entregar el cambio exacto es también una de las tareas que el distribuidor tiene. Esto regularmente viene después de que el consumidor recibe la droga. Si es mucha la cantidad en cuestión, el consumidor guarda la droga que ha comprado entre su vestimenta o en cualquier otro lado mientras el distribuidor poco a poco va poniendo sobre la mesa las monedas o billetes que le correspondan. En el siguiente episodio se observa esto, aunque también, se hacen evidentes las equivocaciones que puede llegar a tener en el proceso ya antes descrito:

“Una vez que me despachó saqué el billete de a doscientos pesos que me dio mi antiguo conocido. De cambio (el distribuidor) me tenía que dar ciento sesenta pesos. Primero puso sobre la mesa diez, luego sacó un billete de a cincuenta y de igual forma lo dejó sobre la mesa –los primeros diez pesos ya los había depositado en mi bolsillo. Otros cincuenta en puras monedas de a diez y de a cinco pesos fue lo que siguió. Al parecer él ya daba por terminada la cuenta puesto que no vi que hiciera un nuevo movimiento. Yo me le quedé viendo en espera de algo más. Lo mismo hizo él al momento que decía: ‘Ya está ¿no?’. ‘Faltan cincuenta’ –respondí con un poco de inseguridad. ‘No, ¿cómo?... no me quieras coger’ –me dijo ya en tono agresivo. Acomodé las monedas y el billete e inmediatamente saqué lo que traía en el bolsillo. En ese instante agregué: ‘¿Cómo crees que te voy a querer coger?’. Yo no te puedo coger’. Lo que a continuación hizo fue contar lo que estaba sobre la mesa. Una vez rectificada la situación, tomó la cantidad que restaba de una bolsa llena de monedas y me contestó: “Sí ¿verdad?...”

Entre la entrega de la droga y la del cambio pueden darse confusiones. Estas no son exclusivas de ninguno de los participantes, pueden ser por parte del distribuidor o por parte del consumidor. Nadie está exento de cometer equivocaciones en la comunidad. En la realización de una determinada tarea está la posibilidad del error. Sin embargo, la manera como los desaciertos son resueltos también es importante de mencionar; a veces una pequeña discusión, una disculpa o la simple reparación, son suficientes para que la normalidad del proceso continúe. Esto, sobre todo cuando los yerros provienen de los distribuidores porque cuando no es así, las cosas suceden de otro modo. Para ejemplificar muestro la escena en que un consumidor aprovecha la ambigüedad de las tareas que realiza el distribuidor, esto es, cuando a éste se le juntan dos clientes y la entrega de la droga y la del cambio no se sabe claramente a quien corresponde:

“Iba de acompañante con un conocido que me sugirió ir a comprar material, le dije que sería yo quien realizaría la compra directamente. Cuando llegamos no había nadie, solamente el tendero. Pasé solo *al salón* y pedí tres puntos. En el preciso momento en que me despachaba, llegaron dos jóvenes que al parecer ya eran clientes constantes. Saludaron al tendero como viejos conocidos. Uno de ellos se puso justamente tras de mí, el otro, a unos cuantos metros de nosotros. Pagué con un billete de doscientos pesos, me dio el papel y me hice a un lado, muy cerca de la mesa. El que estaba junto a mí, tomó mi posición y pidió lo suyo en lo que yo trataba de hacer *la grapa*. Una vez que el tendero le dio su pedido, comenzó a darme mi cambio. Fueron varias monedas de a diez pesos las que fue poniendo en la mesa de dos en dos. Sin embargo, en el momento en que el tendero hacía lo anterior, el otro sujeto iba tomando las monedas que correspondían a dicho cambio. El tendero volteó a verlo y continuo haciendo lo mismo, sin quitarle la mirada de encima. Ya eran casi cien pesos los que había puesto en la mesa y de los cuales unos sesenta ya estaban en la mano derecha de quien estaba tras de mí.

‘¿Cuánto me diste gabo?’ –preguntó el tendero a esta persona. ‘Setenta’ –contesto quien traía mis monedas. ‘¿Entonces?’ –obtuvo como respuesta. Fue ahí cuando comencé a darme cuenta de la disciplina. No menos de tres golpes en la espalda del consumidor dieron inicio a un verdadero castigo. ‘¿Por qué?’ –preguntó éste. ‘No se haga pendejo hijo de la chingada, por qué toma esas monedas. Te estoy preguntando cuánto me diste... no te hagas pendejo’. El sujeto golpeado puso las monedas en el sitio donde las tomó y le dijo a su verdugo ‘no mames’. Nunca debió haber hecho eso, puesto que la consecuencia fue un golpe con el puño izquierdo del tendero en su nariz. No tardó en brotar una considerable cantidad de sangre del rostro del consumidor cuando recibiría varias patadas más en las espinillas. En ese momento comencé a recoger las monedas y el billete que me correspondían y opté por quedarme callado, sin voltear directamente a ver el castigo. Sólo lo hacía entre miradas fugaces.

El tendero al ver que ya había sangre en el suelo se enfureció más y continuo golpeando a este sujeto. ‘... y ahora límpieme el suelo pendejo... así no estaba cuando llegó, pinche ratero’. El acompañante sólo se atrevía a decir: ‘ahí muere, ya discúlpalo’. El sujeto golpeado intento salir del lugar pero nuevamente activó la voz del tendero. ‘Mira, no te hagas pendejo, límpiale’. Tomó el radio comunicador y llamó a alguien. En el instante, llegó un colega preguntando el porqué del llamado. ‘Ahí muere ya’ –mencionó nuevamente el acompañante. ‘Cállate pendejo, y mejor límpiale tú o te pongo en la madre’

No hubo más espera, esta persona sí obedeció a la primera. Después de ver la cara del sujeto que tomó mis monedas me despedí del tendero y no quise saber más.

Primeramente, vemos que el consumidor pretendió robarnos tanto al distribuidor como a mí. Trató de aprovechar lo confuso de la escena, puesto que en lo que yo intentaba envolver adecuadamente la dosis que me fue entregada y en lo que el distribuidor se organizaba en el cambio que me iba a dar y la cantidad de droga que dicho consumidor le solicitó, no dejó pasar la oportunidad de llevarse algo más. La ambigüedad en las acciones permite que cada uno de los participantes intente resolver el significado de acuerdo a su propia experiencia. El distribuidor a la vez que me entregaba el dinero, también le daba al consumidor su dosis conveniente. Yo no recibí el dinero inmediatamente, éste era lentamente puesto sobre el escritorio sin mayor problema. Además también hay que añadir la posición que el distribuidor tomó en la situación; jamás dijo nada al respecto ni mostró interés por resolver de inmediato el suceso. Esto indudablemente alentó al consumidor de una manera indirecta. Todo lo que éste hacía parecía inadvertido por los allí presentes. Aunque el distribuidor con la mirada seguía el acontecer de las acciones nunca logró llamar la atención de esta otra persona. Entre las monedas que el consumidor iba tomando la mirada del distribuidor jamás halló el significado necesario para evitar el castigo. Pareciera que dicho consumidor ya se había fijado muy rígidamente su objetivo; nada ni nadie le iba poner un alto a sus acciones. Esto último queda claramente visto cuando todavía el distribuidor da algo así como una segunda oportunidad, éste se hace partícipe de la situación y conviene en preguntarle sobre la cantidad de dinero que le entregó. Es decir, trata de negociar de una manera por demás reflexiva el significado de lo que se trataba de hacer. Y en las preguntas que correspondían a la escena misma, estaba implícito el posible rumbo de las cosas. Desde mi punto de vista el distribuidor trató al máximo de evitar lo sucedido. Se quedó callado como para que el consumidor se diera cuenta por sí solo de lo que estaba haciendo, no dio resultado; la mirada apareció como tratando de hacer visible lo que estaba ocurriendo, como queriendo alumbrar la escena a través de sus ojos, otro intento sin efectos; y por último, la pregunta inevitable *¿cuánto me diste...?* como buscando que el eco de la respuesta cayera a los propios oídos del trasgresor, esto tampoco rindió frutos. Y en una comunidad donde la tensión es algo incuestionable, las cosas no pueden dejarse pasar a la deriva. El distribuidor tenía que reaccionar ante la indiferencia de quien estaba frente a él. Los golpes hablan por sí solos, aparecen como una emergente negociación, como el grito que todos los presentes tienen que oír y recordar. El uso de los golpes así como es límite preciso también es advertencia. A través del castigo se sitúa, se contextualiza; recurso visible que se prolonga más allá del

tiempo y de la persona en la que se utiliza⁶. Con el castigo se ejemplifican los errores y las jerarquías. Medida intermitente que traspasa las relaciones, que las equilibra y las mantiene aparentemente *intactas*.

A la tarea de la preparación de la dosis o grapa, así como a la entrega y recepción del dinero correspondiente, se le viene a unir la de poner la cantidad de droga exacta en la balanza. Las dosis no están preparadas de antemano, éstos son hechas en el momento justo en que los consumidores las solicitan, son cantidades personalizadas. Pero el que los consumidores estén presentes no da por hecho que éstos vean fehacientemente en todas las ocasiones lo que la balanza marca. El consumidor pide cualquier cantidad de puntos o gramos y el distribuidor poco a poco quita y pone la cocaína en mínimas porciones hasta que por fin sea la indicada; ésta es entregada al consumidor y listo, la persona que sigue. El dinero que paga el consumidor puede ser o no entregado antes de que el distribuidor le dé la droga. De este pequeño elemento se pueden suscitar altercados como el siguiente:

"Después de ser atendida esta persona (el consumidor) se fue acercando a la puerta de salida. En ese mismo instante el distribuidor dijo: 'Faltan diez'. Las palabras volaron hueco. La frase nuevamente se repitió pero, ahora con más volumen. Las otras dos personas presentes ya habíamos comprendido a quién se refería y qué es lo que pasaba. '¡Ralo, que faltan diez no te hagas pendejo!' -repitió el distribuidor. El sujeto al que se dirigían las palabras volteó como dando a mostrar que no estaba enterado de la situación: 'Ah, ¿me hablas a mí?... ¿qué paso?' -respondió expectante. Ya enojado el distribuidor manifestó: 'Faltan diez, no mames. Treinta, treinta y treinta... no te hagas güey'. 'Ah sí es cierto. Perdóname, cometí un error' -replicó el consumidor ignorando lo que a continuación venía: 'Pásale por tres cabrón. Para que no andes cometiendo errores'. El consumidor no estaba muy de acuerdo con lo que acababa de escuchar o no creía la sentencia que se le dirigía. 'No, ¿qué paso?, ¿cómo crees?' -dijo ya con miedo. El distribuidor dando certeros golpes en la espalda del otro solamente aclaró: 'Qué pasó con

⁶ M. Foucault (*Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*, México: Siglo XXI, 2000), menciona que las relaciones de poder no solamente se efectúan desde los gobiernos y sus instituciones hacia la sociedad, sino que también entre los integrantes de ésta. Argumentando que uno de los dispositivos que emplea el poder es precisamente *el ejemplo*, mediante el cual se instauran jerarquías, conductas y relaciones disimétricas; el castigo, en este caso, sería no sólo un acto que se muestra como intervención, sino de igual manera, como prevención. Para darle mayor solidez a esta idea tendríamos que apoyarnos en el supuesto de que las comunidades y sus prácticas están constituidas por historias de aprendizaje compartidas, E. Wenger, *op. cit.*

qué, no le juegue al chingón. Ya le dije que son tres para que no ande cometiendo errores...”

Nuevamente se observa cómo un consumidor trata de aprovechar el proceso en el que se da la compra-venta. Sabiendo que éste debe ser rápido, intenta entregar menos cantidad monetaria de la debida, lo cual no le resulta. El distribuidor, al igual que en el ejemplo pasado, ejerce un castigo que no encuentra obstáculo en las palabras de los consumidores. En ambos casos podemos ver que el castigo trata de ser negociado en forma implícita por parte de los distribuidores; pero, ya cuando las consecuencias son inevitables en los errores de los otros, éstos asumen una posición en la que la resignación es lo único que les queda. Antes de los golpes no hay reparo en la trasgresión, pareciera que ésta no es considerada en el momento justo. Los consumidores saben lo que hacen, lo que puede pasar y las situaciones en las que se van a encontrar si son descubiertos, no obstante, continúan en su labor. El distribuidor en los dos casos precedentes impone el castigo, pero no sin antes tratar de que el consumidor repare su propia falta. Una vez que la sentencia está dictada, ya no hay vuelta de hoja, ya antes existió un tiempo para que la reflexión hiciera su juego correspondiente. Los golpes son algo así como el último eslabón de una cadena de acciones y relaciones entre los integrantes de la comunidad. Aparecen cuando la negociación no encontró otro camino, y aún así mediante éstos, se vuelven a negociar reglas de interacción convencionales tales como la honradez, la legalidad y el respeto entre otras más.

El que los integrantes de la comunidad de la droga se hallen en una práctica considerada como ilegal, no implica que en sus labores no haya cierta legalidad. Efectivamente, ellos por medio de su práctica rebasan los límites que la ley y *el orden* imponen, sin embargo, en su cotidianidad han resignificado los valores y los códigos sociales de los que se les ha querido desprender en los discursos jurídicos⁷. En los dos casos anteriores la honradez fue un punto muy importante en el devenir de los acontecimientos; cuando ésta fue violada, se dieron unos hechos “normales” en nuestra sociedad. Entre ellos no se pueden levantar denuncias penales, para eso tienen sus propias leyes y sus propios métodos de castigo⁸. La persona que intenta efectuar un acto que no es bien visto por los

⁷ Frecuentemente nos encontramos en los medios de comunicación y en las notas periodísticas que aluden a los consumidores de droga, con que éstos son seres desprovistos de cualidades socialmente valoradas, es decir, se les estigmatiza y se les adjudica una posición *satanizada* ante el conjunto social.

⁸ *La ley es inmanente*, sostiene continuamente Foucault, (El sujeto y el poder. En: H. Dreyfus; P. Rabinow (Eds) *Michel Foucault más allá del estructuralismo y la hermenéutica* (1-13) New York: Chicago University Press, 1983), señalando a su vez que estar inmerso en un sistema social es estar en unas relaciones de poder. Este episodio es un muy buen ejemplo para resaltar el poder que la ley tiene en las relaciones sociales y sobre todo en la subjetividad de las personas. La ley atraviesa las

distribuidores principalmente, se hace acreedor a cualquier tipo de castigos. Este tipo de situaciones únicamente las pude observar cuando el proceso de compra-venta se lleva a cabo de esta manera. El distribuidor, siendo uno solo, hace respetar su jerarquía y llega a castigar a quien realice un acto prohibido.

El respeto de esas reglas de interacción social es un elemento importante en las relaciones que mantienen los participantes en la comunidad. Aunque éste no es mencionado como un requisito para hallar una legitimidad o membresía, es de antemano algo que no es necesario recordar. Pareciera que existen cosas que no tienen por qué ser expresadas por aquellos que se encuentran involucrados en la práctica. Nunca oí a nadie mencionar que no tenía que realizar tal o cual acto, ni jamás preguntar a alguien sobre las cosas de carácter prohibido en la comunidad. Estos son significados que de entrada ya deben ser conocidos, y que sólo cuando tratan de ser evadidos, se hacen visibles y patentes como algo inherente en la práctica cotidiana. Cuando los nuevos clientes llegan, nadie les dice del proceso por el que tienen que pasar; nadie les habla de la fila, de la espera, de la cantidad de personas que llegaron antes, de la honradez, de las reglas, de los castigos, etcétera. Sólo la trayectoria de participación les abrirá la posibilidad de ir conociendo el mundo en el que se están comprometiendo⁹.

Por su parte, cuando ocurren situaciones como las ya mencionadas, los demás consumidores sólo se limitan a ser unos testigos mudos que no intentan interpelar ni tomar partido de la situación; solamente se dedican a entrever la escena entre miradas porque existen leyes que tácitamente son sabidas o porque realmente no hallan un motivo para entrometerse en lo que acaece. Creo que es conveniente puntualizar la primera de las dos opciones que acabo de señalar. A pesar de que estábamos otras personas presenciando lo acontecido, yo nunca tuve como intención recomendarle al distribuidor que pusiera un alto a su modo de actuar. Estar en presencia de lo sucedido bien me pudo haber empujado a abogar por esa persona. No creo necesario explicar por qué me abstuve.

Pero como este tipo de situaciones no son muy comunes y más bien parecen constituir la excepción y no la regla, la mayoría de las veces los que se encuentran esperando no realizan otra cosa

prácticas al grado en que cuando pareciera que se actúa rebasándola, llega un momento en que ésta es reclamada por las personas para mantener un orden en sus actividades.

⁹ Aunque esto es cierto en general, nos damos cuenta de que en este contexto, tal y como nos lo ilustra el ejemplo previo, se dan por supuestas ciertas reglas de los contextos cotidianos de compra-venta, es decir, "legales".

que no sea mirar el techo del lugar, mover un pie pausadamente, intercambiar miradas fugaces con los ahí presentes o simplemente esperar pacientemente a que les toque su turno. Únicamente en estas ocasiones me encontré con tanta agresividad. Bien podría decir que fueron sucesos extraordinarios. Pero aparte de esto, me parece más interesante enfatizar que dichos acontecimientos surgieron debido a la manera como es celebrada esta estrategia de compra-venta, es decir, por las mismas características de despachar y comprar, la situación se presta para ello. La tensión que se da por la ilegalidad de la práctica, las confusiones y altercados que surgen en el momento mismo de entregar o recibir la droga, las situaciones referentes al dinero de pago o de cambio, la rapidez de los episodios, así como la manera en que tratan de ser resueltos, son aspectos que pueden desatar la violencia, sobre todo de los distribuidores, en la medida en que surjan infracciones. Como mencioné anteriormente, sólo existe una persona que funge como distribuidora. No tiene el apoyo de algún otro distribuidor ni se encuentra totalmente capacitado como para evitar que se presenten tales eventos. Será de acuerdo a las habilidades que posea y que se vayan adquiriendo a través de la práctica, que aprenderá a resolver las situaciones que se le presenten. Como vemos, las estrategias aparte de otorgar ciertas ventajas llevan consigo aspectos que jamás permiten la armonía o la perfección total en la participación de los integrantes de la comunidad al igual como sucede en otros escenarios de la estructura social.

Por último, quiero hacer mención de que aunque existe una tensión inevitable entre el distribuidor y el consumidor, es el primero quien implícitamente marca el tiempo que durará la espera en la fila. No tuve la oportunidad de ser testigo en ninguna ocasión en la que se le apresurara ni como sugerencia ni como reproche. De una u otra manera, en la práctica se hacen ver las jerarquías y éstas aparentemente son respetadas. Esperar es algo que se da por entendido. Se muestra como parte del mismo proceso de la compra-venta. Utilizando esta estrategia, parece que no existe algo que la pueda evitar, al menos por parte del distribuidor porque los consumidores llegan solos. El distribuidor puede pasar horas enteras en el recinto; el consumidor muy poco tiempo. No se sabe cuándo aparecerán uno a uno lenta o rápidamente. En el salón, conforme son atendidos van saliendo. Es muy raro que se consuma la droga en ese mismo instante y en ese lugar. Por lo regular la fila se disuelve rápido y es poco común que uno a uno vayan siendo atendidos sin la presencia de alguien que también espere su turno.

3.3.2 La estancia

La puerta del salón debe estar cerrada para que se dé esta estrategia. El consumidor atraviesa la estancia, llega al salón y si éste se encuentra cerrado, regresará a esperar a dicho espacio. No se encuentra a la vista el distribuidor. Se sabe por dónde llegará, pero no el instante preciso. Mientras, el consumidor espera; solo o acompañado de alguien que vaya llegando con el mismo fin. No existe la necesidad de que se formen uno tras otro ya que el espacio en este lugar es más amplio. Pueden quedar frente a frente y juntos esperar. No es un requisito que intercambien palabra alguna. Sin embargo, la mayoría de las veces llegan a saludarse mediante un gesto o un pequeño guiño; y en muy pocas ocasiones simplemente entran, esperan y negocian con el distribuidor la cantidad y el tipo de cocaína por la que han acudido. Lo que a continuación señalo es ejemplo de esto último que acabo de señalar:

“Se encontraban dos personas en el espacio de distribución en espera de que llegara alguien que los despachara. No intercambiaron palabra alguna. Sólo se volteaban a ver de vez en cuando. Esto sucede en ocasiones, muy pocas veces. Pero aquellos que se conocen de antes se saludan con gusto cuando se encuentran, hablan de algo que los interrelacione, son despachados y se despiden”.

Las personas en el menor de los casos solamente esperan ser atendidas y salen. Aún a pesar de que pudieran conocerse si es que llegan a efectuar alguna plática, lo cual sucede muy a menudo, ésta inmediatamente se termina con la llegada del distribuidor¹⁰. La presencia de este último es intermitente; entra y sale constantemente, aparece cada vez que llega algún consumidor, le pregunta sobre la cantidad requerida, recibe el dinero y sale nuevamente¹¹. A su llegada, cuando va a entregar el pedido de un cliente, puede ser que ya se le hayan juntado otros más, a los que también tiene que

¹⁰ En este sentido, lo importante no son los minutos que pudieran durar dichas conversaciones, sino la constancia con la que se dan éstas. Alrededor del 75% de mis registros-observaciones muestran esta cualidad en la estrategia mencionada.

¹¹ Pareciera que en esta estrategia de participación el consumidor da por supuesto que el distribuidor entrega la cantidad exacta de cocaína; y que por su parte, del lado de este último existe un *ethos* de honradez al respecto. Aunque también puede ser que el consumidor asume que esto es algo sobre lo que no tiene “control” (sin dar por supuesta la honradez del distribuidor), al igual que ocurre con la “pureza” de la cocaína. Lo cierto es que en algunas ocasiones en las que tuve acceso al lugar en el que eran preparadas las grapas mientras el consumidor esperaba en la estancia, pude darme cuenta de que el distribuidor entregaba menos cantidad de la solicitada. Esto nos deja ver otro aspecto de la desigualdad entre los participantes.

despachar. Es en el transcurso de ese tiempo que se juntan varios consumidores cuando se dan las pequeñas, pero constantes pláticas espontáneas.

Por lo regular la conversación gira alrededor de las circunstancias en las que se encuentra la situación con la policía o bien sobre aspectos relacionados con el consumo personal. No obstante, no existe un tema que sea exclusivo de este tiempo de espera. Más aún, lo que es digno de mencionarse es que a partir de dicha espera, se da la ocasión para que algunos de los participantes de esta comunidad compartan las experiencias que han vivido, las estrategias que han desarrollado a lo largo y ancho de la comunidad o, en su defecto, las labores que efectúan en su práctica cotidiana entre otras cosas. Sobre esta cuestión, enunciaré las conversaciones que están vinculadas con la práctica de La comunidad de la droga, aquellas en las que la policía es un punto de interés y en las que el tiempo de espera toma relevancia; y además, las que se relacionan con algunas prácticas periféricas, tales como el trabajo, la familia y la salud.

Las conversaciones son a la "estancia" lo que la parquedad es al "salón", particularidad que resulta de unas relaciones específicas y una tensión significada. En el tiempo de espera aparece la tensión existente con la policía; aquí se renuevan o reanudan las preocupaciones que de ello surgen. Los consumidores utilizan el tiempo que tardan en ser completamente atendidos para compartir experiencias y significados propios de la comunidad. Aunque como dije anteriormente, no existe un tema exclusivo en dichas conversaciones, tampoco éstas carecen de puntos de referencia. Son tópicos comunes los que emanan en las conversaciones y uno de ellos, es la interconexión que la comunidad tiene con la policía. La posibilidad de que ésta aparezca no se olvida, siempre se toma en consideración a través de las pláticas y reflexiones que los integrantes de la comunidad comparten. En el siguiente ejemplo, vemos a un miembro legítimo hacer un alto en esta cuestión una vez que le pregunté sobre la situación actual con la policía:

"Se encontraban dos sujetos esperando en el espacio acostumbrado cuando yo llegué. Al entrar se me quedaron viendo de una forma desconfiada. Los volteé a ver como dando muestras de que no había peligro conmigo. Todo ocurrió en silencio y nada pasó a mayores. Los tres quedamos juntos y nadie decía absolutamente nada. Pasados alrededor de cinco minutos me decidí a hablar, como sentí el ambiente muy tenso dije: `¿Qué... está la cosa caliente?'. Uno de ellos dijo tajantemente. `La cosa siempre está caliente. ¿Dime en qué lugar no está caliente?... Si no son cosas sencillas... siempre está

caliente. No podemos estar tranquilos. Esto es normal. Siempre está caliente. Por eso tenemos que estar al pedo. Tenemos que acostúmbmanos a esta situación. Después de escuchado lo anterior asentí con la cabeza y permanecí en silencio”.

La policía hasta en su ausencia está presente. Las palabras de los consumidores una y otra vez la traen a colación; la policía indirectamente es parte de la práctica y la participaciones que allí se generan. La relación que se tiene con la comunidad policíaca se patenta en la cotidianidad tanto de consumidores como de distribuidores, y es la dinámica en la que éstos se encuentran relacionados la que adquiere matices propios, tensos y *calientes*. La participación de los integrantes tiene que ser constantemente ajustada a las exigencias de la tensión que se vive por medio de las conversaciones en las que se comparten puntos de vista, así como información sobre las patrullas que se encuentran rodeando la comunidad. La tensión en sí misma incluso pasa a formar parte del repertorio de los integrantes de la comunidad, algo así como un estado *normal*. Ellos deben acostumbrarse a que las cosas se den de éste modo, aún a pesar de que construyan estrategias que les minimicen los problemas.

Las conversaciones en torno a la policía no se dan de una forma aislada, no se encuentran en el aire, ni están despegadas del contexto en el que los acontecimientos se construyen día a día. Aparecen porque existe un elemento colectivo: la espera. Esta estrategia irremediamente conlleva una espera en la que los consumidores comparten su tensión y demás preocupaciones. La espera implica un tiempo y un espacio social, en ella aparece la policía por medio de las palabras; entre más se prolongue éste, la policía adquiere mayor relieve, el tiempo pesa y el espacio parece encerrar. Los consumidores reparan en ello y en ocasiones ven en la permanencia y la espera un inconveniente, un obstáculo¹²:

“Cuatro sujetos en el espacio de distribución. Uno de ellos me pidió un cigarro y después de hacer de su conocimiento que no fumo me preguntó de dónde era. Le di simplemente algunos datos de las calles aledañas a mi casa. Me dijo que `sería mejor que ya tuvieran algunas grapas hechas. Para más rápido´ con lo cual me dio a entender que no le gusta esperar como a otros muchos sujetos. `Y es que aquí te despachan chingón, ni modo´...”

¹² Preciso que estas conversaciones se dan debido no a la espera por sí misma, sino a las particularidades que ésta presenta en la estrategia de la estancia; la ausencia del distribuidor no es predecible en cuanto a su duración, ni tampoco la presencia de otros consumidores cuando alguno de éstos se encuentra solo.

En otra ocasión sucedió :

“Varios, quizá seis eran los sujetos que se encontraban en el espacio de espera. Sin excepción, estaban todos mal vestidos... Hablaban sobre el típico tema de la espera, de lo tardado que se ha vuelto ésta y lo peligroso que resulta en estos momentos en que la policía está más que presente. Entre ellos había una mujer de unos cuarenta y cinco años que era la que llevaba el cordón de la platica. Es la persona que más hablaba. Sin embargo, fue un joven de unos treinta años el que hizo un comentario relevante. Dijo que ha estado en otras partes de la república y que la forma como se despacha en este barrio no tiene comparación, incluso si se toma en cuenta Tijuana. El material en cuanto a la calidad y cantidad es mucho mejor que en otros lados, `no hay lugar que despachen como aquí. Te lo puedo asegurar´ –le mencionó a la señora. Ésta solamente se limitó a decir que no conocía tales lugares, pero que ella estaba muy contenta con ser *un cliente de aquí*.”

La estrategia de la estancia así como es una alternativa, un paso más en la construcción de posibilidades y respuestas; también es un obstáculo, una barrera que se erige ante sus productores. Por un lado se entiende que con esta estrategia no hay elementos o artefactos que aten a los integrantes de la comunidad en caso de ser sorprendidos por la policía; no obstante, por otro lado, de igual manera podemos ver que con esta forma de participación el tiempo alcanza a manifestarse como peligroso, puesto que el distribuidor en su ir y venir no halla otro camino que una sutil tardanza en su labor. Y aun si tomamos en consideración la manera como los consumidores han significado *el material* que en ese lugar se vende; y en donde la espera, la peligrosidad de la estrategia y el tiempo que es necesario en el proceso completo de compra-venta, parecen menguar el peso cuando asoma el elemento de la calidad, la tensión sigue existiendo: ésta no desaparece. La calidad así como justificación, es motivo y finalidad, parte significativa de la práctica. Pero aun así las cosas, la tensión se incrementa al paso del tiempo y el aumento de personas en espera a veces se traduce como incompetencia del distribuidor; paradójicamente, ésta es vista como indicio de que la policía está cercana al lugar de los hechos –no olvidemos que los distribuidores están intercomunicados desde el núcleo a la periferia por medio de aparatos de radio y son ellos los primeros en conocer la situación. En el siguiente episodio, la tardanza del distribuidor se hace evidente para los consumidores que lo esperan, reflejándose en su comportamiento y en las respuestas que llegan a dar ante preguntas concretas:

“Cinco o seis sujetos esperando en el espacio de distribución. Cada uno por su cuenta como la mayoría de las veces. Algunos de ellos mirando al techo del lugar, otros viéndose los pies y uno de los presentes viendo alternadamente a cada uno de los que lo rodean. Este último cerca de la puerta de dicho espacio. Ya han pasado más de cinco minutos y el distribuidor no regresa con el encargo de cuatro consumidores. Entre más pasa el tiempo más contacto visual se da. Quizá se trata de encontrar la respuesta en la mirada del otro o simplemente la calma. En el barrio las cosas son inquietantes para los que frecuentan este lugar y otros parecidos a éste. No tardé mucho en acercármele al sujeto de la puerta. ‘Es mucha espera ¿no?’ –dije intentando iniciar una conversación. ‘Sí carnal. Pero es que la cosa está *cachonda*’ –argumentó...”

Los consumidores se inquietan notoriamente ante la tardanza del distribuidor; el juego de los pies que marca el compás del tiempo aparece como muestra de la tensión en la que los presentes se hallan y las miradas se buscan frecuentemente para compartir un dejo de preocupación o de calma, según sea el caso. Sin embargo, también aparecen palabras que justifican la tardanza y la espera, que las unifican como inherentes una a la otra y que las manifiestan aparentemente como necesarias, como medida de seguridad. Los que allí nos encontrábamos sabíamos de antemano que la situación con la policía era más que peligrosa. Era el tiempo en que los operativos estaban en su máxima expresión; cuando las patrullas circulaban una tras otra en las calles del barrio. La respuesta de la persona anterior nos permite ver que de una u otra manera se puede llegar a saber o intuir la forma en que las participaciones tanto personales como colectivas se irán dando en la comunidad. A una situación tensa con la policía le sigue una espera quizá más extensa, una incomodidad de los consumidores, una tardanza por parte del distribuidor, es decir, un conjunto de actos en los que ciertos detalles adquirirán más fuerza y más nitidez de lo ya cotidiano. En otra ocasión:

“Siete eran los sujetos que estaban esperando el encargo en manos de X. En esta ocasión el tiempo se extendió más allá de lo habitual. Nuevamente me sentí incomodo por la dimensión del ambiente; cinco o seis de ellos que viven en la calle, la tensión que en el barrio en general se respira y el distribuidor que no tenía para cuando llegar. Poco después se asomó X y mencionó que al parecer tres agentes de la policía estaban en el otro salón, que lo aguantaran un poco más. En ese momento no supe que hacer. Esperar o buscar el acceso de salida. Esperé. Ya habían pasado aproximadamente veinticinco minutos y nada. El contacto visual se había hecho más evidente y frecuente. No faltó

quien dijera `ya valió verga. Pero ellos mismos tienen la culpa. Para eso están *los dieciocho*. Ya para ese entonces sabía muy bien a lo que se referían con estas expresiones. Poco después, por fin llegó X, entregó a cada uno lo suyo y todo continuó en orden”.

En estos dos últimos episodios vemos diferentes formas de significar la espera; primeramente parece estar justificada en las palabras de un consumidor, la situaciones en tensión requieren que el tiempo sea un poco prolongado y en este caso el tiempo es tan extenso que más allá del peligro se repara en los descuidos de los distribuidores. La persona del evento anterior, saca a colación a otros participantes de la comunidad, aquellos que trabajan conjuntamente con los distribuidores, los vigilantes; los cuales desempeñan su participación en los límites del lugar en el que se realizó la presente investigación, en la periferia principalmente. Pero lo que me interesa señalar como punto esencial, es el significado que personalmente tiene la espera: ésta no es considerada homogéneamente. En cada caso, sale a relucir la experiencia personal, la trayectoria de vida, las expectativas, las preocupaciones, entre otras cosas. El participar en una comunidad no significa que esa participación sea vivida igual que los demás ni que trate de ser resuelta conforme a un método o reglamento estandarizado. Cada uno de los que se encuentren allí considerarán, de acuerdo a las posibilidades y alternativas con las que cuentan, los eventos que les son significativos. El trabajo en la comunidad también da lugar a agentividades. Los participantes no quedan reducidos por completo a un campo delimitado; habiendo estrategias o estructuras de participación coexiste un resquicio en el que los participantes se convierten en agentes, espacios en los que la práctica es asumida como personal, como apropiación, como significada desde la trayectoria de vida personal¹³.

Por otro lado, cuando la interconexión con la policía se relaja, se dan situaciones que sin estar despegadas de las que ya han sido mencionadas párrafos arriba, sí muestran otros elementos que de igual manera son importantes para los participantes de la comunidad de la droga. En las conversaciones que se gestan en el tiempo de espera, también surgen otras esferas del conjunto social que tienen una práctica más o menos específica y en las que encontramos las relaciones familiares, los cuidados sanitarios y las actividades laborales principalmente.

¹³ Sobre la base de estos enunciados las teorías del significado sostienen que las personas tienen la capacidad de significar desde sí mismas los acontecimientos y los eventos que se presentan en sus trayectorias de vida, manifestando junto con esto que el poder de un sistema y los discursos en los que éste se apoya pueden ser resistidos mediante la capacidad subjetiva y de acción. E. Wenger, *op. cit.*

Las pláticas sobre la familia y las vicisitudes que en ésta se dan cotidianamente es un elemento que no pasa inadvertido para algunos consumidores en la comunidad. Las relaciones familiares son retomadas en algunas ocasiones en el tiempo en el que esperan la llegada del distribuidor, independientemente de si entre los consumidores existía o no una relación previa. Cuando la tensión parece disminuir o ser significada como llevadera, las conversaciones giran sobre otro tipo de acontecimientos que muestran a los consumidores como enteramente sociales, es decir, con vínculos más extensos que los que establecen en La comunidad de la droga. Participar en una práctica como la que en esta comunidad se da, exige re-significar gran parte de las relaciones sociales en las que se está involucrado¹⁴. En el caso que a continuación se presenta, un consumidor menciona algunas de las responsabilidades que llegan a ser postergadas en el seno familiar, pero que aún a pesar de ello no son olvidadas ni mucho menos anuladas:

"En ese momento se llegaron a juntar once personas en el espacio de espera. Realmente me sentí incomodo, ya que algunos de ellos –la mayoría, tenían mal aspecto. Gente sucia, de mal ver, desaliñada; personas que a primera vista dan a notar que viven en la calle. Pero sobre todo, los asimilé como criminales. Uno de ellos comenzó a establecer plática con otro con el que venía desde un principio. Le comentó que ya llevaba dos días que no llegaba a casa porque la banda *lo jaló para ir a echar desmadre*. Desde que lo vi entrar me llamó la atención la bolsa de papel estraza que traía en la mano izquierda, cosa que de igual forma puso alertas a los vigilantes, ya que dos de éstos se asomaron a *pasar lista* con la mirada y detenían su inspección precisamente en esta persona de la bolsa. Después de unos cinco minutos me atreví a preguntarle que si traía su comida –era lo más lógico. De ahí decidió explicarme que efectivamente "*ya llevo dos días sin regresar a mi casa y esta torta es para mi vieja que me la pidió*". Poco después añadió que también iba a ir a comprar una hamburguesa que de igual manera le encargó su mujer. Terminó diciendo que acababa de hablar con ella por teléfono y que se había hecho acreedor a un regaño, ya que ésta le reprochó que ya llevaba dos días sin comer..."

¹⁴ Participar en múltiples contextos permite que los actores sociales sopesen su desarrollo social y den significado a sus preocupaciones con base a su identidad. O. Dreier (*op. cit.*, p. 35), lo expresa mediante las siguientes palabras: "Las participaciones y preocupaciones múltiples de las personas les demandan plantear las interrelaciones entre ellas. Deben *relacionar, sopesar, balancear y contrastar sus diversas participaciones y preocupaciones dentro de su compleja práctica social personal*. Y deben reconsiderarlas y reconfigurarlas conforme se desplazan de un contexto a otro".

Las personas que participan en La comunidad de la droga no están separadas del mundo, no han dejado de preocuparse de otras tareas sociales. La persona de este caso, aún pasados dos días recuerda su responsabilidad y compromiso con respecto a su esposa. Por risible que pareciera el evento, nos da muestras de la complejidad de la participación y la trayectoria de vida personal, el ser consumidor de cocaína no implica que otras preocupaciones dejen de existir. Efectivamente, dicha participación familiar se ve alterada, sin embargo, esto no da por entendido que tenga que haber una ruptura total e inevitable. El consumidor tiene que considerar sus diferentes participaciones y el modo en que éstas son resueltas de una manera personal sin que tengan que verse rígidamente peleadas o inflexiblemente encontradas. El consumo de drogas es algo experiencial aun cuando se pertenezca a una comunidad. Son los consumidores desde el plano subjetivo quienes concilian sus participaciones por diversas que parezcan en tanto tengan la posibilidad de ejercer un cierto grado de agentividad. En esta comunidad, es común encontrar personas que siendo consumidores de años atrás no han dejado de entablar relaciones nuevas y no han quebrantado aquellas que son socialmente valoradas, como las familiares o laborales; estas personas se las ingenian para mantener en contacto sus diferentes participaciones. Existen quienes distribuyen de una forma muy personal su tiempo, su dinero y su participación social:

“Estaban todos en el espacio de distribución. Eran aproximadamente cuatro personas. Todas esperaban a quien en ese momento despachaba cuando entró un sujeto de unos treinta y dos años que al parecer se dedica a la venta de paletas y dulces en la calle. Inmediatamente la persona que estaba junto de mí lo reconoció y enseguida le dirigió la palabra: `... el chambeador, me cae bien porque es igual de talón que yo. Siempre anda en el talón, trabajando´. Después de escuchado lo anterior decidí intervenir en la platica con una pregunta: `¿Qué, siempre lo ve trabajando?´, a lo cual el sujeto me contestó: `Sí, es piedra y por eso tiene que trabajar duro´. `¿La piedra exige trabajar más?´ -pregunté. Entonces el vendedor de paletas y dulces me contestó que *es como tener dos viejas, no las debes descuidar*. `¿Por qué?´ – volví a preguntar, `Las dos son latosas, cuestan pero ésta te hace irresponsable... si dabas para *el chivo* ciento veinte, ya das setenta... y así. La mujer se termina acostumbrando, le dices tú que no hay buenas ventas... y después si dabas setenta ya le dices que te aguante y sólo le das cincuenta... La otra es la obligación, ésta es el gusto, tienes que trabajar duro porque las mujeres cuestan´...”.

A través de este episodio, nos podemos dar cuenta de al menos tres formas de participación social de una persona consumidora: el trabajador, la pareja y el consumidor. Y aunque vemos que se ha dado un desequilibrio entre éstas, también tenemos que subrayar que esta persona dice tener el control de la situación. La conciliación que hace de su devenir social y las participaciones que éste conlleva es más que clara y en ella se manifiesta que ser un participante social es un proceso, una trayectoria que atraviesa el tiempo y el espacio; un continuo recorrido inacabado que no encuentra final o estancamiento en una sola forma de participación. Este consumidor desarrolló habilidades para mantener su consumo, posiblemente aprendió a vender paletas y dulces en las calles a partir de éste, y además ha agilizado su relación matrimonial mediante mentiras y pretextos, sin que por ello se vea alterado su compromiso y responsabilidad. El significado que le da tanto a su responsabilidad marital como a su consumo personal gira en torno a su participación laboral; las responsabilidades cuestan, los compromisos tienen que ser atendidos, quizá sería lo que él enunciaría en otras palabras. Siendo el consumo de drogas algo experiencial, tendríamos que señalar que el significado de éste es personal, algo que está enlazado con las preocupaciones, las responsabilidades y la trayectoria de vida propia. Sin embargo y estrechamente relacionado con esto, señalo que a través de las conversaciones que se dan en la estancia de espera pude observar que no todos tienen la capacidad o habilidad para conciliar sus diferentes formas de participación social. En una ocasión un consumidor hizo énfasis en las relaciones que se fueron deteriorando a partir de su consumo de cocaína:

"Me le acerqué a una persona que ya anteriormente había visto y decidí preguntarle sobre la cantidad que gastaba en la droga diariamente. Me hizo saber que cincuenta o sesenta pesos, ya que *esta madre te lo quita todo*. Que por eso es bueno aprender a controlarse porque *cuando te das cuenta ya le debes un cambio hasta a la familia, vendes todo lo que tienes, dejas de trabajar*. Yo tenía hasta mi chava pero como dejas de rendir, te dejan. Ya andaba con otro cabrón, a mí me empezó a valer madre y yo ya no podía hacer nada. Ya no le rindes como persona a la gente... te dejan y, pues qué haces... sólo te queda el vicio. Yo empecé con *el chato*, pero probé *el bote* y me gustó, luego *el arponazo* y ya ves. La jeringa la dejé porque se siente horrible, pero estoy con *el bote*...". Llegó el distribuidor y, después de ser atendidos, los presentes se fueron.

Lo que esta persona manifiesta es más que evidente. En sus palabras va implícito el proceso social, su trayectoria de vida personal, el deterioro de sus relaciones tanto afectivas como laborales. Prácticamente el significado que le da a la cocaína es el de la ruptura; menciona que *dejó de rendir*,

que al él le *empezó a valer madre*, y que lo *único que queda es el vicio*. Paradójicamente con la ruptura de las relaciones sociales convencionales surgen otras que lo vuelven a ligar socialmente, aquellas que giran alrededor del *vicio* que se alude. Porque si bien no encontró la forma de mantener conciliadas sus diversas participaciones, si halló la manera de significar esa nueva identidad que emanaba de lo anterior. Esta persona, contrario a lo que comúnmente se piensa, estableció nuevos lazos sociales con la ruptura de otros que se fueron desgastando. No quedó en el vacío ni en el aislamiento, aún pertenece a una órbita social. El consumo de drogas implica otro tipo de relaciones por descubrir, relaciones que se encuentran más allá y más acá de las universalmente valoradas; más allá porque parecieran estar rebasando los límites convencionales y más acá, porque dichos límites se encuentran dentro de nuestra estructura social. Consumir droga acarrea significar otras prácticas laborales, afectivas y sanitarias. En el siguiente ejemplo se observa a un consumidor puntualizar las actividades laborales a las que se dedica:

“Eran varias personas las que esperaban ser atendidas y que en silencio permanecían. Nada fuera de lo normal. La misma rutina que a diario se repite y que es caracterizada por distintos y constantes participantes. Miradas fugaces, un pie paciente que marca el compás del ritual, un saludo que da la bienvenida en silencio. Se sabía que el distribuidor en turno había ido por un encargo. Eso lo dijo uno de los vigilantes que rápidamente se asomó. Yo me encontraba entre los cinco o seis sujetos que realizaban el acto de la espera. Nuevamente me centré en una de esas personas que por su forma de vestir dan a saber que su lugar de vivienda es la calle. Me acerqué disimuladamente a él y le pregunté si me podía regalar un cigarro. Fue negativa su contestación y por ello le di las gracias. Entonces fue que exclamé: ‘Que pinche frío hace ¿no?’ Por fortuna la respuesta provino de esta persona –aunque debo admitir que de una u otra forma yo provoqué tal acontecimiento. Él me contestó que *“ya estoy acostumbrado porque no tengo casa”*. Yo le pregunté sin disimulo: ‘¿Vives en la calle?’. Me gustó la forma en que él se refirió al lugar en donde vive: ‘No. Vivo en la vía pública’. Asentí con un poco de vergüenza después de oír esto. Quise saber a qué se dedicaba, pero esperé un momento antes de hacer alguna otra pregunta al respecto.

‘¿De qué la giras?’ –pregunté. ‘Recojo chácharas en la calle’ –argumentó con un tono de confianza. Prosiguió: ‘Recojo cartón, papel, latas y todo lo que se pueda vender’. Me mostré interesado en lo que escuchaba y me platicó que lleva aproximadamente cinco años realizando dicha actividad. A esto añadió que no tiene familia y que gana unos

trescientos pesos diarios. Hice de su conocimiento lo sorprendido que me dejaba saber la cantidad en cuestión. `Ah, sí ganas bastante bien´ –dije. Me contestó que es mucho trabajo lo que hay detrás de ello y que prácticamente dedica todo el día a su labor. `¿Qué haces con tanto dinero?´ –le pregunté inquieto. `Pues como y saco pa´ lo mío´ –respondió tranquilamente. Terminó diciendo que lo que gasta en cocaína diariamente casi llega a los trescientos pesos y que los tres gramos que esto representa los consume poco a poco en el transcurso de la jornada”.

El consumo de drogas va acompañado de otras actividades que mantiene a las personas unidas a la estructura social. Las implica de una manera particular. Recoger cartón, latas de aluminio, papel y otras cosas que se pueden vender es ya de por sí una relación social, una forma específica de participación. Esta persona señala que no tiene familia y ni siquiera una casa, pero aún así nos muestra que no está aislada de la sociedad, ni que es *disfuncional* –como en los discursos dominantes se les hace ver¹⁵. Ser consumidor de drogas es estar dentro de un orden social, y las prácticas que se dan a partir de esto lo sostienen. ¿Quién nos dice que ser consumidor no implica trabajar en algo, y aún más, que la actividad en la que uno se compromete no necesariamente significa transgredir ese llamado orden social? Ninguna de las personas que pude observar manifestó que se dedicara a robar o actividades similares; la mayoría de ellas decía trabajar en actividades de recolección en la calle o en empleos comerciales, sin olvidar a los que se dedicaban a las labores de oficina o gubernamentales.

Una vez, tuve la oportunidad de intercambiar palabras con una persona que no trabajaba en la calle ni mucho menos en una oficina; se dedicaba a ir y traer diversas dosis a personas que no querían verse involucradas en la comunidad directamente:

“Cuatro personas eran las que se encontraban en esta ocasión esperando a ser atendidas. Quien más me llamó la atención fue un joven de unos veintiocho años que seguramente vive en la calle. Características que ya he encontrado en personas anteriores a él a través del presente trabajo. Vestimentas en mal estado, sucias, cabello largo y descuidado entre otras. Traía varios billetes de a veinte pesos y una cantidad mayor en monedas repartidas en ambas manos. Me acerqué hacía él y le pregunté cuál era su opinión sobre el tiempo de espera; algunas veces es demasiado tardado, de cinco a quince minutos. Me dijo que pocas veces se desesperaba, que sólo cuando andaba

¹⁵ Basta poner atención en lo que los medios de comunicación mencionan al respecto.

panqué se ponía un poco tenso. Me interesó saber cuánto iba a comprar, para lo cual le pregunté sobre la cantidad de dinero que traía consigo. `Vengo por siete de blanca y un cinco de cocinada´. `¿Toda es para tí?´ –pregunté. `No cómo crees, en sí nada es para mí.´ `¿Entonces?, ¿te la encargaron?´ –Insistí. `Es pa´ la banda, yo sólo *soy misión*. Ya ves, la banda te la encarga... ahorita me están esperando.´ `¿Pero de ahí tú te *jinetear* algo?... que salga para tí´ –le dije muy seguro de la situación. Lo que me contestó no era lo que yo esperaba: `No, qué pasó. La banda es la banda. Cómo los voy a robar. Ellos se *mutilan*, siempre se *reportan* con algo. De aquí mismo me dan´. Entonces tu misión es sólo el encargo –le dije. `Sí yo soy misión. Llevo y de lo que me den, si no es de esto me dan pa´, lo mío´..."

En la comunidad se establecen relaciones laborales, no siempre éstas se encuentran ajenas a la práctica de la compra-venta. Esta persona manifiesta trabajar en la consecución de las dosis que otras personas le encargan. De su labor puede sacar para su consumo personal o para cualquier otro gasto. En nada de lo que él compra interviene su dinero, para ello los demás le dan: su misión-participación es ir, traer y recibir una paga. Las actividades en La comunidad de la droga son tan variadas que todas son prácticamente sociales, ninguna se da aislada de las otras. Si las personas no encuentran un trabajo en la periferia de la comunidad pueden hacerlo mediante actividades que son valoradas en el interior de ésta y, como otros trabajos, implican responsabilidad, compromiso y honradez. Nuevamente aparecen las reglas de interacción convencionales que ya en otra ocasión habíamos señalado. Esta persona no puede robar a *la banda*, ya que *ellos se mutilan*. Ese es su trabajo, esa es su forma de participación y su manera de ganarse la vida. Ahí donde precisamente pareciera que se ha rebasado la ley, se re-significan normas y valores que permiten conciliar intereses y equilibrar las participaciones de quienes componen la comunidad.

El trabajo de este consumidor es una actividad negociada, es en la comunidad donde adquirió su significado y el valor correspondiente. Así como existen vigilantes y *dieciochos* por parte de los distribuidores, encontramos *misioneros* entre los consumidores. En La comunidad de la droga no sólo se hallan el consumidor y el distribuidor, las actividades de éstos se encuentran apuntaladas por otras personas que a simple vista no existen. El caso que a continuación señalo muestra a una persona que conjunta la actividad de *recolector* y *misionero* en su participación diaria, además, nos permite observar un vago pero existente conocimiento de algunas propiedades con las que la cocaína está compuesta:

“Llegué y estaba el joven. Unos veintidós años ha de tener. Le pregunté si es que era X quien atendía. De su boca no salió ni una sola palabra. Únicamente me miró y alzó un poco la cabeza. Yo no me perturbé por tal acción. Ya lo he aprendido. Es necesario mantener cierta distancia con algunos de los que frecuentan el lugar por motivos de seguridad. Uno nunca sabe quien es *tira* o quien tiene nexos con la policía. Pensé un poco lo que tenía que hacer. En eso me dijo que yo le era conocido, pero que no sabía de dónde. Aproveché esto para establecer algún tipo de confianza y le barajé algunas posibilidades. La escuela primaria, la secundaria, el mismo barrio. Nada. Entonces le dije algo más seguro: ‘Ha de ser de aquí’. Me respondió que eso era tal vez. Me habló de su papá y de su tío para ver si yo podía ayudar a despejar la duda. En eso entró el distribuidor y lo atendió. ‘Seis gramos de la chida y lo que sobre de blanquita’ –solicitó mi interlocutor. No alcancé a ver la cantidad entregada de una forma exacta. Me hizo mención de que trabaja en la calle recogiendo cartón y cosas *que se puedan mercar*. A pesar de que dijo no vivir en la calle sí puedo decir que su aspecto lo contradecía. Ropa raída y sucia. Añadió que sabe hacer *pepinos*. ‘¿Qué es eso?’ –le pregunté extrañado. Contestó que así se le llama a las pastillas. Jamás intenté tratar de abordar más a profundidad tal cuestión por la misma actitud que él presentaba hacia mí (cortante). Tal parecía que yo no debía hacer preguntas. Él por sí solo tenía algo que decirme. Refirió que no sabe bien cómo se prepara *la cocinada*, pero que *el anfeñin* es el que descalcifica, el que más daño hace. Como en la mayoría de los casos, llegó nuevamente el distribuidor y mi acompañante se fue una vez que le atendieron”.

Esta persona manifiesta que su trabajo es recolectar cosas que se pueden *mercar*, sin embargo, aunada a esta actividad, vemos que también aparentemente realiza las tareas de alguien que es *misión*. El trabajo en La comunidad de la droga o alrededor de ésta puede ser hallado con el paso del tiempo y con la trayectoria de participación en distintos sitios. A partir de la práctica que caracteriza a la comunidad, los integrantes de ésta pueden ajustar su participación de diversas maneras con la finalidad de obtener ganancias o un modo de sustentar sus gastos y su consumo personal. Muchos de los consumidores que son clientes de ese lugar, no se atreven por motivos de seguridad a entrar directamente a realizar la compra-venta, para ello, en ocasiones rondan la periferia otras personas: se les dice la cantidad deseada y el tipo de cocaína; se les da el pago y se espera a que lleguen nuevamente después de un tiempo determinado. Las participaciones son tan múltiples y ambiguas que sería muy difícil enunciarlas por completo, éstas a veces son producto de la ocasión y

las circunstancias y otras tantas, tan efímeras que muy raramente son vistas. En esta investigación son señaladas aquellas que más constantemente se presentan. No podría sostener que esta persona siempre fusione estos modos de participación, ni tampoco que la persona que antes fue mencionada no esté involucrada en otro tipo de labores. Lo que sí puedo argumentar, es que por medio de las palabras del consumidor, nos damos cuenta de que en un cierto grado existen conocimientos con respecto a los ingredientes de las diversas drogas que navegan en el barrio y de las consecuencias que conlleva el consumo de éstas; esta persona hace mención de una sustancia que descalcifica, aunque no por esto deja de consumir. Así como existen discursos especializados que ponen como punto central la información de las causas y consecuencias del consumo de drogas, encontramos conocimientos que los integrantes de la comunidad desarrollan al paso del tiempo y de sus participaciones, sin por ello erradicar el consumo. La información por sí sola no produce este efecto, es cuestión más de cómo sea significada que de su calidad y su fidelidad. Muchas veces escuché a los consumidores expresarse despectivamente con respecto a la cocaína; ésta era nombrada como *mierda, porquería, vicio, cagada*, etcétera, sin que a eso siguiera el cese del consumo. Las personas aparentemente saben que la cocaína hace daño, posiblemente no precisamente a qué, pero tienen el conocimiento de que su consumo perjudica la salud y aún así, continúan la ingesta de la sustancia. La información no basta por sí sola, el uso que se le dé necesariamente debe de ir conjuntado con la trayectoria de vida de las personas, tomando en cuenta tanto la experiencia personal como compartida de cada uno de los consumidores¹⁶. Muestra de esto es que los consumidores intercambian en sus conversaciones puntos de vista con referencia a la salud y a los cuidados personales; se dan consejos, discuten y tratan de hallar cauce a sus propias dudas e interrogaciones. Tuve la oportunidad de

¹⁶ En este supuesto se apoyan diversos planteamientos tanto teóricos como metodológicos, y en donde se argumenta que sin el involucramiento de las personas que se encuentran en tal situación, la de *la adicción a las drogas*, los alcances tanto a nivel preventivo como de intervención, quedan muy restringidos y limitados. Se dice que la Red Mexicana de Organizaciones que Intervienen en Situaciones de Sufrimiento Social tiene como objetivo “formar un marco metodológico común que permita realizar intervenciones específicas para cada situación”, apoyándose en marcos teóricos como psicoanálisis, psicología social y sociología. En este modelo se sostiene que “la intervención debe ser local y en lo cotidiano y situarse en tiempo y espacio”, A. Hernández, *La ciencia, vía para contrarrestar la farmacodependencia*. *Gaceta Universitaria*, 6 de enero de 2003, p. 13. Sin embargo, además de lo anterior, me parece importante tomar en consideración el medio social en el que los consumidores se encuentran, es decir, remitiéndonos a la premisa de que la identidad es un aspecto de nuestras relaciones sociales y de nuestra trayectoria de vida, creo necesario voltear la mirada más allá de las relaciones familiares y en sí, a la sociedad entera, para de esta manera plantear lo que se propone como una Prevención Significativa, Ver E. Ponce de León, *De jóvenes, sociedad y drogas. De la reflexión crítica a una metodología de prevención significativa*, *JOVENes*, 1(3), 1997, p. 84-93. Aunado a lo anterior me remito al apunte de R. Araujo, *op. cit.*, p. 85: “La enfermedad no es un asunto de quienes están enfermos, de quienes padecen, sino de la mirada pública de las instituciones sociales”.

presenciar una discusión sobre el remedio que una señora tenía que seguir para el fuerte dolor de cabeza que la aquejaba:

"Mientras esperaban al distribuidor, los presentes hablaron de la salud –cosa que me parece por demás relevante. La señora sacó un disparador de oxígeno y mencionó que padecía de asma y que en ciertas ocasiones se le complicaba. Aunque aclarando que todo lo tiene controlado, que no hay necesidad de asistir a un médico. Sin embargo, hizo referencia a lo mal que se sentía *en ese momento*. Añadiendo: 'Quizá se me quite ahorita con unas fumaditas'. Otro de los presentes intervino para aconsejarle tomarse un *afrix* porque *es muy bueno para el dolor de cabeza*. Uno más le recomendó *mejorales* y el último, el más chico –aproximadamente veinte años, simplemente dijo: '*Váyase mejor a dormir un rato señora, ha de estar cansada*'...".

Curiosamente en el lugar en donde se vende la droga, la salud aparece como algo importante; el cuidado del cuerpo adquiere sentido ahí donde parece que no existe. La práctica del consumo de drogas no implica que no haya preocupación por la salud, ésta más bien es re-significada, quizá postergada, quizá minimizada, pero sigue presente. Los consumidores mencionaron los recursos a los que acuden cuando viven la misma experiencia, enumeraron las diferentes alternativas a la mano, y cuando todo parecía dicho, surgió posiblemente el comentario más lógico: el descanso. Implícitamente se hace patente que el consumo de drogas es desgastante, que exige esfuerzo y es agotador. Las conversaciones de los consumidores no necesariamente giran alrededor de la droga, también se hacen presentes otros rubros en sus palabras. La salud es incluso una cuestión colectiva, una vivencia personal que se comparte en aras de una mejoría. *El anfein* descalcifica y *el dormir* mejora la salud. Los integrantes de la comunidad de una manera muy peculiar saben de su práctica, de las consecuencias de ésta y de los distintos caminos que quedan como alternativa. No son ajenos, son agentes y productores de la misma.

Los consumidores, aparte de la salud invocan el tiempo como relevante. El tiempo adquiere el matiz de lo que ya no se renueva, de lo que se pierde y jamás se recupera. Puede ser la salud algo de importancia, pero el tiempo otra cosa que no se debe olvidar. En una ocasión una persona consumidora resaltó este elemento, el tiempo, por encima de otros que yo creí que eran más importantes:

“Después de un tiempo, le pregunté a uno de los presentes por qué tipo de material iba. Me respondió que por blanca porque `el bote ya lo dejé. Poco a poco. También la blanca la voy a dejar´. `Está cabrón ¿no?. Es mucho billete´ –dije creyendo conseguir apoyo en su respuesta. Sólo se limitó a contestarme: `No. El billete como sea se trabaja. Se pierde mucho más de tiempo. El tiempo de estar drogándote es mayor. Ese ya no lo recuperas. Es mucho desmadre ir, venir, comprar y todavía drogarte. Ese ya no lo recuperamos´. Nuevamente me quedé callado. Era mucho en comparación de lo que esperaba oír.

El consumo de drogas es algo personal, algo experiencial; es un aspecto más de la trayectoria de vida de una persona. Cada uno de los consumidores seguramente tiene un particular punto de vista, éste puede o no ser compartido, pero también lleva algo que viene o surge de lo subjetivo, de lo personal. La reflexión sobre el tiempo, sobre la salud, sobre el dinero, sobre el trabajo y demás consideraciones, son re-construcciones que se dan a partir de las trayectorias de participación situada. Esas elaboraciones subjetivas no están despegadas de la realidad, del terreno en el que los hechos toman forma. Las personas que consumen droga tienen también sus preocupaciones, a veces acuden a ellas, a veces parecen olvidarlas, pero siempre que se encuentra un hilo que las pueda jalar, éstas aparecen con un significado propio y por negociar según el momento y el espacio en el que se esté.

El lapso de tiempo en el que los consumidores esperan, otorga la posibilidad de que las trayectorias de vida personal se crucen y sean exaltadas entre los participantes. Permite que éstos extiendan el conocimiento que tienen respecto a los demás y viceversa. Esperar es conversar, adquirir identidad y legitimidad. Es importante señalar que nadie les ha dicho que platiquen en lo que se les atiende ni que de esta forma hagan menos pesado el transcurrir del tiempo. La espera aun sabiendo que existe, no está acondicionada como en un consultorio médico en donde las revistas y los cómodos sofás hacen de ésta algo menos fastidioso. La espera más bien es significada al parecer, de acuerdo a las preocupaciones que en el momento se tengan. En ella se puede tratar de darle significado a ciertas asuntos que conciernen a la práctica y a lo relacionado con ella, como pudimos ver a lo largo de los párrafos precedentes.

Las personas que ahí encuentran su participación son tan diversas que cada una de ellas trae consigo una serie de narraciones y experiencias que se entrelazan con las de otros. Ya sea de los acontecimientos familiares, laborales o sanitarios; ya sea de las prácticas relacionadas a la comunidad, es decir, la preocupación por la policía, la tensión que de esto se genera, las estrategias en las que el

proceso de compra-venta se da, etcétera. Aunque pudiera ser que el interés que los empuja a ese lugar y el lugar al que acuden en sí, es el mismo, eso no quiere decir que el significado que para cada uno de ellos tiene, sea homogéneo. Cada uno de los presentes por medio de sus narrativas otorga perspectivas nuevas y personales sobre la comunidad, su experiencia y el devenir de éstas. Es poco frecuente que en esta estrategia se les atienda aisladamente a cada uno de los consumidores. En este lugar se pueden llegar a juntar hasta doce personas que en pequeños grupos son atendidos. Recuerdo una ocasión en la que yo solo estaba entre once consumidores que poco a poco fueron despachados. Ninguno trató de ser atendido primero que otro, cada quien respetó el lugar que le tocaba conforme había llegado. De antemano saben que le tocará su turno a cada quien:

"... ¿Quiénes llegaron primero?" –preguntó el distribuidor. ¿Cuánto van a querer?... Uno por uno váyanme diciendo, primero ustedes cuatro... ¿cuánto y de cuál?... Bueno, también tú –dijo dirigiéndose al más viejo de todos. ¿Ustedes espérenme, ahorita regreso´..."

Frecuentemente sucede lo anterior. Esperar acorde al turno que a cada quien le toca. El distribuidor llega después de un tiempo y conforme fueron asistiendo los presentes los atiende. Primero pregunta a un pequeño grupo de éstos sobre la cantidad y el tipo de cocaína que van a querer. Pueden ser aproximadamente cinco o seis personas las que son atendidas simultáneamente. Esto depende en gran medida de las habilidades que el distribuidor haya desarrollado para grabar en su memoria las características de los diversos pedidos. Una vez que preguntó a los que serán atendidos, sale del lugar y regresa después de cinco y hasta diez o quince minutos:

"Por fin llegó el distribuidor. Tres de blanca... dos cocinada... quién pidió tres de cruda´ – decía al instante en que cada uno de los presentes se acercaba por lo suyo. Conforme lo recibían, uno a uno sin un orden específico, iban saliendo del lugar".

Así como el distribuidor toma en su memoria el pedido de cada uno de los que serán despachados, al igual realiza la entrega. Uno por uno, aunque en esta última parte del proceso se da una mayor interacción entre distribuidor y consumidores, ya que como se observó en el caso precedente no siempre recuerda quién pidió qué, es decir, tiene que preguntar sobre el pedido que alguien haya hecho en particular. Sea este el caso, vemos que los consumidores tienen que alinearse a no tratar de mentirle y quererlo estafar con algo que no les corresponda. Estos señalan la cantidad y el tipo de cocaína que les pertenece y cuando les es entregada salen del recinto. Cabe mencionar que el

distribuidor no cuenta con ningún tipo de apoyo nemotécnico; no hace uso de una libreta o un papel en el que pudiera apuntar cada uno de los pedidos, no se apunta en la mano o en el antebrazo las cantidades sugeridas, no tiene la ayuda de otra persona a la que le podría ir dictando o que más adelante le recordaría. Prácticamente él hace toda la labor, y es sólo por medio de la memoria que realiza su trabajo.

En cuanto a las narraciones y conversaciones que se dan en la estancia, cabe mencionar que éstas la mayoría de las veces no encuentran un final. Son conversaciones que quedan incompletas y no son resueltas en ese preciso momento. El tiempo de espera así como parece prolongarse en muchas ocasiones, también muestra ser demasiado corto en este sentido. Se puede estar hablando de tal o cual cosa en particular y presentarse la interrupción cuando menos se le espera. Sin embargo, ésta la más de las veces ocurre cuando el distribuidor hace su aparición; ya sea para tomar pedido o para llevar a cabo la entrega. Las conversaciones ahí quedan: en la última frase que se dijo. Debido a que los consumidores aparecen cada uno por su parte, cuando han sido despachados, de igual forma se van. Y aunque pareciera que salen en grupo, éste se disuelve entre el mismo andar de los que lo componen. No obstante, las pláticas pueden ser retomadas más adelante, en otra oportunidad que se presente en el mismo trayecto de vida personal. Cuando la coincidencia del tiempo y el espacio se hace presentes entre los participantes de la comunidad.

En este lugar no existe a la vista artefacto alguno que sea utilizado para la distribución; éstos se encuentran en otro sitio. La báscula, la cocaína y demás artefactos, se encuentran en un lugar que tampoco es desconocido y, que sin embargo, no es accesible para los ahí presentes. El trabajo del distribuidor consta de un ir y venir frecuente. Este no está mucho tiempo presente en el mismo sitio. Espera a que se junte cierto número de consumidores y aparece, se va, y nuevamente regresa. Su trabajo se da en constante movimiento. En este caso la entrega del dinero va por adelantado, en el momento mismo en que el consumidor hace su pedido. Es más frecuente que suceda la atención a los consumidores en grupo que uno por uno. Pareciera que le es más práctico al distribuidor atender a cinco personas en un único episodio, que una a una. Como es fácil señalar, esto traería consigo, mayor esfuerzo y trabajo para el distribuidor.

3.3.3 El pasillo

El consumidor, cuando está pronto a entrar al lugar de distribución, es interceptado por el distribuidor. Este pregunta sobre la cantidad y el tipo de cocaína que es requerida. Una vez que se pacta lo anterior, el primero puede ingresar a esperar a la "estancia" o quedarse en el "pasillo". Realmente este lugar es un no-lugar. Puede ser el dintel de la puerta principal del conjunto arquitectónico o bien puede ser la calle, la banqueta o ambos espacios, ya que el consumidor constantemente se mueve de un lugar a otro. Es menos común esta estrategia de compra-venta de cocaína. Muy pocas veces fui testigo de ello. Sin embargo, me parece conveniente puntualizarla, puesto que de una u otra manera presenta ciertas particularidades con respecto a las otras mencionadas. Ejemplo de esto es que el consumidor realiza su pedido tiempo antes de entrar a cualquier recinto. La espera va después del pedido como se muestra a continuación:

"De entre la oscuridad llegó un sujeto solo. En silencio se acercó. Sin decir nada más allá de lo ordinario, sacó un billete de cincuenta pesos y pidió 'cuatro puntos de blanquita'. El distribuidor le hizo la recomendación de que ahí lo esperara..."

Vemos que la persona consumidora realiza la negociación en un lugar no específico. Efectivamente es la calle, pero eso no quiere decir que siempre sea en el mismo punto de ésta. La calle es muy larga y muy grande, no existe un punto particular en el que consumidor y distribuidor se reúnan. Podemos dar cuenta de que la espera viene después; primero se pide y luego se espera. Ser atendido en el "pasillo" extiende el espacio en el que se esperará, por lo tanto, disminuye las posibilidades de que se entable conversación entre los consumidores. Estos se encuentran más distanciados, esperan lo mismo, pero, quizá uno bajo el dintel de la puerta y otro, ahí mismo donde realizó la negociación, en cualquier punto de la calle.

La compra-venta de cocaína en el pasillo es una estrategia poco común. En un momento dado, prácticamente no hay ningún participante. El distribuidor está oculto observando quién se acerca poco a poco. Una vez que identifica a la persona como miembro de la comunidad, aparece y lo intercepta como en el caso anterior. Después de realizada la negociación, nuevamente ambos desaparecen. El

distribuidor está y no está al mismo tiempo. El ve pero no es visto¹⁷. Los consumidores son atendidos uno a uno, conforme van apareciendo. Pareciera que esta estrategia es el último eslabón en el que se da el proceso de la compra-venta. Algo así como la bandera roja del peligro. Nadie permanece dentro del recinto, al menos por parte del sector distribuidor. Si alguien llega a estar presente en la estancia, seguramente es un consumidor que ya espera su encargo. Después de esto, nuevamente el recinto queda vacío. Cuando se puede observar esta estrategia, con ello se manifiesta la poca cantidad de consumidores que asisten al lugar. Es por eso que uno a uno son atendidos. Cuando aparecen acompañados o en grupo, se dan situaciones que ponen en evidencia la tensión que en la comunidad se vive. En una ocasión que asistí con un conocido que tenía conocimiento de mi trabajo y en el cual estaba interesado, sucedió lo siguiente, cabe mencionar que esta persona jamás había acudido a dicho lugar:

“Saqué el billete que mi acompañante me dio y le dije a X: ‘dos puntitos hermano’. Lo que oí a continuación me desequilibró por completo. El distribuidor se me quedó viendo misteriosamente sin pasar por alto la presencia de mi acompañante: ‘Mmm... no sé si esté aquel compa’. Cabe señalar que no por eso dejó de tomar el billete que le extendí con la mano derecha. En lo que él pronunciaba lo anterior, mi acompañante continuando el ritmo de su andar, llegó a tomarnos algunos pasos de ventaja –como si se estuviera pasando de largo. Realmente no sé cómo fue, pero me di cuenta de la situación y de la alternativa que aún quedaba a mi disposición. ‘Viene conmigo güey, no hay pedo’—dije confiadamente. El distribuidor volvió a mirarnos y me contestó: ‘Ah... ¿viene contigo?’, e inmediatamente dijo con una voz más alta a otro sujeto que apenas aparecía en nuestro campo visual: ‘... viene con él... no hay pedo... ‘ira... no hay pedo, viene con él’...”

Mi acompañante representaba para el distribuidor algún tipo de peligro. La importancia de la membresía y legitimidad en la comunidad aparece en una situación que jamás contemplé. Sin embargo, me parece que lo que hay que resaltar de este evento es que esta estrategia muestra la tensión en la que los participantes se encuentran. Lo más probable es que se creyera que mi acompañante era policía y como consecuencia de ello, la negociación presentó mayor dificultad de lo

¹⁷ Las estrategias de participación en la comunidad de la droga son el precipitado de unas tecnologías que se ofrecen como resistencia a la tensión que con la policía se tiene. Así como la policía tiene la capacidad de penetrar en la comunidad mediante los operativos en los que se apoya; los distribuidores por medio de la mirada pueden antepone sus propios recursos.

que comúnmente tiene. En este caso no sólo se negoció la cantidad de cocaína que tenía que ser despachada y el tipo de ésta, sino también la identidad y legitimidad de los que ahí asisten.

El orden de ilegalidad en el que se da la práctica aparece sutilmente en cada uno de los actos de los participantes. Como esta estrategia es desde mi punto de vista la última opción en la que se puede llevar a cabo el intercambio droga-dinero, es decir, el proceso de la compra-venta, gran parte de los actos que los integrantes realizan son sospechosos o irregulares. Hemos visto a través de la exposición de las diferentes estrategias que son utilizadas en esta comunidad, que los participantes poco a poco van saliendo del recinto arquitectónico en el que se encuentran: primeramente se hallan en el "salón", según las circunstancias que se vayan tensando o no reajustan su participación; después salen a la "estancia", e igualmente como se den las cosas con respecto a la policía, pueden salir completamente del lugar, o sea, al "pasillo". Es también un proceso el que se da en las estrategias de participación. En cada una de éstas se halla implícita la tensión. Las principales cosas que identifiqué como indicio de peligro para los integrantes de la comunidad es que los consumidores asistan en grupo, acompañados unos de otros; que éstos no sean reconocidos de tiempo atrás o que inclusive, no asista ningún consumidor a dicho lugar. Esto se traduce como peligro ya que siendo en grupo las asistencias bien podrían emular a los cuerpos policíacos en un operativo, o bien, las personas que no son reconocidas podrían ser policías que de una o otra manera quieren conocer cuántas personas están dentro del lugar, quiénes son, cómo están organizados, etcétera; y por último, el que no vaya nadie quiere decir que la situación en los alrededores es ya de por sí peligrosa.

La sensibilidad que se debe tener en cuanto a la práctica en la que se encuentra uno participando es muy importante para el devenir de los acontecimientos. Como señalé, la poca concurrencia de los consumidores parece ser una muestra de que la policía se encuentra alrededor del lugar. Dicha sensibilidad se advierte bidireccionalmente; los consumidores que van a comprar cocaína son pocos en ese momento y por su parte, los distribuidores cambian la estrategia en la que atenderán a los primeros. No sé cuál provoque a la otra, pero el caso es que la tensión presente se manifiesta en ambas partes. La negociación se da tensamente. Cada uno de los asistentes renueva dicha tensión y por consiguiente, ésta nuevamente tiende a ajustar el modo de participación de quienes ahí están. El distribuidor busca identificar a la persona que se acerca, y ésta de igual manera, trata de ser identificada. Esto sucedió en el caso precedente, justo en el instante en el que hice mención de que la otra persona venía acompañándome.

Cuando esta estrategia es utilizada por los participantes de la comunidad, el consumidor tiene que realizar el pago por adelantado. El distribuidor puede tardar aproximadamente cinco minutos. Aunque el tiempo siempre ejerce presión sobre ellos, en este caso, es primordial no perderlo y realizar sólo lo que se tiene que hacer. Nada de más. Se identifica, se atiende, se entrega lo requerido y se acabó; a esperar a la persona que sigue. No puedo dejar pasar la oportunidad para puntualizar que el distribuidor de una u otra forma, también realiza una especie de espera. No obstante, diferente a la que ejecuta el consumidor. De hecho, el trabajo del distribuidor, entre otras muchas cosas, implica esperar. El distribuidor siempre espera a alguien que vaya a su lugar de trabajo. Para él es una obligación, en contraste con lo que significa para el consumidor, para quien esperar, es un requisito.

*

Las estrategias de participación en las que se lleva a cabo el intercambio droga-dinero, es decir, el proceso de la compra-venta de cocaína, y que han sido desarrolladas en La comunidad de la droga, son el resultado de toda una historia en la que las trayectorias de vida de sus participantes se han ido plasmando con el paso del tiempo a través de la interconexión que se ha construido con otras comunidades, principalmente con la policía. No debemos hacer de lado el vínculo entre la práctica misma y el carácter ilegal de ésta, ya que en gran parte, muchos de los acontecimientos que en la comunidad surgen, se deben a la tensión existente con la comunidad policíaca. En los diferentes espacios y momentos en los que las estrategias se efectúan, se pueden hallar gran cantidad de elementos que, sin ser vistos a la primera, se van incorporando poco a poco por medio de los eventos y situaciones que se entretienen. Estas estrategias no fueron construidas el mismo día que yo estuve presente. Seguramente son la innovación de tantas y tantas otras que ya anteriormente fueron utilizadas. En estas formas de participación es posible que aún persistan reminiscencias o residuos de la participación de otros integrantes que ya no forman parte de la comunidad. No sería raro que estas estrategias en algunos años presenten nuevas transformaciones y en ellas ya no se puedan hallar tan fácilmente los elementos que en esta investigación fueron descritos. Pero lo que a esto atañe, solamente nos queda hacer mención de lo que en la actualidad puede ser visto. Uno de los propósitos del presente trabajo es ese: poner sobre el escritorio que la historia de una comunidad y la de aquellos que la integran está conformada por diferentes etapas que bien pueden continuar reproduciéndose o mostrar cambios más o menos contradictorios.

Sin embargo, aún a pesar de que esto pudiera darse, se podría seguir sosteniendo que la manera como los integrantes de la comunidad desempeñan sus funciones se halla indudablemente ligada a la forma como se encuentran participando conjuntamente, es decir, a la estrategia en la que el proceso de compra-venta se lleva a cabo¹⁸. Hay cosas que por más cambios que se den, seguirán permaneciendo; por ejemplo, los integrantes de la comunidad no siempre son los mismos, éstos a veces cambian, y no por ello el proceso antes mencionado se ve obstaculizado; de igual forma, y siendo más generales, el que haya un cambio constante de estrategias no significa que la compra-venta de cocaína cese o deje de existir. Y es que el significado de los eventos, acontecimientos, artefactos, historias de vida y experiencias entre otras cosas, siempre está por negociarse. Nada está completamente dicho ni tampoco todo es necesariamente nuevo. Lo que en este estudio se presenta es muestra de un pasado y base de un futuro. Es consecuencia y expectativa. Es continuación e innovación; pero ante todo, es la negociación de un significado en la práctica presente.

¹⁸ O. Dreier, (*op. cit.*, p. 31), señala con referencia a la relación que se da entre los contextos de participación social y las personas: “Los contextos sociales de acción están *arreglados para prácticas sociales particulares y modos particulares de participación*”.

CAPITULO 4

LENGUAJE, ARTEFACTOS E IDENTIDAD

A través de la exposición de las tres estrategias precedentes pudimos dar cuenta de las particularidades de cada una de ellas. La estructuración del contexto y el vínculo que éste tiene con respecto al devenir de los acontecimientos cotidianos, innegablemente se ve reflejado en la práctica misma. La participación de los miembros en la comunidad, como anteriormente sostuve, se encuentra delimitada con respecto a la estrategias que son utilizadas comúnmente. Cuando los participantes se encuentran en el interior del “salón” se pueden observar situaciones y sucesos que más o menos son propios de dicha estrategia, cosa que igualmente ocurre cuando están en la “estancia” o en el “pasillo”. La estrategia es parte de un contexto específico en la compra-venta de cocaína y que además tiene ciertos principios que la organizan. El ambiente sociocultural que rodea a los participantes y al cual éstos se encuentran más o menos circunscritos desempeña una función por demás trascendental¹. Dentro del “salón” se pueden hallar ciertos artefactos que tienen alguna utilidad en la práctica; una báscula, un escritorio, un cajón en donde se encuentra el dinero que se va recaudando y, por supuesto, la misma droga, se manifiestan de una manera ya sea directa o indirecta en la participación de quienes están allí cotidianamente. El que un artefacto esté presente a la vista de todos trae consigo conversaciones y reflexiones en determinados momentos de la práctica, así como el uso de palabras específicas que se hallan acordes a un contexto.

En este sentido, en el presente capítulo voy a presentar la interdependencia que el lenguaje de los participantes de La comunidad de la droga tiene con respecto al contexto o estrategias en las que encuentran su participación; sea mejor decirlo, el habla situada de los integrantes de la comunidad. Trataré de manifestar que lo que los participantes expresan como hablantes u oyentes en la práctica, los distingue

¹ La psicología cultural sostiene dentro de sus argumentos que es en el mundo experiencial de los seres humanos donde se construye el significado de las acciones que éstos realizan; que éstos en cierta medida producen el medio sociocultural en el que se encuentran inscritos. Sin embargo, y a la par de lo anterior, algunos de sus autores también llegan a puntualizar que “uno no puede dar cuenta de la acción humana sin tomar en consideración el escenario cultural, institucional e histórico”, J. Werstch, *op. cit.*, p. 85. Estos puntos de reflexión que a primera vista podrían llegar a tomarse como contradictorios, se dan porque lo individual y lo social no se encuentran enmarcados en una perspectiva dicotómica, sino contrario a esto, complementaria, de lo cual se deduce que la persona es tanto producto como productora de los escenarios en los que desarrolla sus diferentes participaciones sociales. En este sentido, me resta puntualizar que el escenario en el que uno se encuentre trae consigo *una realidad inmediata* de la que en un determinado tiempo y espacio se llega a reparar en las conversaciones y reflexiones con los otros.

también como miembros de una comunidad en particular², partiendo de la idea de que el lenguaje al cual ellos acuden es una forma situada de vivir la práctica; es un lenguaje específico que atiende a unos espacios-momentos que mutuamente se alimentan y conviven. Además hablaré de los artefactos que son utilizados en la comunidad como partes del significado de la práctica cotidiana y como complemento de las trayectorias de participación, para con ello sentar las bases que dan como resultado la construcción de las identidades en el terreno social. Inevitablemente recurriré a algunos episodios que en la descripción de las estrategias utilicé, sin embargo, aclaro que el punto central de las próximas páginas será tanto el lenguaje como los artefactos que en la comunidad son empleados.

4.1 Contexto y lenguaje

En La comunidad de la droga, los participantes no solamente adquieren un conocimiento de las estrategias en las que se realiza el proceso de la compra-venta; además de ello, aprenden una gran cantidad de habilidades que les facilitan la permanencia y el acceso a nuevas experiencias. Efectivamente, aprenden a sensibilizarse e identificar situaciones de riesgo o simplemente se forman una idea de cómo llevar su participación sin contratiempos. Saben qué hacer para que la tensión con referencia a la policía sea menos aguda y también saben cómo evitar problemas en el interior de la comunidad. Los integrantes a lo largo de su trayectoria de vida aprenden una gran variedad de cosas de la comunidad en la que se comprometen. Aprenden a identificar a las personas que son distribuidoras y a las que son consumidoras, aprenden acerca del sitio exacto en donde serán despachadas, y al igual, aprenden a negociar e intercambiar droga-dinero u otros objetos más³.

² Sobre los usuarios del lenguaje y el contexto, T. A. Van Dijk (*El discurso como interacción social*, Barcelona: Gedisa, 2000, p. 22), subraya: "Los usuarios del lenguaje utilizan activamente los textos y el habla no sólo como hablantes, escritores, oyentes o lectores, sino también como miembros de categorías sociales, grupos, profesiones, organizaciones, comunidades, sociedades o culturas".

³ Recuerdo que en una ocasión asistió una persona consumidora al "salón" con la intención de llevar a cabo un *trueque*. Sin decir qué cantidad de cocaína requería en ese momento, sacó de una maleta dos charolas de filetes exactamente iguales a como las encontramos en el supermercado (envueltas en plástico), señalándole únicamente al distribuidor: "échame la mano, no seas malito". Este último sin hacer caso de lo solicitado, sólo se limitó a decirle a otra persona que estaba formada: "pásale carnal". Asimismo, otro consumidor, de igual forma se presentó semanas después con un anillo de oro, tratando de que a cambio de éste el distribuidor le diera "diez gramos de material". En este caso tampoco se llegó a un arreglo. Estos sucesos son muy comunes; algunas veces se llegan a cerrar acuerdos entre los participantes involucrados y otras tantas no.

La práctica de comprar y vender droga implica códigos, artefactos, símbolos, habilidades de negociación, identidad, membresía, legitimidad, entre otras cosas importantes. Pero para que todo lo anterior se dé, es necesario un lenguaje común. Independientemente de la estrategia que es utilizada en el proceso de compra-venta, los participantes hacen uso de un lenguaje que les es característico; los consumidores y distribuidores se identifican a sí mismos como parte de una comunidad por medio del lenguaje. Aunque es posible que ellos no lo sepan, han desarrollado un repertorio que comparten en la práctica. Quizá ignoren de dónde viene esa forma tan peculiar de llamar a ciertos elementos de su cotidianidad; como lo son los artefactos, las personas que hacen uso de éstos, las estrategias que delimitan sus participaciones, etcétera, lo cual no les impide hacer un buen manejo de determinadas palabras o frases que se encuentran acordes a tan diversas situaciones.

Es por medio de la participación que los integrantes de la comunidad van construyendo nuevos repertorios que les otorgan cierta legitimidad con el paso del tiempo. Seguramente cuando alguien nuevo llega a comprar cocaína, ya sabe de antemano sobre algunas circunstancias con las que se puede llegar a enfrentar. Pero será a través de su participación que irá desarrollando y afinando un lenguaje que le otorgará legitimidad y membresía con respecto a los demás integrantes. El lenguaje es un aspecto primordial para los participantes de La comunidad de la droga. Sin él, prácticamente le sería imposible al consumidor efectuar su cometido; no podría, por ejemplo hacerle saber al distribuidor sobre la cantidad y el tipo de cocaína requerida. Y de igual manera, el distribuidor, no podría continuar o dar inicio a una negociación. El uso del lenguaje permite que los integrantes de la comunidad establezcan lazos intersubjetivos, permite que las cosas sucedan de cierto modo; acorta la comunicación o bien, la extiende más allá de lo necesario. Pero lo cierto es que con el lenguaje en muchos aspectos, la práctica les es más propia; por medio del uso del lenguaje las personas consumidoras, así como distribuidoras, se apropian de la práctica. El lenguaje como construcción social puede ser muestra de una agentividad que los miembros de La comunidad de la droga han desarrollado con relación a su práctica.

4.1.1 El habla situada

El lenguaje que es utilizado en La comunidad de la droga, es parte de un repertorio que los integrantes de ésta comparten. Hacer uso de determinadas palabras tiende el puente hacia formas

variadas de negociación. Llamar a la cocaína usando otros nombres permite que tanto los consumidores como los distribuidores adquieran una pertenencia en la práctica. Les da identidad. Los participantes entienden tácitamente cuando se hace referencia a un artefacto o a una situación; ellos tienen un sentido común. Y este último es utilizado como una forma particular de *ser* en la práctica. Por ejemplo, acudiendo al proceso de compra-venta queda hacer mención sobre la manera como llevan a cabo la negociación las personas implicadas; consumidor y distribuidor:

“Eran varias las personas que se encontraban en la fila de espera. Era lento el avance. Sin embargo, no por ello los presentes mostraban desesperación. [...] Los presentes se mostraban tranquilos y en silencio como comúnmente lo hacen. Me llamó la atención el último de los sujetos formados. Lo más seguro es que fuera un tipo que vive en la calle. [...] Dicho sujeto fue sacando los billetes con los que realizaría la compra conforme avanzaba la fila. Al fin dijo: ‘Dos gramos y medio de la chida’. Una vez que fue atendido añadió: ‘¿Me regalas una bolsita para guardar mi mercancía?’. Quien en ese momento despachaba le otorgó lo pedido. Intentó introducirla en uno de los bolsillos del pantalón, pero de inmediato la sacó. Lo mismo fue en el saco y la camisa que portaba. Terminó diciendo que lo disculpáramos porque se la iba ‘a meter entre las nalgas para que no lo fuera a descubrir la policía por si lo agarraban’...”

Ninguno de los participantes habla de una droga en particular. Se sabe de qué se habla a sabiendas de dónde se está parado. El consumidor pide algo que el distribuidor conoce. Utilizar una frase como es *de la chida* dice más de lo que se oye. Implícitamente deja entrever que hay algo por debajo de lo sugerido: algo *no-chido*. Pareciera que se acorta el camino en la negociación por medio de estas palabras, o únicamente se construye otro, independientemente de que éste sea más largo o más corto, es decir, se co-construye algo propio⁴. El lenguaje adquiere una utilidad en la práctica, puede ser punto de reunión

⁴ E. Wenger (*op. cit.*), hace el planteamiento a través del concepto *cosificación* de que tanto ideas como artefactos en sus formas de puntos de enfoque, monumentos, documentos, etcétera, permiten a los integrantes de una determinada comunidad de práctica realizar “atajos comunicativos” para lograr un mejor desarrollo de las actividades cotidianas. Los integrantes de La comunidad de la droga, han *cosificado* una gran variedad de ideas concernientes a su identidad y a sus diferentes trayectorias de vida, así como a cuestiones referentes a los instrumentos de los que se apoyan en su devenir diario. Lo importante de este concepto –que va de la mano de la *participación*– es que nos permite atender el significado y la negociación de éste en la comunidad, es decir, el que las personas hacen en su práctica misma. Es con las *cosificaciones* que se concentra la energía social hacia un rumbo particular, por ejemplo, hablar de *un operativo* en la comunidad de nuestro estudio implica mucho más que el significado

como en este caso sucede, o convertirse en motivo de divergencia⁵. Y aún así, dará pie a una negociación que facilitará un episodio similar o inclusive, todo el proceso. Además de lo señalado, el consumidor, que es el único que habla en esta ocasión, advierte de una *mercancía* que tiene que ser ocultada, resguardada o protegida de la policía. En las palabras se hace explícita la tensión que en la comunidad se vive; a través de éstas se relajan o se tensan las situaciones y más común en esto, es por medio de éstas que a veces sabemos del estado en el que se encuentran las cosas. No hay que hacer de lado que la práctica de la comunidad está inscrita como algo ilegal en la sociedad; mucho de lo que ahí se dice lleva consigo cierta carga de la tensión existente. Es decir, por medio del lenguaje conocemos la inmediatez de los acontecimientos, pero también las preocupaciones que se suscitan en el imaginario de los participantes; la palabra es tangible en los actos y etérea en las expectativas.

Por lo regular los consumidores son los que manifiestan antes que los distribuidores algo referente a la droga. Ellos son los que piden. El distribuidor no llega a decirles que tiene de esto o de aquello⁶. Es el consumidor quien toma partido para que esto suceda. Veamos en el caso en el que la mujer consumidora que ya fue mencionada anteriormente, asistió a comprar cocaína llevando consigo a su hijo de aproximadamente tres o cuatro años de edad; sucedió que ésta únicamente se limitó a ordenarle que se apartara de ella y a pedir la cantidad deseada al momento en que dejaba el dinero que a la compra correspondía para inmediatamente después salir del lugar:

que hallamos en un diccionario; esto es, tensión, organización, rapidez en los actos, emergencia, nerviosismo, libertad, aprehensión, unión, fuga, dinero, policía, reclusión, etcétera. Otro uso de este concepto es frecuentemente utilizado en lo que atañe a la calidad de la cocaína; no existen unos parámetros establecidos como ley para que ésta sea reconocida como legítima, sin embargo, los integrantes en la comunidad saben muy bien cuando es *chida* o cuando es *cagada*.

⁵ Recuerdo una ocasión en la que una mujer consumidora hizo énfasis en la trayectoria de vida de los que a ese lugar asistían, señalando lo siguiente: “Todos hemos pasado por todo. Aquí no hay que no. Hemos pasado desde *el tinaco* hasta esta madre” (haciendo alusión a la cocaína). Éramos varios los presentes y yo fui el único que no entendió el mensaje, para lo cual pregunté: ¿Desde el qué dijiste? Las personas que me rodeaban me voltearon a ver con cierto aire de incredulidad y rareza por mi pregunta y a la vez me aclararon que era al *thinner* a lo que se refería. El lenguaje es una clara muestra de la legitimidad, además de ser la puerta de acceso a las diversas situaciones que se pueden llegar a presentar en el devenir de la comunidad. El significado es algo por negociar constantemente; a la venida de cada nuevo miembro, una nueva ocasión para la negociación del significado. Este es un buen ejemplo de la ambigüedad del significado y la agentividad en la práctica.

⁶ Con esta forma de participación se pone en duda la que nos describen los discursos dominantes; aquella que busca *envenenar* a las personas. Esa que nos muestran comúnmente en la televisión; la que asecha fuera de las escuelas ofreciendo sin contemplaciones la droga a los jóvenes por ejemplo. Y no es que esta última no exista; pero tampoco tiene que generalizarse a todas las comunidades en las que esta práctica se desarrolle.

“... Una vez que le tocó ser atendida y conforme se acercaba al tendero fue soltando a su hijo, a quien terminó diciéndole: ‘... vete para allá, que no te acerques’. El niño pareció entender bien el mensaje, pues obedeció. ‘Tres puntos’ -dijo la mujer. Su hijo aún a pesar de todo, no dejó de mirar la escena en donde su madre era protagonista. Una vez realizada la compra tomó nuevamente al niño de la mano y salió, tal como entró, en silencio”.

Nuevamente el consumidor es quien pide y con ello, hace remisión a la droga. El distribuidor muestra entender lo que le es solicitado y atiende. No aparece un nombre explícito para la cocaína; solamente se hace mención de *tres puntos*. Jamás la consumidora señala al distribuidor tres puntos de qué. Es más: la consumidora ni siquiera pide algo⁷. Sólo se limita a decir *tres puntos*. El distribuidor entrega sin más palabra de por medio. Seguramente si está allí es para dar algo. Y también, si el consumidor acude a tal lugar es para pedir algo. El intercambio droga-dinero se llega a reducir a muy pocas palabras debido a la parquedad en el que se dan los hechos. El significado de las presencias está negociado: comprar y vender, dar y recibir, intercambiar⁸. Con este ejemplo se puede resaltar la importancia de la práctica y los elementos entrelazados que la conforman, puesto que la palabra en tanto acto del habla nos permite relacionarnos en un contexto particular. Los consumidores y distribuidores no necesitan el apoyo de un traductor que les descifre los mensajes en la comunidad; la práctica está íntimamente ligada con las palabras y los enunciados que en ésta se crean. Ciertas palabras tienen un sentido porque precisamente existe un contexto que las descubre, y porque también, existen unos participantes situados que las entienden⁹.

La negociación muchas veces se reduce eso: a pedir y a dar. Se vuelve un toma y daca persistente, con personas que pueden ser diferentes pero que cumplen una función que las asemeja al

⁷ Hablando en términos gramaticales. Porque si atendemos que sus palabras constituyen una solicitud cuando se encuentran contextualizadas y se ven como un acto del habla, las cosas ya toman otro matiz.

⁸ En lo personal, hago una distinción entre lo que es *el intercambio* y lo que es *la negociación*. El primero desde mi punto de vista se encuentra integrado en el segundo. Ese es un problema que no han atendido aquellos que abordan esta problemática social; se quedan con la imagen de la transacción droga-dinero, y por eso no acceden a las cuestiones del significado, las cuales se extienden todavía más allá. En lo que se refiere a la negociación, me resta señalar que ésta se acerca más a las trayectorias de participación personal y a la experiencia que en la práctica tiene cada uno de los implicados; el intercambio es sólo un aspecto de la negociación.

⁹ Los estudios del discurso hacen un alto continuo en estas cuestiones. Las palabras encuentran un significado precisamente porque existen unos actores situados en un contexto específico. Remito al trabajo de T. A. Van Dijk, *op. cit.*

hacer uso de un lenguaje. Aunque el consumidor pueda compartir otros comentarios con el distribuidor y viceversa, la negociación en buena medida puede limitarse sólo *al comprar y al vender* como sucede en el siguiente ejemplo:

“Entraron dos sujetos al sitio en donde se producía una plática entre el distribuidor y yo. Ahí justo en donde se atiende. Uno de ellos sacó de su cartera un billete de doscientos pesos y se lo dio a su acompañante para que éste realizara la compra. ‘Tres y tres de *blanca*... separadas’ –dijo el consumidor. Una vez que el distribuidor puso tales cantidades, el joven a quien se atendía exclamó: ‘Chale... cada vez veo que se hace menos esta madre’. A lo que el otro respondió sonriendo: ‘No, cabrón... lo que pasa es que cada vez te vuelves más adicto’...”

Muy pocas palabras y ninguna que haga hincapié en la droga. Decir: *tres y tres de blanca* implica una intersubjetividad. No les es necesario traducirse entre ellos lo que uno quiere y lo que otro va a dar. Ya saben de lo que hablan. Se entienden perfectamente, parece que su comunicación está afinada al grado de decir todo y nada a la vez. Y todavía si se puntualiza *separadas*, da a entender otras cuestiones aún más específicas. Ello quiere decir que tres irán de un lado y tres de otro, por ejemplo. No se dice cómo irán separadas, ni en qué; pero esto no creará confusión en lo que se negocia. Así como las palabras que surgen en el intercambio se dan de una manera espontánea, pareciera que de igual modo, éstas ya siguen de antemano un conducto. Podríamos decir que el lenguaje que es utilizado en La comunidad de la droga es muestra de una improvisación ya ocurrida, con un pasado y con una plataforma contextual. Efectivamente, todo lo que sucede en ese lugar da señales de novedad, pero también, muestras de algo antiguo. La persona consumidora *cada vez se hace más adicta a esa madre*, se complementarían los dos enunciados mencionados por estos participantes. Es el contexto lo que nos permite entender el lenguaje; si no estuvieran situadas las personas contextualmente, no sabríamos ni a qué es *más adicta* ni qué es *esa madre*.

En el intercambio, el consumidor da por entendido que no tiene que explicar nada. Cuando le toque su turno pedirá y sabrá ya que lo interpretan. El distribuidor, por su parte, no abanica lo que vende, para ello el consumidor, sabe lo que allí puede encontrar. Recordando el caso del consumidor que menciona algo sobre las sustancias que contiene la cocaína, podemos señalar que el lenguaje es

continuación y propiedad; es decir, no pertenece a nadie y circula y a la vez, es retomado como personal y se concreta. Este suceso, además de mostrar lo que ya he señalado precedentemente, nos permite acudir a otras cuestiones: la negociación va incluso más allá de una cantidad explícita. El consumidor solicita que *lo que sobre de blanquita*; no hay necesidad de manifestar una cantidad en particular. El lenguaje parece extenderse a terrenos en los que no hacen falta más palabras¹⁰. El consumidor no preguntó los precios ni de uno ni de otro tipo de cocaína; únicamente se acortó a entregar el dinero y a enfatizar lo que requería. El distribuidor por su parte, tampoco aclaró que le sería entregada una cantidad manifiesta de *blanquita* a cambio de lo que sobraba. Voy a exponer el episodio para mejor entendimiento de la situación:

“Llegué y estaba el joven. Unos veintidós años ha de tener. Le pregunté si es que era X quien atendía. De su boca no salió ni una sola palabra. Únicamente me miró y alzó un poco la cabeza. Yo no me perturbé por tal acción. Ya lo he aprendido. Es necesario mantener cierta distancia con algunos de los que frecuentan el lugar por motivos de seguridad. Uno nunca sabe quien es tira o quien tiene nexos con la policía. Pensé un poco lo que tenía que hacer. En eso me dijo que yo le era conocido, pero que no sabía de dónde. Aproveche esto para establecer algún tipo de confianza y le barajé algunas posibilidades. La escuela primaria, la secundaria, el mismo barrio. Nada. Entonces le dije algo más seguro: ‘Ha de ser de aquí’. Me respondió que eso era tal vez. Me habló de su papá y de su tío para ver si yo podía ayudar a despejar la duda. En eso entró el distribuidor y lo atendió. ‘Seis gramos de la chida y lo que sobre de blanquita’ –sugirió mi interlocutor. No alcancé a ver la cantidad entregada de una forma exacta. Me hizo mención de que trabaja en la calle recogiendo cartón y cosas *que se puedan mercar*. A pesar de que dijo no vivir en la calle sí puedo decir que su aspecto lo contradecía. Ropa raída y sucia. Añadió que sabe hacer *pepinos*. ‘¿Qué es eso?’ –le pregunté extrañado. Contestó que así se le llama a las pastillas. Jamás intenté tratar de abordar más a profundidad tal cuestión por la misma actitud que él presentaba hacía mí (cortante). Tal parecía que yo no debía hacer preguntas. Él por sí solo tenía algo que decirme. Refirió que no

¹⁰ Esto me recuerda la historia de un vendedor de pepitas que en el barrio realizaba diariamente su actividad hace aproximadamente veinte años. Era común escuchar por las noches su letanía comercial: “Pepitas... pepas, pepas doraditas, pepas, pepas calientitas... pepitas”. Lo curioso de este caso es que la persona en cuestión junto con su labor de comerciante de esta clase de botanas, realizaba de igual modo la venta de marihuana, en ese tiempo predominante entre los consumidores de drogas. El intercambio marihuana-dinero se llevaba a cabo una vez que los consumidores legitimados se acercaban y pedían una pequeña bolsita de pepitas, siguiendo a ésta la pregunta del vendedor: “¿Con o sin?”. No había más palabras; pero no por ello había menos lenguaje.

sabe bien cómo se prepara *la cocinada*, pero que *el anfeñin* es el que descalcifica, el que más daño hace. Como en la mayoría de los casos, llegó nuevamente el distribuidor y mi acompañante se fue una vez que le atendieron”.

Además, es por las palabras del consumidor en cuestión que nos podemos enterar de sustantivos inherentes a otras comunidades¹¹; los *pepinos* son las pastillas psicotrópicas que también son utilizadas por otras personas. Con este caso, queda manifiesto que la trayectoria de vida en la comunidad da la oportunidad para que uno aprenda ciertas modalidades en el lenguaje. Yo quedé corto en cuanto hizo referencia a los *pepinos*; fue precisamente él quien tuvo que traducirme la palabra que para mí estaba desconectada de la situación. Implícitamente en el uso del lenguaje, va incluida la trayectoria y la experiencia de la persona. A más palabras utilizadas, posiblemente más contextos de participación.

Cuando me encontré con la oportunidad de preguntar a un consumidor que traía en ambas manos una considerable cantidad de monedas sobre lo que iba a comprar, aquel que mencionó ser *misión*, me resta puntualizar que a partir de sus expresiones pude comprender los caminos comunicativos que surgen en los participantes de la comunidad. No sólo hizo referencia a las *actividades laborales* de las que sustentaba su consumo, sino además, también de los estados físico-psicológicos en los que en un momento dado se puede encontrar; por ejemplo, menciona que estar *panqué* es estar tenso, alerta. Pareciera que para todo existen palabras específicas; para los artefactos, para los objetos de consumo, para los consumidores, para los contextos-estrategias en los que se da el proceso de compra-venta, etcétera. Las construcciones contextuales implican a su vez, construcciones de un lenguaje. A continuación expongo el episodio completo:

“Cuatro personas eran las que se encontraban en esta ocasión esperando a ser atendidas. Quien más me llamó la atención fue un joven de unos veintiocho años que seguramente vive en la calle. Características que ya he encontrado en personas anteriores a él a través del presente trabajo. Vestimentas en mal estado, sucias, cabello largo y descuidado entre otras.

¹¹ A través del uso del lenguaje tenemos la posibilidad de visualizar los escenarios culturales en donde las personas se hallan como participantes sociales. El lenguaje no sólo atiende a un espacio y tiempo presente, sino que más allá de eso, nos remite a una multiplicidad de contextos de los que también somos miembros. Wenger, *op. cit.*

Traía varios billetes de a veinte pesos y una cantidad mayor en monedas repartidas en ambas manos. Me acerqué hacía él y le pregunté que cuál era su opinión sobre el tiempo de espera –algunas veces es demasiado tardado, de cinco a quince minutos. Me dijo que pocas veces se desesperaba, que sólo cuando andaba *panque* se ponía un poco tenso. Me interesó saber cuánto iba a comprar, para lo cual le pregunté sobre la cantidad de dinero que traía consigo. ‘Vengo por siete de blanca y un cinco de cocinada’. ‘¿Toda es para tí?’ –pregunté. ‘No cómo crees, en sí nada es para mí’. ‘¿Entonces?, ¿Te la encargaron?’ –Insistí. ‘Es pa’ la banda, yo sólo *soy misión*. Ya ves, la banda te la encarga... ahorita me están esperando.’ ‘¿Pero de ahí tú te *jineteas* algo?... que salga para tí’ –le dije muy seguro de la situación. Lo que me contestó no era lo que yo esperaba: ‘No qué paso. La banda es la banda. Cómo los voy a robar. Ellos se *mutilan*, siempre se *reportan* con algo. De aquí mismo me dan’. Entonces tu misión es sólo el encargo –le dije. ‘Sí yo soy misión. Llevo y de lo que me den, si no es de esto... me dan pa’, lo mío’... “

Cabe señalar que con el paso del tiempo yo también ya sabía de lo que se hablaba. Inmediatamente entendí por ejemplo, qué iba a comprar esta persona. Eso me permitió continuar la plática y darme cuenta de la importancia del lenguaje y las apropiaciones que de éste se hacen en la comunidad de mi investigación. Fue por conducto del lenguaje que adquirí la habilidad de *saber en la práctica*. Escuchando a las personas que diariamente acuden a este lugar fue que aprendí a comunicarme sin mayores problemas. Porque estar en la práctica implica no sólo oír, sino ir aún más lejos: escuchar. Y en esto último, uno se involucra. La tensión que impone la misma práctica exige a los participantes estar atentos a lo que sucede. El lenguaje quizá sea lo más importante que he descubierto en la práctica de la compra-venta de cocaína; por medio de él incluso pude darme cuenta de la re-significación que sufren ciertos verbos tales como *mutilarse*, *reportarse*, *jinetear*. A partir de éste se construyen y mantienen las relaciones a lo largo y ancho del tiempo y el espacio. Es acceso y restricción, acuerdo y desavenencia, control e incapacidad, invitación y repelencia.

En una de las tantas veces que asistí al lugar en donde se encontraba mi comunidad de estudio, pude observar una situación que es muy peculiar en comparación con las que ya he presentado. Varios de los consumidores que esperaban, fueron encaminados por el distribuidor a un lugar hasta antes

desconocido para mí. Una vez que ya habíamos ingresado al sitio en donde se llevaría a cabo la compra-venta sucedió así:

"...`El último cierra´ -dijo el distribuidor al momento de entrar al nuevo sitio. `Blanquita´ -pidió uno de los presentes. `Nada de eso´ -contestó quien los atendía. `¿No va a haber?´ -preguntó otro consumidor. `Dense una vuelta en diez minutos´ -contestó nuevamente el distribuidor. Al momento de salir todos intercambiaron sonrisas por el hecho de que iban por lo mismo".

En esta escena queda claramente ejemplificada el habla situada. Lo que se observa en ese episodio es la relación que el contexto y el lenguaje tienen. En esta ocasión no sólo participan el consumidor y el distribuidor, sino además otros consumidores. Efectivamente, ellos no hablan; pero hacen gala del entendimiento que se tiene de la situación en un momento dado. Al consumidor que dijo *blanquita*, únicamente le bastó expresar esa palabra para lograr entretejer toda una red comunicativa. El distribuidor le contestó y a la respuesta de éste último, todos conjugaron el significado de la situación. Jamás se pronuncia una droga en particular. Sin embargo, por el contexto en el que se dan los acontecimientos, todos los presentes muestran estar enterados de lo que sucede. Seguramente si alguien ajeno a nuestro ejercicio leyera la viñeta anterior no sabría de lo que se está hablando; pero para nosotros que hemos contextualizado la escena y hecho una aclaración de quiénes son los que allí se encuentran participando, no nos resulta difícil en lo absoluto comprenderlo.

Hablar de *blanquita*, *blanca*, *puntos*, *de la chida*, *cocinada*, *cruda*, etcétera; nos remite a un contexto específico en el que se construye un suceso social. La comunidad de la droga es una construcción social que ha podido desarrollar una serie de elementos que le son característicos. Sus integrantes continuamente los re-elaboran y les otorgan significados. Es en la práctica donde se afina el repertorio que compartidamente utilizan. A nadie se le atribuye el significado de una determinada palabra, todos son sus productores. Es en la conversación, en el relato, en la narración, que se negocian los significados de los eventos, episodios, artefactos, personas e identidades para mantener una práctica más o menos propia. Tanto consumidores como distribuidores son los participantes inmediatos en la práctica de la compra-venta. En cierta medida son los responsables del significado que ahí se otorga a las cosas. Porque bien puede suceder que un elemento traiga ya consigo un nombre; pero si a ellos en su

participación no les es necesario o útil, éste nuevamente obtendrá un nuevo significado que atenderá al contexto y a las preocupaciones que la práctica misma les exija. Un ejemplo de esto, podría ser –curiosamente- el nombre científico de la cocaína, o para no ir más lejos, la sola palabra *cocaína*. Nunca tuve la experiencia de encontrarme con algún consumidor que llegara, se acercara al distribuidor y le dijera: “Dos gramos de *cocaína*, por favor”. La palabra *cocaína* no encuentra un uso cotidiano en La comunidad de la droga, al contrario puede incluso llegar a ser perjudicial en un determinado momento. Para ello, los distribuidores principalmente, llaman a su producto de venta por los nombres que ya hemos ido viendo a lo largo del presente trabajo, pero no *cocaína*. Si nos quedáramos en la gramática de las cosas, ellos no venden *cocaína*; lo que venden es *blanquita, cruda, cocinada, de la chida, material, mercancía, piedra*, etcétera, pero no *cocaína*. Es por medio de estas palabras sustitutas que el significado se negocia en la práctica, lo cual sitúa a los participantes como agentes y no simplemente como reproductores o seres pasivos que revelan tal cual el orden de las cosas.

4.2 Artefactos y cotidianidad

En La comunidad de la droga las relaciones interpersonales que con el paso del tiempo y las trayectorias de participación se han ido manifestando, no sólo se encuentran reducidas y delimitadas por el elemento primario de la práctica, o sea la cocaína. Esta, aunque es el elemento mediador de la práctica en su conjunto, también está supeditada en cierta medida por una miscelánea de artefactos y utensilios que aparecen en las diversas participaciones de los integrantes.

El consumo de cocaína no se da directamente entre la persona y la droga. Para que la cocaína sea ingerida es necesario un tercer elemento que le permita al consumidor hacer uso de ella. Es con la creación de artefactos que el consumidor puede ingerir la droga de su consumo. Sin éstos, prácticamente sería si no imposible, al menos muy difícil que lo anterior sucediera. Los artefactos son algo así como lo tangible del habla situada. Son la manifestación física de las participaciones en una comunidad dada. En La comunidad de la droga existen artefactos que son característicos de los participantes que la integran. No sabemos de dónde vienen ni cuándo fueron creados exactamente. Únicamente me encuentro en posición de exponer descriptivamente el uso que cotidianamente se hace de ellos. Para esto, los

puntualizaré uno a uno sin orden de importancia, aclarando a su paso, que no son todos los que existen en la comunidad:

a) El bazuco

Algunos consumidores hacen uso de este artefacto para poder llevar a cabo la ingesta de la cocaína. Este es una innovación de lo que comúnmente comprendemos como cigarro. Para que este artefacto encuentre utilidad es más frecuente que el consumidor requiera de cocaína en polvo o también llamada *cruda*; la cual a su vez es introducida en el interior de un cigarro normal para después ser fumada.

b) El bote

Este artefacto no es nada más que una lata de refresco tradicional. Los consumidores realizan en ésta algunas modificaciones que consisten sobre todo en una serie de orificios sobre su parte superior. Algunas ocasiones también se realizan orificios en los costados de la lata. Este artefacto es utilizado para ingerir la cocaína *pie*dra o también llamada crack. Para que esto suceda, además de la droga, es necesario que el consumidor coloque cierta cantidad de ceniza de cigarro sobre la parte superior y así, la droga es fumada a través de la boquilla principal de la lata.

c) El yakult

Este artefacto es una innovación del *bote*. Para que éste sea utilizado solamente es necesario que el consumidor realice algunos orificios en la parte metálica del frasco del producto y otro en la parte inferior que funge como boquilla. Al parecer es más práctico por su tamaño en comparación con la lata de refresco. La ceniza de cigarro también es utilizada para que sea fumada la cocaína *cocinada* o crack.

d) La antena

Este artefacto es más reciente. Es una parte de una antena común. Es utilizado para ingerir la cocaína *pedra* o crack. Para el consumidor no es necesaria la ceniza de cigarro. Con este artefacto se logra una ingesta más directa de la droga. Sin embargo, lleva en su interior un alambre de cobre pequeño que es enrollado para que tenga la función de *filtro* y no permita que la droga sea succionada al momento de que el consumidor se dispone a fumarla.

Por otro lado, en la comunidad existen artefactos que frecuentemente son utilizados por los distribuidores. Son aquellos que ya anteriormente señalé en el proceso de compra-venta. Me es necesario hacer mención de ellos porque más adelante trataré de hacer un ejercicio de análisis en el que vaya de por medio la identidad tanto de los consumidores como de los distribuidores. Estos artefactos que a continuación señalaré se encuentran en el lugar en donde la droga es negociada. No andan en la maleta de nadie, ni son portados por los distribuidores en la calle. Son artefactos no portátiles. Algunas veces están a la vista de los consumidores, otras tantas no; pero por lo regular siempre son utilizados para llevar a cabo la preparación de las dosis o grapas que serán comerciadas.

e) La báscula

Es un artefacto que comúnmente es utilizado por los joyeros. Tiene la facilidad de registrar los llamados *puntos* a los que los consumidores y distribuidores nos remiten. Sobre de este artefacto se deposita cualquier cantidad menuda de cocaína ya sea en polvo o en piedra.

f) Los papeles

Son utilizados por los distribuidores para realizar las llamadas grapas. Vienen conformados en pequeños blocks que hoja a hoja se convierte en una dosis. Regularmente son de color blanco y de papel encerado. En ocasiones también tienen la función de *palilla* o *cuchara* que el distribuidor usa para poco a poco llegar a la cantidad que el consumidor solicita.

g) La calculadora

Comúnmente los distribuidores recurren a este aparato para la realización de operaciones matemáticas; no es necesario que se lleven a cabo grandes transacciones para recurrir al apoyo de éste. Como los distribuidores tienen que llevar un control de las ventas, es importante para ellos que todo marche con exactitud o, al menos que no existan pérdidas monetarias que les sean perjudiciales.

4.2.1 El uso de artefactos en las trayectorias de participación social

Los consumidores de cocaína llevan consigo a lo largo y ancho de su trayectoria de vida diversos artefactos que les son característicos. Así como tienen un lenguaje que les es común, casi exclusivo en toda la estructura social, también y de igual manera, han desarrollado elementos materiales, es decir, artefactos que posibilitan, complementan y enriquecen su modo de participación¹². Estos, la mayoría de las veces son retomados de otros lugares de la sociedad; no son creaciones propias en toda la extensión de la palabra, más bien, parecen ser re-ajustes materiales a una determinada comunidad como lo es la de nuestro interés: La comunidad de la droga.

En la vida diaria, los consumidores frecuentemente traen consigo un artefacto que más o menos les es particular según el tipo de cocaína que consumen. Como ya hemos podido observar, existen dos tipos de cocaína que imperan en La comunidad de la droga: primeramente, y más vieja, está la cocaína en polvo o llamada también *cruda*, la cual es utilizada actualmente por un número menor de personas en comparación con la otra que se halla en el mercado, esto es, la cocaína crack o *cocinada*. Los consumidores tanto de cocaína *cruda* como de *cocinada*, regularmente hacen uso de ciertos artefactos que los diferencian entre sí. La cocaína cocinada ha presentado un auge por demás elevado en los últimos años, de lo cual resulta que sean más evidentes aquellas personas que utilizan *el bote*, *el yakult*, o bien, *la antena*. Sin embargo, esto no significa que los consumidores de cocaína *cruda* hayan desaparecido o se

¹² T. V. Dijk (*op. cit.*, p. 35), señala con referencia a “la utilería” de los contextos sociales: “Aunque son innegablemente relevantes para la situación social, se vuelven partes definitorias del contexto sólo cuando su presencia está sistemáticamente marcada en la interacción verbal o en los géneros discursivos de esas situaciones”.

hayan replegado; más bien da muestra de que presentan otra manera de participación de la que en nuestros días abunda. Tratando de ser más claro, señalo que los consumidores de cocaína *cocinada*, debido a que utilizan un artefacto de dimensiones físicas más evidentes se hacen más notorios a nuestra experiencia. Es por ello que se les ve fumando la droga o preparándola en las calles aledañas al lugar en donde la consiguen. En más de una ocasión me encontré con la oportunidad de ver a personas que hacen uso de esta droga sentados en la “estancia”, sin mayor preocupación que la de mantener su artefacto en buenas condiciones. Retomando uno de los casos que ya anteriormente he expuesto, y el de aquella persona que hizo mención tanto de la tensión existente con relación a la policía como de las relaciones sociales que se fueron quebrantando en su trayectoria de consumidor, sucedió lo siguiente:

“Cinco o seis sujetos esperando en el espacio de distribución. Cada uno por su cuenta como la mayoría de las veces. Algunos de ellos mirando al techo del lugar, otros viéndose los pies y uno de los presentes viendo alternadamente a cada uno de los que lo rodean. Este último cerca de la puerta de dicho espacio. Ya han pasado más de cinco minutos y X no regresa con el encargo de cuatro consumidores. Entre más pasa el tiempo más contacto visual se da. Quizá se trata de encontrar la respuesta en la mirada del otro o simplemente la calma. En el barrio las cosas son inquietantes para los que frecuentan este lugar y otros parecidos a éste. No tardé mucho en acercarme al sujeto de la puerta. ‘Es mucha espera ¿no?’ –dije intentando iniciar una conversación. ‘Sí carnal. Pero es que la cosa está cachonda’ –argumentó. En ese preciso momento volteé hacia mi izquierda y vi a un sujeto hincado con una antena de televisión haciendo algo extraño, nunca antes visto por mí. La antena conformada en dos partes, con la parte más delgada *limpiaba* la más ancha. Una y otra vez introducía una en la otra. No pude resistir preguntarle sobre lo que hacía. ‘La estoy limpiando, quitándole la impureza. Ya está un poco sucia...’ –contestó esta persona. Dirigí mi siguiente pregunta al sujeto de la puerta: ‘¿Para qué es esa madre?’. ‘Es una pipa. Se usa para fumar la piedra. Así te llega el madrazo más cabrón... de volada’ –respondió. Insistí en preguntarle si es que era mejor ingerir la cocaína de esta forma. Él me dijo que *sí, porque no se pierde como en el bote. En el bote se pierde en el vacío. Con la pipa va directo lo que fumas*. La siguiente pregunta que hice halló una respuesta muy interesante: ‘¿No se te va la piedra a la boca cuando jalas?’. ‘Para eso se le pone un filtro. Un alambrito... un cobre. Así lo detiene. Pero con el tiempo aprendes a no jalar muy duro y si lo pones ya nada más es por seguridad’

-decía mientras el sujeto de la antena lo observaba, se reía como comprendiendo lo que oía y continuaba limpiando su artefacto- "...porque andando panqué a veces se te olvida. Hasta hay veces, mírame la boca, que te quemas con la pinche antena´...".

Decidí preguntarle sobre la cantidad que gastaba en la droga diariamente. Me hizo saber que cincuenta o sesenta pesos, ya que *esta madre te lo quita todo*. Que por eso es bueno aprender a controlarse porque *cuando te das cuenta ya le debes un cambio hasta a la familia, vendes todo lo que tienes, dejas de trabajar*. "Yo tenía hasta mi chava pero como dejas de rendir, te dejan. Ya andaba con otro cabrón, a mí me empezó a valer madre y yo ya no podía hacer nada. Ya no le rindes como persona a la gente... te dejan y, pues qué haces... sólo te queda el vicio. Yo empecé con *el chato*, pero probé *el bote* y me gustó, luego *el arponazo* y ya ves. La jeringa la dejé porque se siente horrible, pero estoy con *el bote*...". Llegó el distribuidor y, después de ser atendidos, los presentes se fueron.

La persona expresa a través de sus palabras varias cosas que son dignas de mencionar. La primera es la importancia que un artefacto llega a tener en la comunidad; sin un artefacto es muy poco probable que la droga sea consumida. La participación de los integrantes de La comunidad de la droga también se encuentra circunscrita a los artefactos que en ésta proliferan. El significado que se le da depende en gran medida de la funcionalidad que tiene en el devenir de las participaciones. Un artefacto es importante en cuanto al uso que se le asigna, por sí solo no significa nada en la comunidad; es parecido a las palabras que son utilizadas para referirse a la droga, es decir, tiene que hallarse en un espacio sociocultural para adquirir relieve. Hablar de un artefacto en específico conlleva a referirnos a unos usuarios situados y a un contexto particular. En la práctica, los artefactos son de gran importancia y quizá sea por ello que los consumidores, incluso, tienen que mantenerlos en buen estado. La participación no sólo puede darse a partir del uso de éstos; además tiende a girar sobre su existencia. En el ejemplo, son dos personas quienes nos puntualizan tanto la importancia del artefacto como la de su mantenimiento, y con esto, nos dan clara muestra de la intersubjetividad que se genera en una práctica determinada. Ambas personas coinciden en que *hay que quitarle la impureza; la antena se ensucia* con el paso del tiempo y el uso que se le da. Recordando lo que párrafos arriba señalé con respecto a que los artefactos no necesariamente son construidos en la comunidad en que se les encuentra, tengo que añadir que la antena a la que acuden los consumidores, si es que no les pertenece en cuanto a invención, sí es una parte clave

de su incorporación improvisada desde el momento en que la segmentan y le añaden en *forma inventiva* un alambre para el cumplimiento de su práctica. De ahí que al adquirir un nuevo significado, las personas junto con éstos –los artefactos- desarrollan identidades y modos particulares de participación (esto lo mostraré más adelante).

Por otro lado, uno de los consumidores enfatiza claramente que el artefacto también está relacionado con un tipo de droga; por ejemplo, la cocaína *cocinada*, *la piedra*, puede ser ingerida por medio de *la antena* o *el bote*, y no sólo eso, sino que también con el uso de ciertos artefactos puede ser aprovechada al máximo. Los consumidores de este tipo de droga se han apropiado de un artefacto para que las propiedades de ésta ingresen al cuerpo de una manera más rápida y eficiente; ellos no sólo producen artefactos, sino que también ajustan sus participaciones a éstos, en cierto modo, también son su producto¹³. Y esto lo puntualizo porque son la propias palabras del consumidor las que lo subrayan, siendo más exactos: *aprenden a no jalar muy duro*.

Los artefactos son la muestra tangible de las trayectorias de participación, a través de éstos aparecen las historias de aprendizaje¹⁴. Los consumidores no únicamente se agencian artefactos en su participación y retomarlos de otras comunidades no es su única tarea, también lo es el añadirle implementos. *La antena* en su interior lleva un *filtro*, un alambre enrollado que sirve para seguridad de sus usuarios, de los consumidores de *piedra*. Implícitamente el consumidor deja entrever que dicho filtro fue agregado porque la droga se les podía ir por la boca en el momento en que la fumaban, allí es precisamente cuando el artefacto se halla situado, significado. Para tratar de hacer más sólido lo antes mencionado, recurro a otro episodio que ya también ha sido expuesto páginas atrás. Nuevamente me centraré en lo que a este punto interesa:

¹³ Nuevamente nos encontramos con el otro aspecto que la agentividad o producción de significados llega a tener con las personas que los producen. Claro está que los consumidores encuentran el modo de apropiarse en la práctica por medio del desarrollo de habilidades, artefactos, un lenguaje, etcétera; lo cual en algún momento dado puede presentarse como cerco o barrera que más adelante los imposibilita para su abandono.

¹⁴ Es por medio de los artefactos que también podemos llegar a visualizar las continuidades y discontinuidades generacionales que aparecen en la historia de las comunidades de práctica. En ellos están inscritos de alguna manera el recuerdo y el olvido para algunos de los participantes y es a través de éstos que hallamos elementos que nos ubican en el tiempo y en el espacio. E. Wenger, *op. cit.*

“Cuatro sujetos en el espacio de distribución. Uno de ellos me pidió un cigarro y después de hacer de su conocimiento de que no fumo me preguntó de dónde era. Le di simplemente algunos datos de las calles aledañas a mi casa. Me dijo que `sería mejor que ya tuvieran algunas grapas hechas. Para más rápido´ con lo cual me dio a entender que no le gusta esperar como a otros muchos sujetos. `Y es que aquí te despachan chingón, ni modo...´ –añadió. Estaba un sujeto mal vestido hincado en el piso del lugar. Limpiaba su antena. Al igual que en otra ocasión anterior, el sujeto de la antena sólo atiende su labor de limpieza. No voltea a ver a nadie, no se inquieta y muestra tener todo el tiempo que sea necesario para ser despachado. Poco después dicho sujeto saco un pedazo de cobre y lo comenzó a desenredar para nuevamente enredarlo. Entre las palmas de las manos lo frotaba una y otra vez. El que me pidió el cigarro me dijo que `es para quitarle el residuo. Es un filtro´. De esta forma me di cuenta de que tanto a la antena como al filtro hay que darle una especie de *mantenimiento*. Nuevamente el sujeto del cigarro me dijo que `se le quita la caca de la caca´. Me reí y le pregunté si también él *le hace a eso*, a la antena. Contestó que a veces, pero que su fuerte es el bote. Otro de los que se encontraban presentes le preguntó que si siempre ha sido así. `No cómo crees, primero empecé con el jalón. A mí me gustaba la cruda, pero probé el bote y me gustó... de haberlo sabido´ –le contestó. Ese joven le hizo mención de que una vez él también probó el bote y *“ni sentí nada. No sé si me gustó o no, pero la verdad es que no sentí nada y como muy raras veces fumo, pues ya no me llamó la atención intentarlo otra vez”*. Lo que la otra persona le contestó me llamó la atención a la vez que me dio un punto a favor en lo que yo tenía como premisa. No en todos los casos uno encuentra apoyo en el consumo de droga dentro de la misma comunidad. `Mejor. Mejor ya ni le busques. Así estás a toda madre. Míranos a nosotros... mejor quédate con *tu chato* y ya si quieres déjalo. Qué a toda madre que no te gustó, es la derrota. Mejor que no te gustó. Si esa madre te gusta está muy cabrón dejarlo. El chato es más fácil. También es difícil pero no como el bote. Mejor que no te gustó, ya no le busques. Te ves bien así. No estás madreando´. El joven sólo sonrió, agachó la cabeza y le dio las gracias.

En este caso, aparecen elementos que en la escena anterior se hicieron presentes; la consistencia en ciertas situaciones que se manifiestan en la comunidad nos permite darle sentido a diversas afirmaciones que se han ido realizando en el presente estudio. De nuevo podemos observar el artefacto *la*

antena y el *mantenimiento* que a ésta se le debe dar por medio de su limpieza y depuración, de igual forma sucede con *el filtro* que se le ha añadido. Los consumidores de cocaína no sólo son sensibles ante las situaciones que pueden llegar a poner en riesgo su permanencia en la comunidad, sino también ante los eventos y elementos que les permiten dar continuidad a sus participaciones, como estos dos últimos ejemplos lo demuestran. A través de su participación en la comunidad van adquiriendo un conocimiento de todo aquello que de una u otra manera les es inmediato; ya estemos hablando con referencia a la ya tan citada tensión o en su defecto, a los artefactos que son utilizados en su cotidianidad. Hemos podido ver que cada uno de los actos que se dan alrededor de los artefactos corresponden a diversos significados que en la misma comunidad se han ido creando; posiblemente ellos no crean el artefacto, pero sí el significado que a éste se le otorga. La práctica del consumo también implica una ejercicio de producción de significados: usar un *filtro* significa seguridad.

En este sentido, podemos hacer énfasis en que el uso de un artefacto corresponde, también, a la trayectoria de participación de una persona. Uno de los consumidores hace mención de que *primero empezó con el jalón*, de que a él *le gustaba la cruda*, añadiendo que posteriormente, *probó el bote y le gustó*. Sutilmente, en el uso de un determinado artefacto, está incluida la trayectoria de los participantes. Como si primero algunas personas se iniciaran consumiendo un tipo de droga utilizando un artefacto específico, y esto continuara como un proceso que en escalada va tomando otros matices. En ello, el juego reflexivo da señales de existencia; las personas consumidoras recuperan muy interesantemente la trayectoria de su vida. Sin embargo, esto no puede llegar a ser generalizado, ya que no todos declaran la misma experiencia. Una persona de unos cuarenta y cinco años aproximadamente, me dijo en una ocasión que esperaba ser atendido lo siguiente:

"Mientras el consumidor esperaba quién lo atendiera, me aclaró: 'Tengo poco haciéndole a esta madre'. Al preguntarle sobre el tiempo aproximado me señaló que *unos tres o cuatro años*. Añadió que ya le *ha bajado* a la frecuencia de consumo y que ya se siente un poco más controlado por esa cuestión. Sin embargo, hizo una observación que me llamó sobremanera la atención: '... quién sabe por qué a ellos (los adultos mayores), les daba por entrarle directamente *al bote* y no como los jóvenes que primero pasaban por *el chato* de cocaína...".

No todos los participantes tienen la misma trayectoria; pero tampoco significa que las diferentes generaciones tengan una droga que les sea exclusiva por siempre. La entrada al consumo de drogas es algo experiencial, no es homogénea ni lineal. Empero, la reflexión que hace esta persona, sólo es un punto de vista personal. Lo que más bien hay que rescatar de este caso, desde mi muy particular punto de vista, es que el artefacto se convierte en un atajo comunicativo, es decir, cuando él me dice algo referente *al bote* o *al chato*, el enunciado lleva incluida una droga en particular: *chato-cocaína cruda* y *bote-cocaína cocinada*, por ejemplo.

Retomando el significado que a una determinada droga se le da y volviendo al episodio de los usuarios de *la antena*, podemos observar que la droga connota un significado particular. Consumir cocaína *cruda* no es lo mismo que consumir cocaína *cocinada*; pareciera que entre ambas existe una diferencia funcional: *el bote es la derrota*, menciona más o menos la persona en cuestión. Es así que artefacto y participación se hallan complementarios en la práctica, no son elementos que puedan ser encontrados por separado, al contrario, uno remite al otro y viceversa. De esto, surge algo más: a la complementariedad del artefacto y la droga, deviene una participación y una identidad en los integrantes de La comunidad de la droga.

4.3 La identidad como una construcción social

No se sabe lo que puede un cuerpo humano
cuando se le libera de las disciplinas del hombre.
Baruch Spinoza.

No se sabe lo que puede el hombre "en tanto que está vivo"
como conjunto de "fuerzas que resisten".
Michel Foucault.

Al hablar de identidad necesariamente nos tenemos que remitir a los terrenos sociales en los que los participantes conjugan su actuar cotidiano. Las personas que se han convertido en integrantes de La comunidad de la droga no nacieron con una identidad; ésta es el resultado de la multiplicidad contextual en la que se han visto relacionados, no es un aspecto biológico independiente de la trayectoria de vida de las personas. La identidad es un elemento de las prácticas sociales en las que los participantes se involucran cotidianamente, no es un hecho específico observable en los trazos del tiempo, ni atrapado en un determinado espacio de participación: la identidad es una cuestión a negociar continuamente.

Los consumidores de droga, así como los distribuidores, no han restringido su modo de participación social únicamente a la comunidad de nuestro estudio; por medio de su trayectoria que presentan en la sociedad, atraviesan el tiempo y el espacio de muy distintas formas. No son personas totalmente acabadas, estáticas; ni tampoco desarticuladas y azarosamente cambiantes. Es decir, los consumidores no necesariamente lo son en todos los contextos en los que participan, ya estemos hablando del seno familiar, en la asociación de inquilinos, etcétera; de igual manera puede suceder seguramente con los distribuidores. Los integrantes de La comunidad de la droga no siempre aparecen como personas “disfuncionales”; dan muestras de una participación laboral, unas relaciones familiares o afectivas; sea mejor decirlo, presentan otras preocupaciones concernientes a toda la estructura social. Y aun cuando existen, valga señalarlo, casos en los que pareciera que éstos han quebrantado dichas relaciones, nos damos cuenta de que desarrollan nuevos vínculos que los interrelacionan periféricamente con otras tantas esferas de nuestra sociedad. En este sentido, los consumidores son personas sociales pertenecientes a muy diversas prácticas. Lo que en ocasiones sabemos de ellos es simplemente la fotografía que se nos presenta en los discursos que dominan este quehacer científico. En su práctica cotidiana tanto consumidores como distribuidores manifiestan su multireferencialidad, su flexibilidad, su ambigüedad e incluso, su inconsistencia¹⁵.

Lo que se trata de subrayar en estas líneas, es que la identidad es algo por negociar, que no es unidimensional ni termina en una etapa de nuestras vidas. La identidad de una persona no está significada por siempre y de una vez por todas; se extiende a las relaciones intersubjetivas y a los contextos socioculturales en los que se hallan los participantes. Igualmente, se prolonga a partir de las diferentes participaciones que se tengan en una sola comunidad. En este caso, ya hemos visto, entre otras cosas, que un consumidor de drogas puede llevar a cabo un proceso como de escalada con respecto a las diversas sustancias que se encuentran en su medio social, con lo cual constantemente modifica y significa sus distintos modos de participación; recordemos el episodio en que una mujer consumidora les señala a

¹⁵ Wenger (*Ibidem.*), llama a este proceso en el que se da coherencia a las distintas trayectorias de participación en la construcción de la identidad: “multiafiliación”. Esto lo hemos venido viendo a través de las observaciones que han sido poco a poco descritas en el presente trabajo, cuando los consumidores entran a *la estancia*, no se desconectan de su identidad de esposos, de padres, de trabajadores, etcétera. Sin embargo, esta conciliación no siempre y en todos los casos logra un *exitoso fruto*, es decir, no por preocuparse de esos otros contextos en los que están vinculados, los consumidores, logran hacer significativas esas otras prácticas. De ahí que en ocasiones vengan enunciados como *lo único que te queda es el vicio*.

otras personas que esperaban ser atendidas que *hemos pasado desde el tinaco hasta esta madre*. Cuando la droga de consumo cambia, en ese trayecto asimismo cambia la manera en que se lleva a cabo la participación. Los consumidores ingieren cocaína *cruda* o bien cocaína *cocinada* y para ello recurren inevitablemente a un artefacto, el que a su vez, produce una nueva forma de relación con la droga y por lo tanto, de participación. Ser consumidor de cocaína *cruda* no es lo mismo que ser consumidor de cocaína *cocinada*. Entre uno y otro existen ciertas características que los identifica ante los demás y que junto con esto, los diferencia entre sí, sin hacer de lado la imagen que de sí mismos llega a resultar.

En la práctica, los consumidores y los distribuidores de droga tienen delimitada su participación en la medida en que ambos han construido una identidad que los contrasta y los asemeja. Aún a pesar de que complementan sus participaciones en la práctica, podemos visualizar que existe una variedad de elementos que les permite diferenciarse; pero también otros tantos que los acerca en determinadas ocasiones. Los consumidores hacen uso de unos artefactos que les son más o menos exclusivos en comparación con aquellos que son utilizados por los distribuidores: llaves, tarjetas de crédito, antenas y botes para los primeros; basculas, calculadoras y papeles para los segundos. No obstante, cualquiera que sea la identidad, los participantes pueden llegar a tener acceso a algunos artefactos que no pertenezcan a su repertorio inmediato¹⁶. Recuerdo una ocasión en la que la fila se había extendido más de lo normal en el “salón” y un consumidor modificó su manera de participar totalmente:

“Después de encontrarme una vez más con un hecho que ya anteriormente había logrado ver, es que por fin creo necesario hacer mención de ello. Como lo he venido haciendo desde hace casi dos años, nuevamente asistí al lugar en donde se vende cocaína. En dicho lugar había una fila considerable. Aproximadamente cinco o seis sujetos, digo considerable porque me he puesto a pensar en esto y me he dado cuenta de que para atender a una cantidad como esta de personas se necesitan más de seis minutos. A pesar de que podría parecer sencillo el atender a un consumidor, esto no resulta así si tomamos en cuenta que dentro de tal acción existen elementos que inherentemente requieren de cierto tiempo para ser llevados a cabo. Ya

¹⁶ Los artefactos, así como el significado de éstos también tienen un carácter ambiguo. Estos, así como contribuyen a la construcción de identidades, también en algunas ocasiones se *hallan a la mano* para todos los participantes en el devenir de la práctica. Son parte de un repertorio compartido según Wenger, *Ibid.*

sea dar cambio de un billete de a doscientos pesos cuando un cliente pide sólo tres puntos, ya sea despachar tres puntos de *blanca*, un gramo de *la chida* y dos puntos de *la de a diez* a una sola persona o simplemente porque la misma tensión en el distribuidor no le permite actuar acertadamente en cada una de sus acciones. Es decir, lo que trato de enfatizar es que se dan ocasiones en las que la única persona que se encuentra atendiendo no basta por sí sola para esta cuestión. Cosa que no pasa desapercibida para aquellos que comúnmente se encuentran asistiendo a tal lugar. Mejor dicho, para los mismos consumidores. Continuando con este caso en particular, hago constar que el avance de la fila era lento. Y el elemento que más quitaba tiempo era *hacer la grapa*. Uno, dos, tres pequeños dobleces y listo, a las manos del consumidor. Y nuevamente lo mismo con cada uno de los que iban pasando.

Un consumidor que ya me es conocido de tiempo atrás se acercó al distribuidor y le dijo: 'Dame chance'. Este le hizo una mueca afirmativa y le permitió continuar sin necesidad de entablar una palabra más allá de lo que ellos dos se querían comunicar. Dicho consumidor tomo el rol de *grapero* –por denominarlo de alguna manera. Con cada uno de los clientes que iba avanzando y después de que el distribuidor pesara la cantidad deseada, esta persona tomaba el papel con la droga e inmediatamente procedía a la realización de la grapa. Una vez que lo lograba se la daba al cliente y de ahí a lo mismo.

El consumidor atravesó los límites de su identidad y extendió su participación a modos inusuales; por un momento se convirtió en colaborador de los distribuidores, o en su defecto, en parte de éstos. Las situaciones que se presentan en la comunidad a veces permiten a los integrantes de ésta, modificar y ajustar sus participaciones según crean conveniente. En este episodio claramente se puede observar el carácter emergente que la participación de los miembros de la comunidad puede llegar a tener ante determinadas circunstancias. En las trayectorias de participación tanto de consumidores como de distribuidores, se dan sucesos que a simple vista parecerían ser contradictorios, pero que son la muestra viva de la conciliación que hacen con referencia a sus diferentes modos de actuar, de participar. En este sentido, la identidad también implica compromiso e imaginación. El consumidor en cuestión abandonó por un momento la fila y se comprometió con la práctica en general, es decir, con el proceso de la compra-venta; de igual manera, se comprometió con el distribuidor y decidió cooperar en su labor. Y así como los consumidores a lo largo de su trayectoria pueden tornarse distribuidores, éstos últimos también pueden identificarse como consumidores. Las participaciones no están restringidas, los límites en la comunidad

constantemente son negociados, significados. Los integrantes de la comunidad así como participan de maneras particulares, lo dejan de hacer en otras. Uno de los distribuidores que laboraba en la comunidad de mi estudio, en más de una ocasión me platicó que se encontraba *jurado*, que llevaba cierto lapso de tiempo sin consumir cocaína; implícitamente me hacía referencia a ser consumidor. A continuación expongo las escenas en las que hacía estos señalamientos:

“Una vez que el distribuidor terminaba de despachar a una persona, le hice mención de que físicamente lo veía muy bien y aproveché para preguntarle sobre su consumo, a lo cual me respondió *ya llevo seis meses que no. Juré, cumplí... aguanté una semana y ahorita estoy por otros seis meses de juramento*. Lo felicité y le consulté: `Es necesario que jures. No puedes por...´ –me interrumpió e inmediatamente enfatizó: `... ¿por voluntad? Sí. Pero más seguro juro´. `¿Rompes?´ –pregunté. `No, pero para más seguridad juro´ –contestó al momento que volteó la mirada y dijo: “Sale, nos vemos”. Se metió corriendo. Al parecer alguien lo llamaba.

Pocos meses después:

En uno de los pocos momentos en que X se encuentra solo en el “salón” de distribución, aproveché la oportunidad para despejar una duda que desde hace algún tiempo me surgió. Antes que nada y como siempre lo hago, lo saludé y traté de establecer cierto tipo de confianza mediante el empleo de alguna broma que en el instante se me ocurra. En esta ocasión recurrí a las imágenes de los superhéroes que tienen en tal lugar y dije: `Con tanto cabrón protegiéndote, dime quién se te va a poner al tiro´ –sonrió y únicamente movió la cabeza. Una vez que le pregunté sobre su estado actual y lo *caliente* que estaba la situación, decidí hacerle la pregunta en cuestión: `¿Qué le aconsejarías a alguien que viene, te compra y te dice que ya quiere dejar de drogarse?´. De acuerdo a lo que he platicado con él otras veces esperaba su respuesta, la cual no distó de mis expectativas. `¿Qué le diría?... es cosa de que uno quiera. Querer es poder. Sólo es cosa de voluntad querer hacerlo...´. Yo insistí: `¿Es necesario jurar?´. Lo que me contestó confirmó lo que tiene como discurso: `... no, es cosa de que uno quiera...´.

Por último, en otra oportunidad:

“Estaba X despachando a un cliente que iba por dos gramos y medio de piedra. Lo saludé y le pregunté cómo estaba. Él me contestó: *“bien gracias a Dios”*. Después añadió que estaba jurado por seis meses [otros] y que se sentía muy bien. Una vez escuchado el intervalo de tiempo por el que no iba a consumir, pregunté: *“¿Crees poder?”*, a lo cual me contestó: *“Claro, además no es cosa de que quiera, si ya juré lo tengo que hacer”*. Añadiendo: *“... no es la primera vez que lo hago, en ocasiones se necesita un descanso”*. *“¿Y no te dan ganas de tener aquí todo eso?”* –añadí. El distribuidor volteó y muy seguro de sí mismo argumentó: *“No güey, para nada. El trabajo es el trabajo”*. *“¿Cuánto llevas?”* –le insistí. *“Ya más de cuatro semanas. Es lo que te digo, sólo es cosa de querer”* -terminó diciendo.

Son tres diferentes momentos en su trayectoria de vida en los que el distribuidor manifiesta una consistencia en su manera de centrar su participación en La comunidad de la droga. A través de sus propias palabras podemos ver que la identidad que tiene con respecto a sí mismo es dinámica, que no queda atrapada ni en el tiempo ni en el espacio. Efectivamente, él es enfáticamente un distribuidor, pero de ello no resulta que no tenga la posibilidad de consumir la droga que vende. Así como en otra oportunidad tuvimos la ocasión de observar a los consumidores conciliar sus diversos modos de participación, es decir, el trabajo, la familia y el consumo de cocaína; aquí también podemos dar cuenta de la conciliación que un distribuidor llega a realizar en su trayectoria de vida personal. Realmente no sabemos con seguridad si son *los juramentos* que hace o el significado que ha construido con referencia al trabajo lo que le permite alcanzar sus objetivos de abstinencia, aunque viéndolo bien, ambos pueden ser inseparables en vez de alternativos. Sin embargo, lo que me llama la atención es la firmeza que hace del significado de dejar de consumir, pareciera que cuando se lo propone lo cumple¹⁷. Dejar de consumir no afecta en un sentido

¹⁷ En algunas visitas que pude realizar en algunos *anexos, granjas o clínicas de rehabilitación*, se pone en tela de juicio esta habilidad con la que cuentan en ciertos espacios y momentos de su trayectoria de vida los consumidores de drogas. Claro está que en el discurrir de estas instituciones, la voluntad de las personas consumidoras es prácticamente inexistente –a no ser para hacerse daño a sí mismas y a quienes les rodean. En este sentido, constatamos que algunos consumidores sí creen en su voluntad como capacidad de cambio: *¿por qué quitarles esa habilidad cuando en su experiencia personal a ellos les resulta en sí una alternativa?* Así como oímos constantemente que las etapas de consumo por las que éstos pasan en su cotidianidad pueden ser definitivas en cuanto a *ya no salir del abismo*; *¿no también es viable pensar en su contraste, es decir, que en las etapas de abstinencia de igual manera existe la posibilidad de liberación?*

estricto su identidad de consumidor, pero ello no le impide dedicarse a otras actividades, preocuparse por otro tipo de participaciones¹⁸, aunque éstas bien pueden hallarse en la misma comunidad. Esta persona es un ejemplo de los matices que podemos encontrar en la trayectoria de participación de los integrantes de la comunidad. El participar y el dejar de hacerlo, se hallan en un juego de equilibrio que constantemente es negociado.

La comunidad de la droga es un espacio sociocultural tan complejo que a veces resulta por demás complicado hacer una rígida separación entre las diversas identidades que ahí se han ido conformando. Ser consumidor no quita la posibilidad de que en algún momento se llegue a ser distribuidor y viceversa. No existen unos límites establecidos ni inquebrantables para los participantes, más bien podemos encontrarnos con responsabilidades y compromisos que son significados de acuerdo a las preocupaciones que en las historias personales se van generando. Ahora bien, tampoco ello da por supuesto que no podamos descubrir un énfasis en los modos de participación de las personas que en la comunidad están. O sea, si los consumidores pueden llegar a vender en ocasiones la droga de su consumo y los distribuidores consumir *el material* que cotidianamente venden, también nos vemos en la necesidad de manifestar que aún a pesar de eso, la participación de una persona se halla recargada hacia una especial actividad e identidad. En este sentido, me toca señalar las identidades que se han ido originando en los consumidores: ya sean los que consumen *pedra o cocinada*; ya sean los que consumen *cruda o blanquita*, y la relación que los artefactos tienen en el devenir de ello. Posteriormente apuntaré hacia otro participante, que curiosamente, jamás me encontré en las lecturas en las que estuvo apoyada esta investigación si no fue para toparme con el ya tan citado *delincuente*, es decir, el distribuidor de drogas. De este último sólo me limitaré a exponer la manera como significa tanto su práctica como a las personas con las que se relaciona cotidianamente, esto es, los consumidores.

¹⁸ Ese es un punto sobre el que E. Wenger (*Ibid.*), discurre cuando aborda la cuestión de las participaciones que como participantes sociales tenemos en varias comunidades. Manifiesta a través de esta idea que la importancia de nuestras diversas comunidades radica en su capacidad de dar lugar a una experiencia de significado, es decir, de negociación de éste, o bien, en su capacidad de convertirnos en rehenes de esa experiencia. El que las comunidades en las que nos encontramos ofrezcan un privilegio para la negociación del significado, no significa que necesariamente éste sea hallado. Sin embargo, O. Dreier, *op cit.*, manifiesta, como ya vimos, una ventaja en ello, ya que nos permite -al menos- sopesar o equilibrar nuestras participaciones.

*

Los consumidores de cocaína no sólo se encuentran enmarcados e identificados en los discursos especializados y de carácter científico. No simplemente son hallados en la sociedad como objetos de estudio; no únicamente son el producto de algo que se ha pretendido diseñar desde otros ángulos de relación social. Ellos también son capaces de producir un significado de la práctica o de las prácticas en las que se encuentran participando. Son agentes sociales. Tienen la posibilidad de significar en la medida de sus alcances propios las relaciones y las actividades con las que se encuentran comprometidos. No son unas víctimas plenas de un poder omnipotente y omnipresente. Como participantes sociales, de igual manera, juegan un papel en los acontecimientos de su vida diaria, de su cotidianidad. Ellos (re-)construyen en ocasiones sus propios artefactos, su propio lenguaje y sus propias identidades. No sólo son el resultado *de*, sino que también son productores *en...*; tanto de su medio social como de sí mismos. Esto me parece muy importante de mencionar, ya que a lo largo de mi investigación me encontré no sólo con que la gente en general produce unos discursos e ideas de las personas que consumen drogas, sino que además de esto, los propios consumidores también lo hacen, aunque de una manera más afinada. Comúnmente escuchamos en la calle algo acerca de *los drogadictos o los viciosos*, independientemente de que tales juicios se acerquen o no a la realidad en la que se encuentran dichas personas. Sin embargo, lo curioso de estas palabras o aseveraciones que de ellos se hace, es que se llevan a cabo de una manera más o menos generalizada; es decir, pareciera que simplemente basta con expresar que *son drogadictos*. Ahora bien, al entrar a lo que he denominado La comunidad de la droga pude ir vislumbrando otras cuestiones que todavía me parecieron más importantes. Me topé con que los consumidores no sólo eran *drogadictos* entre sí; sino que aún más allá de eso, eran esto o aquello, o sea, *pedras o chatos*. En base a esto, hay que señalar que la construcción de su identidad, asimismo, se encuentra dentro de unos márgenes que ellos van estableciendo y desarrollando en su práctica diaria. Asumen gran parte de las veces, un discurso que al parecer es inevitable eludir. Aprehenden una manera ya dada de relacionarse entre ellos mismos; sea mejor mencionarlo, de clasificarse y de reconocerse a partir de lo que hacen, de lo que utilizan y de lo que consumen¹⁹. En esta ocasión reparo en este punto. Lo que a continuación señalo tiene sus orígenes,

¹⁹ A. Giddens (*Las consecuencias perversas de la modernidad*, Barcelona: Península, 1995), manifiesta como una de las características de la modernidad su estructura institucional global, la cual, entre otras cosas, altera de una manera radical la naturaleza de la vida cotidiana afectando las dimensiones más íntimas de la experiencia de las personas. Propone la idea de *secuestro de la experiencia* apoyándose en

en gran parte, en lo que los consumidores apuntan con respecto a su identidad y a la de los demás. No hago mención sino de aquello que se enlaza en sus propias palabras, de su manera de reconocerse a sí mismos y los demás. El modo como se refieren a su propia persona y la sutileza con la que podemos ver esas normas clasificatorias, diferenciales y discursivas que han subjetivado de los saberes especializados.

4.3.1 De los hombres chatos.

La primera vez apenas me gustó,
fue por la nariz por no decir que no...
José María Cano

¿Hambre?
¡Chíngate un esnifers!
Anónimo

La práctica de la compra-venta de cocaína se prolonga más allá del intercambio droga-dinero, más allá de la negociación en la que se juega la experiencia, la trayectoria de participación personal y las habilidades que se van desarrollando en el transcurrir del tiempo y el espacio. En la práctica mencionada, también se juega *la persona* de los participantes que la constituyen. En la cotidianidad de los acontecimientos la identidad de las personas se afina, toma forma e incluso se deforma ante las nuevas circunstancias que se van dando. Aunque independientemente de lo anterior, la identidad de éstas se sitúa. Su identidad se contextualiza y adquiere relieve. Esta pasa a ser algo que los habla, que los diferencia y los asemeja. Su identidad lleva implícitamente un modo particular de participación. En la comunidad existen personas en las que el consumo de cocaína *cruda* o en polvo, es decir, para inhalar por las vías nasales, los define como participantes específicos. Ellos tienen unos artefactos que más o menos les son exclusivos y a los que constantemente acuden en el día a día. Para ellos existen unas palabras que los refieren, unos calificativos que los identifican y que de igual modo, los sitúan. Algunas de estas personas que consumen esta modalidad de la cocaína son conocidos como *pericos* o *chatos*. Estos participantes

el supuesto que da por entendido que la ciencia y la tecnología hacen de muchos sucesos y situaciones cotidianas algo ajeno y poco común para *los individuos*. En este sentido, nos encontramos con una estructura que lejos de relacionar a los participantes sociales consigo mismos a través de su propia experiencia y sus propias palabras, impone arquetipos o modelos que en ocasiones nada tienen que ver con lo que ellos viven; los consumidores de drogas, por ejemplo, desde el momento mismo en que acuden a una institución buscando una alternativa para erradicar o controlar su “adicción”, ya entran de antemano con la pre-concepción de ser “drogadictos” o “enfermos”.

eran predominantes todavía hasta hace unos diez años aproximadamente. Prácticamente eran los únicos que tenían existencia en la comunidad. Si se hablaba de cocaína, se hacía referencia a ellos. No tenían un punto definido de comparación –tomando en cuenta ese que más adelante mencionaré. Se sabía que algunas personas *se polveaban la nariz*.

Actualmente, estos participantes sociales han disminuido considerablemente. La historia de un país, en este sentido, también es una historia de las drogas. La manera como éstos eran definidos por la sociedad en general era más o menos homogénea; eran gente *coca*, gente *perica*, *viciosa*. Hoy, las cosas presentan cambios. Han aparecido otros participantes; las distinciones con esto, toman relevancia. Los *pericos*, los *chatos*, tienen un punto de comparación, y paradójicamente, su complemento. La forma como se definen encuentra un nuevo rumbo, ya no sólo se habla de lo que se *es*, sino también de lo que *no se es*. El significado de una determinada participación ya no habla únicamente de la persona que usa el lenguaje, sino también de personas ausentes. Decir en la actualidad *yo soy perico*, *yo soy chato*, implica nuevas cosas con referencia al pasado. Se habla de una trayectoria específica, de unos artefactos más o menos exclusivos, de una forma de vivir el consumo personal. Incluso se habla de una forma *ligera* de vivir esa realidad. Recordemos la ocasión en que en la “estancia” un joven consumidor recibió como consejo no seguir el proceso de escalada en el consumo de drogas, de no probar *el bote*, no consumir cocaína *cocinada*:

“...[E]l joven le hizo mención de que una vez él también probó el bote y que *ni sintió nada*. `No sé si me gustó o no, pero la verdad es que no sentí nada y como muy raras veces fumo, pues ya no me llamó la atención intentarlo otra vez´... [La persona de mayor edad le contestó]: `Mejor. Mejor ya ni le busques. Así estás a toda madre. Miranos a nosotros... mejor quédate con *tu chato* y ya si quieres déjalo. Que a toda madre que no te gustó, es la derrota. Mejor que no te gustó. Si esa madre te gusta está muy cabrón dejarlo. *El chato* es más fácil. También es difícil pero no como el bote. Mejor que no te gustó, ya no le busques. Te ves bien así. No estás madreando´...”.

Hablar del consumo de un cierto tipo de cocaína conlleva un cierto estilo de vida, una trayectoria de participación específica. Habla de unas posibilidades y un rumbo probable de los acontecimientos. En

este caso, se toma el consumo de cocaína *cruda* como algo que no representa tanto peligro, algo en lo que se puede ejercer un control mayor. Con el consumo de cocaína *cruda* se juega y se construye una identidad; se es consumidor de una manera con respecto a otra. La cocaína *cruda* implica una persona *chata*, una persona *perica*. En las conversaciones entre los participantes se moldea la identidad de éstos. Se matizan las diferencias y se afinan las semejanzas. Las dos personas del episodio anterior aún al participar en la misma práctica y presentar una participación similar; asimismo, al acudir al mismo lugar para la consecución de la droga, tener que pasar por el mismo proceso en el que se da esto y encontrarse como objeto de estudio en un discurso global, se relacionan de acuerdo a unas diferencias inmediatas existentes para ellos. Uno reconoce en el otro al *chato*, y viceversa, al *bote*. Ambos aclaran unos modos diversos de participación en la comunidad; no se asumen a sí mismos como iguales el uno al otro. Y esto pasa comúnmente con los consumidores de cocaína *cruda*; estas personas son identificadas como lo anticuado de una modernidad inmediata. A ellos les es más difícil conseguir la droga; ésta ya no abunda en las llamadas "tienditas". Cuando la buscan en ocasiones se encuentran con lo que me refiere una persona que en una oportunidad entrevisté:

"A veces tienes que ir de un lado a otro porque no encuentras lo que buscas. Es mucho más fácil ser *piebra*... En las tiendas casi nunca falta *la cocinada*. Por eso yo tengo como un lugar que no cambio. Sea la hora que sea, encuentro. Ya no busco más... En los lugares en los que venden siempre hay *cocinada*. Se vende más. ¿No ves cuánto pendejo hay todo madreado en la calle? Por eso *el perico* es más chido. Ese no te madrea tanto, tan rápido. Nada más de ver a esos cabrones hasta me da miedo...".

La identidad que se tiene de sí mismo se enlaza a la que se asigna a los demás. La historia de una comunidad también puede verse como el entrecruzamiento de trayectorias de participación compartidas. La identidad toma una función de espejo; *soy lo que el otro no es, él no soy yo*. La manera como una persona se identifica en una comunidad tiene en gran medida como punto de partida a los demás. Pareciera que la identificación se torna a veces preventiva. La identidad que este consumidor tiene en la comunidad se planta como límite: *Es mucho más fácil ser *piebra*... (pero puede ser más delicado)*. En los mismos participantes se llega a dilucidar el límite que parece perdido. En la trayectoria de participación de los demás, de aquellos que son diferentes a mí como consumidor se renueva la línea que no ha

desaparecido por siempre. En los otros se encuentra un alto, una línea que si llega a franquearse puede traer consecuencias todavía más agudas. *El otro es mi límite, mi temor, mi miedo*. El ejemplo hallado en el cuerpo –¿*No ves cuánto pendejo hay todo madreado en la calle?*– y la trayectoria de participación de los demás, así como límite, llega a ser de igual modo, estabilidad, equilibrio, focalización de la propia historia personal; *mejor me quedo en lo que estoy y no avanzo más*²⁰. Es decir, en la relación que se mantiene con los otros no sólo se construye la identidad sino que además de ello, permite mantener y restringir el modo de participación en un momento dado y en unos espacios particulares.

Por otra parte, casi es seguro que esta persona es identificada por el o los distribuidores que le procuran la droga como alguien que consume *cruda*. Centrando su trayectoria a una participación peculiar, él se convierte en un cliente constante; alguien que *ya no busca*, sino que más bien, *encuentra*. Ya no ve necesario andar de un lado a otro buscando la droga cuando ya ha encontrado un sitio que le conforma y que no le ofrece sino precisamente aquello que él quiere. Pero el que lo identifiquen esas personas que le venden no quiere decir que ya no negocie su identidad. Aún cuando pareciera que por ser re-conocido ya se sabe lo que le sigue, la existencia de otros consumidores lo vuelve a poner en un posición que se acomoda a sus propias circunstancias, que genera unas nuevas. Habiendo una multiplicidad de participaciones, la de esta persona no cesa de negociarse. En la diferencia halla la continuidad. Las personas que se *detienen* y eligen el consumo exclusivo de cocaína *cruda*, han sido menores en mi estudio, pero no menos importantes. Como ya vimos, ven en la cocaína *cocinada* un peligro; y aunque la que ellos consumen también lo sea, les representa otra cosa: posiblemente una trasgresión que rebasa sus límites, sus recursos y su propio manejo. La cocaína *cruda* significa algo que la cocaína *cocinada* no: mayor control, menor peligro. Cuando le pregunté a esta persona cómo es visto por los demás, tanto por los que consumen lo mismo que él como por los que consumen *cocinada*, me contestó:

“No pues cuando llego y me encuentro a alguien que le pone al *perico*, lo saludo bien... hasta nos preguntamos *cómo estamos* o algo así. Pero a los otros casi no, nel... hasta a veces nos

²⁰ E. Wenger (*op. cit.*), indica que los participantes de una comunidad de práctica cualquiera que sea ésta, también desarrollan y construyen su propia identidad cuando no presentan una participación común con referencia a los demás. La “no-participación” es un acontecimiento social a partir de que se halla diferenciada de otra u otras existentes. En la comunidad de la droga el *hombre chato* refuerza la identidad del *hombre bote* por el hecho mismo de ser diferente en cuanto a su participación y artefactos utilizados, y viceversa.

vemos diferentes... como si fuéramos diferentes, pero la neta no, aunque se madrean bien rápido y bien culero, somos iguales ¿o no? Ellos se descuidan más, se vuelven mugrosos. Todo el día quieren esta chingadera y yo he visto con mis amigos que nos metemos *cruda*, que no. Nosotros a veces trabajamos y ellos ya no. También nos sentimos madreados, pero no así. Los *pie*dra te piden un peso, dos pesos siempre. Son *pie*drosos y quieren fumar todo el día. Yo creo que se arrepienten, no sé..."

Esta persona aunque menciona no ser distinta a los demás, sí marca diferencias. Reafirma su identidad y la compara con la de otros. Se distingue, se libera y curiosamente, se encadena de una manera diferente. Ve en su trayectoria algo más que en la de los otros: limpieza. Me parece que no se puede separar la distinción que hacemos con referencia a los otros de nuestras relaciones sociales. Es parte de nuestra convivencia y de nuestro modo de relacionarnos el ver en los demás diferencias, semejanzas, clasificaciones, tipificaciones, estereotipos, etcétera. Nos encontramos atravesados por discursos que marcan nuestras características y las de los demás. En los saberes especializados gran parte de las veces a los consumidores de droga se les asemeja, se habla de unos *adictos*, unos *enfermos*, unos *delincuentes*²¹. Y cuando abordamos el terreno de los acontecimientos nos encontramos con que se renuevan las diferencias, que éstas tienen una importancia porque no todo es igual. En la diferencia se ve una liberación de la carga social a veces. Esta persona deja saber algo así como que *dentro de lo peor, lo menos peor*. Y así se identifica, significa su participación como la parte *tranquila* de una realidad por demás compleja. La manera como significa esos modos de participación en la comunidad no implica que todos los que ahí se encuentran vean las cosas de una manera única, sin embargo, es importante saber cómo algunos participantes visualizan la práctica en la que se hallan inscritos. Además, lo que en este punto interesa, es enfatizar la identidad que tienen con referencia a su participación y la de otros participantes. Lo que nos menciona se despega en algunos aspectos de lo que se pudo constatar en los registros-observaciones y en las conversaciones que fueron realizadas en el lugar en donde se llevaba a cabo el proceso de la compra-venta. Esta persona nos dice que la gente que consume *pie*dra ya no trabaja; que prácticamente el consumir es lo único que hacen. Lo cual no forzosamente es cierto, ya que a través de las

²¹ Sobre este modo de ver a los consumidores de droga hay que hacer el señalamiento de que en gran parte esto se debe a los enunciados jurídicos que mencionan que no solamente la distribución debe ser considerada como un delito, sino que junto con ello, el consumo. Apoyándose en la dialéctica de que *si existe el narcotráfico se debe a que existen consumidores*.

conversaciones en la "estancia" pudimos ver que la participación de estas personas es más prolongada, para ser más precisos, que sí trabajan y que incluso realizan otras actividades que comparadas con las de las personas no consumidoras, son iguales o al menos, muy parecidas. Esto último, nos deja ver que incluso cuando se está en una comunidad de práctica como participante legítimo, se pueden desconocer cosas por sabidas que sean o que en su defecto, el conocimiento que se tiene con respecto a ésta y sus integrantes, puede estar limitado.

En lo que atañe a los artefactos que utilizan en su cotidianidad, algunos consumidores de cocaína *cruda* manifiestan que no representan algo que sea indispensable para llevar a cabo su consumo personal. A otra persona que entrevisté y que también consumía cocaína *cruda*, le manifesté mi interés en saber qué tan valiosos eran para ella los artefactos de consumo propio y cuáles eran éstos. Esto fue lo que puntualizó:

"Yo no tengo un bote o algo así, una antena. No me había dado cuenta de eso, qué cagado. Sí es cierto, yo lo que hago es picar con unas llaves el material y jalar como pueda. A veces en el mismo papel o con mi tarjeta de crédito, creo que hasta con mis llaves poco a poco. Yo no tengo algo para siempre...".

Aunque pareciera que no está restringido a ningún artefacto en particular, este participante por ese simple hecho, tiene construida una identidad. Quizá sin darse cuenta, al menos nos menciona tres artefactos diferentes: las llaves, la tarjeta de crédito y el mismo papel en el que viene la cocaína. Pueden ser más los que en su vida cotidiana llega a utilizar, pero no por ello tiene menos identidad que los otros²². Y aún si tomáramos en cuenta el señalamiento que nos hace sobre que *él no tiene un bote* o una *antena*, o bien, un artefacto inamovible y exclusivo, esto mismo le otorga una identidad. La carencia de algo nos identifica con nosotros mismos y con los demás. *Nosotros no tenemos nada, ellos sí*. No hace falta la pertenencia de ciertos elementos en la comunidad para llegar a ser reconocido. A veces la sola participación basta para adquirir identidad y legitimidad. Nuevamente con esto, vemos la importancia de la multiplicidad de los participantes. En la diferencia se puede encontrar uno como participante, o bien, a

²² E. Wenger (*ibidem.*), señala que la ambigüedad del significado también tiene que ver con la identidad de los participantes. Estos son más dinámicos que estáticos, y no siempre se encuentran totalmente definidos.

partir de lo que no soy o no tengo, *soy* como participante. En tanto tenemos en la sociedad y en las comunidades que integran ésta, participantes diversos y diferenciados entre sí, éstos adquieren identidad. Se *es* de una manera a partir de lo que son los otros e igualmente, *soy como soy porque no soy como tú*. Y los artefactos más de una vez nos remiten a esto, el usar tal o cual, habla de lo que se *es* en un momento dado. Si se consume cocaína *cruda*, existe la posibilidad de que se utilice como artefacto una llave, una tarjeta de crédito o el mismo papel en el que viene la droga, y por lo tanto, que se tenga una identidad más o menos circunscrita a un *chato*. En ocasiones los artefactos quedan fuera pero no con ello, nuestra trayectoria de vida o nuestra identidad. En este caso, según las palabras de esta persona, los consumidores de cocaína *cruda* no tienen un artefacto definido en comparación con los que a continuación serán aludidos.

4.3.2 De los hombres piedra.

Quien quiera que seas...
¡Deja el bote y sal a buscar!
Anónimo

La participación de algunos consumidores de droga frecuentemente se ve modificada debido a las nuevas sustancias que van apareciendo en el mercado. Estas personas, en una buena parte, dejaron de consumir cocaína *cruda* cuando tuvieron la oportunidad de probar *la piedra*. Algunas otras tuvieron su primer contacto con el mundo de las drogas por medio de ésta. Independientemente de cuál sea el caso, cabe mencionar que este tipo de consumidores es el que impera actualmente en lo que a cocaína se refiere en la comunidad de mi estudio. Me era más común escuchar que iban a comprar *de la chida, de la de a trece, cocinada o piedra*, que *cruda* o *blanquita*. La mayoría de las personas consumidoras que asistían a este lugar pertenecían a lo denominado por ellos mismos *piedras*. Me he dado cuenta de que dichos participantes tienen un repertorio de participación más sutil, más afinado y también, más extenso. No solamente son la moda en el consumo de cocaína; los artefactos que son de su uso personal cumplen con una complejidad mayor en comparación con los que son utilizados por los consumidores de *cruda*. Este tipo de personas tiende a mostrar quizá por las mismas particularidades de la sustancia y los componentes de ésta, quizá por las mismas características de su consumo prolongado, un deterioro físico más notable. En este sentido, la identidad que ellos han construido y que les es reconocida también tiene

que ver con el lenguaje de su cuerpo. La sociedad nos habla de unos *viciosos* generalizados y es el cuerpo de éstos el que nos puede señalar a qué tipo pertenecen, el que puede remitirnos a una droga en particular; específicamente es su rostro el que nos llega a hablar, el que nos menciona a veces mediante cifrados que son consumidores de cocaína *cocinada*. Un distribuidor que entrevisté hace algún tiempo me refirió lo siguiente en relación con sus clientes:

“Los güeyes que me compran *cruda* no son muchos... se ven más tranquilos. Igual y es lo mismo que les pasa a los *pedras*; pero se ven más tranquilos, me cae que hasta vas a decir que soy mamón pero se ven más limpios. Además no se ven tan flacos... esos güeyes [los consumidores de cocaína *cocinada*] parece que traen la muerte por dentro. No, sí se ponen en la madre bien culero...”.

Sobre el aspecto físico de los consumidores de cocaína *cocinada* me indicó:

“Lo primero que les ves son sus pinches pómulos salidos. No cabrón, como cadáveres. Los que le ponen a esa madre seguido se madrean rápido... quince días, un mes para que se den en la madre... su cara se hace calavera... sí, porque se les sumen los cachetes de tanto fumar y aquí [los pómulos] se le salta, parecen de hueso. Tú sabes, en el medio ¿no?, vas aprendiendo a saber cómo son cada uno. Los *roca* se delatan por su cara”.

En la comunidad pareciera que hay cosas que no se expresan por medio de las palabras; no es necesario en ocasiones decir verbalmente quién se es y de dónde se viene. El cuerpo habla al menos un poco de nosotros como participantes sociales. Los consumidores y distribuidores lo van aprendiendo al paso de los años, se van haciendo hábiles para decirse los unos a los otros algo de sí mismos sin palabras; van aprendiendo a reconocerse y a reconocer a los demás por medio del cuerpo. Su rostro les dice en un determinado momento algo acerca de su identidad, aquel también es parte de ésta. La persona anterior nos menciona que los consumidores de cocaína *cocinada* se ven físicamente más deteriorados; adelgazan, se demacran, etcétera. Nos habla de un proceso similar que llevan tanto consumidores de *cocinada* como de *cruda*, pero lo que les diferencia entre sí toma mayor relieve, es decir, la pérdida de la limpieza, el detrimento físico, el tiempo en que sucede esto. En la práctica no sólo toman importancia los

artefactos y la participación de los integrantes; el cuerpo de éstos es algo de lo que también se encuentran sujetas las personas²³. He tenido la oportunidad de ver el dedo pulgar derecho de algunos consumidores de cocaína *cocinada* y éste presenta características que no he visto en otros consumidores. Con el uso prolongado del encendedor, el cual es utilizado para quemar e ingerir la piedra de la cocaína mediante *el bote* o *la antena*, dicha parte del cuerpo se va como pelando, rasgando; presenta la marca de una quemadura que no se deja mejorar. Me parece importante este hecho porque en una ocasión le afirmé a uno de estos consumidores que “eso era por lo caliente del encendedor”, a lo cual me respondió: *qué bien sabes*²⁴. Esta persona bien o mal asumió lo que señalé. Su contestación avaló que también el cuerpo sirve como representante de la identidad. El cuerpo en este caso, nos remite a algo; no sólo son palabras y frases las que atajan la comunicación, sino también algunas partes del cuerpo que hablan algo de lo que en un tiempo y un espacio somos como participantes sociales²⁵.

Pero no sólo es el cuerpo de los consumidores el que constituye la identidad que en la comunidad tienen. También lo es su repertorio de participación; los artefactos que utilizan, el lenguaje que se hace inmediato a partir de éstos, la droga que consumen frecuentemente, la manera de relacionarse con los demás y consigo mismos. Estas personas, en comparación con los que ya anteriormente fueron nombrados, sí tienen unos artefactos que son utilizados invariablemente. Su participación se encuentra más ligada a estos artefactos debido a las mismas características de la droga de su consumo. La cocaína *cocinada* como ellos mismos lo han señalado, se encuentra en calidad de *piedra*; ésta no puede ser ingerida por la nariz ni consumida mediante algo que no funja como pipa. Dicha droga, tiene que ser inmanentemente quemada. No ingresa al organismo si no es por los vapores que desprende al calor del fuego. Para ello, en la comunidad es fácil encontrar un *bote*, una *antena*, un *yakult*, principalmente. Los consumidores de cocaína *cocinada* usualmente traen consigo alguno de estos artefactos. Cabe mencionar que a pesar de tener el mismo uso, las ventajas que proporcionan no son las mismas:

²³ “El cuerpo se vuelve señalamiento, testigo frecuentemente a cargo de la persona a la que encarna”. D. Le Breton, *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2002, p. 17.

²⁴ Realmente este suceso fue algo que ni siquiera había contemplado en este estudio. Sin embargo, me di cuenta que me hallé como partícipe de la cultura, como portador de un discurso. Le otorgué identidad a través de mi relación. Efectivamente yo de antemano sabía sobre su consumo; pero nunca imaginé en atinar con mi enunciado lo que a mi vista se presentaba.

²⁵ “En efecto, el cuerpo en tanto encarna al hombre, es la marca del individuo, su frontera, de alguna manera el tope que lo distingue de los otros”, D. Le Breton. *Ibidem*.

“Yo uso *la antena* porque no me estorba... es más fácil de traer. *El bote*, ya ves, pinche bullote. Con *la antena* me gusta más, además. Aunque la tienes que preparar ¿eh?... no nada más es mi antena y ya. Yo le pongo *un filtro*, bueno, casi todos... mira fúmale sin *el filtro* y vas a ver. Hasta te puedes tragar *la piedra*. Con *la antena* es mejor, yo lo aprendí de un amigo. Yo usaba *el bote*, es mejor *la antena*. Hasta con *la tira* te sirve... la avientas y ya no tienes nada. ¿A ver *el bote*?”.

La participación de los consumidores en La comunidad de la droga implica mucho más cosas que el consumir o el comprar la droga, la cocaína. Encierra inclusive un propio discurso, una manera particular de vivir esa realidad en la que se hallan. Artefactos, usos de éstos, ventajas y desventajas. Como pudimos constatar, esta persona sin necesidad de mencionar la identidad que tiene con respecto a la comunidad, por el simple hecho de manejar unos artefactos, la descubre a nuestra vista; una *antena*, un *bote*, *la piedra*, e igual, la policía. Tomando en consideración lo que se ha visto precedentemente, sabemos que es una persona consumidora de *piedra*, es decir, un *piedra*. Su trayectoria de vida así lo demuestra, está identificado con los consumidores de cocaína *cocinada*. Su lenguaje así lo aclara; un consumidor de cocaína *cruda*, por ejemplo, no le va a decir a otro que igual consume la misma droga: *pásame el bote para jalarle*. El artefacto no sólo coadyuva a la construcción de la identidad, sino que además, a la de un lenguaje. Es como ir *del objeto al verbo*: botear, antenear²⁶. Un consumidor de cocaína *cocinada* en una ocasión me respondió a la pregunta de cómo saber cuando se *es piedra*:

“No manches... ¿no me ves?... Aquí traigo mi antena. Pero también otras veces me puedes ver con una *latita* o una *pipa*. Según el momento...”

La identidad que se construye en La comunidad de la droga sobrepasa lo que encierran en sí mismas las estrategias de participación en la que se desenvuelve el proceso de la compra-venta. Dicha identidad puede afinarse con la participación que en la comunidad se tenga, pero no queda atrapada ahí; se extiende a lugares geográficamente más lejanos y donde nuevamente se puede volver a negociar. Ya anteriormente señalé que los consumidores no lo son en todos los lugares en los que se hallan participando en el conjunto social, pero ello no implica que estén exentos de ser reconocidos en tales

²⁶ A lo largo de mi trayectoria de vida, he tenido la posibilidad de escuchar esas palabras en los consumidores de cocaína *cocinada*. Dichas palabras son parte de su repertorio de participación social.

contextos. Su identidad es una constante a negociar, incluso cuando todo parece dicho. Aun cuando ya son identificadas, estas personas con su sola presencia vuelven a significar por medio de la relación social, lo que ellas son como participantes situados. Nuestra estructura social también ofrece la posibilidad de que encontremos participaciones alternativas, aun en los momentos más restringidos. A lo largo de nuestra trayectoria de participación personal, aprendemos ciertos códigos o valores que en determinados contextos aparecen como renovados e incluso como emergentes. Para ello, y sirviéndome como ejemplo, cito el caso de una persona de muchos años consumidora de marihuana y actualmente de cocaína, la cual me ha señalado constantemente que *"por respeto a mis vecinos y sobretodo a los niños no me balconeo cuando me quiero dar un toquecito o me quiero poner hasta mi madre"*. Con esto trato de dejar en claro que en las trayectorias de vida, por definidas que llegaran a parecernos, siempre pueden aparecer modos de participación que además de ser re-flexivos, muestran que todavía existe algo sobre lo cual la persona puede llegar a ejercer una capacidad de elección y re-significación.

*

Ahora que hemos terminado de describir la identidad que los consumidores de cocaína han construido en La comunidad de la droga, donde pudimos dar cuenta de los artefactos de los que se apoyan en su cotidianidad, así como del lenguaje que los identifica como miembros específicos y situados, tenemos que hacer un pequeño alto para preguntarnos acerca de la existencia de otros participantes que al igual que éstos, tienen una incidencia indispensable y necesaria en el devenir de los acontecimientos que son de nuestro interés. Creo que a lo largo de esta investigación se ha mostrado de manera implícita a esa otra persona a la que me refiero en este momento. Efectivamente, en más de una ocasión lo he mencionado, e incluso, he reparado abiertamente tanto en su modo particular de participación como en las palabras que lo identifican. Sin embargo, tenemos que ir un poco más lejos. Considero que una de las aportaciones que este trabajo pretende realizar es precisamente sacar a la luz, en la medida de lo posible, a *ese otro* del que nos hablan los medios de comunicación y, sobre el que pienso, recaen en su mayoría los discursos jurídico-legales de nuestro país. Hablo del distribuidor de droga. Aquel que indefectiblemente conocemos como *envenenador de la juventud*, y del cual comúnmente sabemos *lo peor*. Ese que aparece en la televisión o en el periódico rodeado de armas y cantidades enormes o *ridículas* de cocaína para ser

expuesto ante la mirada de la sociedad como la punta de lanza de una *delincuencia* que parece rebasar toda fuerza que pretenda poner límites.

4.3.3 De la otra persona: El distribuidor. Una mirada minúscula.

Yo no soy ese del que hablan los periódicos;
creo en Dios y mi corazón también late.
El buen Felipe

Si antes hice mención de que en el consumidor de drogas re-cae un poder que pretende cohesionar la energía social a modo de purificador colectivo, con ello no excluía a esa otra persona, que aunque de otro modo, presenta una participación igual de diferenciada con el grueso de la *normalidad* y tan similar como los anteriormente citados. El distribuidor de cocaína, del que a continuación me ocuparé, tratará de ser situado como *un trabajador* más en nuestra estructura social. Sin hacer caso omiso de lo que ya tanto he señalado con respecto al orden de la legalidad, intentaré puntualizar por medio de las propias palabras de las personas que accedieron a ser entrevistadas, y que ya tuvieron la oportunidad de ejercer la práctica de la venta de cocaína, el significado que para unos participantes sociales puede llegar a tener atender una *tiendita*. Cabe aclarar que no puedo argumentar bibliográficamente dicha exposición debido a que prácticamente me fue imposible encontrar documentación que me permitiera hacer más sólida esta parte de mi estudio. Posiblemente si me hubiera encontrado en la posibilidad de acceder a los expedientes oficiales que se desprenden de las averiguaciones previas realizadas a quienes son acusados actualmente de narcomenudeo, hubiera tenido mayor información que me permitiera sopesar y encontrar puntos de referencia con respecto a lo que a continuación señalo. Pero aun así, creo que igualmente me hubiera hallado en la misma imposibilidad, ya que debido al carácter de la práctica y las condiciones en las que esas personas son *entrevistadas* en las agencias de investigación, la información que bien me hubiera podido servir, no habría sido lo mejor que yo hubiera deseado.

Las personas que *trabajan* vendiendo cocaína son gente común y corriente. Son padres de familia, son miembros de algún grupo religioso o deportivo, o simplemente, son gente *normal*. Esto ya lo he venido mencionando una y otra vez. El tiempo que duró esta investigación me permitió confirmar en muchos sentidos lo que a lo largo de mi trayectoria de vida he venido viendo con algunos vecinos o personas

conocidas. Desde pequeño crecí con una imagen del distribuidor de drogas que no concordaba con la que enfatizaban los medios de comunicación. De ahí que en muchos aspectos yo también, y en lo personal, comparto el punto de vista que el distribuidor de drogas tiene de sí en cuanto a que es *un trabajador*. Porque aun en los casos en los que pareciera que las personas rebasan nuestros estatutos legales por medio de sus prácticas sociales y sus definidas o ambiguas formas de participación, dichas personas se encuentran en uno o varios contextos que les exigen y les demandan un compromiso que a fin de cuentas los sitúa como *trabajadores*. En la entrevista que pude realizarle a un joven de unos treinta años que se dedica a la venta de cocaína desde hace quince o veinte meses, salieron a relucir aspectos que de una u otra forma sostienen lo que observé en mis registros y de los cuales ya hice mención en incontables ocasiones. Si bien de estos últimos no logré rescatar en todos los casos el discurso del distribuidor, las entrevistas que posteriormente pude llevar a cabo, me permitieron acceder a eso que parecía perdido:

“Yo siento que no estoy cometiendo un delito. Simplemente vendo algo que me vienen a comprar. Yo no drogo a nadie. La gente viene por sí sola y exige en cierto modo que se le venda lo que tenemos como producto. Además yo no inventé la droga... la cocaína ya estaba en la sociedad. Tampoco yo la preparo... a mí me la ofrecen para vender. Yo no soy un delincuente. Soy un vendedor de algo que no sé quién prohibió...” (Entrevista 1).

Esta concepción de la práctica es compartida entre los que se dedican a la venta de la cocaína. La experiencia que conjuntamente tienen de aquella es algo que los asemeja. Es una forma situada de vivir la realidad. De hecho, es una construcción social y no menos subjetiva la que han realizado acerca de lo que hacen cotidianamente. Ahora bien, si a esta práctica le quitamos el peso que el discurso dominante y especializado tiene sobre ella, nos encontramos que lo que personalmente dicen no está *fuera de lugar*. Sólo recordemos lo que ya en capítulos pasados vimos de los registros que pude realizar en el lugar en donde se llevaba a cabo el proceso de la compra-venta, es decir, nunca se constató al distribuidor saliendo de su recinto de labor para ofrecer dicho *producto* a cualquier persona; la gente consumidora llegaba a él por sí sola y aquél únicamente esperaba. De hecho esa es una de las características de *la tiendita*: quien la atiende tiene entre sus actividades la de esperar a que lleguen los clientes.

Aclaro explícitamente que ninguno de los distribuidores que son citados en estas páginas corresponde a los que laboraban en el “salón”, la “estancia” o el “pasillo”. Las entrevistas que en este momento son expuestas fueron realizadas a otras personas y en otras circunstancias, ya que en aquellos lugares que anteriormente fueron mencionados se vivía una tensión y un riesgo constantes de un operativo; obstáculos que prácticamente hacían imposible llevar a cabo cualquier tipo de entrevista formal. Aunque también tengo que señalar que pertenecen al barrio en el que se llevó a cabo la presente investigación, con lo cual me resta puntualizar que lo que señalan no está desligado del contexto que se pretendió estudiar.

Regresando a lo que esta persona menciona, tengo que decir que, aunque no lo subraya expresamente, sí asume su práctica como un *trabajo*. Nos habla de un producto que vende y que alguien compra, y además de ello y quizá más importante es el hecho de que *no droga a nadie*. Ese sería más o menos el caso de quien vende alcohol en una tienda de abarrotes: tampoco embriaga a quienes les compran. En ambos casos, únicamente se despacha un producto que socialmente es demandado y que responde a un precio comercial. Pero también, en las dos prácticas aparecen otros elementos que las asemejan, por ejemplo, en mis registros de campo fue muy común escuchar del distribuidor que a los niños *no se les vendía ni madres porque era mucho pedo con ellos*. Haciendo alusión no sólo a cuestiones de carácter preventivo para la comunidad de la droga. Es decir, el riesgo de venderle a un menor de edad no se remitía únicamente a evitar riesgos con la policía por las mismas características de la persona consumidora, la cual podría delatar con mayor facilidad a quien le proporcionara la droga; sino también a otras de diferente índole como las correspondientes a las ético-morales, porque como los mismos distribuidores lo señalaban *a los morros no les vendo, están muy chicos para darse en la madre*. Tanto en la práctica del tendero de la tienda de abarrotes como en la del de *la tiendita* de cocaína existen responsabilidades y limitaciones, además de que existen sanciones establecidas para las violaciones. Los menores de edad tienen limitada socialmente su participación en la compra de cigarrillos así como de bebidas alcohólicas y no por ello ésta ha dejado de existir. En el caso de los distribuidores de cocaína, su clientela está total y generalmente restringida, de lo cual se deduce que es una construcción personal más compleja la que ellos mismos llevan a cabo con respecto a sí venderle o no a un menor de edad, en comparación con el vendedor de alcohol, al cual se lo han prohibido expresamente ciertas dependencias gubernamentales.

De todos modos el consumidor es quien busca, quien paga y en última instancia, quien sabe qué hacer con lo que adquiere. Pareciera que el distribuidor juega en ocasiones algo así como un papel *pasivo*, o sea decirlo, un papel en el que no necesita exponerse ante los demás para *estar* presente. Refiero las palabras de una persona que igualmente ha tenido en la sociedad una trayectoria de distribuidor de cocaína y que expone de una forma muy interesante esa participación, en la que más que ser un promotor es un *dependiente* que simplemente *atiende*:

“... Tú sabes que esta chingadera como sea se vende, como sea... siempre vas a encontrar alguien que te la va a comprar. En la televisión nos promueven, ahí dicen en dónde estamos y qué vendemos... siempre habrá alguien que te va a buscar... Vender droga o *perico* es un trabajo; tienes un horario, un sueldo, vendes un producto, tienes unos clientes, a veces un patrón a quien le rindes cuentas, ¿te das cuenta?... hasta tienes un lugar de trabajo. Lo mismo que cualquier otra actividad que te deje subsistir. Ya deberían de dejar de estarnos chingando las autoridades... o dime tú: ¿por qué le pusieron a nuestro lugar de labor *la tiendita*? En una tienda hay un tendero ¿no?, y si lo ves así, pues un tendero tiene que sostener a su familia” (Entrevista 2).

De lo anterior se pueden desprender algunas cuestiones al respecto de la práctica de la distribución de drogas. Nuevamente vemos que existe una persona que se asume como *tendero*, como alguien que parece limitarse a atender; que no propicia un acontecimiento, sino que está para participar en éste ineludiblemente. Nos deja saber que en la práctica no se es necesariamente un promotor del producto que se vende, sino únicamente alguien que está posicionado para responder a lo que de él se requiera. Y aún más interesante, nos puntualiza abiertamente que su práctica es *un trabajo* como cualquier otro, y que inclusive a pesar de estar contemplado dentro de un orden de legalidad como algo ilícito, se encuentra legitimado desde el momento mismo en que se le pone un nombre que lo identifica en la sociedad: *la tiendita*. Me parece de trascendental importancia atender el significado que estas personas le dan a su práctica social. Se saben ubicados en un discurso de ilegalidad, pero no por ello lo asumen como tal. Tienen la capacidad de discurrir acerca de lo que hacen y además de ello, también de señalar elementos que no los separan, sino al contrario, los acercan al orden de una participación social *normal* y cotidiana.

Esta persona en particular nos habla de un horario, de un sueldo, de un producto y de unos clientes. Y va más allá, nos deja en claro que su práctica va encaminada a la manutención de una familia: ¿No acaso *un hombrecito* tiene que *trabajar para mantener* a su familia?

El significado que se tiene de la práctica social en la que se está involucrado y comprometido en un momento y espacio dados no puede dejarse de lado en estos casos. El distribuidor responde de una manera que lejos de ser improvisada, es parte y constitución de un discurso más o menos propio. Es una agentividad en la práctica y es por eso que lo que en determinados momentos dice, es expresado porque la práctica en la que está se lo demanda. Pero lo que hay que enfatizar todavía más es que esto sucede porque el participante está en tal o cual lugar. Así como los legisladores pueden sostener que es una práctica ilícita, así como los médicos y los psicólogos pueden decir que es un juicio alterado de la realidad lo que ellos apuntan, los distribuidores de cocaína también tienen una serie de enunciados que pueden o no corresponder con los anteriores. Ellos mismos también tienen una capacidad de intelección y significación. Y que lo que de eso resulte se salga del orden de la “normalidad”, ya no es una cosa que esté en sus manos. Añade otra persona que distribuyó cocaína años atrás:

“Además, los que la prohíben son los mismos que la regulan...” (hablando de la venta y consumo de droga en general; Entrevista 3).

Es frecuente que señalen lo anterior. *Ellos* (los distribuidores) no inventaron la droga. En ocasiones ni siquiera son quienes la preparan para la venta. Únicamente les llega y la venden porque eso les genera unas ganancias económicas mucho más competitivas que las que el mercado laboral oficial les ofrece:

“Ese es el camino que a veces nos queda a algunas personas. Un pinche salario mínimo de qué te puede servir... aparte de que te hace sentir explotado, humillado, ni siquiera te da la oportunidad de curarte ese desprecio que te hace sentir el pinche gobierno, porque a la hora de querer comer vuelves a decir: “puta madre, esto no me alcanza para nada”. No cabe duda que es mejor trabajar para ti mismo; aunque sepas que te estás arriesgando el pellejo. Si el gobierno no te da trabajo, tú tienes que ver cómo le haces, dónde buscar... y así, en la

sociedad en la que estamos siempre vas a tener un trabajo aunque alguien diga que es delito. Más rateros son los gobernantes y nadie los juzga, por eso tienen sus propias leyes: nosotros robamos y es delito grave, ellos *peculan* y es delito menor... qué pinches chingones los culeros" (Entrevista 3).

Constantemente se alude al salario mínimo que impera en nuestro país. Continuamente se voltea la mirada a lo que debería ser la única vía. El trabajo formal es un punto de referencia para estas personas que al igual que el grueso social tiene preocupaciones y algunas veces una familia que sacar adelante. Posiblemente si existiera un discurso que los apoyara tanto en lo que dicen como en lo que hacen, estas personas pasarían a ser *gente con ambiciones, ciudadanos con objetivos amplios de competencia, los trabajadores que el país requiere*. Porque es innegable que su *trabajo* requiere tiempo, dedicación, compromiso, riesgo y sobre todo constancia; más aún, está dentro de un marco de competencia. Su práctica en sí es una alternativa que han encontrado en la sociedad y que a su vez, ésta les ha ofrecido. Su agentividad también es incuestionable, pero no obstante, es mucho más elaborada y compleja que la que nos muestran los discursos especializados y de carácter dominante. Las personas que distribuyen cocaína no quedan restringidas a lo que como "delincuentes" se dice de ellas, considero que van mucho más allá, son unos participantes sociales plenos y legítimos en nuestra sociedad. Inclusive es gente que a veces muestra mayor capacidad de crítica al sistema en el que nos encontramos que la que comúnmente hallamos en nuestras conversaciones convencionales. No son personas que en lo personal defiendan, pero tampoco sobre las que dirija culpas y responsabilidades plenas, porque complementando todo lo que ya he dicho en este apartado, también vale señalar que son personas que responden a un orden de cosas establecido. No son independientes de lo que el sistema social crea u ordena, por el contrario, considero que de igual forma que los consumidores, están sostenidos por elementos mucho más generales y homogenizadores que en ocasiones llevan a los participantes sociales precisamente hacia donde no van. Es decir, el distribuidor de drogas aun rebasando nuestro sistema legal, constantemente se ve de vuelta hacia lo mismo de lo que desea o cree escapar. Siendo un participante social, cuenta con alternativas, posibilidades, limitaciones, habilidades y entre otras cosas, restricciones que lo sitúan dentro de todo un engranaje histórico-social.

Un aspecto que me gustaría rescatar para finalizar esta exposición es el significado que algunos distribuidores de cocaína han construido con respecto a sus clientes, los consumidores. Parecería a simple vista que el distribuidor es una persona que tiene como única finalidad el beneficio económico que *su trabajo* le reditúa. Y realmente no sería erróneo pensar, de acuerdo a lo que comúnmente nos presentan los medios de comunicación masiva, que una persona distribuidora de cocaína no tiene otra intención que la de acrecentar sus ganancias materiales aún a costa de la salud de *su clientela*. Ya lo mencioné en otra ocasión, su papel en la sociedad es el de un *envenenador* según los discursos que imperan en nuestra cultura. No obstante, e independientemente de que esto pueda ser verdad en lo que toca a involucrarse en la venta de sustancias que sin lugar a dudas son nocivas para el organismo, me parece indicado voltear la vista a otro tipo de significados que se llegan a construir al respecto. En una entrevista realizada a una persona con una amplia trayectoria de distribución tanto de marihuana como de cocaína, así como de pastillas psicotrópicas, tuve la oportunidad de enterarme de una forma muy peculiar de participación. Antes quiero aclarar que dicha persona actualmente se dedica a la venta de ropa en el barrio de Tepito. Como consecuencia de su participación en la venta de drogas, estuvo algunos años en un Centro de Readaptación Social, al ser acusado por delitos contra la salud. Cuando se le realizaron las tres entrevistas de las que en este momento parto, ya tenía algunos meses de haber cumplido su condena penal y desde ahí mencionaba haber *encontrado su readaptación a la sociedad*. Por lo tanto, subrayo que la información que me proporcionó, en todo sentido, hace referencia al pasado.

De igual forma que en los casos anteriormente señalados, esta persona veía su práctica de distribuidor como un *trabajo ordinario*. Señalando también que era *imposible vivir con lo que paga el gobierno; las necesidades que como familia se tienen son muchas y si se tiene que responder, ¿cómo se le va a hacer?* Pero aparte de todo lo que de ello pudiera apuntar, profundizó en el tema de la consecución de los clientes-consumidores de una forma por demás interesante. La manera como lo hace retoma en cierto sentido el discurso medico-psiquiátrico en cuanto a que pone a las personas que buscan la droga como *enfermos*, los cuales han sido *creados por la sociedad* en su conjunto y que por ende, no necesitan ser motivados o influenciados por otro a fin de convertirse en consumidores de drogas:

“Yo a los consumidores no los hice... ya están hechos en la sociedad... Sí. Tú llegas y pones tu producto y hay gente que ya está dañada. No es necesario que tú dañes a la gente. Se dice

que, pues es raro ¿no?, porque la verdad sí llega mucha gente que te dice, hay muchos vendedores que en aquellos tiempos les vendían a los niños o a las señoras y yo no. Yo nunca les vendía a los niños, siempre le vendía a gente que en verdad yo sabía que era consumidor..." (Entrevista 3).

De nuevo queda manifiesto por medio de estas palabras que, no obstante la práctica en la que los distribuidores se encuentran, existe algo así como un código de valores re-significado. Nos habla de los niños y las mujeres como personas que él mismo excluye de sus relaciones *laborales*, menos como respuesta a su propia protección que por motivos de *respeto a la calidad humana*. Pero además expone explícitamente que, a los que en su momento les permitió el acceso a su *tienda*, fue porque ya presentaban unas características que le permitieron *venderles* cocaína. Ubicando a la sociedad como productora de *enfermos* que a lo largo de su vida tienen entre sus alternativas el consumo de drogas, es como de una u otra manera implícitamente se exculpa de la condición de aquellas personas: *No es necesario que tú dañes a la gente, ella llega sola*. Así podría sustentarse el significado de su práctica para algunos distribuidores de droga. Y si acudimos a lo ya expuesto a lo largo del presente estudio por medio de los registros-observaciones, vemos que sus palabras tienen visos de *verdad*. Añadiendo junto con eso, que el *producto* que algunas personas demandan, por *cuestiones ajenas* a él, lo desligan de cierta responsabilidad. Pero paradójicamente, esta persona se convierte en *un trabajador responsable* de acuerdo a lo que él y otros distribuidores mencionaron de su práctica; vende un producto que le es solicitado, pero con restricciones que impiden el acceso a algunos *adictos*:

"...hay mucha gente que lo hace luego por maldad, por querer dañar a la gente. La verdad ese no es mi tipo de, yo lo hacía porque ya el enfermo ya estaba... no buscaba gente nueva pa' vender" (Entrevista 3).

¿En ocasiones es *el enfermo* quien hace al distribuidor por el hecho mismo de demandar un *producto*? No me encuentro en posibilidades de responder a esta pregunta, pero me parece necesario su planteamiento porque el discurso de los distribuidores me orilla a ello. Aunque creo que es tan sólo una parte de la construcción del significado que han hecho con respecto a su práctica. Porque posiblemente se deba a que eso les permite deslindarse de los sentimientos de culpa que resultan en un momento dado

como consecuencia de su participación en la distribución de drogas. Esto lo señalo debido a que fue esta misma persona quien afirmo *sentir feo de ver a la gente (los consumidores) en la piltrafa*. Si esto que señalo es acertado, entonces tendríamos un buen ejemplo que pondría en evidencia las construcciones simbólicas que demanda una práctica en particular. La persona piensa lo que piensa por encontrarse en un determinado contexto en el mundo y tiene una relación bidireccional con respecto a su(s) práctica(s) en la(s) que se siente comprometido. Es decir, el participante social a su vez que crea una práctica, igualmente es re-creado por ésta. Es en una determinada práctica en donde las personas también encuentran la posibilidad de modificar o ajustar sus pensamientos, sentimientos y maneras de participación social. Y estos cambios o conciliaciones que la persona hace de sí y de su práctica nuevamente nos exigen atender las cuestiones ya antes mencionadas de la identidad. La cual siempre puede estar en constante re-flexión y re-significación.

Aunado a lo precedente, y quizá más significativo, es que las palabras de esta persona se encuentran apoyadas por la referencia que hace de la delimitación que logró construir de las personas que como *enfermas* podían tener acceso a su *negocio*. El *enfermo* al que alude era en algún modo perecedero. No duraba por siempre, ni le redituaba ganancias para toda la vida. Las personas que consideraba *enfermas* y que correspondían a su *clientela* tenían por consiguiente un ciclo que le generaba ganancias económicas y más que eso, un período de tiempo en el que aparte de lo anterior, le permitía evitar conflictos con los vecinos y familias allegadas a su *tienda*. Esta persona refirió más de una vez, a lo largo de las entrevistas en las que participó, que en el tiempo en que se dedicó a la venta de cocaína, uno de los principales *compromisos* que tenía para con *sus clientes* era el de ofrecerles *calidad y cantidad ante todo*, ya que eso le permitía conservar *su negocio*:

“En la venta de mariguana si los demás (los otros vendedores) les daban para que saliera pa’ dos cigarros, yo les daba pa’ que les salieran tres. Y aparte mi material era de lo mejor... Es como un tipo de mercadotecnia” (Entrevista 3).

Esa era su respuesta cuando se hacía alusión a la manera como se mantienen los clientes. Pero esto también encontraba sus propios límites. La calidad al parecer tampoco tenía que ser tanta porque

precisamente ello llevaba a que los consumidores *se tiraran a la piltrafa*. Esto es lo que dijo textualmente con referencia a una de las importancias principales para con sus *clientes*:

“... darle calidad, pero tampoco de más... yo tenía los consumidores, yo era de esas personas que si ya había un consumidor muy dañado, lo mandaba a centros de rehabilitación...”
(Entrevista 3).

Allí está claramente expuesto el final de ese ciclo que menciono en este caso en particular. Es válido puntualizar que dicho ciclo es más bien recuperado por la reflexión del entrevistado que por el que escribe. Esta persona en sí declaró tanto el principio como el final de la trayectoria de sus *clientes*. No es el autor de la presente investigación quien rescata ese trayecto de acuerdo a lo que en las tres entrevistas le señaló quien fuera distribuidor de cocaína en otro tiempo. El entrevistado habla abiertamente de unos consumidores ya hechos y de otros que terminan deteriorados físicamente, y lo expone al parecer como un proceso homogéneo o como un estatuto a modo de regla.

Cuando la persona consumidora ya *estaba muy dañada*, según lo que él convino en su *negocio*, ya no encontraba cabida más que para ser internada, aunque también la otra vía opcional era a veces la de *no venderle más y mandarlo a la chingada de ahí*. Entonces *la calidad de su producto* era más que importante, ya que tenía un doble filo. Los consumidores le duraban menos y a su vez le generaban menos ganancias. Pero así las cosas, esto tenía mayores trascendencias. Un ejemplo sería el evitar problemas con los vecinos:

“... ya sentía que llega un momento en que si un consumidor ya está muy dañado ya no le puedes vender... ya un consumidor ya que está dañado se tira a la piltrafa... anda recogiendo basura o anda ahí buscando a ver qué, o anda robando y ese tipo de gente no me gustaba porque dañaba el negocio. Mejor trataba de que... si ya no podían, sacarlos adelante y que su vida cambiara, porque no siempre iba a ser así” (Entrevista 3).

Los consumidores que para él habían perdido el control iniciaban otro tipo de prácticas que lo metían en problemas. Y uno de éstos era que aquéllos comenzaran a robar. Además de que:

“... la gente que ya está muy dañada hace verse mal fuera de la sociedad. Porque dicen: `mira cómo los tiene´ o te dicen: `mira cómo los tienes tú, tanta droga que les vendes´. Y la verdad a mí no me gustaba que me echaran la culpa de la gente...” (Entrevista 3).

La imagen del consumidor también era algo que no podía ser pasado por alto para esta persona que fue distribuidora de cocaína y otras drogas. Aparte de la condición física del consumidor en cuanto a reducir las ganancias, estaban las que se extendían más allá de las netamente *laborales*. Los vecinos también eran algo de lo que él se tenía que ocupar. Y una forma de hacerlo era erradicando a los consumidores que se convertían en *un problema* recluyéndolos en centros de rehabilitación o bien, *desterrándolos* de sus *territorios*. El distribuidor en este sentido, puede llegar a tener al igual que las ganancias económicas, otras preocupaciones que giran alrededor de su práctica social. Este tipo de prácticas, como lo vimos en los registros-observaciones, exigen un buen grado de sensibilidad. Lo cual nos lleva inevitablemente a recalcar que el proceso consumidor-distribuidor y las estrategias que ya citamos una y otra vez en el proceso de compra-venta, así como la tensión resultante con la policía, no son las únicas preocupaciones que el distribuidor de cocaína tiene en cuanto a su práctica. Aún si tomamos en cuenta el aspecto económico, tenemos que dar cabida a cuestiones que no necesariamente se encuentran peleadas con éste. La delimitación que esta persona en particular logró construir de sus *clientes* era más de afinada. Por un lado, nos dice que *él no creaba a los consumidores*, que éstos ya provenían de una sociedad productora de *enfermos*; y por otro lado, expone que tampoco dichas personas consumidoras le eran significativas por siempre. Sus *clientes* entonces, se encontraban dentro de un rango de *productividad* que a él le representaba tanto ganancias monetarias, así como una tranquilidad personal con respecto a su práctica y su identidad, y además, un equilibrio y paz comunitaria.

*

El distribuidor situado también rebasa el imaginario que se puede construir de él. En ocasiones es más que reflexivo. De hecho, es todo un estratega de su práctica. Su sensibilidad se lo permite y su práctica como algo *ilegal* se lo exige. La participación tan afinada que llega a construir va mucho más allá de lo que nos es presentado como estereotipo. Al igual que el consumidor que de una y muchas formas se sale de los expedientes tanto médicos como psicológicos entre otros, el distribuidor de cocaína extiende su

manera de participar a horizontes más lejanos, o más bien diferentes, de los que exponen las crónicas policíacas. Lo cual también lo convierte en un agente en su práctica misma. El significado que un distribuidor construye de lo que hace cotidianamente está más en sus manos y en su experiencia tanto personal como compartida, que en lo que a diario nos manifiestan los medios de comunicación. Lo que estas personas nos dejaron entrever por medio de sus palabras realza la cuestión de las alternativas que los participantes encuentran en sus prácticas sociales. Y aunque éstas también pueden estar delimitadas por las mismas circunstancias en las que se encuentran con referencia a la estructura social, no por ello dejan de existir o tienen que pasar a ser relegadas a un segundo y menos importante plano. La construcción del significado es precisamente una de las alternativas que los participantes sociales tienen en su vida diaria. Un ejemplo de esto es lo que acabamos de ver, tanto en lo que toca a la manera como llevan a cabo sus actividades ordinarias en el sentido de no salir a buscar clientes, como en lo que respecta a la forma como toman y se relacionan con estos últimos. En el primer caso, damos cuenta de que los distribuidores pueden utilizar en cierto modo el principio de la mazmorra, es decir, están situados en un lugar en el que no son visibles, en un sitio que no halla luz sino a partir de la visita de los clientes. El distribuidor ha desarrollado una clandestinidad que no necesariamente lo convierte en un desconocido; y a su vez, aún estando en un anonimato no encuentra la exclusión de la mirada de los vecinos. Su papel es un *claroscuro* en La comunidad de la droga. Parece que el *no estar* lo pone justamente en donde acceden algunas personas a las que les es útil. Porque aun a pesar de que tiene una jerarquía mayor con respecto al consumidor, eso no lo hace menos útil para éste. El distribuidor también es *parte de...* y como consecuencia, está en un juego de poder en el que también otros le encuentran utilidad. Otro caso del que no debemos hacer caso omiso es la manera en que puede adecuar en su participación y en su práctica a los consumidores. El acceso restringido que pueden encontrar estos últimos es algo que hay que valorar. Dice un dicho que *ni muy muy, ni tan tan*. El consumidor debe cumplir con ciertas características para encontrar un acceso más fácil a algunas de las *tiendas* en las que se vende cocaína. Debe tener un historial de consumo que no lo limite, pero tampoco no debe rebasar lo que se considere un tope. Además de que el recibir una calidad y cantidad innegable no lo pone en ocasiones más allá de las manos de quien le vende.

Esta pequeña mirada en cuanto a la participación del distribuidor puede dar comienzo a muchas cuestiones que no deben pasar desapercibidas para quienes tenemos como intención realizar estudios de

índole cualitativa en comunidades en las que la compra-venta de cocaína y otras drogas sea una práctica legítima y una fuente de cohesión entre los que se comprometen en ella. Como lo dije al principio del apartado, la finalidad de esta minúscula exposición del distribuidor era situarlo de acuerdo a como él mismo se llega a situar a veces: como *un trabajador*. No era mostrar esa capacidad violenta que puede llegar a tener, ni mucho menos ese lado nocivo que ya tanto nos han querido dar a conocer. Tomar el significado que un participante en particular puede llegar a construir nos da, entre otras cosas, la oportunidad de acceder a eso que lo mantiene comprometido con su práctica así como los obstáculos que en un momento dado le pueden impedir su salida. Porque dicha construcción simbólica, independientemente de la ley que nos gobierna, es una forma compleja de vivir la realidad.

CONSIDERACIONES NO-FINALES

“Aquí estamos,
siempre con la misma incapacidad para franquear la línea,
para pasar del otro lado...
Siempre la misma elección,
del lado del poder,
de lo que se dice o hace decir...”
Michel Foucault

El intelectual puede participar tanto mejor en las luchas,
en las resistencias actuales,
en la medida en que éstas han devenido “transversales”.
Es capaz de hablar el lenguaje de la vida, más bien que del Derecho.
Michel Foucault

Indudablemente no me es fácil llegar a unos acuerdos o conclusiones a partir de lo expuesto a lo largo de este trabajo de investigación. Desde su comienzo supe que ésta era una tarea ardua por las condiciones de las que ya tantas veces he hablado. Tratar de introducirme en una comunidad como la que ha sido descrita posiblemente no haya sido lo más difícil que pude haberme encontrado; supongo que lo que deviene en los días en los que uno ya está involucrado como investigador y principalmente lo que resulta de ello, todavía me es más espinoso. Desconozco las implicancias que este trabajo me traiga en la vida, ya no tanto académica, sino personal. Decidí tomar como objeto de estudio el barrio en el que crecí y en el que he vivido pacíficamente. O quizá, y más seguro a lo anterior, simplemente elegí un camino que de acuerdo a mi historia de vida era inevitable. Creo ser de esos casos en los que la vida académica tiene en sus inmanencias la trayectoria de vida personal. La vida del investigador nuevamente vuelve a reflejar lo que parecía íntimo. Lo cual no me apena en lo más mínimo. Lo que he hecho lo realicé conscientemente y con la plena noción de las consecuencias. Sin embargo, hay cuestiones que no pueden pasarse de largo cuando se trata de hacer consciencia de lo que en la vida uno consigue.

No puedo evadir lo que parece inevitable. Sin embargo, creo que a lo largo de cada uno de los capítulos de una u otra forma fui acercándome a lo que en este momento me toca exponer explícitamente. Una de las peculiaridades de mi trabajo de investigación es que en la exploración de unos acontecimientos dados, en la descripción de éstos, ineludiblemente llevé a cabo un trabajo de análisis. Mi palabra no solamente fue descriptora de una realidad por demás compleja, incluso llegó a términos que escaparon de mis manos. Realicé, con razón o sin ella, una especie de traducción de lo que a mi vista se presentaba. Fui

en cierto sentido, presa de la palabra de la cual yo intenté tomar control. En más de una ocasión creo que perdí, sinceramente. Pero aún así las cosas, considero que gané en muchos aspectos que ni siquiera tenía contemplados. Este trabajo implica un comienzo. Creo que de muchas maneras se han puesto los primeros cimientos de algo que todavía no tiene una cara por demás propia. Desde hace ya muchos años, en mi época de estudiante universitario, inicié lo que hoy presento. Y me ha sido difícil hacerme a la idea de que tengo que desprenderme de algo. Quizá por ello tardé tanto en la tarea de redacción. Posiblemente de igual manera es por ello que convengo en llamar a este apartado *Consideraciones no-finales*. Esto es parte de algo futuro, algo que ya inicié y de lo cual ya me siento comprometido.

Si como investigador tenía, en más de un aspecto, el temor a ser reconocido en cuanto a los objetivos perseguidos para mi estudio en la comunidad correspondiente, además de la zozobra de que algunas manos ajenas se encontraran con lo que escribía; creo que la incertidumbre aún rebasa los límites que mi imaginación pudiera vislumbrar. Es por ello que me veo en la necesidad de aclarar que jamás tuve la intención de perjudicar a nadie; la identidad de los involucrados en el presente estudio siempre y en todos los casos ha sido más que celada. Nunca he revelado ni el lugar ni los participantes sociales con los que me hallé. De hecho, los objetivos que me propuse para este fin, únicamente han tenido como principal motivación la intención de *emancipar* a ciertos *actores sociales* de la carga que los discursos y los saberes especializados tratan de ejercer en su cotidianidad. A la vez que subrayar esa capacidad de agencia que se puede ver fortalecida mediante el uso de artefactos y la construcción de un lenguaje más o menos situado de acuerdo a lo que la misma práctica demanda. Lo que pretendí, a grandes rasgos, tenía como propósito erigir una perspectiva que nos diera la oportunidad de conocer a los consumidores de cocaína con la capacidad y las habilidades para hacer ejercicio del control de su devenir cotidiano. Efectivamente, lo que mostré con referencia a mis registros-observaciones puede ser utilizado y manipulado para otros fines, que bien o mal, llegarían a ser contrarios a los aquí especificados. Pero como lo dije en alguna ocasión pertinente, *mi intención no es hacer del agente social alguien punible*. Todo lo contrario. Ha sido poner bajo un haz de luz esa capacidad de significar la propia trayectoria de vida personal, independientemente de lo terrible y malévolos que pudiera llegar a ser ésta. Dar por entendido, que hasta en los casos más difíciles en el consumo de cocaína, todavía puede existir algo de lo que los participantes se pueden asir. Más que un sujeto punible, busqué un participante social. Y decir *social* implica muchísimas cosas. Pero lo más importante que quiero destacar en este sentido, es precisamente lo que hace alusión a

la alternativa y re-significación. Agentividad que ponga énfasis en el distanciamiento que llega a existir entre la vida de las personas en sus prácticas sociales y los discursos que pretenden congelar en fragmentos sus propias trayectorias de participación. Como profesionales eso es lo que tendríamos que buscar, al menos ese es el objetivo que persigo en mi práctica psicológica: La búsqueda de un nuevo significado cuando nos han tratado de hacer creer que éste ya está dado por siempre y para siempre.

A partir de lo anterior, e íntimamente ligado al significado de la trayectoria de vida personal de los consumidores de cocaína, me queda apuntar otras cuestiones. No puedo dejar pasar la oportunidad de señalar la importancia que tal concepto puede tener en nuestro desempeño cotidiano. No sólo para nosotros como profesionales de la psicología, también para la vida de las personas que buscan algo más a través de lo que *supuestamente sabemos*. El estudio de la trayectoria de vida no es simplemente atender un término para llegar a un conocimiento determinado. Es inclusive llegar a un nuevo significado; llámese cambio, llámese alternativa. Como lo pudimos constatar en el presente trabajo, la trayectoria de vida de los participantes sociales no queda restringida a un espacio, contexto o práctica particular. Esta se extiende a horizontes en los que a veces no reparamos. La trayectoria de vida de una persona incluye una multitud de contextos de participación que en ocasiones son heterogéneos y que a su vez, nos dan la posibilidad de sopesar y equilibrar un modo específico de participación. En el caso de los consumidores de cocaína, tenemos que subrayar que aun estando *etiquetados* y conceptualizados por saberes especializados, todavía les resulta asequible el uso de recursos sociales que no han escapado a su alcance. En más de una ocasión lo vimos, ya sea el vender paletas, cartón, aluminio, etcétera, son la muestra viva de que lo dicho por los discursos en ocasiones no es más que un entramado juego de conceptos en los que pareciera que *ellos tienen la última palabra*. De lo que pudimos ser testigos en este trabajo es de que, entre otras cosas, los consumidores de cocaína no en todos los casos son delincuentes. Ninguno de los participantes que en esta investigación fueron descritos, mostró o dio indicios de dedicarse a actividades delictivas. Curiosamente en un contexto en donde la ley planta una mirada que busca ladrones, asesinos y demás; nos encontramos con *trabajadores* -inclusive si tomamos en cuenta al distribuidor, el cual en todo caso sería un trasgresor de la ley. Cada uno de los que asistía a comprar la droga daba señales de laborar en alguna esfera de la estructura social. Siempre y en todos los casos que fueron expuestos, me atrevería a señalar, me encontré con gente *productiva*. Las preocupaciones que a primera vista estaban confinadas

a la consecución de la cocaína, se extendían mucho más allá de lo que yo mismo esperaba encontrar en los participantes de La comunidad de la droga.

El ser consumidores de cocaína no imposibilitó a estas personas para tener otras preocupaciones sociales. La mayoría de la gente que fue descrita en este estudio reveló que en su trayectoria de participación existían otro tipo de relaciones, las cuales de una u otra manera, para bien o para mal, les permitían continuar en La comunidad de la droga. Aunque también valga señalarlo, esas otras preocupaciones aparentemente no estaban diseñadas especialmente para poder tener continuidad en el consumo; quizá respondían, no lo sabemos, a las responsabilidades familiares o a las de la manutención personal; alimentos, ropa, etcétera. Es posible que muchas de estas prácticas periféricas se hayan ido dando porque la práctica del consumo los fue encaminando poco a poco a tales extremos. O tal vez son una parte antañá de su trayectoria de vida. Pero aún en el desconocimiento de esto, me parece más importante señalar que los consumidores de cocaína no quedaron a la deriva, ni tampoco aislados de la estructura social. A la ruptura de unas relaciones sociales homogéneas y generalizadas -si es que esto alguna vez se da, en el sentido pleno de la palabra-, descubrimos el nacimiento de unos lazos nuevos que inherentemente re-sitúan a los consumidores. El que consume cocaína no queda solo en el mundo. A partir de esta práctica social encuentra y establece, a la par de su trayectoria de participación, otras relaciones que lo mantienen con una identidad y un compromiso social. De esta forma, podríamos indicar que la estructura social en la que nos encontramos parece impedir que uno quede *fuera del mundo*. Difícilmente, como participantes sociales quedamos imposibilitados de ser *jalados* hacia nuevas prácticas en las que al fin y al cabo nos lleguemos a sentir comprometidos. La comunidad de la droga permite, quiérase o no, *estar en el mundo*.

Hemos visto que la trayectoria de vida como tal, es una multiplicidad de participaciones en las que bien se pueden re-definir las personas a lo largo de su historia. En este estudio pudimos distinguir a unos participantes sociales en una comunidad dada: La comunidad de la droga. Y en ello pudimos notar el juego de significados de las diversas prácticas sociales con las que se sentían comprometidos. Es decir, aunque advertimos únicamente una parte de su trayectoria de vida de una manera visible, tuvimos alcance a otros ámbitos por medio de sus palabras. Bordeamos la construcción simbólica que han realizado de una práctica particular unos participantes sociales específicos. Nos acercamos a otras prácticas a través de sus

conversaciones, las cuales no están desligadas de la realidad que viven -esto lo señalo porque después de muchos meses en los que la investigación fue realizada, me he encontrado por coincidencia *al payaso* en el momento mismo en que le muestra a algunos niños las figuras que con globos ágilmente diseña; lo mismo me ha sucedido con alguno de los que decía vender cartón, siendo las once de la noche ha pasado por mi casa con una cantidad enorme de cajas desplegadas sobre sus hombros. Y es que viéndolo detenidamente, esta gente no mentía. Su vida *de y en* La comunidad de la droga era sólo una parte de su desenvolvimiento social. Además que, en cuanto a la incidencia que como investigador pude haber tenido, ellos jamás lo supieron. Por lo tanto, no existió en este sentido, el riesgo de que los acontecimientos que se iban dando fueran forzados o viciados. Lo que ahí sucedía era prácticamente **normal**.

Ahora, me pregunto con respecto a las limitaciones que inevitablemente surgieron por mi forma de investigar las relaciones entre los participantes de La comunidad de la droga: ¿qué sería si hubiera tenido acceso a otra parte de su trayectoria de vida, sea familiar o laboral? Seguramente todavía hubiera podido enriquecer más la concepción que trato de tejer con respecto a los consumidores de droga. Veríamos salir, de acuerdo a lo que en este trabajo se vio, a colación todavía otros contextos en los que directa o indirectamente se encuentran participando. Daríamos cuenta posiblemente de otra semántica. Recordemos que al inicio de esta investigación se tenía pensado, desde el momento mismo de su título, encontrarse a *consumidores y distribuidores de cocaína*. Eso indudablemente, ya decía algo de las personas con las que me iba a encontrar. Pero a lo largo de ésta, ya no sólo nos tropezamos con el consumidor o el distribuidor, sino además de ello, con el trabajador o el esposo. Si nos extendiéramos a otras comunidades de práctica de estas personas, quizá tendríamos acceso a su participación como padres, inquilinos, religiosos, deportistas, etcétera. Tendríamos en todo caso, una perspectiva mayor de su trayectoria de vida personal. Lo cual entre otras cosas, nos otorgaría otra configuración en lo que a *ese* "delincuente" o "enfermo" se refiere. Porque de esta forma, su identidad se vería más prolongada. Y consiguientemente, creo que podría quedar en duda cuáles son en realidad las prácticas periféricas de quienes ya están marcados en la sociedad bajo una etiqueta o *personalidad*.

Párrafos atrás expuse textualmente a las relaciones familiares y laborales como "prácticas periféricas" para los consumidores de cocaína. Sin embargo, si hubiera tenido la oportunidad de conocer de una manera plena la participación social de éstos, podríamos habernos topado con el caso de que la

práctica periférica era ésta, la del consumo. Y de esta forma, estaríamos a lo mejor obligados a situarla en un estado de *ambigüedad* que bien podría resultar una alternativa en lo que al campo profesional atañe, ya que desestigmatizaríamos en algún grado el papel que en la sociedad estas personas tienen para sí mismas y para los demás. En este sentido, el estudio de *la comunidad* aparte de ser una alternativa, también es una limitante. La comunidad de la droga no me otorgó la capacidad de saberlo todo en cuanto a sus participantes. Es cierto que nos deja conocer otras facetas de la vida social de quienes la componen y que no son reconocidas la mayoría de las veces por algunos de los saberes dominantes; pero aún así, existe una gama de situaciones que ineludiblemente nos impiden ir más lejos. No obstante, estudiar las comunidades de práctica, considero, es una de las mejores opciones que tenemos los que pretendemos hacer investigación en el campo social y cultural. Esto lo señalo porque los primeros acercamientos que realicé sobre la práctica del consumo de cocaína fueron de índole cuantitativa. Muy reducido era lo que de ello resultaba; los datos que acarrea dicha tarea prácticamente quedaban circunscritos a las interrogantes que desde un principio planteaba. Además de que muy poco decían de lo que en realidad acontecía en la vida de las personas.

Por eso mismo, el estudio de las comunidades de práctica ya ha sido llevado a cabo por otros investigadores, principalmente en el extranjero, teniéndose como una de las principales premisas evitar aportar respuestas pre-diseñadas a las interrogantes que encierra *el problema de las drogas*. Y en lugar de ello, encarar dicha *problemática* desde el punto de vista de *los drogadictos* y de aquellos que los frecuentan. En dichos estudios se ha intentado acentuar el plano simbólico de las personas que se encuentran involucradas en el consumo de drogas; la manera como se desenvuelven en su vida cotidiana, los recursos que re-utilizan para sus nuevos compromisos y otras cuestiones relacionadas que desarrollan en la sociedad con la identidad de *drogadictos*. Lo esencial de estos estudios, es precisamente manifestar que los consumidores de drogas no se encuentran fuera de la humanidad y que su modo de vida está tan estructurado como el de cualquier otro ciudadano. Estas investigaciones se encuentran de una u otra manera relacionadas con el presente trabajo, y aunque no fueron citadas ni utilizadas en el sentido de apuntalar mi perspectiva y modo de investigar, dan un ejemplo claro de que comienzan a plantearse como importantes otras situaciones que giran alrededor de la droga. De hecho, el motivo por el cual no recurrí a ningún trabajo de índole etnográfica, fue porque no encontré ninguno realizado en el país que se adecuara a los objetivos del presente con referencia a los eventos y escenarios en los que tanto consumidores y

distribuidores estuvieran en un *cara a cara*. Desde mi punto de vista, esto se debe a lo peligroso que resulta en algunas ocasiones el quehacer del investigador cualitativo. Sin hacer de lado la imposibilidad que algunas prácticas sociales tienen debido al tipo de relaciones que las constituyen y las situaciones que les son inherentes. No obstante los riesgos, las satisfacciones en el plano personal y académico son mayores.

Explorar la trayectoria de vida de los consumidores de cocaína de una manera que nos acerque a su multifiliación social puede ser de una utilidad enorme para los que estamos interesados en el estudio de una alternativa de vida. Es decir, si nos preocupamos más por la riqueza del participante social que por ese conjunto de elementos que patologizan a la persona, podríamos llegar a construir una identidad alternativa para quien busca *una salida*. A lo largo de *la expedición* de dicha trayectoria podríamos ir sumando posibilidades y campos de acción de la persona. Tropezaríamos, como ya dije y retomando el pensamiento que Foucault tenía con respecto a las personas y los archivos en los que los aparatos del poder tratan de encerrarlas, con esa multiplicidad que comúnmente escapa a aquellos intentos por reducir al máximo las posibilidades del propio dominio personal. De acuerdo a lo que nuestra estructura social nos muestra como producto de la modernidad, y concordando igualmente con Dreier (1999), es muy poco probable el que una persona quede atrapada en una sola práctica social. Puesto que nadie es rehén de una sola comunidad de práctica, la identidad de las personas en su vida diaria atraviesa el tiempo y el espacio -parafraseando a Wenger (2001). Es por ello que si exploramos este camino, la trayectoria de vida personal, podríamos barajar mayores opciones que nos ofrezcan lo que en un determinado momento la práctica psicológica nos requiera. Si bien también hay que ser conscientes de que **no** para todos los consumidores de drogas la ciencia es una vía hacia dicha salida. Teniendo como una de las bases de mi perspectiva la trayectoria de vida personal, la cual está conformada por recursos propios e inmediatos de los participantes sociales, no puedo hacer caso omiso de esa capacidad que por sí solos han construido en su participación diaria. Esto también pudo verse en la comunidad estudiada.

Existen personas que por sí solas van aprendiendo a controlar su consumo y que, contrario a una irremediable escalada en el uso de sustancias, éste presenta una delimitación cada vez mayor. A este tipo de consumidores no les es necesario ir a un *anexo* por ejemplo, porque dentro de la gama de posibilidades que la misma comunidad les ofrece está la del cese del consumo. "Rehabilitación"-la llamarían algunos.

Siendo así, me toca rescatar que La comunidad de la droga puede llegar a ser también una Comunidad Terapéutica. Porque ahí donde lo *nocivo* existe, convive lo *salubre*. Los consumidores no solamente pueden verse imposibilitados en su acceso a instituciones de asistencia para la atención a la *farmacodependencia* por diversos motivos que escapan a sus manos; también pueden tener la capacidad de rechazar a dichas instituciones porque han aprendido que su práctica les ofrece más que *consumo*. Y esto específicamente lo pudimos ver en los que asistían a comprar cocaína, los cuales no siempre se apoyan en el consumo y en el avance de éste. Incluso también lo constatamos en las entrevistas que les realicé a los distribuidores; éstos independientemente de los motivos que los impulsen, pueden llegar a presentar un tope para algunas personas en su consumo de cocaína. La comunidad de la droga no siempre y en todos los casos implica consumo. La capacidad de significar la práctica por parte de quienes allí participan ha construido como alternativa algo contrario, por no señalar complementario. El *consejo positivo* o la restricción del acceso a la cocaína también es parte de la práctica que cohesiona a la comunidad de mi estudio. Igualmente esto lo vimos en el caso del distribuidor, aunque con otro matiz. Cuando esta persona presentaba esta forma de participación, la del distribuidor se suspendía o pausaba su trayectoria de consumidor. Y no había más explicación que la voluntad en querer dejar de hacerlo, y aunado a ello, en querer realizar cosas alternativas. O sea que, haciendo de lado nuestra vanidad profesional, los consumidores también pueden ser capaces de atender sus cuestiones personales sin la ayuda de ningún profesional. Y esto posiblemente debido al significado que ellos mismos han construido de sí y de la práctica en la que se encuentran. Porque si bien se llaman a sí mismos *adictos* o *viciosos*, como son llamados por otros, esto no da por entendido que dichas palabras les signifiquen lo que a un profesional, ya sea médico, ya sea psicólogo. Ellos en su práctica cotidiana se agencian de lo que son como personas y de lo que quieren o pueden llegar a hacer en un futuro más o menos inmediato.

De lo anterior se abre nuevamente la cuestión sobre el poder que el saber científico llega a tener en la construcción de una realidad. Si algunos consumidores son capaces de salir adelante por sí mismos, sin la ayuda profesional de nadie, esto puede ser porque precisamente no hay conceptualizaciones que los encierren de una manera tan sólida como lo llega a hacer la mirada especializada. Supongo que para muchas personas el consumo de drogas es sólo un paso a lo largo del recorrido de la vida. A lo mejor ni siquiera llegan a reparar en eso; pero exactamente por esa *ignorancia* es que no quedan encerrados en el *vicio*. Dicha *inconsciencia* no supone falta de conceptualización, más bien habla de una manera alternativa

de realizar una construcción subjetiva de la realidad. Curiosamente hay quienes tienen que *vivir la droga*, para nunca convertirse en *drogadictos*. Entonces, subrayo que La comunidad de la droga aparte de ofrecernos un camino alternativo mediante los estudios cualitativos, también nos deja ver que, como profesionales, podemos salir sobrando algunas veces: ¿No es acaso mayor la ingerencia que queremos tener como profesionales en el devenir social, que lo que la sociedad y sus integrantes por sí mismos nos demandan en un momento dado?, ¿no hemos llegado a hacer en ocasiones de ciertos participantes sociales nuestro campo de acción forzado?, ¿la *incapacidad* que defienden muchos discursos especializados en cuanto a la falta de voluntad del consumidor de drogas no también puede ser una especie de *marketing* científico-laboral?, ¿no también éstas personas nos son útiles porque nos permiten reflejarnos como profesionistas?

Por su parte, en lo que atañe al entramado simbólico que han construido tanto consumidores como distribuidores en el proceso de la compra-venta de cocaína, tenemos que hacer hincapié en otros temas que también, son importantes. ¿Es la adicción un estado que queda reducido netamente a lo físico-orgánico de una persona? Con plena seguridad sostengo que no. Lo que ha sido denominado *adicción* aborda aspectos todavía más trascendentales en la vida de las personas que consumen drogas. Cuando Aristóteles dijo que el hombre era un animal simbólico, indudablemente hacía referencia a esa capacidad que tiene éste de crear significados. Y éstos no se construyen sino en la relación que se tiene con *el otro*, con la sociedad y lo que en ella hay. Asumirse como *adicto* implica lo que los demás dicen y ven en uno como participante social. Llamarse *adicto* es una forma de significar la identidad. Y como lo vimos, en la construcción de ésta están involucrados muchos artefactos, muchas personas, una práctica por lo menos, un lenguaje que ata, que ejerce lazo -como dijera Lévi-Strauss (1979). Apoyándome en mi trabajo de investigación puedo decir y sostener que es un complejo simbólico eso que llamamos "adicción"; sería quizá más preciso decir en todo caso, que es un *enfermar de y en el significado*. La persona se identifica con lo que se dice de ella a partir de su práctica social y a la par de eso se asume como tal. Porque no es tanto el palpitante desesperado del corazón a falta de la cocaína, tampoco únicamente es la sudoración de las manos por la abstinencia en el consumo; es también eso que permite *ser* en una práctica social. Los consumidores de droga no son inútiles como tramposamente nos lo tratan de enseñar los canales de comunicación. Su práctica les permite encontrar una utilidad que posiblemente les fue negada en otro contexto de participación. El consumo de drogas es *una alternativa* también en nuestra estructura social.

Cuando se habla de “la puerta falsa”, ya se enuncia implícitamente una opción. Y en esa práctica uno se puede volver agente. Consumir drogas es *estar* en el mundo; *vivir* en el mundo.

Las estrategias de participación que pudimos ver a través del presente trabajo, son una agentividad que se logra a partir de una práctica dada. Ni los consumidores ni los distribuidores en cuestión inventaron la práctica de la compra-venta de cocaína. Eso es verdad. Seguramente cuando ellos ingresaron a La comunidad de la droga se encontraron con algo de lo que pudimos ver, no sabemos ciertamente qué o cuáles cosas; pero fue en su devenir y compromiso que las estrategias de participación ya mencionadas se hicieron a su vez más o menos propias. Todos ellos en cierta forma *han sido* en la comunidad en la que los encontramos. La comunidad es parte de ellos e igualmente, ellos son parte de la comunidad. A su práctica han implementado un número lo bastante amplio de artefactos y un lenguaje que les es común. Cada uno de los participantes de la comunidad lleva más o menos, implícita o explícitamente, la trayectoria de la práctica en general. Cada uno la ha significado a su modo y de acuerdo con el proceso experiencial que ha conllevado su propia historia personal. Todos son en La comunidad de la droga; pero cada quien a su vez. Y es en todo ese entramado de relaciones y significados que quienes se han comprometido en la práctica de la compra-venta de cocaína se hayan situados. Tanto consumidores como distribuidores son *en* y *con* la práctica. Lo más probable es que las estrategias hayan sido construidas o diseñadas para unos fines particulares, como lo vendría a ser agilizar el proceso de la compra-venta o bien, evitar al máximo las posibilidades de lo que representa un operativo. Lo cual, tal vez se logre en alguna medida. Pero también las cosas no quedaron ahí sin más. El mundo de relaciones y significados de las personas que ahí asistían, su trayectoria de participación social y el compromiso que cada una de éstas desarrolló a su paso por la comunidad, hicieron que las situaciones se extendieran a ámbitos por demás diversos. Las conversaciones, por ejemplo. Aparentemente no tenían principio ni fin en cuanto a la pluralidad de sus temas y ahí estaban. Siempre parecían interrumpidas, pero eso no significaba que ya no se dieran jamás. ¿Quién nos dice que la droga no era simplemente un medio para relacionarse con otras personas?, ¿Quién sostiene que ciertas personas no frecuentaban la comunidad tratando de hallar respuesta a su historia de vida?, ¿Quién nos hace pensar que algunos consumidores no iban a resignificarse a sí mismos y a lo que estaban haciendo o habían hecho a lo largo de su vida cuando ponían un pie en la “estancia”?, ¿Qué nos dice que esas personas no solamente iban en busca de cocaína, sino

además de ello, en pos de un pretexto que les permitiera *des-obligarse* de los quehaceres impuestos socialmente?

Planteo las preguntas precedentes debido a que encuentro en mi trabajo su raíz. No las invento de la nada. La gente en la comunidad significaba de muchas maneras la práctica; quizá para algunos era un riesgo frecuente y para otros un peligro usual, necesario. En este sentido, considero que debí haber profundizado más en lo que pensaban o sentían los consumidores con referencia a su particular participación. Pero como ya lo señalé, las condiciones no me lo permitían. Yo también corría un riesgo. No obstante esa línea que me fue imposible franquear halló elementos que me hacen ubicar el proceso del consumo más como de carácter simbólico que como de orden netamente orgánico.

Si la presente investigación fuera leída con una distancia lo bastante lejana de los discursos dominantes, observaríamos a personas **trabajando**, a consumidores de algún producto que les es útil para algo; encontraríamos también, objetos de valor en la práctica cotidiana, artefactos que permiten el desarrollo de los acontecimientos, pero sobre todo, a gente *normal* conversando, relacionándose. Y es en la conversación como forma de relación social, que los participantes se sitúan en el mundo. Se dicen quiénes son y adónde van. Intercambian sucesos del pasado y en ocasiones apelan a un futuro. Los consumidores que son descritos en esta investigación no solamente iban por la droga de su consumo, eso lo advertimos, la manera como se ha construido el proceso de la compra-venta los orillaba a otras cuestiones. A intercambiar miradas, a escuchar una voz que les decía algo de sí, a crearse expectativas con referencia al mundo. En La comunidad de la droga los consumidores *han vuelto a ser*, si es que damos lugar a los discursos dominantes cuando dicen que *dejaron de...* Entonces cuestiono nuevamente: ¿A dónde irían los consumidores si es que la sociedad ya no les encuentra -según algunos discursos- utilidad?, ¿en qué trabajarían si es que ya perdieron todo derecho por *andar de viciosos*? Por eso mismo expongo por sobre todo el aspecto simbólico al físico-biológico de los consumidores. La comunidad de la droga es productiva, responde a cuestiones de carácter personal y colectivo. Indiscutiblemente La comunidad de la droga es una fuente de trabajo para algunas personas; ya sean consumidoras, ya sean distribuidoras. En ésta se encuentran significados que no pudieron establecerse o que se establecieron de una manera diferente y que no correspondían con *las intenciones* de los participantes. La comunidad de la droga ofrece una gama de alternativas para *ser* en el mundo. El consumidor puede llegar a convertirse en

distribuidor; éste a su vez, puede aspirar a que la familia pase a otro nivel socioeconómico por medio de su práctica. Esta comunidad puede tender puentes *hacia...* Significa algo para las personas que ahí participan diariamente. Es un escenario social en el que los participantes adquieren una membresía, legitimidad, poder, jerarquía, recursos materiales necesarios para otras prácticas de interés social y muchísimas cosas más. Pero tomando como ejemplo la trayectoria que como investigador tuve en La comunidad de la droga, todavía señalo que como fuente de trabajo, de empleo, es una alternativa para otros participantes sociales que quizá nada tengan que ver en las actividades cotidianas de ésta. Siendo investigador por mi parte, me convertí en psicólogo para algunos de los miembros de la comunidad. Principalmente para algunos que tenían una participación más recargada del lado de la distribución que del consumo. Existieron pláticas en las que se me preguntaba a qué me dedicaba y de la respuesta que surgía, mi posición en la comunidad cambiaba. Ya no sólo era un visitante o un conocido para quien se "distribuía", la nueva relación me tornaba y me ha tornado en orientador o psicólogo de algunas personas cercanas al distribuidor. Nadie me puede negar que La comunidad de la droga se volvió en mi trayecto de investigador en una forma alternativa de ejercer la práctica que en muchas instituciones gubernamentales y privadas se me ha negado. Valga la paradoja.

Ahora bien, enunciaré otro tema que me puede ayudar a fortalecer la concepción de que la *adicción* es algo más de lo que nos dicen médicos, legisladores y psicólogos. ¿No es acaso la cocaína como una alternativa social un elemento necesario para algunas personas que no pretenden o no quieren, o bien, no pueden cumplir otro estilo de participación? Tomando en cuenta lo que algunos saberes sentencian, la medicina por ejemplo, en cuanto a que *la drogodependencia* es una enfermedad, es muy probable, por no decir seguro, que precisamente en lo que dicha ciencia argumenta es en lo que algunas personas se escudan para no comprometerse en otros ámbitos sociales. En más de una ocasión a lo largo de mi práctica psicológica he escuchado de consumidores de cocaína: "¿qué quieren que haga si ya estoy **enfermo** de *esta madre?*" Lo cual no se da ante cuestiones de carácter orgánico. Este tipo de respuestas brota cuando la familia demanda responsabilidades laborales y económicas, así como un compromiso con los quehaceres de la casa. Es decir, al consumidor le puede resultar una ventaja significarse más como *enfermo* que como alguien a quien se le puede exigir una cooperación plena en las actividades diarias. Dicho *enfermo* sale a luz para negarse ante las actividades de los demás. Sin embargo, cuando la práctica del consumo toma relevancia en sus preocupaciones, tal parece que *está entero*. Y no es la ciencia médica

la que otorga arbitrariamente esta opción, es la persona que significa y utiliza como propio recurso lo que bien lo puede desatar del nudo social. En la sociedad sabemos y nos han enseñado que estar enfermo es tener deficiencias, presentar dificultades en la realización de ciertas actividades, *estar inhabilitado para...* Y esto, siendo cierto o no, es utilizado como un lenguaje que disculpa: ¿cómo me pides que trabaje si sabes que no puedo porque estoy enfermo de *esta madre?*

Haciéndose inútil el consumidor para algunas personas adquiere utilidad para sí mismo y para la práctica en la que se siente comprometido. Reajustar el discurso especializado a la vida personal también es un recurso para *ser* en la vida. Desarrollar esta habilidad es ya de por sí algo complejo. Entramar los símbolos que la enfermedad tiene en la sociedad y los objetivos intencionales que el consumidor de cocaína tiene es una de las muchas formas que puede tener la práctica del consumo de drogas. La mentira que el consumidor en ocasiones utiliza a partir del discurso especializado, es una manera de significar la práctica. Es una forma de agenciarse en la práctica. Mentir es llevar a cabo una construcción simbólica. Es un proceso social, un camino optativo para quien persigue un fin. Si he retomado estas cuestiones es porque se encuentran muy sutilmente expuestas en los registros-observaciones, además de que apoyan la idea de que la *adicción* es más un entramado simbólico que un estado físico-biológico. La persona que comparaba su trayectoria de consumo con la del *vendedor de paletas* le mentía a su esposa y esto en cierta medida le permitía una continuidad en la práctica. Posiblemente si no hubiera encontrado en la mentira un recurso, el dinero que correspondía a los gastos del hogar hubiera sufrido otras modificaciones en cuanto a su administración.

En este sentido, es más la *adicción* un juego del lenguaje apuntalado en la mentira que el estado orgánico alterado del consumidor. Y el mentir, como un conjunto simbólico es lo que permite a la persona rebasar sutilmente la supuesta realidad objetiva a la que el mundo pertenece. Y curiosamente se vuelve quizá uno de los obstáculos más difíciles para el consumidor. Siendo la mentira en un determinado tiempo **un recurso** o una alternativa para el que consume cocaína, igualmente puede llegar a convertirse en **un sistema** o régimen que a veces se torna invariable. El consumo de drogas es una práctica rechazada en nuestra sociedad. Es algo que ha sido colocado como negativo, y quien se involucra en tal, puede llegar a cargar un peso demasiado elevado. Es por ello que consumir drogas puede implicar entre otras cosas mentir. Se tiene que afinar esa habilidad porque se ve necesario evitar el peso que socialmente implica ser

un consumidor y a su vez, para continuar con la mencionada práctica del consumo. Un consumidor miente acerca de su estado físico: *no estoy drogado, ya no me drogo, yo ya no le hago a eso*. Su palabra se convierte en un recuso que aparentemente lo libra de las críticas sociales; su uso es evasivo en este caso. Y muy ligado a esto, está otra razón del uso de la mentira, la que corresponde a la continuidad en la práctica, pues se encamina más a la consecución de la droga que a otros aspectos: *préstame dinero para comer, ya voy a empezar a trabajar, la chamba ha estado mala, necesito que me prestes algo para moverme*. Su uso es inclusivo. De ahí que pueda sostener en gran medida que el poder de la droga no está únicamente en sus cualidades químicas, ni en la respuesta orgánica de las personas ante su consumo, sino en su poder simbólico. En el poder de crear significados y en la habilidad que puede llegar a otorgar a los consumidores para relacionarse con el mundo. De esta forma, creo que dicho poder adictivo de la sustancia pasa a segundo plano. No sólo es la cocaína en el cuerpo, sino además la palabra simbólica en la sociedad. En todo caso, podría ser que el consumo impulse en un momento dado a la persona; pero tendríamos que añadir que la mentira también sostiene a aquel. Porque así como la palabra tiene forma de recurso, de igual manera tiene un fondo que deviene en obstáculo.

Pero hablar únicamente del consumidor sería reducir nuestras posibilidades de comprensión. Aquél está, como le he venido repitiendo una y otra vez, *en* el mundo. Por lo tanto, también tenemos que tomar en consideración a quienes lo rodean, con quienes se ve directa o indirectamente relacionado. Y esto, porque en más de una ocasión nos apoyamos en la idea de que *la cura es colectiva*. Es decir, si en las relaciones sociales establecidas por una persona consumidora no se encuentra la opción de significarse a sí mismo y para los demás con una identidad alternativa, es decir, de no-consumidor, las capacidades y habilidades con las que éste cuenta pueden verse seriamente afectadas. El consumidor, efectivamente, es un agente en su práctica social. Eso lo sostengo. No obstante, se encuentra entre la mirada y la sentencia de quienes lo rodean. Si el significado que él trata de construir en cuanto al cese del consumo no es reconocido y a su vez, negociado *en* y *por* la sociedad en la que se desenvuelve, las cosas pueden darse de otro modo. La persona que se *cura* tiene que ser nuevamente significada por los otros participantes sociales; si éstos no dan cabida a esa identidad re-novada la persona que pretende dejar de consumir droga puede verse obstaculizada en el intento *de*. En este sentido, voy a rescatar lo que surgió de mi investigación en el plano simbólico del cuerpo como paradigma social.

El cuerpo también habla, lleva consigo los signos de la vida cotidiana; significa más allá de una estructura física, va más allá que los alcances de los tejidos y los músculos. Lleva a su vez una historia transcrita y al mismo tiempo, por descifrar. En el cuerpo se patentan las prácticas y la vida diaria. Incluso a través de éste la persona puede convertirse en *sujeto de...* Marca y sirve de esquema geográfico para elaborar discursos, para trazar caminos y vicisitudes. El cuerpo tiene su propio lenguaje, pero por medio de él recurrimos a otros para hacerlos coincidir. Los consumidores de cocaína *cocinada* en más de una ocasión fueron aludidos por aspectos corporales. La yema del dedo pulgar se muestra quemada, desgarrada. Se encuentra deteriorada por la continuidad en la práctica. Incluso, para quien lo sabe, *habla por sí misma*. A través del cuerpo cuando un consumidor de drogas dice *no*, se sabe *todavía*. Tiene la inscripción del día a día y en él se niegan los cambios para quienes rodean a la persona de ese cuerpo: para la familia puede ser *más de lo mismo* y *menos de un mejor mañana*. Sirve de recuerdo constante y constantemente atrapa. Devuelve la identidad que en ocasiones se pretende perder en el tiempo y el espacio. El cuerpo y el significado social que puede llegar a tener puede regresar tenazmente al camino recorrido y despierta, a veces, el temor a una vida nueva. Donde la construcción de una identidad alternativa puede ser más dolorosa que el dolor de cabeza de saberse igual a tantos días pasados. El cuerpo en más de un sentido dice de dónde venimos; también llega a señalar el rumbo de nuestro andar. En el cuerpo, el consumidor de cocaína va y en él se atraviesan los discursos que le enseñan *quién es*. En el cuerpo se estampan los símbolos que la enfermedad contiene. Pareciera que la imagen de éste como visibilidad rebasa lo que de deteriorado existe dentro de él. *El enfermo*, el consumidor de cocaína puede llegar a enfermar a través del cuerpo, de lo que la gente vea en éste, de lo que se quiera seguir viendo en éste.

Pero paradójicamente, también es el cuerpo un receptáculo de un significado innovado. De uno más *personal*. Puede llegar a ser el primer paso de la re-flexión. De un cuerpo marcado se pueden trazar nuevas líneas de participación social. Cuando el lenguaje del cuerpo se re-lee puede hacerse una re-interpretación del *camino erróneo* en tiempos pasados. Posiblemente muchas de las personas que anteriormente fueron consumidores de cocaína significaron el cuerpo como fuente de cambio. Sé de muchas personas que debido al deterioro de su apariencia física tomaron como elección erradicar su consumo después de varios años de trayectoria. Cuando les he preguntado qué fue realmente lo que las motivó para cesar su consumo me he encontrado con respuestas que indican aspectos tales como la

vergüenza, la decepción de sí mismos, etcétera. Entonces, para algunos quizá, el cuerpo o algunas partes de éste, ahora es sólo una inscripción del pasado y un vehículo de nuevos andares. Para alguna gente el cuerpo es más una oportunidad y menos un dictamen.

Con esto último he tratado de situar nuevamente al consumidor de drogas como un participante social. Si me hubiera detenido únicamente en lo que a su construcción subjetiva se refería, lo hubiera situado erróneamente como un *superdotado*, como alguien que a partir de su personal omnipotencia puede cambiar completamente el rumbo de los acontecimientos. Además eso también sería mentir. Es por ello que tuve que hacer mención necesariamente del mundo social en el que se encuentra y en donde al igual que él, existen otras personas. La persona consumidora tiene en este sentido, la capacidad y las habilidades para re-tomar y significar la o las prácticas sociales en las que se encuentra en el día a día. Pero no por ello, tiene la total probabilidad de adquirir una nueva identidad negociada. Porque también tenemos que entender que en ocasiones estas personas son utilizadas por el sistema social en el que nos encontramos como unos *empleados sin sueldo*, ya que responden a una multitud de intereses que desde otros lugares ejercen fuerza. Veamos. Curiosamente, como descubrimos a través de las otras prácticas a las que se dedican los consumidores de cocaína, notamos que realizan una función productiva en el sentido económico de adquirir *algo para*, y también no recibir nada. Es decir, las personas consumidoras trabajan para adquirir un sueldo que les permita *trabajar* –en el plano simbólico- en una práctica sin sueldo. Porque como en alguna ocasión lo expuse, La comunidad de la droga también puede verse como un derivado de los estatutos legales que nos presiden. Su forma de establecerse, en la clandestinidad; las estrategias de participación que ahí se dan, las cuales responden en algún grado a la relación que con la policía se tiene; y el lenguaje que sus miembros utilizan cotidianamente, son más simbólicos que objetivos; todos ellos, son un derivado que no encuentra necesariamente su origen en sí mismo, sino que proviene igualmente de otras partes o a partir de otras relaciones. De eso podemos pensar alternativamente a este tipo de comunidades no sólo como contextos que están al margen de la ley, sino que también descienden de ella. La comunidad de la droga puede ser tomada en consideración como una comunidad creada, como un espacio de desecho social –sin omitir los casos en los que vemos lo contrario.

Las personas no siempre ven mermada su voluntad por incapacidad propia; la sociedad junto con sus instituciones juega de igual forma un papel importante. La palabra que señala, que absorbe, que

imposibilita, que excluye y que también y junto con lo anterior, *no deja ser...* pueden fungir a modo de barrera o modo de canalizador social. Eso sin olvidar que la sociedad también se halla constituida por artefactos, como los que pudimos ver en este estudio, que de muchas maneras patentan y perpetúan conductas. La existencia de éstos en algunas ocasiones *marca* la posición de los participantes sociales en el mundo. La permanencia del bote por ejemplo, o bien de la antena, regresa a la persona la identidad que tiene de sí para con ella y la sociedad. El uso de tal o cual artefacto en la trayectoria de vida de los consumidores no siempre queda en el olvido; las nuevas generaciones y la continuidad de los consumidores también son la reserva que a veces queda como *la ultima y nos vamos*. ¿Qué decir de aquellos que después de meses e incluso años de haber cesado o interrumpido el consumo de cocaína regresan tal y como si el tiempo no hubiera pasado?, ¿Podríamos decir que fue una necesidad física lo que les orilló a tal cuestión?, ¿No es acaso más sensato pensar que en la práctica del consumo hay algo que a simple vista no se ve y de lo que no siempre estamos preparados para hablar?

Por su parte, la participación que el distribuidor de cocaína tiene en La comunidad de la droga de igual manera comprende una serie de cosas que no deben ser pasadas por alto. Lo que pudimos exponer de él sería desperdiciado si empezáramos desde lo que nos dicen abogados y juristas –al menos en lo que se refiere a la serie de códigos que tanto y tanto cambian de contenido-, porque en la práctica muy bien sabemos que por el mismo motivo de que quien dicen vende droga, son capaces de *defender* hasta lo indefendible, el dinero. Claro que también tenemos que señalar sus excepciones puesto que hay algunos estudiosos del Derecho que o bien se niegan a tomar a este tipo de personas como *clientes*, o en su defecto, llevan tan bien su trabajo que son capaces de enfrentar a un sistema –en cuanto a sus leyes- permitiendo poner en evidencia que el poder y el abuso de éste también son parte de nuestra estructura social. Si nos atuviéramos a mirar a los distribuidores de cocaína que fueron descritos en esta investigación como *criminales* o *delincuentes*, haciendo caso omiso de la estructura social y económica en la que se desenvuelven diariamente, caeríamos en lo mismo. Creo que lo que dicen las personas que llevan a cabo esta práctica dentro del proceso de la compra-venta de cocaína es por demás importante. Además de que nos deja ver que lo que viven algunos de los participantes sociales está anclado a un tipo de concepción que no puede ser desligada de la realidad que un país vive en general. La situación que atravesamos los mexicanos es muy peculiar. No sé si sea desde décadas atrás o sea actual. Eso no es campo de mi interés. Únicamente me encuentro aquí para declarar lo que sucede con respecto a lo que en mis días se

da y lo que otras personas señalan de ello. Existe en nuestra cultura una multiplicidad de prácticas que ya tienen una cara propia a fin de hablar de una legitimidad. La que realizan los distribuidores de cocaína en los barrios de nuestra ciudad es una de ellas. Las otras, por citar sólo dos, son la llamada *piratería* y la práctica de los *franeleros*. Todas ellas son parte de nuestra estructura social y las tres están enmarcadas en un discurso de ilegalidad. No obstante las diferencias que pueden haber entre una y las otras, y los riesgos mayores o menores que cada una de éstas traiga en la cotidianidad, cabe puntualizar que son parte de nosotros. Y sobre todo que responden a la inmediatez de ciertos participantes que las convierten en un modo de *ganarse la vida, de trabajo*.

No fue tan extenso lo que reparé en cuanto a los distribuidores, pero no por ello disminuye lo interesante que resulta escuchar a unas personas situadas en una práctica particular. El significado que le atribuyen a su *trabajo* es prácticamente el de *ganarse la vida*, como lo hace la mayoría de la gente *común y corriente*. Ponen al alcance de todo aquel que lo desee un *producto* que responde a unas expectativas que ellos algunas veces no crean ni promocionan. Implícitamente se sitúan como *trabajadores* de un sistema, de una estructura social. *Empleados*, según la terminología de nuestra estructura burocrática. Desempeñan un trabajo que está vinculado con otros participantes sociales, que tampoco ellos han diseñado como *consumidores* a través de una metodología mercadotécnica ni de un discurso que pretenda mejorar la calidad de vida, como lo hacen los *productos* que atiborran los canales televisivos y de comunicación, principalmente. Espero que los lectores entiendan de antemano que me refiero a todo aquello que adelgace, reponga la figura que la juventud pudo haber otorgado, y demás “inutilidades” que en todo caso, también son una fuente de empleo para algunas personas.

Conocer de ese trabajo que realizan los distribuidores -inevitablemente tengo que regresar- nos permite ver que el significado que las prácticas tienen en su cotidianidad y lo que ésta a su vez conlleva, demanda una conceptualización característica de la identidad que se tiene y de aquello en lo que uno se compromete. También nos deja ver que lo que dicen los discursos no siempre y en todos los casos es asumido como una verdad inflexible, ni como un conjunto de reglas que tienen que ser seguidas tal cuales. Y contrario a esto, nos permite dar cuenta de que es más importante explorar el aspecto simbólico y lo que de éste surge en la vida diaria de las personas que estar tratando de poner a la sociedad a fuerza de ley. Las leyes se tornan inocuas cuando la vida de las personas en sus prácticas sociales demanda otras

cuestiones. Porque también es la persona la que significa y no la ley la que signa, a veces. Tenemos que entender que la estructura social en la que nos encontramos está orillando constantemente a los investigadores y estudiosos de muy diversas maneras a re-conceptualizar lo que parecía *verdadero*. Yo no amparo ni justifico lo que he venido viendo en mi trayectoria de vida ni en la comunidad en la que he realizado mi trabajo. Pero tampoco soy inmune a lo que como ciudadano veo y a lo que otras personas señalan. La objetividad científica no me representa en ocasiones más que un juego de poder y de intereses sobre precisamente lo que se *construye* como un objeto de estudio. La ley, así como puede llegar a ser el vehículo para un mejor -o menos peor- equilibrio social, también puede convertirse en *el portón del ridículo* para quienes no se separan de ella. Porque así como tenemos que entender que la policía hace su trabajo, igualmente debemos asumir que los distribuidores de cocaína hacen el suyo.

Estoy consciente que esta investigación tiene muchas de mis limitaciones; pero también debemos entender que es un primer acercamiento a ese plano simbólico y situado que algunos consumidores de cocaína han construido de su práctica. Porque puedo aducir que las personas que vimos en esta investigación son gente comprometida, responsable, productiva –incluyendo el sentido de *producir su autodestrucción*, así como el de producir empleos de otro tipo de trabajos (*in*)directos; policías, jueces, magistrados, médicos, psicólogos, ejecutantes de *narcocorridos*, etcétera-, ingeniosa, imaginativa, pro-social –en lo que se refiere a permitir que la sociedad continúe en su historia, y demás consideraciones de las que se les ha querido desligar precisamente por no querer reconocer que lo de ellos también es una práctica cultural e históricosocial.

Regresando a mi estudio en particular, me queda puntualizar honradamente que aun a pesar de haber pretendido llegar en cierta medida a una *emancipación* de las personas que fueron presentadas, desde el momento mismo en que utilicé el lenguaje como vehículo de comunicación perdí gran parte de las posibilidades que pensé tener al comienzo. Inevitablemente he vuelto a encerrar de una forma distinta a los consumidores de cocaína, -o quizá jamás llegué a algo diferente. No lo sé. Con el lenguaje que pretendí adjudicar capacidades y habilidades a las personas que fueron de mi interés, también les quité algo de sí. Ya no los llamé *drogadicto* si no era para hacer referencia a lo que en otros estudios se decía de ellos. Y opté ingenuamente en exponerlos como *consumidores de drogas o de cocaína*, y aunque más o menos lo sabía, los regresé a una nueva conceptualización. Los llamé *hombres chatos* u *hombres piedras* y con ello,

en alguna medida los despersonalicé. No ha sido mi intención. Creo que no tenía otro camino; también yo soy un usuario del lenguaje. Soy un agente del lenguaje y por consiguiente, un sujeto del lenguaje. Sin embargo, espero que sean atendidas las otras tantas cosas que considero aporta este trabajo en lo que al estudio del consumo de drogas se refiere.

Los objetivos que me propuse al inicio de la investigación no solamente han sido cumplidos sino además de ello, creo que han sido rebasados. Hemos tenido la posibilidad de ver a la persona consumidora de cocaína como un agente que interviene directamente en el devenir de su práctica. Asimismo hemos dado con los artefactos que son parte de su práctica cotidiana y que de igual manera les otorgan una identidad social y experiencial. Conocimos más de cerca la capacidad que tienen para negociar sus propios eventos, las estrategias que implementan como recursos que la misma práctica les demanda. Descubrimos su lenguaje situado y la manera en que éste es significado al momento mismo de relacionarse entre ellos, incluso vimos que éste es una parte importante de su acontecer diario. Y fuimos quizá más allá. Nos encontramos con otra persona que no es o no ha sido atendida por los saberes dominantes a fin de saber sobre el significado que una práctica en particular tiene para ella. Abordamos cuestiones no sólo de carácter social y psicológico –si es que se pueden enunciar como diferentes- sino también, de envergadura legal. Porque en este caso, dimos cuenta indirectamente de que las leyes aun estando presentes son re-significadas de acuerdo a lo que la vida inmediata de los participantes demanda. Además de que también abrimos la cuestión relacionada con la inutilidad que aquella tiene en muchos sentidos. Porque como podemos suponer, el control de las cifras alarmantes que crecen y crecen al paso de los años con respecto a los consumidores de drogas, no atañe exclusivamente a extender las penas jurídicas ni a reducir todavía más el cinturón represivo que en nuestra cultura tenemos, sino a entender que el mismo proceso social e histórico en el que nos encontramos exige una re-consideración de algunas culturas y estilos de vida que encontramos en nuestro mundo social. Y además de ello, a comprender que las personas todavía en su capacidad de agentes sociales no escapan a los medios y alternativas que la estructura social les ofrece para la subsistencia de su vida.

Por último, sólo me queda decir que el estudio de las comunidades de práctica social, aparte de permitirnos lo ya mencionado páginas atrás, también nos permite, como en este caso, ver la construcción subjetiva que el investigador desarrolla a lo largo de su propia trayectoria de vida personal. La manera en

que abordo el tema, la forma en que llego a la re-construcción de los eventos investigados y las consideraciones que en este momento expongo, no pueden ser desligadas de mi propia historia de vida ni tampoco de lo que como profesional de la psicología busco. Es decir, lo que pudimos constatar en este trabajo de investigación responde a una multitud de cuestiones que no sólo conciernen a lo que uno como investigador busca, sino también a lo que uno como persona situada trata de resolver para sí y para los suyos. Para mi barrio. Tepito.

BIBLIOGRAFIA

- Aguirre, B. R. (1997). ¿Qué es la adicción a las drogas? (25 párrafos). Revista de Psicología en Línea. (En red). Disponible en: [http:// www. adicciones.com](http://www.adicciones.com)
- Araujo, M. R. (2000). Droga. La eficacia simbólica del mal. En: (Ed.), *Miradas de la ciudad*. (79-101). México, D.F.: SEP-IMJ.
- Baerveldt, C. (1999). *La psicología como el estudio del significado. Algunas consideraciones epistemológicas*. Revista de Psicología y Ciencia Social, 3 (1), 3-14.
- Basaglia, F. (1973). La evolución de la psiquiatría. En: *Biblioteca Salvat de Grandes Temas*. México: D.F.:Autor.
- Berenzon, S. (1996). *Las tendencias del consumo de las sustancias psicoactivas entre los estudiantes de enseñanza media y media superior del Distrito Federal, 1993*. Salud Mental, 1(19), 1-6.
- Chia, J. (2004). *Los problemas*. Guía contra las adicciones, 3(23), p. 1.
- Deleuze, G. (1986). *Foucault*. México D.F.: Paidós.
- Dreier, O. (1999). *Trayectorias personales de participación a través de los contextos de práctica social*. Revista de Psicología y Ciencia Social, 3 (1), 28-50.
- Enciclopedia de Psicología (2000). *Diccionario. Tomo IV*. España; Barcelona: OCEANO
- Fadanelli, G. (2002). Delirio de Emergencia. Nexos, 24 (300), 50-53
- Farge, A. (1996). Michael Foucault y los archivos de la exclusión ("La vida de los hombres infames"). En: E. Roudinesco (Ed.). *Pensar la locura*. (53-66). Argentina: Paidós.
- Foucault, M. (1980). El ojo del poder. En: J. Bentham (Ed.). *El panóptico*. (1-12). Barcelona: La piqueta.
- Foucault, M. (1983). El sujeto y el poder. En: H. Dreyfus; P. Rabinow (Eds.). *Foucault más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. (1-13). New York: Chicago University Press.
- Foucault, M. (1990). *Tecnologías del yo*. España: Paidós
- Foucault, M. (2001). *Vigilar y castigar*. México, D.F.: Siglo XXI
- Foucault, M. (2001). *Las palabras y las cosas*. México, D.F.: Siglo XXI
- Freire, P. (1978). *Pedagogía del oprimido*. México: D.F.: Siglo XXI

- Freire, P. (1982). *La educación como práctica de la libertad*. México, D.F.: Siglo XXI.
- Garibay, H (2000). *Foucault y el poder*. México, D.F.: Coyoacán:
- Gergen, K. (1991). *El yo saturado*. España: Paidós
- Gergen, K (1996) *Realidades y relaciones: Aproximaciones a la construcción social*. Barcelona: Paidós.
- Giddens, A. (1996). *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Madrid: Anthropos.
- Giddens, A., Turner, J. (1987). *La teoría social, hoy*. Madrid: Alianza.
- González de Rivera, J. L. (1993). *Psicopatología de psicodinámica de la drogodependencia*. Psiquis, 12(2), 61-70.
- Jaffe, J. (1980). *Vicios y drogas*. México, D.F.: Harla
- Laing, R.D., Esterson, A. (1967). *Cordura, locura y familia*. México:, Fondo de Cultura Económica.
- Le Breton, D. (2002). *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Lévi-Strauss, C. (1979). *Antropología estructural*. México: Siglo XXI.
- Luege, J. (2003). *Las medidas no convencionales*. Milenio, 6(293), 15-16.
- Macherey, P. (1995). Sobre una historia natural de las normas. En: E, Balbier; G, Deleuze (Eds.) *Michael Foucault, Filósofo*. (171-185). España: Gedisa.
- Martínez, L. (2001). *4 a 1 el marcador de la drogadicción entre EU y México*. Al natural, 1(4), 3-5.
- Mauleón, H. *La ciudad del polvo*. Cambio, 2(54), 10-16.
- Medina-Mora, E. (1993). *Prevalencia del consumo de drogas en población escolar*. Salud Mental, 3(16), 1-7.
- Orwell, G. (2002). *1984*. México, D.F.: Tomo.
- Ponce de León, R. E. (1997). *De jóvenes, Sociedad y drogas*. JOVENES, 1 (3), 84-93.
- Quiñones, S. (2002). *Historias verdaderas de otro México*. México: D.F.: Planeta
- Ríos, H. (2003). *Un virus antibarrio recorre el lugar*. Milenio, 6(293), p. 23.
- Rodríguez, E. *Fumar mata*. JUVENTUD'ES, 8 (86), X-XI.
- Ronquillo, V. (2003). *Barrio bravo: radiografía de las ejecuciones*.. Milenio, 6(293), 17-20.
- Rosenhan, D. L.(1988) Acerca de estar sano en un medio enfermo. En: P, Watzlawick (Ed.) *La realidad inventada: Cómo sabemos lo que creemos saber*. Buenos Aires: Gedisa.
- Salinas, S. (2003). *La solución del PAN expropiar Tepito*. Milenio, 6(293), 12-14.

- Secretaria de Educación Pública. (2000). *Los libros de mamá y papá. Cuidado con las adicciones*. México: D.F.: Autor.
- Valdivia, B. (2004). *Estrategias de Foucault*. La tempestad, 6(38), 87-89.
- Vamos México. (2003). *Guía para Padres. 13 a 15 años*. (3), México, D.F.: Vamos México-SNTE.
- Van Dijk, T. A. (2000). *El discurso como interacción social*. Barcelona: Gedisa
- Van Dijk, T. A. (2000). *El discurso como proceso*. Madrid: Gedisa.
- Wenger, E. (2001). *Comunidades de práctica*. Barcelona: Paidós.
- Werstch, J. (1999). *La primacía de la acción mediada en los Estudios Socioculturales*. Revista de Psicología y Ciencia Social, 3 (1), 84-89.